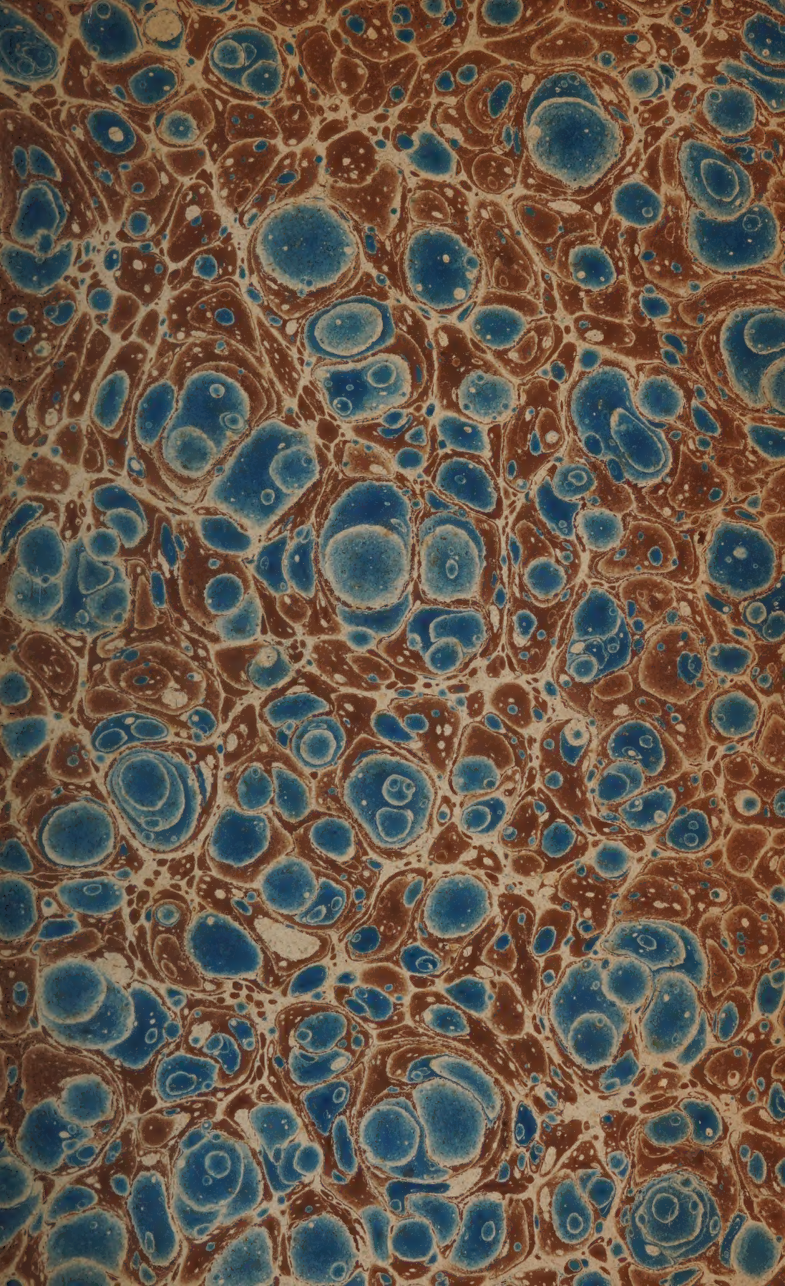



Accessions
116125
Shelf No.
D.16 ob.42
vol.2
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd. Apr. 26th 1871.



Retrato de D. Ramon
Mesonero Romanos.
El Curioso Parlante



ESCENAS MATRITENSES,

POR

EL CURIOSO PARLANTE.



SEGUNDA SERIE.

1837 á 1842.

ESCENAS MATRITENSES,

POR

El Curioso Parlante.

TERCERA EDICION,

CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR,

Y ADORNADA CON LÁMINAS.



TOMO III.

MADRID:

IMPRENTA DE YENES, CALLE DE SEGOVIA, N.º 6.

1842.

ESCENAS MATRITENSES.

EL OBSERVATORIO DE LA PUERTA DEL SOL.

INTRODUCCION Á LA SEGUNDA SERIE.

Lo mejor del mundo es la Europa (¡cosa clara!); la mejor de las naciones de Europa es la España (¡quién lo duda!); el pueblo mejor de España es Madrid (¿de veras?); el sitio mas principal de Madrid es la puerta del Sol.... *ergo*, la Puerta del Sol es el punto privilegiado del globo.

Este terrífico argumento tan convincente y sin réplica no es mio: es de un doctor de Alcalá, hombre fuerte en esto del razonar, que con las armas de su lógica y el auxilio de unos buenos pulmones, metia mucho ruido

años atras en las aulas celebradas de la universidad complutense, y á cuyas ingeniosas decisiones y engalanados absurdos inclinábanse hasta el suelo las borlas y mucetas y se encogia de hombros la estatua de la verdad.

Tenia, pues, mi doctor, una gran secuela de apasionados admiradores, que asi que él ponia en circulacion una de estas sentencias garrafales, dábanse luego maña á engalanarla y pulirla, y asi dispuesta, ostentabánla con enfasis á los ojos del vulgo, hasta que quedaba sancionada por el uso y por el abuso, como axioma práctico y verdad especulativa.

Yo, que por entonces á los pocos años juntaba una dosis regular de presuncion, no era de los mas flojos en esto del *sed sic est*, y para mí tanto mayor era el argumentante cuanto mas temerario el argumento; y el de mi dómine, que arriba queda estampado, lo quedó tan hondamente por entonces en mi blando caletre, que vino á ser como la clave de mi conducta futura. Y procediendo por el orden lógico de mi maestro, hice abstraccion de los demas hombres para dedicarme á estudiar los hombres que me rodeaban; prescindí de las demas partes del mundo, y me contenté con asomarme á Europa; regresé á nuestra España como el suelo mas privilegiado de aquella; y torné á Madrid como corte y lugar principal de España; con lo cual y con asentar mis reales en la famosa Puerta del Sol y establecer mi atalaya dominando la cubierta del Buen-Suceso, hallé que *lógicamente*, y al decir de mi maestro, me hallaba instalado en el punto mas culminante de este mundo sublunar.

Dispuse, pues, mi observatorio moral, en la region de las nubes, aislado, independiente y libre de toda atmósfera viciada; preparé el telescopio de la esperiencia; pedi una pluma á la verdad; abrí los ojos; cerré los libros; dejé los estudios, y me metí á predicador.

»¡Oh qué fortuna (decia poco mas ó menos un amable moralista contemporáneo) el ser libre y libre de veras, y poseedor de la mas noble libertad, que es la libertad del pensamiento! No arrastrar la cadena de partido alguno; vivir independiente del poder, y no haber hecho tampoco alianza con sus enemigos; no haber de defender las faltas del uno ni las demasías de los otros; no ser responsable de las acciones agenas; obrar en nombre propio, dando solo cuenta á Dios de nuestras operaciones; no recibir consejos sino de la conciencia, fiándonos sin temor en este noble instinto de la verdad que el cielo ha impreso en nuestras almas admirar sin creerse adulador, ser justo sin pasar por enemigo; buscar con preferencia el aspecto bueno de todas las cosas, como la abeja que liba la miel de todas las plantas; mirar con ojos serenos; escuchar con oido imparcial; viajar sin mandato y detenerse segun place, alli donde el sitio es apacible, alli donde el sol alumbra sereno; no haber de preguntar á que reyno pertenece un pais para saber si hemos de alabarle; no querer saber el nombre de un autor antes de decidirnos á aplaudirle; repetir indistintamente todos los sonidos, si en ellos hallamos armonía; aspirar todos los ambientes puros, disfrutar de todas las obras del inge-

nio, sea cualquiera su escuela y el pais que las produjo; y aplaudir, en fin, todas las grandes acciones bajo cualquiera bandera que fuesen hechas. ¡Oh qué fortuna! no ser político, ni revolucionario, ni retrógado: no ser poeta, ni clásico, ni romántico; no tener nombre entre los ambiciosos ni entre los pedantes: no contar padrinos poderosos ni haber de serlo de nadie, no reconocer deberes de convencion: no hallarse obligado á ninguna defensa, á ninguna acusacion; ¡ser libre en fin! pero no libre con esta libertad intolerante, que corre las calles desenfrenada y ébria, como una bacante en las fiestas de su patrono, sino como aquella otra, hija del cielo, que nos deja usar de nuestro albedrío, permitiéndonos seguir voluntariamente las inspiraciones del alma.

Vosotros, los que sabeis apreciar el valor de esta libertad, única positiva; los que buscais la voz de la verdad desnuda de pasiones y partidos, de encarecimientos y de encono; los que no sois optimistas ni pesimistas sino que alcanzais á ver en el hombre y su sociedad una mezcla armoniosa de errores y ridiculez, de grandeza y de bondad; vosotros que gustais de aplicarla la risa de Demócrito mas bien que el gemido plañidero de Heráclito ó la penca de Juvenal; subid conmigo á mi observatorio; desde donde con el auxilio de sus lentes podreis descubrir todo el ámbito de nuestra noble capital, y escuchar con confianza la voz de un hombre que por sistema y por carácter rinde solo tributo á la verdad; mas cuenta, que esta confianza que os demando ha de ser voluntaria y espontánea, y no ha de ce-

der en mengua de la libertad de vuestro propio pensamiento. Si este simpatiza con el mio, si acertare yo á esplicar las sensaciones de vuestras almas, entonces quiero que le sigais, quiero que penseis como yo; si no fuere asi, y para ello hubiérais de sacrificar alguna parte de vuestro albedrío, entonces me quedaré yo á solas con el que Dios me dió, que para eso teneis tambien derecho á juzgar de su bondad.

Ahora bien, ya estamos en las nubes yo y mi auditorio; ya asestamos los catalejos á esta tierra noble, feraz y en otro tiempo afortunada del globo, que se denomina España; ya miramos agitarse á nuestros pies á este pueblo generoso que se llama la capital del pueblo español; las pasiones momentáneas que le agitan apenas llegan á la altura en que nos hemos colocado, apenas consiguen empañar uno de los infinitos lados del prisma por donde le contemplamos... ¿Qué es á la historia filosófica de una pueblo, uno, dos, tres, diez años de existencia borrascosa? ¿Qué es al carácter general de sus habitantes el de una centena, el de un millar de sus individuos ambiciosos y agitados? El cuadro que tenemos á la vista es mas inmenso y magnífico que todo esto; él nos pone de manifiesto el carácter, las inclinaciones, las costumbres generales de toda una Sociedad; él nos hace considerar tambien aisladamente las escepciones, y ¡cielos! ¡qué pequeñas se presentan á nuestra vista estas escepciones que allá abajo meten tanto ruido, y pretenden servir de pautas á la regla general! Ellas aparecen y desaparecen en solo un dia, y brillan á nuestros ojos

como los fuegos fosfóricos en un dilatado horizonte, ó como una sombra vacilante en la inmensidad de los mares.

No esperen, pues, mis lectores que en la segunda série de cuadros crítico-morales que les preparo, abandone mi primitivo propósito ni roce con las circunstancias históricas de esta época agitada, sino aquello puramente indispensable para averiguar la influencia que puedan tener en las costumbres patrias. El bosquejo fiel aunque incorrecto de estas, y no su historia, es lo que me propongo delinear; los caracteres que necesariamente habré de describir no son retratos, sino tipos ó figuras, asi como yo no pretendo ser retratista, sino pintor.

Las pasiones, los errores y ridiculeces, asi como las brillantes cualidades del hombre, desnudas de la persona material, y puestas al descubierto por una atmósfera mas pura, suben á mi laboratorio agenas de toda liga terrena, material y tangible, y aparecen tal cual son, grandes en su pequeñez, pequeñas en su afectada grandeza.

Por último, mi pluma renunciando siempre al estilo metafórico y campanudo, que á su pesar ha tomado en este obligado introito, seguirá como siempre el impulso de mi carácter, la libertad de mi pensamiento, que consiste en escribir para todos, en estilo comun, sin afectacion ni desaliño; pintar las mas veces; razonar pocas; hacer llorar nunca; reir casi siempre; criticar sin encono; aplaudir sin envidia; y aspirar, en

fin, no á la gloria de grande ingenio, sino á la reputacion de verídico observador.

De esta manera, y hasta donde alcanzaren mis cortas fuerzas, recibirán mis benévolos lectores los sucesivos cuadros ó *Escenas matritenses* trazados por mi mano y dictados por mi corazon. Si ellos contienen la verdad, no importa que sea sencillo el trage en que salga engalanada; si por el contrario, el dibujo fuere falso, seria mayor mal el ataviarle con magnífico colorido.

MI CALLE.

"Yo, Talia, en despedirte,
y tú en que me has de querer,
tijeretas han de ser."

Iglesias.

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada hácia la observacion de las costumbres para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. Si la primer circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad impasible del original, ¿cómo pretender alcanzar aquella, cuando el modelo se cambia y agita en

todas direcciones y á cada momento; y ora rie, y charla y se envanece haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y esconde como para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento sorprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que gira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aqui no voy á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos sucederse en nosotros; mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier* «Pasagero en el navío, no pretendo gobernar al piloto.» Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su caracter rápido é indeciso, y bajo este aspecto entra en la jurisdiccion del *curioso* el considerarle no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédese para espíritus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortedad me limita á los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido á este estrecho recinto, apenas llegan á mi

noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos; ni los señores periodistas de todos los colores del iris ven mi nombre en las listas de sus abonados; ni el cartero sabe las señas de mi habitacion; ni en los cafés hago otra cosa que beber; ni pueden quejarse de mí las tiendas de la calle de la Montera ni las losas de la Puerta del Sol. Pero en medio de este aislamiento, y cuando las ideas vienen, por decirlo asi, á materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correton, y que parece va huyendo de su sombra. Como de paso, y desde el ventanillo de una diligencia, veo sucederse los hombres y las cosas, cual se suceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan, por la rapidez con que yo vuelo, viene á producirse en mi imaginacion un resultado tal de movimiento, que apenas acierto á bosquejar en ella ni aun los objetos mas notables.

Asi que procediendo por impresiones del momento y sin ningun conocimiento de causa, no es estraño que lleguen á sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que á falta de conocer su objeto, venga á deducir consecuencias que por lo naturalmente simples y materiales pudieran figurar airosamente en el diccionario de Pero Grullo. Por ejemplo:

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa á derribar edificios, supongo de buena fé que habria sobra de ellos; cuando miro construirse anchas aceras y cuidarse de la

mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan á suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion en los trages, me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentacion de los esquinazos de la Puerta del Sol, me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles, me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas á la malicia, los calesines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle de Lavapies, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerias de la calle de Postas, el teatro de la Cruz y la fachada del Hospicio; entonces como que prescindo de todo lo demas que ví, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado, aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada dia me veo precisado á arrancar hoja á hoja del *Manual*.

Vuelvo á repetirlo; el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres indecisas, ni originales del todò ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni sérias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos aprendidos en el estrangero; este refinamiento de lujo

al lado de la mas espantosa miseria; esta inconstancia de ideas que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer, y deshacer lo hecho solo porque existe, y ensayarlo todo y todo exagerarlo, y llevar el género clásico-retrógrado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse; y silbar á los unos y á los otros; y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los toros á la ópera italiana, desde la tribuna al sermon, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto á lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente á lo pasado; desde el año 8 al 14 y del 14 al 8, del 23 al 14 y del 33 al 20, del 36 al 12 y del 37 al... sábelo Dios; todos estos vaivenes, todas estas inconsecuencias toman forma material, por decirlo asi, en nuestras casas, en nuestros trages, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos, en fin, mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de Madrid, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado á trasladar el lenguage de las piedras al lenguage vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva, joven y vieja, con recuerdos y con esperanzas, con fanatismo y con filosofia; mezcla, en fin, de lo delicado y lo grosero, de las épocas que pasaron y de las que van á suceder.

Puede que haya alguna exageracion poética en este

aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapies, de la Montera y del Barquillo, de san Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar á mis lectores un compendio que bastará á probar *ex ungue leonem;* y por cierto ya que he nombrado *mi calle* no quiero renunciar á trazar este ligero *vervigratia*, este prospecto sustancial, siquiera parezca impertinente y como traido á mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, á quienes sirve de paso y comunicacion. Con solo salir de una de estas y dar un paso en la mia, ya se han retrogradado dos siglos; ya se ha constituido el viajero, no diremos en el Madrid de los Moros, pero al menos menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras, *camino real de Pontejos,* no han penetrado aun en este modesto recinto, ni lo permite su estrechez y torcida direccion, semejante en lo indecisa á la que llevamos en lo que va de siglo; un empedrado menudo, vacilante y desigual, forma la base de su sistema; algunas de sus casas, aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desaseo de estas; unas y otras, empero, por su forma respectiva favorecen ya al esplendor, ya á la miseria de sus habitantes, y de aqui el que los efectos del

ya citado contraste se estiendan no tan solo al aspecto físico de las casas, sino tambien á las inclinaciones, usos y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el orden debido, ó lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de la dicha calle, deteniéndonos segun conviniere en aquellos objetos mas marcados. Por de pronto se nos presenta interrumpida la línea general de las casas por dos ó tres de ellas que intestan algunos pies mas retiradas que las demas, lo cual sin duda debió originarse de algun plan de desahogo y de mejora de esta calle que existiria en los tiempos antiguos, y que como todos los planes de mejora que se forman en España, fue abandonado despues. Este ligero desnivel forma lo que en Madrid se llama una plazuela, bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con su rótulo y todo, se escapó á la solícita averiguacion del último corregidor de la villa. Ustedes, señores lectores, querrian que yo aqui compulsase el dicho rótulo, aunque no fuera mas que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar á la escena; ¿pero no conocen ustedes que esto seria demasiada candidez, candidez semejante á la del pintor de Orbaneja, ó á la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo á san Anton, y á su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: «Este es san Anton, y este otro es el cochino?» Yo, en fin, no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señas de sus facciones, que aquel

que la conozca no pueda menos de esclamar—«Esta es.»

Volviendo á la plazoleta de su entrada, no hày que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio á un herrador, á un carbonero, y á una cabrería, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del dia, á saber: el carbonero durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon, operacion atlética en que los robustos asturianos ofrecen gratis un espectáculo no menos prodigioso que el de los señores *Darrás* y *Manche*; el herrador en lo restante del dia usa de la plazuela acondicionando bestias de toda especie; y el cabrero al anochecer, como es uso y costumbre en toda égloga, echando á pacer las mansas cabrillas, no ya *la yerba aljofarada*, sino los pedazos de tachuela, y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdon) sale al paso, y detendria al menos aficionado sino fuera por otras tres ó cuatro que se disputan con ella el surtido de la calle; pero cuenta, que la que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra; una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal... ¡y qué portal!... portal-*passage* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes, y qué sé yo cuántas cosas. ¡Feliz situacion de establecimiento!

«¡Si es ó no invencion moderna
vive Dios que no lo sé!

pero delicada fue
la invencion de *esta* taberna.»

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo general en la acera izquierda; la derecha la ocupan las accesorias de dos establecimientos públicos, el uno *financiero*, el otro *artístico*; aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando á conocer en su animacion la tendencia y objeto de este siglo *del oro*. Uno y otro á decir la verdad podrian haberse ido á situar en otra parte, y no venir á oponerse á la propagacion de nuestras luces: afortunadamente para el último tercio de la calle, ciertas tapias de un convento de monjas favorecen á la claridad del frente, máxime despues que la revolucion ha venido á batir las cataratas ó pantallas de los balcones. Esto en cuanto á la vista; en cuanto al olfato, no nos falta regalo á los vecinos de la tal calle, teniendo á mano la seccion central del diabólico invento de Sabatini; mas allá brinda mil placeres al gusto un establecimiento gastronómico de seis reales arriba; tres ó cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oido las mas punzantes sensaciones; y por último, algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle; lujo é indigencia, clásico y romántico, virtudes y hierro, oro y estiercol; y todo en cuatro pasos como quien di-

ce, y en estos cuatro pasos, que dan ustedes todos los dias, señores lectores, distraidos é indiferentes, no habrán hecho alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano y la *preghiera* del principal, ni en la carretela parada á una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Lóndres, ni en las otras al estilo de Leganés, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas, ni en la elegante romántica de la edad media, ni en la compaseada manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del dia, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, en nada, en fin, de lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos....—¿Su calle de usted?—Sí, señores lectores, la de ustedes, la mia; cualquiera de las calles de Madrid: se entiende: del Madrid de 1837.

(Enero de 1837.)

UNA VISITA Á S. BERNARDINO.

El puro sentimiento de la beneficencia es tan natural á la especie humana, y se halla ademas tan fortalecido por los preceptos de todas ó casi todas las religiones, que el ejercicio de aquella virtud sublime ha venido á ser una ley social para todos los pueblos civilizados.

Sabias disposiciones han sido adoptadas en muchos estados con el objeto de reducir á práctica aquel sentimiento religioso, procurando conciliar en ellas, á par que el interés del indigente beneficiado, el que reclama la sociedad bienhechora; se ha querido, pues, que este devuelva á aquella los réditos del beneficio, libertándola de su importuna solicitud, moderando sus costum-

bres, y trabajando en adquirirse medios honrados de subsistir. El antiguo sistema de *hacer bien sin mirar á quien,* es mas generoso que político; las sociedades modernas han considerado justamente que los dones indiscretos hacen florecer la mendicidad, que la holganza ningun derecho tiene á ser mantenida por el trabajo ageno, y que todo el que reclame el auxilio de sus semejantes es preciso que sea á cambio proporcional del que les preste con el suyo. Tales principios presiden hoy los establecimientos públicos de beneficencia en los paises civilizados, y la esperiencia demuestra la solidez del raciocinio que les dirigió.

Menguada por cierto era la idea que de la civilizacion de nuestra capital podriamos dar á un estrangero, cuando sus calles cubiertas de andrajosos y clamoreantes mendigos daban un testimonio positivo de la inmensa distancia que nos separaba de los pueblos adelantados en la ciencia administrativa y en la educacion popular. En vano los hombres instruidos y amantes de este pueblo habian clamado de tiempo inmemorial por el remedio de tan escandaloso mal; en vano viajeros celosos, de vuelta á su pais, presentaron por resultado de sus observaciones el cuadro animado de los establecimientos benéficos en las ciudades estrangeras; en vano la religion y la filantropía de algunos magnates y personas acaudaladas habian dispuesto en favor de la pública indigencia sumas considerables y creado establecimientos parciales para este objeto; en vano, en fin, el sarcasmo y la envenenada hiel de plumas es-

trangeras, realzando atrevidamente el negro colorido de aquel repugnante cuadro, picaban en la parte mas sensible el honor nacional, designándonos como avezados á la estupidez y la miseria.

Todos aquellos esfuerzos, todos estos lamentables resultados, eran inútiles ante la incuria y el abandono que partiendo de las leyes se reflejaba tan visiblemente en nuestras costumbres; y la capital del reino, el pueblo que por sus medios y circunstancias debia dar la señal de los adelantamientos sociales, era, por decirlo asi, el ejemplo mas práctico de aquella incuria, de aquel abandono.

Una gran calamidad suele á veces ser causa de un progreso, porque los hombres en los momentos críticos de la desgracia vuelven los ojos del lado de la virtud y de los sólidos principios, con mas estusiasmo y fervor que cuando se hallan lisonjeados por la fortuna. La destructora guerra con la Gran Bretaña en 1799, y la indigencia á que dió lugar con la paralizacion del comercio y de la industria, fue ocasion en la populosa Barcelona á un establecimiento filantrópico que por su importancia y régimen puede competir con los mas celebrados en el estrangero; tal es la *Casa de Caridad*, que tiene por objeto recoger no solo á los mendigos de aquella ciudad, sino á los de todo el principado, proporcionando educacion á los jóvenes, ocupacion á los adultos, y la posible comodidad á los ancianos é impedidos. Un desastre semejante produjo en Madrid un resultado análogo, pudiendo asegurarse que á pe-

sar de todos los planes y proyectos concebidos, nunca hubiera llegado á plantearse el *Asilo de mendicidad de San Bernardino* sin el desarrollo del funesto *cólera morbo* en nuestra capital.

La real órden de su creacion lleva la fecha de 3 de agosto de 1834, en aquellos críticos momentos en que atribulada la capital por el terrible azote con que el cielo quisiera probarla, se hallaba mas que nunca dispuesta á ejercer la beneficencia con sus semejantes, y en que las consecuencias palpables de la miseria y de la relajacion de las costumbres hicieron parar la atencion del gobierno sobre la imperiosa necesidad de mejorarlas.

Reuniéronse por fortuna para dar cumplimiento á sus intenciones cuantas circunstancias ventajosas pudieran apetecerse. Un vecindario sensato y filantrópico; una junta de caridad celosa y distinguida; una autoridad local, en fin, ilustrada, enérgica, y ante cuya firme decision y voluntad desaparecian como por encanto los obstáculos que hasta entonces se creyeron insuperables; y lo que acaso no tiene ejemplo en nuestra España, á poco mas de un mes de dada la orden, empezó á recibir su cumplimiento. El 18 de setiembre de aquel año fue el dia en que entraron los mendigos en el nuevo establecimiento.

Yo no le habia visitado desde aquella primera época, y no sabia de su estado actual mas que las ligeras indicaciones que de tiempo en tiempo han publicado los periódicos. Por desgracia, la situacion de aquel edificio

(si bien ventajosa bajo otro aspecto) es tan fuera del cuotidiano itinerario matritense, que solo una intencion decidida puede aproximar á él. Esta intencion es la que yo formé el viernes último, y aun hice mas, pues la llevé á cabo.

Ya habia salvado el espacio que media entre el portillo de san Bernardino y la cuesta de Harineros, y seguia lentamente la tapia de la estéril montaña del Príncipe Pio, sin que persona alguna viniese á interrumpir la soledad del sitio y el monótono espectáculo que me presentaba. Sin embargo, no tardé en sentir pasos á mi espalda, y volviendo á contemplar quién era el impulsado por la misma intencion que á mí me dirigia, observé que su trage y atavíos me revelaban uno de los acogidos al establecimiento que yo iba á visitar. Paréceme que le estoy viendo todavia con su blusa azul, su sombrero encerado en que campeaba el número 710, su soga encendida en la mano (recurso de fumadores callejeros), y su cepillo al cinto para recoger las limosnas ó gratificaciones por aquel servicio.

Su aspecto era mesurado y tranquilo; su semblante espresivo y alegre; y su voz, ya cansada por el transcurso de diez lustros, dejaba escapar por lo bajo una de las canciones favoritas de la guerra de la independencia

«Dupont, terror del Norte,
fue vencido en Bailen.»

Al ir á pasar delante de mí, se quitó su sombrero con cortesía y dignidad, y yo, deseoso de entablar

conversacion durante el camino, pedíle candela, que me ofreció con voluntad y prontitud.

A muy pocas palabras que habiamos hablado, eché de ver que las habia con uno de los decanos del establecimiento, que por su honradez é inteligencia se hallaba en el goce de la confianza de los gefes, que sabia todas las interioridades de la casa, y era en ella una rueda indispensable y laboriosa. Dejo pensar al pío lector la conveniencia de semejante hallazgo para quien como yo no llevaba al *Asilo* mas objeto que el enterarse de todos sus pormenores.

El diálogo que en su consecuencia entablamos figuraria oportunamente en este lugar si su demasiada prolijidad lo permitiese. Quisiera, sin embargo, poner en conocimiento de mis lectores lo mas sustancial de él, para que formasen la idea que yo concebí del establecimiento, razon por la que me veo obligado á estampar aqui las mas notables de sus indicaciones, que la memoria ha logrado conservar.

Despues de contarme por menor la historia de la creacion del Asilo y las inmensas dificultades que hubo que vencer, vino á hablarme de su régimen interior, produciéndose poco mas ó menos en estos términos:

—El establecimiento admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoge todos los mendigos á quienes se encuentran pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellas que llevan siete años de residencia en Madrid, y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas circunstan-

cias se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega el pasaporte para los pueblos de su naturaleza.

Una vez entrado el mendigo y anotado en los registros de la casa, es destinado á una de las *brigadas* segun su sexo y condicion, y recibe el vestido y número correspondiente.

Las brigadas se subdividen en *escuadras* de diez á quince personas, procurando que sean las de un mismo oficio ó de ocupaciones análogas. Los gefes cabos de brigada son escogidos entre los individuos que tienen mejor conducta.

Cada individuo recibe á su entrada una libreta ó asiento en que se anota los vestidos y prendas que lleva al establecimiento, y los ahorros que produzca con su jornal, asi como los descuentos que se le hagan por sus faltas.

Las horas de levantarse son las cuatro y media en verano, y las seis y media en invierno, y una hora despues se entra al trabajo hasta las doce, y luego por la tarde hasta el anochecer, recogiéndose despues. Los dias festivos se emplean en la enseñanza de la religion, en revista de las ropas, en paseos y lecturas.

Los niños y niñas asisten á la escuela del establecimiento. Ademas se les dedica de aprendices en los talleres.

Los mendigos hábiles asisten á los talleres establecidos en la casa segun su inclinacion ú oficio anterior, ganando en ellos, ademas de la manutencion, un pe-

queño jornal, que una parte se les entrega cada semana, y la otra parte se les abona en *libreta* para cuando salgan del Asilo. Lo mismo sucede cuando salen á trabajar ó servir fuera del establecimiento. En el dia hay operarios que tienen en depósito de 300 á 700 rs.

Los pobres ademas de este trabajo prestan todo el servicio interior de la casa, como el de cuarteleros, porteros, cocineros, barberos, lavanderas, barrenderos y hortelanos.

El servicio esterior consiste en conducir los enfermos al hospital, dar lumbre para fumar en calles y paseos, cuidar las sillas de las iglesias, y asistir á los funerales á que sean invitados, y cualquiera otro servicio que se les reclame fuera del establecimiento.

Las penas por faltas son: privacion de todo ó parte del jornal ó de una parte del alimento, recargo del trabajo, é imposicion de multas y encierros.

Las recompensas son: mencion honorífica en la lista general, permiso de salida, destino al servicio menos penoso, ascenso á gefe de brigada, y alguna recompensa pecuniaria.

El trage de la casa consiste en chaqueta y pantalon de paño pardo con botones blancos con el nombre del establecimiento, dos pantalones de lienzo, tres camisas id., un sombrero encerado, una gorra para dentro de casa, un par de zapatos, dos pañuelos, una blusa azul y un cinturon. Las mugeres un jubon y saya de estameña con escudo del establecimiento al brazo, dos sayas bajeras, tres camisas, un apretador, dos pares de me-

dias, dos pañuelos del cuello, dos de cabeza y dos de bolsillo, dos delantales, un par de zapatos, dos paños. Las camas de la casa constan de un tablado, un gergon, una almohada, una funda, un par de sábanas y una manta.

El alimento consiste en lo siguiente. *Almuerzo:* Un cuarteron de pan en sopa condimentada con aceite, sal, ajos y pimiento. *Comida:* Un potage de menestras y patatas, condimentado con cabezas de carnero ó grasas de animales, y aceite en dias de vigilia, y media libra de pan. *Cena:* Un potage de menestras y patatas, y un cuarteron de pan. Todo esto suele alterarse en ocasiones estraordinarias.—

El número de pobres acogidos hoy en la casa es de 744 personas, á saber: 193 hombres, 179 mugeres, 279 niños y 96 niñas, y fuera 103 personas en el hospital, 250 sirviendo en Madrid, y 12 aprendices con varios maestros de oficio. Los talleres corrientes son carpintería, ebanistería, pintura, zapatería, sastrería, carretería, fragua, costura, espartería y albañilería, ademas de los trabajos de la casa ya indicados.—

Tales fueron en resumen las oportunas esplicaciones del viejo *Tomás* (que asi se llamaba mi interlocutor), y con ellas entretuvimos curiosamente el tiempo hasta llegar á la puerta del establecimiento, donde conocida mi idea por los caballeros encargados de su direccion, tuvieron la bondad de acompañarme en mi visita, satisfaciendo en todas sus partes mi exigente curiosidad.

Desde luego hubieron de llamar mi atencion las

notables aumentos y mejoras del edificio que han logrado disimular en gran parte su pequeñez y deformidad. El nuevo patio de entrada y las habitaciones de ambos lados estan dispuestos con inteligencia y sencillez. Los dos hermòsos comedores que se encuentran á la derecha son notables por su espaciosidad, escelentes luces, y la idea de la cocina circular que les divide, dispuesta con un mecanismo ingenioso. Las oficinas de la izquierda, portería, almacenes, talleres, botica, barbería, son todas cómodas, aseadas y sencillas. Entrando en lo principal de la casa-convento, se observa en ella la oportunidad de la distribucion á pesar de la poca analogía del edificio con su actual objeto, siendo de notar la espaciosidad y aseo de los dormitorios, la limpieza de los tránsitos, la abundancia de aguas repartidas por toda la casa, y sobre todo un principio general de economía é inteligencia poco comun en nuestros establecimientos públicos, donde suele pasarse desde la miseria mas completa á un fausto y primor exagerados.

El establecimiento de san Bernardino, á pesar de su inmensa utilidad é importancia, no contó para su creacion con aquellos cuantiosos recursos que otras casas de beneficencia. Sin embargo, no solo se creó y sostuvo hasta el dia el gasto corriente, sino que ha emprendido obras indispensables, cuyo coste pasa ya en el dia de 400.000 rs. Compárese este resultado con el que ofrecen en esta misma capital otros institutos benéficos que, á pesar de disfrutar cuantiosas rentas, permanecen estacionarios sin progresar en lo mas mínimo, y

en los mas de ellos sin cumplir siquiera con el objeto de sus fundadores y donatarios.

Feliz fue por estremo la idea de apelar á la caridad individual del vecindario de Madrid, y mas feliz aun la de reducir esta caridad á la moderada cuota personal de una *peseta* al mes. Semejante regla, limitando los efímeros impulsos del orgullo, alienta y asegura los mas sólidos de la verdadera caridad.

Sin embargo, y á pesar de haber correspondido el resultado, el producto solo de la suscricion no basta para las necesidades de aquel vasto establecimiento, como puede demostrarse numéricamente. El máximun que la suscricion llegó á alcanzar fue 37.000 rs. al mes; pero en el dia en razon de las escaseces generales, atrasos de pagas &c., solo se pueden calcular en 29.000. Cuenta ademas el establecimiento por ingresos eventuales con unos 4.000 rs. mensuales por producto de limosnas, candela, sillas y venta de efectos fabricados en el mismo, lo cual ofrece un total de 33.000 reales poco mas ó menos. La manutencion solo de los acogidos ascendió en el mes de junio último á 34,766 reales: ademas hay que atender á los demas gastos, pagos de sueldos, obras y compra de materiales, siendo por lo tanto considerable el deficit que tiene que cubrirse por medio de préstamos.

La economía sin embargo no puede llevarse mas adelante, segun se ve por el dicho gasto del mes de junio, pues habiendo habido en él por término medio 750 personas diarias, arroja un resultado de *un real y* 18

maravedis por persona, gasto sobradamente económico, atendido á que el establecimiento no disfruta ninguna franquicia, y hasta los derechos de puertas abona mensualmente á la intendencia de la provincia.

Vése por tanto la situacion precaria de un establecimiento tan importante, al paso que su utilidad le hace ya tan indispensable, que si desapareciera sería una calamidad para la capital. Ademas, y en tanto que sus productos han rebajado, han aumentado notablemente sus necesidades por las escaseces del dia, el crédito de la casa, y la supresion de los socorros que dispensaban las comunidades estinguidas; de esta manera ha crecido considerablemente el número de los acogidos, tanto que en el año pasado por igual época no se contaba mas que con 530 personas, y en el actual ya queda dicho que llegan á 744.

El pueblo de Madrid ha hecho por su parte cuanto tenia derecho á exigirle un establecimiento semejante. Este, sin embargo, necesita mayor proteccion, y debe recibirla del gobierno, que considerando su importancia en las costumbres y la riqueza pública, debe tratar de aplicarle los fondos suficientes refundiendo en él las rentas de otros institutos análogos en esta capital.

Muchas observaciones morales me ocurrieron durante mi larga visita é inspeccion de aquella casa. El silencio y compostura de los acogidos, su bueu humor y aspecto saludable, convencen al espectador de que el trabajo es solo capaz de infundir en el hombre aque-

lla tranquilidad y bienestar tan análogo á la especie civilizada. El aseo y limpieza de las habitaciones, la cortesia de los encargados, desde el administrador en gefe hasta el último dependiente, la belleza de los artefactos elaborados en el establecimiento, la inteligencia y armonía en todas sus partes, me llenaron de placer y de entusiasmo.

A varios de los pobres dirigí la palabra, y todos me convencieron de la importancia y moralidad de la institucion. Por boca del buen *Tomás*, que no se apartó un punto de mi lado, supe la historia de varios de ellos, historia de desgracias y de debilidades. El me hizo observar el obstáculo progresivo que la edad y el hábito arraigado oponian á la reforma de las costumbres. En general los niños presentaban como es consiguiente mayor facilidad que los adultos, los hombres mayor que las mugeres, y los que en la sociedad ejercieron algun oficio, mas que los que siempre se ocuparon en la vagancia y pordioseo. Entre los mismos oficios habia una notable diferencia; por ejemplo, observé que los sastres y carpinteros eran pocos en número y ya viejos, y muchos mas y mas jóvenes los albañiles y zapateros. Esto me inclinó en favor de los primeros, como que solo recurren al estado de mendicidad cuando las fuerzas físicas llegan á abandonarles.

Mi conductor Tomás, entre tanto, me habia hecho saber su vida llena de desgracias no merecidas. Habia sido soldado diez años, y tenia su cuerpo lleno de honrosas

cicatrices. La injusticia de los gobiernos le habia abandonado despues, cuando ya no era apto para aprender un oficio. Tuvo varios amos, que todos se portaron con él harto mal; y de una en otra desdicha vino á tener que pedir su auxilio á este establecimiento, donde su honrada conducta le hacia ofrecer un modelo á sus compañeros, atrayéndole cargos honoríficos y premios que le aseguraban en la caja de ahorros un resultado de 600 reales.

Varias veces su narracion me hizo asomar las lágrimas, y otras tantas las suyas me dieron bien á conocer la lealtad de su corazon.

La desgracia vino sin embargo en aquel momento á turbar la feliciad de Tomás. Al bajar las escaleras vimos conducir al calabozo á un mendigo de siniestro aspecto, cogido en una taberna de esta poblacion. Largo tiempo habia burlado la vigilancia de los encargados de recogerle, y otro tanto á favor de sus estafas era el azote de los vecinos honrados y el apoyo de los malhechores del pueblo. Su vida era un tejido de crímenes; desertor de casa de sus padres, desertor de su regimiento, insubordinado y vagamundo, unas veces abiertamente bandolero, otras ratero petardista, holgazan y borracho, este hombre dejaba ver en su aspecto toda la deformidad del vicio, todo el temor del trabajo y del castigo. Tomás sin embargo corrió á abrazarle á pesar de que él lo repulsaba.

—«Ya estás aqui, Dios sea bendito;» esclamó.

—Este hombre tan opuesto en ideas y en antecedentes era su hermano. La desgracia y el vicio suelen encontrarse en el mismo sitio, aunque partidas de diver-

so punto. La desgracia, sin embargo, halla descanso en el trabajo y la tranquilidad de la conciencia: el vicio encuentra en ambos un suplicio prolongado.

Despues de abandonar aquel triste espectáculo, Tomás y yo nos dirigimos á la huerta y encaminándome aquel por entre sus estrechas sendas, dimos vista á un templete formado de ramages, y con una sencilla portada compuesta de utensilios rústicos de las artes y oficios. Delante de esta portada se paró mi conductor, y quitándose respetuosamente el sombrero, me señaló á un busto que se alzaba en el interior del templete diciéndome entusiasmado:

—«Mirad ahí el protector de los infelices.»

—Este dictado que le dió el honrado Tomás me recordó la idea del ilustre promovedor del establecimiento (1), si antes no lo hubiera adivinado por la sencilla inscripcion que se leia al pie de su busto: »*Gratitud y aprecio.*»

Antes de despedirme de aquella mansion me presentaron un *Album* donde todos los visitantes solian escribir sus observaciones: recorriendo estas encontré algunas muy dignas de atencion y firmadas por las personas mas respetables de Madrid. Por último, tropecé con una, consignada por mi amigo don M. R. de T., que por su elegante frase y sublime sentido, escitó de tal

(1) Don Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Pontejos, último corregidor de Madrid.

modo mi simpatía que la tomé en la memoria para repetirla al final de este artículo. Decia asi :

«No envidio á los que ven con indiferencia las desgracias agenas, contentos con su propia felicidad ; y agradezco al cielo el haberme dado un corazon que se identifica con las dolencias de mis semejantes, y si no puede remediarlas, al menos las llora. ¡Feliz el que puede y sabe no hacer estériles sus lágrimas como el digno protector de este establecimiento! Su nombre será mas grato á los hombres sensibles que el de los guerreros y el de los sabios.»



EL SALON DE ORIENTE.

EL SALON DE ORIENTE.

Abrióse, en fin, *el Salon de Oriente*, este hermoso paréntesis entre la guerra civil y los empréstitos forzosos, entre la falta de pagas y los debates parlamentarios, entre el palacio y el Espiritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de navidad y las abstinencias de cuaresma, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837.

Abrióse, en fin; absorviendo en su bullicioso seno la política, los triunfos militares, los reveses parlamentarios, los discursos periodísticos, las felicitaciones,

la oposicion, los planes de campaña, los presupuestos, las pretensiones, las relaciones, en fin, las enemistades y desvaríos de un pueblo grande, en cuya marcha tienen fija la vista los demas pueblos, y que en este momento se entrega apaciblemente á las gratas combinaciones de la *mazowrka*...

Justo es pues que dando al tiempo lo que es suyo sigamos el impulso general y abandonemos tambien por un momento los modestos objetos á que ordinariamente nos dedicamos, para tratar del ídolo del dia; que olvidemos las ciencias y la literatura por la máscara y el dominó, las narraciones históricas por el ruido de las músicas y la danza, y los monumentos de la antigüedad por el moderno Salon oriental.

Las fuerzas, sin embargo, me abandonan cuando quiero penetrar en aquel complicado laberinto, y pretendo traducir las páginas de un libro que á medida que la edad va emblanqueciendo mis cabellos, se me hace menos inteligible y espresivo.

Colocado en medio del Salon veia indiferentes y con aire de estupidez el rápido movimiento, los encontrados giros de moros y valencianas, de beatas y dominós, de arlequines y capuchones.—Para mí todos aquellos encuentros eran *casuales*, todas aquellas separaciones *imprevistas*. Semejantes al que mira jugar sin entender el juego, pareciame á veces que tal jugador debia *triunfar* cuando *renunciaba*, que tal otro debia *pasar* cuando tenia un *estuche*. Aplaudia sin oportunidad, reia fuera de tiempo, y daba la vuelta por el salon para abrogarme el

aspecto de antiguo y conocido, y el Salon me respondia con la mas profunda indiferencia. De aqui vine á sacar una gran verdad, y es que el año de 1837 no era el de 1830, que nuestra época habia pasado, que otra generacion nos habia sucedido, y que tranquilamente y sin apercibirlo nos hallábamos ya colocados entre los desperdicios de la clásica antigüedad.

Resignado con la suerte íbame á retirar sin osar penetrar en los arcanos de aquel interesante cuadro, cuando quiso la fortuna depararme el mas oportuno instrumento para dibujar hasta una forma microscópica todos los detalles y matices de aquella escena; un completo diccionario de aquellas simbólicas páginas; una brújula, en fin, segura para navegar con acierto en aquel agitado mar.

Consistia, pues, mi feliz encuentro en una de esas muchachas chiquitas, *estereotípicas* y de *faldriquera*, que se reproducen en todas partes y á todas horas como una edicion completa *á mil ejemplares*; que en invierno solemos hallar en el Prado tomando el sol, y en verano tomando la luna: que en febrero engañan con máscara de alegría, y en marzo con máscara de devocion; que en abril asisten á las tinieblas, y en mayo á la pradera de san Isidro á ver salir el sol; que en junio pasean la carrera del Corpus, y en julio la de la plaza de los toros; que en agosto se bañan en todos los establecimientos posibles, y en setiembre ya están puestas en feria en la calle de Alcalá; que en octubre miran los cuadros de la academia, y en noviembre los epitafios del campo santo; que en

diciembre frecuentan los dulces de la plaza, y en enero los patines del Retiro, y que en *todos* los meses, en *todos* los dias, en *todas* las noches, llenan *todas* las calles, *todas* las tiendas, *todas* las iglesias, *todas* las tertulias, *todas* las procesiones, *todos* los circos, *todas* las romerías, *todos* los teatros, *todas* las misas de tropa, *todos* los entierros, *todas* las revistas, *todas* las entradas triunfales y *todas* las asonadas; desde la puerta de Toledo hasta el jardin de Apolo; desde la plaza de toros á la casa de Campo; muchachas, en fin, polipos, azogadas, imánicas, verdaderos *Kalcidescopios* multiformes, reproducciones fantásticas, y resolucion práctica del problema del movimiento contínuo.

Esta muchacha, viva, corretona y sulfúrica, era, como si dijéramos, una segunda edicion corregida y aumentada de cierta mamá verde, en plena posesion de sus treinta y ocho carnavales y de sus veinte y cuatro reales de Monte pio, y viuda con quien yo habia simpatizado bastante en mis años juveniles.

El lector me perdonará si me veo precisado á hacer aqui esta ligera revelacion, pues no puedo de otro modo esplicar la franqueza con que la niña atravesando el Salon, vino flechada á encontrarme á uno de sus ángulos, donde á guisa de estátua de rinconera me hallaba entretenido con mis pensamientos, falto de mejor ocupacion.

—¿Qué hace usted ahí? (me dijo mi amable interlocutora con una voz que penetró en mis oidos, como un recuerdo de mis alegres años, cual un viento de primavera en una tarde canicular.)

—¿Qué tengo de hacer? respondí procurando poetizar un sí es no es mi discurso; estaba contando las luces del Salon; pero en este momento echo de ver que habia errado la cuenta, pues no habia visto las dos que ahora me iluminan.

—¡Bah, bah! ¡lindo retruécano! ¡gusto clásico! por esas señas, si usted trata de darnos la estadística del Salon, escribirá que tiene *cuatro mil pies*, si es que son dos mil los concurrentes.

Un si es no es me desconcertó la respuesta, por la parte que rídiculizaba mi concepto, pero no pude menos de confesar que tenia razon, y se la dí, y el brazo para conducirla hasta el otro estremo del Salon, donde á la sazon se hallaba la viuda madre verificando, por lo que pude sospechar, la conversion de un Sarraceno á su creencia.

En peor ocasion no podriamos llegar á la presencia maternal.—Esta voz, *mamá*, dirigida por una muchacha de quince años á una vestal, delante de un moro adorador de su *cándida inocencia*, era una verdadera interpelacion exótica, grosera, y como lo son las mas de las interpelaciones; por otro lado, mi presencia al lado de la hija venia á ser un discurso entero de oposicion; era un drama completo, unas *memorias autógrafas* en cuatro tomos.

La sacerdotisa de Vesta se encontró, pues, tan desconcertada como un ministro tribunizado, ó como un jugador de manos á quien hayan acertado la trampa; pero acordándose luego de sus treinta y ocho, nos dijo con

entera seguridad: —»Tu mamá ha cambiado de trage conmigo; yo la he dado mi pasiega, y ella me ha dado su vestal.»

Y hétenos aquí, lector carísimo, buscando un zagalejo amarillo por aquellos salones, corredores y escaleras, y preguntando á todos por una pasiega que primero habia sido vestal.

Pero en vano; todas las vestales se ofendian de que las tomásemos por pasiegas, y ninguna pasiega estaba tampoco conforme en parecernos vestal.

Durante esta larga travesía, que para mi volátil pareja no fué sino un breve episodio, vino á revelarse en mí la accion principal de aquella noche. Y si no temiera abusar de la paciencia de mis lectores, daríales cuenta de las observaciones crítico-filosóficas que la inteligencia de aquella me proporcionaba; espondríales *d'aprés nature* todas las escenas, antes mudas á mis ojos, y ahora tan espresivas y significantes auxiliado por el natural instinto de mi compañera. Ella reia, burlaba, preguntaba, respondia, observaba, y hacia, en fin, lo mismo que en ocasiones semejantes solia yo hacer algunos años antes; mi imaginacion iba colgada de mi brazo; mi cabeza descansaba en la mas profunda inaccion; el Príncipe, Solís, Trastamara, san Bernardino, Abrantes, santa Catalina, todos los sitios fecundos en sucesos, que para mí venian á ser ya otros tantos acusadores de mis años, otras tantas guias atrasadas, otros tantos laureles marchitos, reproducianse á mi vista con todos sus encantos y frescura: placiame en recorrer con aquel misterioso talisman el

magnífico Salon, y vivificado con su fuego, veia renovado en mí aquel sentimiento bullicioso, maligno y juvenil que algunas horas antes creia estinguido para siempre; ya no me parecia el baile monótono, confuso y desacordado; ya no hallaba á la concurrencia fatigada, displicente y distraida; todo en mi imaginacion habia recibido un nuevo sentimiento; la agitacion y el movimiento eran entonces condiciones de mi existencia: el ruido y el contínuo roce, el resplandor de las luces, los vapores de la atmósfera, obraban fuertemente en mis sentidos; necesitaba ya como antiguamente correr del Salon á la fonda, de los tocadores á las piezas de descanso, de la tribuna á la sala de jugar, y aquel contínuo vagar por tránsitos y escaleras, y preguntar á todos y no responder ninguno, y respetar los misteriosos coloquios de los ángulos de la salas y evitar las banquetas donde tienen su asiento las mamás *inamovibles* y *sólidas*, y embrollar al paso alguna pareja dichosa, y servir de punto de conciliacion de las nuevas intrigas en agraz.

No sé cómo esplicarlo; pero aquella muchacha habia cambiado mi existencia, habia hecho retroceder mi edad. Ya no habia para mí Oriente, ni observaciones, ni 1837—habia únicamente amor, máscaras, y 1830.

A imitacion de mi cabeza mis piernas tambien se hallaban aligeradas, y luego ¿quién no vuela con el ausilio de un serafin? No hubo mas, sino que al ruido de la música, vínome á la memoria el olvidado compas, y creyéndome el genio de aquella Silfide, improvisé desde luego una *galope* instintiva, espontánea, aérea, que....

Mas ¡oh dolor! mis pies entumecidos algunos años se rehusan al movimiento... mi pareja sigue la figura en los móviles brazos de un barbudo galan, y... ¡ay de mí! ¿qué es esto...? las luces... se apagan las luces... la gente desaparece... el ruido se convierte en silencio... y... se abre una puerta... alguien me toca.—¿Eres tú, divina criatura...? ¿qué es esto?... ¿quién me mueve...?

—*Señur... las ochu en puntu...*—¡Ah, maldito gallego!—

¡Desapareció la ilusion! Todo se esplica.—El salon era mi alcoba; el que entraba á llamarme mi gallego; el baile un sueño, y mi amable pareja, aérea, incorpórea, impalpable... era, en fin, mi imaginacion, que no quiere aun renunciar á la juventud.

(*Febrero de* 1837.)

COSTUMBRES LITERARIAS.

I.

LA LITERATURA.

"Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos;
el uno conduce al otro,
llorando van y pidiendo."
Lope de Vega.

Desde que en España hay literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor género de cultivo.

Y á la verdad, ¿qué es un literato, meramente literato, en nuestra España? Una planta exótica á quien ningun árbol presta su sombra; ave que pasa sin

anidar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar á los demas; astro, en fin, desprendido del cielo, en una tierra ingrata que no conoce su valor.

Si confiado en la superioridad de su genio, no supo unir la adulacion á las dotes de su talento; si mirando desdeñosamente los intereses materiales, no acertó á mendigar un favor del poderoso, favor menguado que apartándole de sus nobles ocupaciones le convierte en lisonjeador de oficio ó en mecánico oficinista; todo su saber, por grande que sea, bastará tal vez á conquistarle un lugar distinguido en las crónicas literarias del pais; acaso la posteridad encomiará su genio; acaso levantará estátuas á su memoria; pero en tanto su vida se consumirá angustiosa en medio de las mas tristes privaciones; y aquel hondo despecho que produce en el alma un desden injusto, abreviará sus dias, y le conducirá muy luego al ignorado sepulcro que en vano buscarán sus futuros admiradores.

Hubo un tiempo, es verdad, en nuestro pais que parecia presagiar á las letras mas alta fortuna, mas estimada consideracion. Los siglos XVI y XVII, imprimiendo en este punto á las costumbres una tendencia bienhechora, vieron muy luego aparecer eminentes ingenios que, consignando eternamente la gloria de aquella edad, recompensaron con usura los favores que de ella pudieron recibir.

Sin embargo, no bastó tampoco entonces el talento literario; preciso fue tambien unir á él la intriga corte-

sana, y saber prescindir en ocasiones del hombre de letras, para aparecer bajo el aspecto del hombre político ó del discreto palaciego. Los que como Quevedo, Mendoza y Saavedra supieron reunir estas cualidades á las de escritores, vieron recompensado su mérito con altos empleos, con régios favores, y figuraron airosamente entre los primeros hombres públicos de su tiempo; los que como Cervantes, Lope y Moreto limitaron su ambicion á la gloria literaria, fueron es verdad, el objeto de entusiasmo de su siglo, y pudieron presagiar en vida el tributo de admiracion que habia de rendirles la posteridad; mas sus trabajos, tan aplaudidos y admirados, no bastaron á asegurarles una cómoda subsistencia, ni á legar á sus hijos otra cosa que la gloria de sus nombres esclarecidos. Lope de Vega quedó empeñado al morir, despues de haber escrito dos mil comedias (que los cómicos solian pagarle á 500 reales), y otras muchísimas obras sueltas. Calderon vendió todos sus Autos Sacramentales á la villa de Madrid por 16000 reales; y Miguel de Cervantes tuvo que mendigar el socorro de un magnate para dar á luz la obra inmortal que habia de ser el primer título de la gloria literaria del pais.

Cuando en el último tercio del siglo anterior volvieron á aparecer las letras despues de un largo período de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posicion social fueran los primeros á cultivarlas; y de este modo se ofrecieron á los ojos del público con mayor brillo y consideracion. Montiano y Luyando, Luzan, Jovellanos, Campomanes, Saave-

dra, Llaguno y Amírola, los PP. Isla y Gonzalez, el duque de Hijar, los condes de Haro y de Noroña, Viegas, Forner, Cadahalso y Melendez, ocupaban los primeros puestos del Estado, las sillas ministeriales, las dignidades eclesiásticas, las embajadas, la alta magistratura y los grados superiores de la milicia; bajo este aspecto pudieron servir y sirvieron efectivamente á las letras, tanto para adquirirlas en el concepto público aquel respeto que por desgracia solo se prodiga á los falsos oropeles, cuanto para estimular á la juventud á emprender una carrera que no aparecia ya como incompatible con los halagos de la fortuna.

Empero de un estremo vinimos á caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos; unos cultivaron las musas para esplicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico en premio de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga ó una embajada. Y siguiendo este orden lógico se ha continuado hasta el dia, en términos que un mero literato no sirve para nada, á menos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad. De aqui las singulares anomalías que vemos diariamente; de aqui la prostitucion de las letras bajo el falso oropel de los honores cortesanos.—¿Fulano escribió una letrilla satírica? Escelente sugeto para intendente de rentas.—¿Zutano compuso un drama romántico, ó un clásico epitalamio? Preciso es recompensarle con una plaza en la Amortizacion.—Aquel que

hace muy buenas novelas; á formar la estadística de una provincia.—Este que ha traducido á Byron; á poner notas oficiales en una secretaría.—El otro que escribió un folletin de teatros; á representar al gobierno español en un pais estrangero.

Entre tanto aquellos escritores concienzudos que ven en el cultivo de las letras su sagrada y única mision, y que no sabiendo ó no queriendo abandonarlas, esperan recibir de ellas la única corona á que aspiran, yacen arrinconados, y como se dijo al principio, peregrinos en su propia patria; y el pueblo que los mira, y los magnates que no comprenden la causa noble de su desden, le arrojan al pasar una mirada compasiva, ó llegan á dudar hasta de sus intenciones ó su talento...—«¡ Literato...! ¿Qué quiere decir literato...?» le preguntará la autoridad al empadronarle.—«¡Poeta..!» repetirá el pueblo... «¡ valiente poeta será él cuando no ha llegado á ser ni siquiera intendente ó covachuelo!»

De esta manera la multitud, que solo juzga por resultados, se acostumbra á ver la literatura como un medio, no como un fin; como un título de elevacion, no como un patrimonio de gloria; y entre tanto que ensalza y eleva al talento, y engalana la persona del autor con relumbrantes uniformes, deja olvidadas sus obras en la librería; y por una singular contradiccion, aquellos mismos escritos bajo los cuales se escondia una elevada posicion social, sirven al mismo tiempo para que el inhumano tendero envuelva en ellos las pasas de Málaga ó los quesos de Rochefort.

II.

EL MANUSCRITO.

"Asi se animarán nuevos autores
á imprimir obras que vender al peso."
Iriarte.

Y para hacer mas sensible el argumento por medio de un ejemplo, figurémonos un autor que despues de haber dedicado largos años á trabajar concienzudamente una obra literaria, ve por fin concluido aquel trabajo, en que vincula la gloria de su nombre y las esperanzas lisonjeras de su porvenir....

¡Pobre autor! ¡Tú creias cuando dabas fin á la última página de tu libro que nada te quedaba ya que trabajar, nada que padecer! Pues entonces es cuando empieza tu verdadero sufrimiento, tu mas ingrata moles-

tía. Por fortuna en el dia no tienes que temer las trabas de una arbitraria censura, ni necesitas mendigar un permiso que las leyes actuales te conceden gratuitamente.... Si hubiera sido hace algunos años, tu primera diligencia seria forzosamente la de poner un *pedimento* en papel sellado, y cargado con él y con tu manuscrito acudir á la escribanía de cámara del Consejo de Castilla, dejándolos alli confiados en manos de curiales y entre *despojos y moratorias*... ¡Qué agudo puñal para un escritor al dar el tierno á Dios (que podia muy bien ser el último) á su amada obra, y arrojarla entre profanos, que midiéndola por su escasa inteligencia, no hacian escrúpulo en despreciar un manuscrito que acaso la posteridad miraria como un tesoro!

El secretario formulaba su relacion, y cargando con el manuscrito entre los demas papeles del despacho, entraba al Consejo á dar cuenta de él, entre un permiso de feria y un alegato de bien probado; el tribunal mandaba censurar aquel, y el escribano era regularmente el que designaba el censor; y si la obra era de bella literatura, la remitia al guardian de san Francisco ó al cocinero de los Mínimos; y si hablaba de historia no faltaba algun capellan de monjas; ó un abogado del colegio si se trataba de una coleccion de poesias. En vano el pobre autor trataba de adivinar por todos los medios posibles en qué manos se hallaba; este secreto era secreto de Estado, y los hombres de ley sabian guardarlo, y dar asi á los censores todo el desahogo posible para que pudieran meditarla á su sabor dos ó tres años.

¿Quién pintará las angustias de aquel mísero autor en este tiempo? ¿Quién sus esquisitas diligencias para descubrir el paradero de su futura gloria? Por fin, al cabo de muchos meses y de varios pedimentos de recuerdo decretados por el tribunal, el tiránico censor devolvia la obra, ó con una negativa terminante, ó toda mutilada con inmundos borrones que hacian desaparecer su mérito principal; y gracias, cuando no se metia á enmendarla de su propia autoridad, y hacer decir al autor cosas que ni en sueños imaginara. Satisfecho de este modo el tribunal de que el libro *no contenia nada contra nuestra santa religion ni las regalías de la corona*, solia conceder el permiso, y el autor se daba por muy satisfecho cuando á vuelta de algunos ducados, y aparapetado con su *Real cédula*, lograba recoger aquella oveja descarriada, su libro querido, todo desvencijado por manos impuras, y con sendas rúbricas en cada una de sus fojas.

Ahora, es verdad, los tiempos han cambiado; para ser autor no se necesita mas que un buen ánimo; y en gracia de esta libertad han llegado las letras á la altura que las vemos. Asombroso, á decir verdad, debe ser el número de obras importantes que han debido ver la luz desde que se abolió toda censura; nuestros escritores, que antes se escudaban con ella para justificar su silencio, han podido dar á conocer sus prodigiosos adelantos y su genio superior. Ciencias, artes, literatura, todo han podido tratarlo con estension; nadie les ha ido á la mano... Desde entonces las imaginaciones han tomado

un vuelo gigantesco, las luces se propagan, las prensas gimen, y... ¡ desgraciada la madre que en estos tiempos no tiene un hijo escritor...! Por resultado de este movimiento admirable, benéfico, sublime, ¿ dónde estan las enciclopedias profundas, las filosóficas historias, los científicos viajes, las críticas novelas, los admirables poemas? Sin duda que han debido abundar en estos tiempos de franquía político-literaria. Sin duda que nuestros escritores se habrán dado prisa á vengar el honor nacional y á responder victoriosamente á los terribles cargos que de dos siglos á esta parte les dirige la Europa entera...—Sí señor, han respondido, han escrito multitud de volúmenes... de periódicos, llenos de partes militares ó de alocuciones civiles. El público no quiere mas historias que la historia contemporánea, ni busca otro progreso sino el progreso de la guerra.

III.

LA LIBRERÍA.

"En literatura el producto del trabajo está en razon inversa de su importancia."
Adisson.

Mas volviendo á nuestro anónimo escritor, á quien hemos dejado con su manuscrito bajo el brazo, salvándole cual otro Camoens de los embates de las olas, sigámosle paso á paso en sus diligencias ulteriores hasta ver realizado el objeto de sus esperanzas.

Por de pronto le encontraremos corriendo una á una todas las imprentas de Madrid, y cotejando formas, y demandando precios, y escogiendo papel, y reduciendo, en fin, á números todas las circunstancias del contrato, hasta arreglar convenientemente sus bases.

Pocas cosas hay tan entretenidas como ver á un literato ajustar una cuenta ó formar un cálculo, con aquella misma pluma con que suele volar por las vagas regiones de la fantasía. La falta de práctica, y su escaso conocimiento de los guarismos, le hacen equivocar á cada paso la cuenta; y suma y multiplica, y vuelve á sumar y multiplicar, y unas veces saca mil y otras un millon; y quien de 24 quita 6 deja 40, y llevo 7; dos mil ejemplares vendidos á duro, hacen 200,000 duros; rebajados 500 por el coste de impresion quedan 150,000 duros, limpios de polvo y paja.... ¿Adónde vamos á parar?

Que se ajustan, en fin, literato é impresor, y que empieza la tarea de la *composicion*, y la *correccion de pruebas*, y el *ajuste*, y el *pliego de prensa*, y la *tiracion* y *retiracion*, y las *capillas*, y el *alce*, y el *plegado;* y mi autor en algunos meses no sabe qué cosa es dormir, ni sosiega un solo instante; y unas veces riñe con el regente de la imprenta por la tardanza, y otras con los cajistas por la precipitacion; y se desespera por una errata, porque en vez de *tu mano esquiva* le han puesto *tu mano de escriba*, ó en lugar de *memoria póstuma* han estampado *memoria postema*, ú otros *quid pro quos* tan inocentes como estos, en que suelen incurrir los inocentes cajistas.

Llega, por fin, el suspirado momento en que ya corrientes y encuadernados los ejemplares de impresion va á proceder á la venta; y una mañanita temprano sale mi diligente autor á recorrer uno por uno todos los es-

quinazos de Madrid, donde ha hecho fijar enormes cartelones con letras tan grandes como todo el libro; y se aflige y desespera porque unos los encuentra demasiado altos, y otros demasiado torcidos; cuáles empezados á rasgar; cuáles rasgados del todo; estos cubiertos por un anuncio de novillos; aquellos ofuscados por una funcion de cofradía. Pero se consuela con que en aquel mismo dia la *Gaceta* y el *Diario* han anunciado su obra *en términos precisos*, y que ya de antemano ha regalado un ejemplar á todos los periodistas de Madrid, los cuales en conciencia no podrán menos de decir que la obra es escelente y su autor un buen sugeto, con la demas música celestial de costumbre, no olvidando al final la librería donde se vende ó se quiere vender.

Y aqui llamo la atencion de mis lectores no madrileños para hacerles un pasagero bosquejo de lo que es *una librería* en nuestra heróica capital.

Siempre que á su paso encuentren una portada gótico-arabesca y hermoso cierre de cristalería; siempre que vean relucir en el interior brillantes dorados y trasparentes, y coronada la pintada muestra por un cuerno de Amaltea ó por una fama trompetera, aquello por supuesto, no es una librería, sino un almacen de objetos mas útiles, tales como guantes ó confitura.

Siempre que miren un prolongado mostrador, asediado por multitud de bellezas mercantes, por infinidad de galanes paganos, allí por supuesto no se venden libros, sino sedas y cachemiras, ni se conocen otras letras

que las de « *Precios fijos* » estampadas en góticos caracteres en el fondo del almacen.

Empero cuando vean un menguado recinto de cuarenta pies de superficie, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, cubiertas las paredes de unos andamios bajo la forma de estantería, y en ellos fabricada una segunda pared de volúmenes de todos gustos y dimensiones, pared tan sólida é inamovible como la que forma el cuadrilátero recinto; siempre que vean éste, cortado á su término medio por un menguado mostrador de pino sin disfraz, tan angosto como banco de herrador, y tan plana su superficie como las montañas de la Suiza; siempre que encima de este laboratorio vean varias hojas impresas á medio plegar, varias orteras de engrudo, y el todo amenizado con las recortaduras del papel y los restos del pergamino; siempre que detras acierten á columbrar la fementida estampa de un hombre chico y panzudo, como una olla de miel de la Alcarria, y vean sobre la abertura que forma la trastienda un mezquino nicho en forma de altar con una estampa de san Casiano, patron de los hombres de letras; siempre que encuentren, en fin, todas estas circunstancias, detengan el paso, alcen la cabeza, y verán en los dos esquinazos de entrada unos misteriosos emblemas de líneas blancas y coloradas, y sobre el cancel un mal formado rótulo que en anticuadas letras dirá forzosamente «LIBRERÍA.»

A decir verdad que nada es mas á propósito para dar una idea del estado de la literatura en nuestro pais, co-

mo el aspecto de las tiendas de libros, que sin celos ni estímulo de ninguna especie han visto progresar y modificarse segun los preceptos de la moda á las quincallerías, floristas, confiteros, todos los almacenes de comercio, hasta las zapaterías y tabernas, y ellas, impasibles en aquel estado normal que las imprimió el siglo XVIII, han permanecido estacionarias, sobreviviendo indiferentes á las revoluciones de la moda y á las convulsiones heróicas del pais.

Si prescindiendo de la librería, consideramos aisladamente la persona del librero, hallaremos en él la misma inamovilidad, igual estoicismo que en aquella. Desdeñando con altivez todos los esfuerzos del resto del comercio, vive tranquilamente encuadernado en su mostrador de pino y sus anaqueles de becerro, repartiendo el producto del humano saber con sus compañeros los ratones (que los hay con un hambre del año 12). Si escucha hablar del celoso movimiento de los libreros de Londres y París, del lujo de sus almacenes, de la pompa de sus catálogos y de sus grandes empresas mercantiles, el librero madrileño sonrie desdeñoso, y sigue sin responder, plegando calendarios ó dando á los cartones una mano de engrudo. Si se le pregunta por el mérito de una obra, responde con indiferencia: —«No es cosa; no se han vendido mas que cien ejemplares.»— Para él la pauta de todos los libros está en su libro de caja, y por esté estilo aprecia mas que las obras de Homero, el Sarrabal de Milan; y mucho mas el Arte de cocina, que los Varones ilustres de Plutarco.

Ocupado sin cesar en sus mecánicas tareas, escucha con indiferencia las interesantes polémicas de los abonados concurrentes (todos por supuesto literatos), que ocupan constantemente los mal seguros banquillos extramuros del mostrador; los cuales literatos cuando alguno entra á pedir algun libro, le glosan y le comentan; y dicen que no vale cosa; y despues de juzgarle á su sabor, le piden prestado al librero un ejemplar para leerle. Y mientras tanto ojean un periódico, y mascan y muerden á su sabor el artículo *de fondo*, y luego la pegan con la comedia nueva y hacen una diseccion anatómica de ella y de su autor. Todo hasta que dan las dos, hora en que el librero, recogiendo sus chismes, les invita por la forma á comer la puchera, que es lo mismo que decirles que se vayan á la calle. Y luego cierra la tienda, y come y duerme su siesta, y vuelve á abrir, y vuelve á reproducirse la escena anterior.

Pero si mal no me acuerdo dejamos á mi autor caminando hácia la librería; pues bien, figurémonos que entra en ella á la sazon que el librero acaba de despachar un ejemplar, el tercer ejemplar de su obra, y que los literatos del banquillo han abierto la discusion sobre ella.

—¿Ha leido usted, señor don Hermógenes, ese libro nuevo?

—¡Cómo si lo he leido! Página por página me lo ha consultado su autor.

—¡Calle! ¿conoce usted al autor?

—¡Pues no le he de conocer, si ha sido discípulo mio! y dé gracias á mis advertencias y correcciones, que sino... pero callemos, que no es cosa de decirlo todo; dejémosle gozar tranquilamente de los honores del triunfo.

—Me han dicho (replica don Pedancio) que es un muchacho de mérito, y que...

—Sí señor, *tiene chispa,* y si estuviera bien dirigido...

—¿Cómo bien dirigido? ¿pues no he dicho que le dirijo yo?

—Tiene usted razon, y á decir la verdad, ya me parecia á mí que era imposible que ese mozo hiciera por sí nada de provecho; figúrense ustedes que le he conocido hace veinte años jugando á la rayuela todas las tardes con los chicos de mi vecino don Abundio... y luego, señor, lo que yo digo, ¿qué han de saber estos muchachos, ni qué universidades han cursado, ni qué oposiciones han sostenido, ni...?

(Mientras este ligero diálogo, el jóven autor ha entablado un aparte con el librero para informarse de la venta; y luego que éste le asegura que en todo el dia ha realizado tres ejemplares, hace un gesto espresivo, da un suspiro, y lanzando una mirada fulminante á los interlocutores se sale precipitadamente de la tienda.)

—Oiga usted, señor amo de casa, ¿no querrá usted decirnos quién es ese caballerete que acaba de salir?

—Ese caballerete (responde el librero) es un ami-

go de todos ustedes y protegido de mi señor don Hermógenes.

—¿De veras?

—Sí señores, es el autor de quien ustedes hablaban, y no sé cómo no le han conocido.

—A la verdad, replican todos, que está bastante desfigurado... y luego esta vista tan cansada... ¿no es verdad usted, señor don Pedancio?—

Los quince primeros dias repite diariamente el jóven la visita á la librería, y ajustando mentalmente la cuenta, saca la consecuencia de que en ellos ha despachado veinte y cinco ejemplares; y sin embargo todo el mundo le habla de la obra, y todos sus amigos se la elogian y le colocan á par de Cervantes; es verdad que él ha tomado la precaucion de regalársela á todos; y al cabo del mes pide cuentas al librero, el cual se la dá de treinta ejemplares; al segundo mes de diez; y al tercero de ninguno; y entre tanto el impresor le ha cobrado la suya, y el encuadernador igualmente; y advierte, en fin, que su futura gloria le ha costado un purgatorio presente, y que en vez de los ciento cincuenta mil duros de ganancia, se halla con cien doblones de menos en el bolsillo.

IV.

EL AUTOR.

«Oui, j'aime mieux, n'en deplaise á la gloire,
vivre au monde deux jours que mil ans dans l'histoire.»
Moliere.

Y con perdon de la gloria,
mucho mas estimaría
vivir en el mundo un dia
que mil años en la historia.

Entonces reconoce la ingratitud del siglo, y medita filosóficamente sobre la ignorancia de la multitud; pero templa su dolor con la consideracion de los inconvenientes de las riquezas, y la gloria que le brinda la fama en las futuras edades, con lo cual se determina á pasar el resto de sus dias dedicado á la filosofia y al estudio. Mas desgraciadamente llega el dia 30 del mes, y el casero le recuerda el alquiler del cuarto; la patrona le reclama el gasto de casa; el sastre tiene la inhumanidad de

presentarle la cuenta; y hasta el grosero asturiano que le sirve se atreve á interpelarle sobre el pago de su salario.

El desdichado autor cae entonces bruscamente desde su cielo ideal en este mundo mecánico y positivo; mira con dolor que el ingenio es un capital pasivo que no empieza á producir hasta despues de la muerte; que la sabiduría no tiene cosecha, ó que si siembra ideas es para recoger únicamente desengaños; que hacer libros donde nadie lee, es ponerse á fabricar rosarios en Pekin; que aquella individualidad, aquella sublime escepcion á que ha aspirado por resultado de sus tareas, le han constituido en una situacion exótica en medio de una sociedad material y positiva; y que, en fin, todo su talento, toda su nombradía, no pueden hacerle prescindir de aquellas necesidades que esta misma sociedad le impone.

Entonces es cuando dando un nuevo giro á sus ideas, las materializa y dirige á un resultado positivo; entonces cuando hace el sacrificio de su futura gloria en gracia de su vivir presente; y trata de hacer valer sus circunstancias para llegar á clasificarse en esta misma sociedad que antes miraba con enfático desden. Entonces es cuando cambia las bibliotecas por las antesalas; los profundos volúmenes por los periódicos fugitivos; las relaciones literarias por las encumbradas y políticas; entonces cuando hace la oposicion ó la defensa de los ministros; entonces cuando brilla en su mayor esplendor, y todos alaban su talento y pasa de mano en ma-

no altamente recomendado, hasta que da en las de un poderoso Mecenas que en justo galardon de sus conocimientos literarios, ó de su númen poético, le encaja una contaduría de estancadas ó una administracion de correos; con lo cual el ex-autor hace almoneda de sus libros, vende al peso todas sus impresiones á un almacenista de chocolate, y marcha satisfecho á desempeñar su destino y á firmar *oficios y cargarémes.*

Y aqui concluyó el literato y empezó su positiva carrera el funcionario público.

(Marzo de 1837.*)*

ESCENAS MATRITENSES.



EL DIA DE TOROS.

EL DIA DE TOROS.

I.

CASA DE VECINDAD.

En la parte mas intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de Lavapies, siguiendo por la calle de la Fé, como quien se dirige á la parroquia de san Lorenzo, y revolviendo despues por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejon, *de cuyo nombre no me acordaria aunque quisi era.*

Entre esta calle y este callejon, y formando en escuadra los límites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caseron de forma ambigua, tan caprichoso

y hetereogéneo en el orden de sus fachadas, como el de su distribucion y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve á la calle principal, no ofrece ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demas edificios que pueblan el casco de esta noble capital; antes bien sujeta en un todo á las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida vestal (inocente disfraz harto comun en las casas de Madrid) deformidades y faltas de mas de un género. Por el opuesto lado es òtra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo ha impreso todos sus rigores, la combinacion casual de ventanas y agujeros, el alero prolongado, el estrecho portal, y mas que todo, la estravagante adicion de un corredor descubierto y económicamente repartido en sendas habitaciones ó celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto *romántico*, que revela su fecha y el gusto de la época de su construccion.

El interior de esta mansion no es menos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal no advertirá en la respectiva colocacion de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado á ver en las demas casas de Madrid, y costárale trabajo persuadirse de que en esta puedan encontrar habitacion independiente sesenta y dos familias, que puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades tan distintos entre sí, como son discordantes

los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo punto, si guiado por la natural curiosidad, acierta á trapasar el límite que separa la aristocracia de la tal casa, de la parte que constituye su tripulacion popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes, un nuevo estrecho ú pasillo que le conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mencion. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen el lienzo, causárale por el pronto alguna confusion; pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquellas. Por último, si limitado al objeto de mero descubridor buscára la salida de aquel archipiélago, y su comunicacion con la calle, no será para él objeto menor de admiracion el encontrarla directamente á aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejon escusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite á varias de sus casas tan estrambótica construccion.

II.

ANTES DE LA CORRIDA.

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animacion y movimiento uno de los pasados lunes, en que segun la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospitales una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era *dia de toros*, y los que conocen la influencia de estas palabras mágicas para la poblacion madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba á la orden del dia, y por emblema de él ostentábase á la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y casca-

beles; al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los menguados caballejos de sus varas y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marsellés.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo qne ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan joven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era, sin advertirlo, el objeto de curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche habia hecho aparecer multitud de espectadores de todos sexos y condiciones.

—Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces á ese señor de tantas campanillas que se ha apeado en tu portal?

—Toma si le conozgo: ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una vesita por el monís!

—¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene á visitar en coche á su enquilinos!

—Yo le diré á usted, seña Blasa, me esplicaré; lo que es por la presente no viene á por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto.

—¿Trampilla tenemos? ay, cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender; apostaré á que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal.

—Pues... ya me entiende usted... ¡ay Jesus, y qué encapotado está el tiempo!

—No temas, muchacha, que pronto cambiará.

—¿Diga usted, madre Blasa, usted que endiña desde ahí la muestra, ¿á cuántos apunta el reloj?

—Dos en punto, sino veo mal.

—Pues punto y coma, que hay moros en la costa y salvages en portillo.

—¡Qué lengua, qué lengua, seña Paca!

—Calle, tio Mondongo, ¿usted está ahí? ¿y quién le mete á usted en la conversacion de las presonas? Mas le valiera cuidar de su tia Mondonga y de su hija, que no entrarse donde no le llaman.

—Me llaman y me importa, seña Paca, que al cabo soy hombre de ley y no puedo ver esos tiruleques.

—¡Ay Jesus! llamar al abogado de probes para que se lo cuente á su señoría.

—Pues tengo mil razones, y mi concencia es concencia, y ¡digo! ahí que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice la cosa, los trapos de nuestro casero don Simon Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos.

—El mostrenco será él y usted que le abona; vaya usted á decírselo de mi parte, y que le baje el cuarto, que harto subido está sobre el tejao.

—Dice bien el tio Mondongo, Pacorra; ¿qué tienes tú que meterte en cuidiaos agenos, y si don Simon vesita á la seña Catalina, y si viene por ella para llevarla á los toros, y si la viste y la calza y la da de comer, y el cuarto de balde; y si es casao y con tres hijos que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao, y si... en fin, cada uno se gobierna como puede, y á quien Dios se la dió, san Pedro se la bendiga.

—Que se la bendiga en buen hora, mario, y á tí te dé magin para echar sermones, y á mí paciencia para oirlos; pero ahora que me acuerdo, ¿no ha venido todavía tu compadre?

—Mi compadre estará legítimamente ocupao, que es el que pone el hierro á las banderillas.

—No digo ese, sino el Chato, que tiene que venir por mí para llevarme á los toros.

—Ese no es mi compadre, canalla, que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaria ir con él.

—Calla, mal genio, que no te quedarás en casa, y puedes irnos á esperar á la vuelta á la taberna de la Alfonsa.

—Bien sabe Dios que solo la necesiaá...

—Tiene cara de herege, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

—Eh, hombre, ¡cuidao! ¿Dónde diablo vas á pasar?

—Adonde quiero y puedo; y háganse toos á un lao de la calle, y dejen á mi carroza la puerta franca.

—Pues nosotros hemos llegado antes.

—Pues yo llego siempre á tiempo, y.... hola.... muchacho, aguija la bestia, y que salte sobre esas otras.

—Huii... soo... ráa... iak... eh... atras...

—Vaya, señores, ahora que estamos acomodaos, la paz, y caa uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas.

Y aqui un sordo mormullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del *Chato*, que era el que en tal momento se apeaba de su carroza de dos ruedas.

III.

MIENTRAS LA CORRIDA.

Ya nos han dejado solos, tio Mondongo, á mí con los puntos de mi calceta, y á usted con su banquillo y su piedra; á mí echando al aire mis arrugas, y á usted asomando los cuernos al sol.

—¡Qué quiere usted, seña Blasa! la juventu es juventu, y nosotros...

—Usted será el viejo, que yo á Dios gracias todavía tengo mi alma en mi almario, y mi cuerpo donde Dios me lo puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era ne-

gocio de salir á la plaza á echar una suerte; pero dejando esta plática y viniendo á lo del dia, ¿sabe usted que se me hacian los dientes, digo las encías, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente?

—Ello dirá, tia Blasa, ello dirá; y tras del dia viene la noche, y al fin se canta la gloria.

—Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes; ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? Pero á propósito, ¿sabe usted que la Paca iba que ni una reina de Gito con aquel guardapies encarnado, y delantal de flores y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Cierto que el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tio Juancho en tener paciencia.

—Chito, tia Blasa, que las paredes oyen.

—¡Qué! tio Mondongo, si aqui no nos oyen mas que las golondrinas.

—Pues una vez que es asi, sepa usted (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios, y la noche diz que se ha hecho para dormir y el dia para descansar), sepa usted, pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas, y en ellas los ya dichos y el Bereque y la Curra, con Malgesto y el banderillero, Lamparilla con la muger del herrador, y este con la hija del alguacil, y despues que nos quedamos solos yo y mi chica (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir á los toros por mas que la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechuguino de los bigotillos y la pera, y mi-

ró al balcon del principal; se acercó callandito á la rejilla de la escalera, y dió dos golpecitos, y le abrió la vieja y allá se coló; con que si vuelve el percurador ¿sabe usted que es lance?

—¡Ah, ah, ah!

—Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.

—Pero dígame usted, ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo?

—Qué quiere usted que sea, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos y estan jugando al toro con un gato en la guardilla del rincon.

—¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran, mientras que su pobre padre...

—Pues no para ahí lo mejor, sino que la puerta de ebanista está abierta, y hay quien sospecha del barbero de enfrente, que ha sido aprendiz de herrador, y asi parece hecho para afeitar barbas, como para rapar la bolsa al prójimo.

—Yo no queria decirlo á usted, pero me parece que cuando estaba comiendo vi salir una caña por cierto agujero que encaminándose á la guardilla de la Paca, enganchó por su propia virtud en los pañales que estaban colgados; pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo...

—Ahora que dice usted Bertoldo, ¿no sabe usted que el Cacasenillo del alguacil del número 13 ha dado en requebrar á la Paca, y en querérsela disputar á

su marido y al banderillero, y lo que aun es mas, al matachin del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro á los dominguillos.

—¡Ah, ah, ah...! me ha hecho usted reir con la comparacion, y á fé que es menester haber vivido años para entenderla.

—El año de 89, si mal no me acuerdo.

—Y es la verdad; yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodriguez (que Dios allá tenga) cuando echaron al toro dominguillos: pero á propósito de dominguillo, ¿dice usted que el lechugino quedaba en el principal con la criada?

—Pues, para mientras venga el ama con don Simon.

—¿Y está usted seguro de ello?

—Toma si lo estoy.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Un muchacho como de 22, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalon colorado, levita corta y sombrerito ladeado, bastoncillo y espolines?

—Ese mismo, ese mismo es.

—Pues es el caso que, si no veo mal, paréceme que le miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle con una muchacha de vestido corto, color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y...

—¡Qué! no, no lo crea usted, tia Blasa, si no ha quedado en casa mas moza de esas señas que mi hija.

—Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de usted.

—¿Mi hija? sí, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espulgando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy á ver.

—No se moleste usted, tio Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

IV.

DESPUES DE LA CORRIDA.

—Perdone usted, señor alcalde, que no fue asi como lo ha contao mi mario, porque él se quedó en cá e la Alifonsa durmiendo la mona y no supo naa del sucedido.

—Pues diga usted como fue.

—Yo, señor, ya ve usted, soy una probe muger y no sé espricarme de corrido; pero el señor es mi mario, y su conducta es la que usted ve, siempre borracho y sin trabajar, con que de algun modo ha de comer una y tener cuatro trapos.

—Vamos al caso.

—Pues al caso voy: ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como too el mundo sabe, que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba cuanto ni mas al toro; pues como iba diciendo, este tal me tenia

dicho: « Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces le voy á cortar las pocas narices que le quedan.»

—¡Que sí! decia yo; y como ya ve su señoría ó su merced, el gusto es gusto, y en dengun catecismo he visto el pecado *no mirarás;* yo, ya se ve, no le hacia caso, y...

—Adelante, fue usted con el otro á los toros.

—Pues ahí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no me fui sola; y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozgo yo...

—Al grano, al grano.

—El grano es un grano de anis, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mira, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponia las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre.

—Pero al cabo...

—Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no sé cómo, y yo que me esperaba encontrarle al pie de la calesa, ¿á quién dirán ustedes que encontré? pues fue naa menos que al banderillero, que diciéndome— «¡Ingrata! no, endina (me dijo), ¿es ese el modo de obedecer mis precetos?»

—Yo le dije... pero no, entonces no dije nada, como que estaba encogida; pero solo le hice un gesto, y aun no sé si algo mas. El no me respondió mas que dos ó tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando

á la Curra que venia conmigo la subió por fuerza á la calesa; en seguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo, diciéndome por lo bajo —« Paca, si no subes mato al Chato ;» — y yo, ya ve su señoría, soy muger de bien, y no quiero la muerte de naide.

—¿Con que en fin, qué hizo usted?

—¿Qué habia de hacer? *subí.*

—¿Y despues?

—Despues fue la jarana, porque la Curra, que para servir á su señoría es, segun dicen malas lenguas, muger de Malgesto, empezó á gruñir, y yo tambien, y él nos quiso tranquilizar y nos dió dos ó tres bofetones á cada una; pero nosotras empezamos á menudearle y á menudearnos, y ya ve usía, la defensa es natural; por último, que se espantó el caballo y por poco nos vuelca, pero en fin, nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya habia echado á correr, y luego la Curra, y no he vuelto á saber mas de ellos.

—¿Con que nada mas tiene usted que alegar?

—Nada mas.

—¿Y se ratifica usted en ello?

—Me ratifico en que soy una muger de bien, incapaz de dar escándalos, sino que á veces no puede una...; pero ahora voy á quejarme yo á su señoría, que tambien tengo mi por qué.

—Veamos.

—En primer lugar me quejo de toda la vecindad porque me han robado todo lo que tenia en casa y dejado por puertas.

—¿Y cómo puede usted probar...?

—Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar me quejo de la Curra por catorce arañones y diez pellizcos, amen de algunas bofetadas donde no se puede nombrar; ademas me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme á la carcel, y todo porque le hice una mueca el dia de san Anton, que quiso requebrarme; por último, me quejo de usía, porque desde que es alcalde de este barrio...

—Calle usted, demonio, que ya no la puedo sufrir mas, ó por el alma de mi padre que la ponga una mordaza que no se la caiga tan pronto.

Veamos otro. ¿Usted, buen hombre, qué quejas tiene usted que proponer á la autoridad? Sea breve, y yo le prometo justicia.

—Yo, señor, me llamo Cenon Lanteja, alias Mondongo; tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla.

—Adelante sin mas ribetes, seor Mondongo, que si volviere á echar otro alias, por este baston que empuño que no le baje la multa de cuarenta ducados.

—Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechugino á los toros, y...

—Aqui entro yo, señor alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que despues de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó á los toros, y sabe Dios...

—Señor alcalde, palabra.

—Señor don Simon y muy señor mio, ¡qué gentecita tiene usted en casa!

—Calle usted por Dios, señor, que todas son cuitas; pues ya usted sabe que en el principal tengo una parienta jóven, á quien su tio, oidor de Filipinas, me dejó recomendada al morir.

—Sí, sí, ya lo sé todo, y sé tambien que la convida usted á los toros, y...

—Pues ahí voy: despues de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe usted con lo que me encuentro?

—¿Qué?

—¡Ahí es nada! que al volver con ella á su casa me he hallado en la escalera á un galancete jóven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafia, y...

—Pues no es eso lo mejor, señor don Simon, sino que su esposa de usted, segun me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa á quejarse de su infidelidad, y á ponerle como quien no quiere la cosa demanda de divorcio.

—¿De divorcio?

—Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos, porque como usted tiene ese carácter...

Señor alcalde, señor alcalde.

—¿Alguacil?

—Que vienen á avisar que á la puerta de la taberna de la tia Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas, y han quedado los dos muy mal heridos.

—¡Ay Dios mio! ¡Ellos son!

—¡El Chato!

—¡Malgesto!

—¡Ay, ay, ay!

—Orden, dijo el alcalde pegando un bastonazo en el suelo. ¿Hay aqui algun hombre bueno...? Nadie responde; pues bien, sirva usted, escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia...; á ver, lea usted.

«En la villa de Madrid, á tantos de tal mes &c., »vistos, juzgamos; que debíamos mandar y mandábamos que al muerto, si le hubiere, se le dé cómoda »sepultura, y el herido sea conducido al santo hospital: »que á la llamada Paca la Zandunga, muger del Juancho, se la encierre en galeras por dos años, y lo »mismo á la otra moza, alias la Curra, de estado indirecto: condenamos al zapatero Mondongo á un encierro de tres meses por no haber sabido encerrar »á su hija, y á esta á las Arrepentidas para que tenga »tiempo de llorar sus estravíos: que á la señora del »principal y al amante incógnito se les remita al cura de la parroquia para que los case, bajo partida »de registro; y que cada uno de los vecinos de la casa »pague diez ducados de multa; últimamente, al representante de los mostrencos, don Simon Papirolario, se »condena en las costas del proceso y cien ducados mas; »sin que esta nuestra sentencia pueda perjudicar en lo »mas mínimo á la buena opinion y fama de los causantes; y hágase saber á las partes para su ejecucion y

»debido cumplimiento.—El señor don Crisanto de Ti-
»rafloja, maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, »lo mandó entre dos luces por ante mí el infrascrito »escribano de S. M., hoy lunes 17 del corriente del año »del Señor de 1836.=*Gestas de Uñate.*»

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era *lego* y no la podia dar, á pesar de que la dió; pero luego fueron ante otros jueces *profesos*, y la cosa en sustancia vino á ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encerrona mientras se *sustanciaba* el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fue el resultado de aquel *dia de toros*; la riqueza pública perdió en él, es verdad, áquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura, algunos animales destinados á su fomento; los establecimientos públicos, el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta del pudor y la decencia; y la religion el olvido de los sentimientos mas nobles y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasion de felicitarse y salir gananciosas, á saber: la tabernera Alfonsa, y el escribano don Gestas. ¡Feliz compensacion!

(Mayo de 1836.)

EL DUELO SE DESPIDE EN LA IGLESIA.

I.

EL TESTAMENTARIO.

"Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos
en este mundo traidor,
que aun primero que muramos
las perdemos."

Jorge Manrique.

Solamente otra vez en mi vida me he visto tan apurado... pero entonces se trataba de un padrinazgo de boda que la suerte y mi genio complaciente habíanme deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasion dar rienda suelta á la lengua y al bolsillo, y reir y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces, y echar pullas á los novios, y cantar epitalamios, y disparar redondillas, y llenar de simones la calle, y dar dentera á la vecindad. Mas ahora ¡qué diferencia...! otros deberes mas sérios eran los que exigia de mí la amistad... ¡Funesto privile-

gio de los años, que blanqueando mi cabellera, han impreso en mí aquel carácter de formalidad *legal* que la *Novísima* exige para casos semejantes!

Dia 1.° de marzo era... me acordaré toda mi vida... y acababa yo de despertarme y de implorar la proteccion del Santo Angel de la Guarda, cuando ví aparecer en mi estudio una de estas figuras agoreras que un autor romántico no dudaria en calificar de *siniestro bulto*; un poeta satírico apellidaria *espía del purgatorio*; pero yo, á fuer de escritor castizo, me limitaré á llamar simplemente *un escribano*. Venia, pues, cubierto de negras vestiduras (segun rigorosa costumbre de estos señores, que siempre llevan luto, sin duda porque heredan á todo el mundo), y con semblante austero y voz tembloro-sa y solemne me hizo la notificacion de su nombre y profesion.

—*Fulano de tal, secretario de S. M....*

Confieso francamente que aunque mi conciencia nada me argüia, no pudo menos de sorprenderme aquella exótica aparicion... ¡Un escribano en mi casa! ¿pues en qué puedo yo ocupar á estos señores...? ¿Denuncias...? Yo no soy escritor político, ni tal permita Dios. ¿Notificacion? Con todo el mundo vivo en paz, é ignoro siquiera dónde se vende el papel sellado. ¿Protesta? Un autor no conoce mas letras que las de imprenta. ¿Pues qué puede ser?

—Voy á decírselo á usted, me replicó el escribano,

aunque me sea sensible el alterar por un momento su envidiable tranquilidad.

Ignoro si usted es sabedor de que su amigo don Cosme del Arenal está enfermo.

—¿Cómo? ¿pues cuándo, si hace pocas noches que estuvo jugando conmigo en Levante una partida de dominó?

—Pues en este momento se halla muy próximo á llegar á su Ocaso.

—¿Es posible?

—Sí señor; una pulmonía, de estas pícaras pulmonías de Madrid, que traen aparejada la ejecucion; letras de cambio, pagaderas en el otro barrio á cuatro dias, fijos, y sin cortesía (con arreglo al art. 447, título 9.º libro 2.º del Código de comercio), ha reducido al don Cosme á tal estremidad, que en el instante en que hablamos se halla, como si dijéramos, apercibido de remate, y á menos que la divina Providencia no acuda á la mejora, es de creer que quede adjudicado esta misma tarde al señor cura de la parroquia.

Viniendo ahora á nuestro propósito, debo notificar á usted *pro forma*, como el susodicho don Cosme hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama *in articulo mortis*, á causa de una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento, y declarar su última voluntad, ante mí el infrascrito escribano real y del número de esta M. H. Villa, segun y en los términos en él contenidos, y son como sigue.

Y aqui el secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento desde el *In dei nomine* hasta el signo y rúbrica acostumbrado; y por la dicha lectura vine en conocimiento de que el moribundo don Cosme habia tenido la tentacion (que tentacion sin duda debió de ser) de acordarse de mí para nombrarme su albacea, y encargado de cumplir su disposicion final.

Héme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte, y si me era doblemente sensible y doloroso, déjolo á la consideracion de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fue marchar precipitadamente á la casa del moribundo, para recoger sus últimos suspiros y asistir y consolar á su desventurada familia. Encontré aquella casa en la confusion y desorden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aqui y allí con cataplasmas y vendages; los amigos hablándose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete á llevar el último alcance á la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino á darla aun mayor interes: ya se habia traslucido el papel que me tocaba en ella, que si no era el de primer galan (porque este nadie se le podia disputar al doliente), era por lo menos el de barba característico, y conciliador del

interés escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, parientes, criados y demas referentes al enfermo, me debian consideraciones, que yo no comprendí por el pronto, aunque en lo sucesivo tuve ocasion de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba, el bueno de don Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos críticos entre la vida y la muerte, de que volvió por un instante á fuerza de álcalis y martirios. Su primer movimiento al fijar en mí la vista, fue el de derramar una lágrima; quiso hablarme, pero apenas se lo permitian las fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en muy distantes períodos, creí escucharle estas palabras...

—«Todos me dejan... mis hijos... mi muger... el médico... el confesor...»

—¿Cómo? esclamé conmovido: ¿en qué consiste esto? ¿Por qué causa semejante abandono?

—No haga usted caso (me dijo llamándome aparte un joven muy perfumado, que, sin quitarse los guantes, aparentaba aproximar de vez en cuando un pomito á las narices del enfermo), no haga usted caso, todos esos son delirios, y se conoce que la cabeza... Vea usted, aqui hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañana temprano, pero viendo que no tenia remedio, se despidió y... por señas que dejó sobre la chimenea la certificacion para la parroquia... el confesor queria quedarse, es verdad; pero le hemos disuadido, porque al fin ¿qué se adelanta con entristecer al pobre paciente? En cuanto á la señora, ha sido preciso hacerla

que se separase del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad, que los nervios se resentian, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que da al jardin; por último, los niños tambien incomodaban, y se ha encargado una vecina de llevarlos á pasear.

—Todo eso será muy bueno, repliqué yo, pero el resultado es que el paciente se queja.

—¡Preocupacion! ¿quién va á hacer caso de un moribundo?

—Sin embargo, caballerito, la última voluntad del hombre es la mas respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa á su esposa, interesa á sus hijos, interesa á la sociedad entera el recoger cuidadosamente sus últimos acentos.

—¡Bah! ¡antiguallas del siglo pasado! —dijo el caballerito, y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete del jardin.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes conmovidos por aquel terrible espectáculo, fueron desapareciendo, y solo dos criados, un practicante y yo quedamos á ser testigos de su último suspiro, que á la verdad no se nos hizo esperar largo rato.

II.

EL AJUSTE DEL ENTIERRO.

«Pompa mortis magis terret quam mors ipsa.»

El difunto don Cosme habia casado en segundas nupcias á la edad de 59 años con una muger joven, hermosa y petimetra.... puede calcularse por estas circunstancias la esquisita sensibilidad de la recien viuda, y cuán natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte.

La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó á ser mensagero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa, reclinada en un elegante sofá, y asistida por diversidad de caballeros con la mas interesante solicitud. Al verme entrar la señora, se incorporó, y alargándome su blanca mano, hubo aquello de respirar agitada, y sollozar, y desvanecerse, y caer redonda en el almohadon. Aqui la tribulacion de aquellos rutilantes servidores; aqui el sacar elicsirs y esencias antiespasmódicas; aqui el aflojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro, y hacer aire con el abanico.... ¡Qué apurados nos vimos...! Pero en fin pasó aquel terrible momento, y la viuda pa-

reció en fin resignarse con la voluntad del Señor, y aun nos agradeció á todos nominalmente por nuestros respectivos ausilios, como si ninguno se la hubiera escapado, en medio de la *ofuscacion de su vitalidad*, que asi la llamó mi interlocutor de la alcoba.

Pero como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, vi que era ya llegada la hora de neutralizar la profunda afliccion de la viudita con la lectura del testamento de don Cosme, en el cual este buen señor, con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio), hacia en favor de su consorte todas las mejoras que le permitian nuestras leyes; rasgo de heroicidad conyugal que no dejó de escitar las mas vivas simpatias en la agraciada y en varios de los afligidos concurrentes.

Desde este momento quedé instalado en mi fúnebre encargo, y despues de tomar la vénia de la señora, pasé á dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto, dejando como dejaba su decoro en manos tan entendidas y generosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servia de escena á otra transformacion no menos singular, cual era la que habia esperimentado el difunto en las diligentes manos de los enterradores, de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé á aquel sitio ya me encontré al buen don Cosme convertido en reverendo P. Fr. Cosme, y dispuesto al parecer y resig-

nado á tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como antes que esto pudiera verificarse era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme á ella para negociar el precio y demas circunstancias de aquel viaje final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecedentes de esta historia no me hubieran ya obligado á dilatarme mas que pensé, ocuparia un buen rato la atencion de mis lectores para transcribir aqui el episodio del dicho ajuste, y las diversas escenas de que fui actor ó testigo durante él en el despacho parroquial.

Pero baste decir que despues de largas y sostenidas discusiones sobre las circunstancias del muerto, y la clase de entierro que segun ellas le correspondia; despues de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral; despues de arreglar lo mas económicamente posible la tarifa de *responsos, tumba, crucero, sacerdotes, sacristan, acólitos, capa, clamores, ofrenda, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias, cera de tumba santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa, y oblata cuarta parroquial*, quedó arreglado un entierro muy decentito y cómodo *de segunda clase* en los términos siguientes:

	Reales.
A la parroquia, dependientes y cera.	1712
Ofrenda para los partícipes.	630
Dos bajones y seis cantores con el facistol, á veinte y cuatro rs.	192
Dos filas de bancos.	80
Nicho para el cadáver, y capellan del cementerio.	490
Bayetas para entapizar el suelo y cubrir el banco travesero, diez piezas, á diez rs. y veinte y cuatro mrs.	107—2
Seis hachas para el túmulo, á ocho rs. . . .	48
La cuarta parte de misas para la parroquia.	250
	3509—2

Ya que estuvo esto arreglado convenientemente, solo tratamos de echar, como quien dice, el muerto fuera; pues todo el empeño de los amigos, y aun de la misma viuda, era que no pasara la noche en la casa, por no sé qué temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Hoffman.

En los tiempos antiguos, cuando la civilizacion no habia hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria uno, dos, ó mas dias, con gran acompañamiento de blandones y veladores, responsos y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad, alternaban religiosamente

en su custodia, ó venian á derramar lágrimas y dirigir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la religion y la filosofia encontraban en este patético espectáculo ámplio motivo á las mas sublimes meditaciones.

Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invencion de los nervios (que no data de muchos años), nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aun no habrán enfriado la cama, cuando de incógnito, sin aparato plañidero, y como dicen los franceses *á la derobee*, serán conducidos en hombros de un par de mozos como cualquiera de los trastos de la casa; v. g., una tinaja, un piano, ó una estátua de yeso. Luego que le hayan entregado al sacristan de la parroquia, este le hará colocar en una cueva muy negra y muy fria, y dando el gesto á una rejilla que arranca sobre el piso de la calle, le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela; y se asomarán, y harán muecas al difunto, y dirán á carcajadas: «¡Qué feo está!» y los elegantes al pasar se taparán las narices con el pañuelo, y las damas esclamarán: «¡Jesus qué horror! ¿por qué permitirán esta falta de policía?»

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañanita, con la fresca, le volverán á coger los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente á la llanura de Chamberí, ó le bajarán á las márgenes del Manzanares, donde sin mas formalidad preli-

minar, pasará á ocupar su hueco de pared en aquella monótona anaquelería, con su número corriente y su rótulo que diga: «*Aquí yace don Fulano de tal*;» y sin mas dísticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni coronas de siemprevivas, se quedará tranquilo en aquel sitio, sin esperar otras visitas que las de los murciélagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le venga á dispertar la trompeta del juicio.

Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores, para las humildes sepulturas de la aldea, adonde todos los dias al tocar de la oracion vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos á dirigir al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana que solo la verdadera religion puede inspirar. Nosotros, los madrileños, somos mas desprendidos, para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza á recorrerle.

III.

LA VIUDA.

"Vestida toda de luto,
cédula que dice al aire,
aqui se alquila una boda,
el que quiera que no tarde."
Castro, comedia antigua.

A los cuatro dias de muerto don Cosme se celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes á el Excmo. Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra, por no sé qué fuero militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y ademas, por advertencia de la viuda, que queria absolutamente prescindir de recuerdos dolorosos, no olvidé estampar al

final de la esquela y en muy bellas letras góticas la consabida cláusula de

El duelo se despide en la iglesia.

Llegado el momento del funeral, ocupé con el confesor y un vetusto pariente de la casa el banco travesero ó de ceremonia, y muy luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, amigos y contemporáneos del anciano don Cosme, que venian á tributarle este último obsequio, y de paso á contar el número de bajones y de luces para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto á la nueva generacion, no tuvo por conveniente enviar sus representantes á esta solemnidad, y creyó mas análogo el permanecer en la casa procurando distraer á la señora.

Concluido el *De profundis*, con todo el rigor armónico de la nota, y despues de las últimas preces dirigidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunviral, en tanto que se apagaban las luces, y que las campanas repetian su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías á las que nos eran dirigidas por cada uno de los concurrentes al desfilar hácia la puerta, hasta que cumplido este ligero ceremonial pudimos disponer de nuestras personas. Y sin embargo de que ya la costumbre ha suprimido tambien la solemne recepcion del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pie de banco y yo creimos oportuno el pasar á dar cuenta de nuestra comision á la señora viuda.

Hallábase esta en la situacion mas sentimental, envuelta en gasas negras que realzaban su hermosura, y con un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponia largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, tambien enlutadas, que la tenian cogida de entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una elegía al mismo Tibulo. A uno y otro lado del sofá alternaban interpolados diversas damas y caballeros (todos de este siglo), que en voz misteriosa entablaban *apartes*, sin duda en alabanza del finado.

Nuestra presencia en la sala causó un embarazo general; los duos *sotto voce* cesaron por un momento; la viuda, como que hubo de llamar en su auxilio la *ofuscacion vital* del otro dia; pero luego aquellas amigas diligentes acertaron á distraer su atencion enseñándola las viñetas del «*No me olvides*,» y de aqui la conversacion volvió á reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetia, aunque en vano, su título. Despues se habló de viajes, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura; y la viuda parecia recobrarse á la vista de aquellos halagüeños cuadros, como la mustia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¡Qué consejos tan profundos, qué observaciones tan acertadas se escucharon allí sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor...!

Viendo, en fin, mi compañero y yo que ibamos siendo allí figuras tan exóticas como las del *Silencio* y la *Sorpresa* que adornaban las rinconeras de la sala, tratamos de despedirnos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo!) atravesando la sala é interponiéndose delante de la viuda, compungió su semblante, é iba á improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan *«Que Dios»* y concluyen *«por muchos años,»* cuando yo, observando su imprudencia y lo mal recibido que iba á ser este apóstrofe estemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré hácia la puerta diciéndole: «Hombre de Dios, ¿qué va usted á hacer? ¿no sabe usted que *El duelo se ha despedido en la iglesia*?»

(*Junio de* 1837.)

EL CESANTE.

»Les hommes en place ne sont que des patins; coupez le fil qui le faisoit mouvoir, le pantin reste inmovile »

Diderot.

La sociedad moderna con su movilidad y fantasías ofrece al escritor filósofo usos tan estravagantes, caractéres tan originales que describir, que espontáneamente y sin violencia alguna han de hacerle distinguirse entre los que le precedieron en la tarea de pintar á los hombres y las cosas en tiempos mas unísonos y bonancibles.

Uno de estos tipos peculiares de nuestra época, y tan frecuentes en ella como desconocidos fueron de nuestros mayores, es sin duda alguna el hombre público reducido á esta especie de muerte civil, conocida en el diccionario moderno bajo el nombre de *cesantía*, y ocasionada no por la notoria incapacidad del sugeto, no por la necesidad de

su reposo, no en fin por delitos ó faltas cometidas en el desempeño de su destino, sino por un capricho de la fortuna, ó mas bien de los que mandan á la fortuna, por un vaiven político, por un *fiat* ministerial, por aquella ley, en fin, de la física que no permite á dos cuerpos ocupar simultáneamente un mismo espacio.

Fontenelle solia decir que el *Almanak royal* era el libro que mas verdades contenia; si hubiera vivido entre nosotros y en esta época, no podria aplicar igual dicho á nuestra *Guia de forasteros.* Esta (segun los mas modernos adelantamientos) no rige mas que el primer mes del año; en los restantes solo puede consultarse como documento histórico; como el ilustre panteon de los hombres que pasaron; monetario roñoso y carcomido; museo antiguo, ofrecido á los curiosos con su olor de polvo y su ambiente sepulcral.

Fueron ya los tiempos en que el afortunado mortal que llegaba á hacerse inscribir en tan envidiado registro, podia contar en él con la misma inamovilidad que los bienaventurados que pueblan el calendario. En aquella eternidad de existencia, en aquella unidad clásica de accion, tiempo y lugar, los destinos parecian segundos apellidos, los apellidos parecian vinculados en los destinos. Ni aun la misma muerte bastaba á las veces á separar los unos de los otros; trasmitíanse por herencia directa ó transversal, descendente ó ascendente; á los hijos, á los nietos, á los hermanos, á los tios, á los sobrinos; muchas veces á las viudas, y hasta los parientes en quinto grado. De este

modo existian familias, verdaderos planteles (*pepinieres* en francés) para las respectivas carreras del estado; tal para la iglesia, cual para la toga, esta para el palacio, estotra para el foro, aquella para la diplomacia, una para la militar, otra para la rentística, cuales para la municipal, y hasta para la porteril y alguacilesca; familias venerandas, providenciales, dinásticas, que parecian poseer esclusivamente el secreto de la inteligencia de toda carrera, y trasmitirlo y dispensarlo únicamente á los suyos, cual el inventor de un bálsamo antisifilítico, ó de un emplasto febrífugo, endona y transmite sigilosamente á su presunto heredero el inestimable secreto de su receta.

Desgraciadamente (para ellas) estos tiempos desaparecieron, y con ellos el esclusivo monopolio de los empleos y distinciones sociales. Hoy estos corren las calles y las plazas, y penetran en los salones, y suben á las guardillas; y bajan al taller del artesano, y arrancan al escolar del aula, y al rústico de la aldea, y al comerciante de la tienda, y al atrevido escritor de la redaccion de su periódico; pero á par de esta universalidad de derecho, de esta posibilidad en su adquisicion á todas las condiciones, á todos los individuos, asi es tambien la inconstancia de su posesion, la veleidosa rapidez de su marcha. Semejantes á los actores de nuestros teatros, los hombres públicos del dia aprenden costosamente su papel, y no bien le han ensayado, cuando ya se les reparte otro ó se quedan las mas veces para *comparsas*. Hoy de magnates, ma-

ñana de plebe; ora dominantes, luego dominados; tan pronto de Césares, tan luego de Brutos; ya de la oposicion, ya de la resistencia; cuándo levantados como ídolos, cuándo arrastrados por los pies.

Esta porcion agitada, esta masa flotante de individuos que forma lo que vulgarmente suele llamarse *la patria*, viene á constituir el mas entretenido juego teatral para el modesto espectador que, sentado en su luneta y sin otra obligacion que la de pagar cuando se lo mandan (obligacion no por cierto la mas lisongera ni agradecida), apenas tiene tiempo de formarse una idea bien clara de los actores ni aun del drama, y con la mayor buena fe, atento siempre á los movimientos del patio, aplaude lo que este aplaude, y silba cuando este tiene por conveniente silbar.

Pero dejemos á un lado los hombres en accion; prescindamos de este cuadro animado y filosófico, digno de las plumas privilegiadas de un Cervantes ó del autor de Gil Blas; mi debil paleta no alcanza á combinar acertadamente los diversos colores que forman su conjunto; y volviendo á mi primer propósito, solo escogeré por objeto de este artículo aquellas otras figuras que hoy suelen llamarse *pasivas*; dejaremos los hombres *en plaza* por ocuparnos de los hombres *en la calle*; los empleados *de labor*, por los empleados *de barbecho*; los que con mas ó menos aplauso ocupan las tablas, por aquellos á quienes solo toca abrir los palcos ó encender las candilejas.

Como no todos los lectores de este artículo tienen

obligacion de haberlo sido de todos mis anteriores cuadros de costumbres, muchos habrá que no tengan noticia de las varias figuras que segun lo ha exigido el argumento han salido á campear en esta mágica linterna. Tal podrá suceder con *don Homobono Quiñones*, empleado antiguo y ex-vecino mio, cuyo caracter y semblanza me tomé la libertad de rasguñar en el artículo titulado *El dia* 30 *del mes* (1).

Cinco años han transcurrido desde entonces, y en ellos los sucesos, marchando con inconcebible rapidez, han arrastrado tras sí los hombres y las cosas, en términos que lo de ayer, es ya antiguo; lo del año pasado, inmemorial.

Pongo en consideracion del auditorio qué parecerá don Homobono, con sus sesenta y tres cumplidos, su semblante jovial y reluciente, su peluca castaña, su corbata blanca, su vestido negro, su paraguas encarnado, y sus zapatos de castor; ni si un hombre que no se sienta á escribir sin haberse puesto los guardamangas, que no empieza ningun papel sin la señal de la cruz, ni le concluye sin añadirle puntos y comas, podia alternar decorosamente con los modernos funcionarios en una oficina *montada* segun los nuevos adelantamientos de la ciencia administrativa.

No es, pues, de estrañar que pesadas todas aquellas circunstancias, y puestos en una balanza la peluca del don Homobono, sus años y modales, su añejo formu-

(1) Véase el tomo I.

lario su letra de Palomares, sus anteojos á la Quevedo, su altísimo bufete y sus carpetas amarillas; y colocadas en el otro peso las flamantes cualidades de un joven de 28, rubicundo Apolo, con sus barbas de á tercia, y su peinado á la Villamediana, su letra inglesa, sus espolines y su lente, su erudicion romántica, y la estension de sus viajes y correrías; no es de estrañar, repito, que todas estas grandes cualidades inclinasen la balanza á su favor, suspendiendo en el aire al don Homobono, aunque se le echasen de añadidura sus treinta años de servicio puntual, sus conocimientos prácticos, su honradez y probidad no desmentidas. Verdad es que para neutralizar el efecto de estas cualidades, cuidó de echarse mano de algunas muletillas relativas á las opiniones del don Homobono; v. g., si no leia mas periódicos que el Diario; si rezaba ó no rezaba novenas á santa Rita; y si paseaba ó no paseaba todas las tardes hácia Atocha con un ex-consejero del ex-consejo de la ex-hacienda.

Sea, pues, de estas causas la que quiera, ello fue en fin, que una mañanita temprano, al tiempo que nuestro *bonus vir* se cepillaba la casaca y se atusaba el peluquin para trasladarse á su oficina, un cuerpo estraño á manera de portero se le interpone delante y le presenta un pliego á él dirigido con la S. y la N. de costumbre; el desventurado rompe el sello fatal, no sin algun sobresalto en el corazon (que no suele engañar en tales ocasiones), y lee en claras y bien terminantes palabras que S. M. ha tenido á bien declararle *cesante*, proponiéndose tomar en consideracion sus servicios &c., y

terminando el ministro su oficio con el obligado sarcasmo del »*Dios guarde á usted muchos años.*»

Hay circunstancias en la vida que forman época, por decirlo asi; y el tránsito de una ocupacion constante á un indefinido reposo, de una tranquila agitacion á una agitada tranquilidad, no es por cierto de las menores peripecias que en este pícaro drama de nuestra existencia suelen venir á aumentar el interés de la accion. Don Homobono, que por los años de 1804 habia logrado entrar de meritorio en su oficina, por el poderoso nflujo de una prima del cocinero del secretario del príncipe de la Paz, y no habia pensado en otra cosa que en ascender por rigorosa antigüedad, se hallaba por primera vez de su vida en aquella situacion excéntrica, despues de haber visto pasar sobre su impermeable cabeza todos los sistemas retrógados y progresivos, todas las formas de gobierno conocidas de antiguos y modernos.

Volvió, pues, á su despacho; dejó en él con dignidad teatral los papeles y el cortaplumas; pasó al cuarto de su esposa, con la que alternó un rato en escena jaculatoria; tomó una copita de Jerez (remedio que aunque no le apuntó el andaluz Séneca, no deja de ser de los mas indicados para la tranquilidad del ánimo), y ya dadas las once, se trasladó en persona á la calle, donde es fama que su presencia á tales horas, y en un dia de labor, ocasionó una consternacion general, y hasta los mas reflexivos de los vecinos del barrio auguraron de semejante acontecimiento graves trastornos en nuestro globo sublunar.

Yo quisiera saber qué se hace un hombre cuando le sobra la vida; quiero decir, cuando tiene delante de sí seis horas que acostumbraba á prescindir de su imaginacion entre los estractos y los informes. ¿Oir misa? Don Homobono tenia la costumbre de asistir á la primera de la mañana, y por consecuencia ya la habia oido. ¿Sentarse en una librería? En su vida habia entrado en ninguna, mas que una vez cada año para comprar el calendario. ¿Pararse en la calle de la Montera? Todos los actores de aquel teatro le eran desconocidos. ¿Entrar en un café? ¿Qué se diria de la formalidad de nuestro héroe? No habia, pues, mas remedio que ir á dar tormento á una silla en casa de algun amigo, y por cuanto y no este amigo en quien recayó la eleccion fue desgraciadamente un servidor de ustedes.

Dejo á un lado mi natural estrañeza por semejante visita y á tales horas; prescindiré tambien en gracia de la brevedad, de la apasionada relacion de su cuita que me hizo el buen don Homo; estas cosas son mejor para escuchadas que para escritas, y acaso en mi pluma parecerian pálidos y sin vida razonamientos que en su boca iban acompañados de todo el fuego del sentimiento. Dejando, pues, á un lado estas hipérboles que cada uno de los lectores (y mas si es cesante) sabrá suplir abundantemente, vendremos á lo mas sustancial de nuestro diálogo, quiero decir, á aquella parte que tenia por objeto demandar consejo y formar planes de vida para lo sucesivo.

Cosa bien dificil, por no decir imposible del todo, es dar nueva direccion á un tronco antiguo, y cambiar la existencia de un ser humano, cuando ya los años han hecho de la costumbre la condicion primera del vivir. ¿Qué podia yo aconsejar á nuestro buen cesante en este sentido, aun cuando hubiera llamado á mi auxilio todas las disertaciones de los filósofos antiguos (que no fueron cesantes), y de los modernos, que no sabrian serlo?

Semejante al pez á quien una mano inhumana arrancó de su elemento, pugnaba el desgraciado con la esperanza de volver á sumergirse en él; ideaba nuevas pretensiones: recorria la nomenclatura de sus amigos y de los mios, por si alguno podia servirle de apoyo en su demanda; traia á la memoria sus olvidados servicios á todos los gobiernos posibles; y ya se preparaba á visitar antesalas, y gastar papel sellado; pero yo que le contemplaba con tranquilidad; yo, que miraba su casacon y su peluca, visiblemente retrogados y opuestos, como quien nada dice, á la marcha del siglo; yo, que sabia que su delito capital era el ocupar una placita que habia caido en gracia para darla por via de dote con una blanca mano al joven barbudo; yo, en fin, que consideraba lo inutil de todas las diligencias, lo escusado de todas las fatigas del buen viejo, traté de disuadirle, no sin grave dificultad, ofreciendo á su imaginacion otras perspectivas mas gratas que los desaires del ministro y las groserías de los porteros.

Habléle de las dulzuras de la vida doméstica; de la

independencia en que entraba de lleno al fin de sus dias; hícele una pintura Virgiliana de los placeres de la vida del campo, escitándole á abandonar la corte, esta colonia de los vicios (como decia el buen cortesano Argensola), y á pasar tranquilamente el resto de su vida cultivando sus campos, ó inspeccionando sus ganados. Pero á todo esto me contestó con algunas pequeñas dificultades, tales como que no tenia campos que cultivar, ni ganados que poder dirigir; que solo contaba con una muger altiva y exigente, con unos hijos frívolos y mal educados, con una bolsa vacía, con algunos amigos egoistas, con necesidades grandes, con esperanza ninguna.

—Pues escriba usted (le dije como inspirado), y gane con la pluma su sustento y su reputacion.

—¡Escribir, escribir! (me interrumpió el pobre hombre) ¿usted sabe el trabajo que me cuesta el escribir? ¿usted sabe que el dia que mejor tengo el pulso, podria con dificultad concluir un pliego de líneas anchas y de letra redonda, de la que ya por desgracia no está en moda? Y luego al cabo de ese trabajo, ¿qué me resultaria de ganancia? Una peseta, como quien dice, todo lo mas, y esto... (prosiguió derramando una lágrima), despues de humillarme y...

—Calle usted por Dios (le interrumpí), calle usted, pues, y no prosiga en delirio semejante. Cuando yo le aconsejaba escribir, no fue mi idea el que se metiese á escribiente, nada de eso, no señor. Mi intencion fue elevarle á la altura de escritor público, á esta que ahora

se llama «alta mision de difundir las luces,» «público tribunado de la multitud,» «apostólica tarea de los hombres superiores,» y otros dictados asi, mas ó menos modestos. Y en cuanto al contenido de sus escritos, eso me daba que fuesen propios ó cuyos, parto de su imaginacion ó adopciones benéficas; que no seria usted el primero que en esta materia se vistiese de prendería; y sepa que las hay literarias y políticas, donde en un santiamen cualquier hombre honrado puede encontrar hecho el ropage que mas cuadre á su talle y apostura.

—En medio de muchas cosas que se me han escapado, creo haber llegado á entender (me replicó don Homobono), que usted me aconseja que publique mis pensamientos.

—Cabalmente.

—Está bien, señor Curioso; y ¿sobre qué materia parécele á usted que me meta á escribir?

—Pregunta escusada, señor mio, sabiendo que hoy dia, como no sea yo y algun otro pobre diablo, nadie se dedica á otras materias que no sean las materias políticas.

—Pero es el caso, señor Curioso, que yo no sé qué cosa sea la política.

—Pues es el caso, señor don Homobono, que yo tampoco.

—¡Medrados quedamos!

Despues de un rato de silencio contemplativo, nos miramos ambos á las caras, como buscando el medio de añudar el roto hilo de nuestro diálogo, hasta que

yo, dándole una palmada en el hombro, le dije con tono solemne y decidido.

—Haga usted la oposicion.

—¿Y á qué, señor Curioso, si usted no lo ha por enojo?

—¡Buena pregunta por cierto! *Al poder.*

—Cada vez le entiendo á usted menos. Si usted me habla de oposicion pública, es bien que le diga que este destino mio (que Dios haya) no es de los que suelen darse por oposicion como las cátedras y prebendas.

—O usted, don Homobono, no conoce una sola voz del diccionario moderno, ó yo me esplico en hebreo.... Hombre de Barrabás, ¿de qué oposiciones me está usted hablando? La oposicion que yo le aconsejo es la oposicion política, la oposicion ministerial, que segun los autores mas esclarecidos, suele dividirse en dos clases: oposicion *sistemática* y oposicion *de circunstancias;* quiero decir (porque segun los ojos y la boca que va usted abriendo veo que no me entiende una palabra), quiero decir que usted debe de hoy mas constituirse en fiscal, acusador, contrincante, denunciador, y opuesto á todos los altos funcionarios (que es á lo que llamamos *el poder*), y añadir el cañon de su pluma al órgano periodístico (que es lo que llamamos *la opinion pública*).

—Y despues de haber hecho todo eso (caso de que yo supiera hacerlo), ¿qué bienes me vendrán con esa gracia?

—¡Qué bienes dice usted! ¡ahí que no es nada! Des-

de luego una corona cívica adornará su frente, y podrá contar de seguro con una buena racion de aura popular, cosa de inestimable valor, y sobre lo cual han hablado mucho los filósofos griegos; pero como usted no es filósofo griego, y por el gesto que va poniendo veo que nada de esto le satisface, le añadiré como cosa mas positiva que aun podrá conseguir otros frutos mas materiales y tangibles; que acaso el miedo que llegará á inspirar, pueda mas que su mérito; acaso el poder se doblará á su látigo; acaso le tenderá la mano; acaso le asociará á su elevacion y... ¿qué destino tenia usted?

—Oficial de mesa de la contaduría de...

—¡Pues qué menos que intendente ó covachuelo!

—¿De veras?

—De veras.

—¡Ay señor Curioso de mi alma! ¿por dónde y cuándo debo empezar á escribir?

—Por cualquiera lado y á todas horas no le faltará motivo; pero supuesto que usted ha sido empleado durante treinta años, con solo que cuente sencillamente lo que en ellos ha visto, le sobra materia para mas de un tratado de política sublime, de perpétua y ejemplar aplicacion.

—Usted me ilumina con una idea feliz; ahora mismo vuelo á mi casa y... ya me falta el tiempo... ¡ah...! se me olvidaba preguntar á usted ¿qué título le parece á usted que podria poner á mi obra?

—Hombre, segun lo que salga.

« Si sale con barbas, sea san Anton,
y sino, la pura y limpia Concepcion.»

Pero segun le miro á usted paréceme que á su folleto, libro ú cronicon, ó lo que sea, no le cuadraria mal el titulillo de *Memorias de un cesante.*

—Cosa hecha (dijo levantándose mi interlocutor y estrechándome la mano), cosa hecha, y antes de quince dias me tiene usted aqui á leer el borrador; y como Dios nuestro Señor (añadió entusiasmado) quiera continuarme el fuego que en este instante me inspira, creo, señor Curioso, que no se arrepentirá usted de haber proporcionado á la patria un publicista mas.

(Agosto de 1837.)

EL ARQUILER DE UN CUARTO.

"Las riquezas no hacen rico; mas ocupado; no hacen señor; mas mayordomo."
Celestina.

A los que acostumbran mirar las cosas solo por la superficie, suele parecerles que no hay vida mas descansada ni exenta de sinsabores que la de un propietario de Madrid. Envidiando su suerte, entienden que en aquel estado de bienaventuranza nada es capaz de alterar la tranquilidad de tan dichoso mortal, al cual (segun ellos) bástale solo saber las primeras reglas de la aritmética para recibir puntualmente y á plazos periódicos y seguros el inagotable manantial de su propiedad.—«¡Si yo fuera propietario (dicen estos tales), qué vida tan regalona habia de llevar! De los treinta dias del mes, los veinte y nueve los pasaria alter-

nando en toda clase de placeres en el campo y en la ciudad, y solo doce veces al año dedicaria algunas horas á recibir el tributo que mis arrendatarios llegarian á ofrecerme. Tanto de este, tanto del otro, cuanto del de mas allá; suman tanto...; bien puedo descansar y divertirme, y reir por el dia, y roncar por la noche, y compadecerme de la agitacion del mercader, y de la dependencia del empleado, y del estudio del literato, y de la diligencia del médico, y del trabajo, en fin, que todas las carreras llevan consigo.»—

Esto dicen los que no son propietarios: escuchemos ahora á los que lo son; pero no los escuchemos, porque esto seria cuento de no acabar; mirémosles solamente hojear de continuo sus libros de caja para ajustar á cada inquilino su respectivo *debe* y *haber* (porque un propietario debe saber la teneduría de libros y estar enterado de la partida doble); veámosle correr á su posesion, y llamar de una en otra puerta con aire sumiso y demandante, y recibir por toda respuesta un «No está el amo en casa.»—«Vuelva usted otro dia.» —«Amigo, no me es posible; los tiempos... ya ve usted cómo estan los tiempos...»—«Yo hace veinte dias que no trabajo.»—A mí me están debiendo ocho meses de mi viudedad.»—Yo estoy en enero.»—Yo en octubre de 35.»—Pues yo, señores mios (dice el propietario), estoy en diciembre de 1840 para pagar adelantadas las contribuciones, con que si ustedes no me ayudan...

Otros la toman por diverso estilo... — «Oiga usted, señor casero, en esta casa no se puede vivir de chinches;

es preciso que aqui ponga cielo raso.»—«Yo quiero que me blanquee usted el cuarto.»—«Yo que me desatasque usted el comun.»—«Yo que me ensanche la cocina.»—«Yo que me baje la buhardilla.»

Mirémosle, pues, regresar á su casa tan lleno el pecho de esperanzas, como vacío el bolsillo de realidades, y dedicarse luego profundamente á la lectura del Diario y la Gaceta (porque un propietario debe ser suscritor nato á ambos periódicos) para instruirse convenientemente de las disposiciones de la autoridad sobre policía urbana, y saber á punto fijo cuándo ha de revocar su fachada, cuándo ha de blanquear sus puertas, cuándo ha de arreglar el pozo, cuándo ha de limpiar el tejado; ó bien para estudiar los decretos concernientes á contribuciones ordinarias y estraordinarias, y calcular la parte de propiedad de que aun se le permite disponer. Veámosle despues consultar los libros forenses, la Novísima recopilacion y los autos acordados (porque un propietario debe ser legista teórico y práctico), con el objeto de entablar juicios de conciliacion y demandas de despojo. Escuchémosle luego defender su derecho ante la autoridad (porque el propietario debe tambien ser elocuente), para convencerla de que el medianero debe dar otra salida á las aguas, ó que el inquilino tiene que acudirle con el pago puntual de sus alquileres, cosa que de puro desusada ha llegado á ponerse en duda. Oigámosle mas adelante dirimir las discordias de los vecinos sobre el farol que se rompió, el chico que tiró piedras á la ventana de la otra buhar-

dilla, el perro que no deja dormir á la vecindad, el zapatero que se emborracha, la muger del sastre que recibe al cortejo, el albañil que apalea á su consorte, el herrador que trabaja por la siesta, la vieja del entresuelo que protege á la juventud, el barbero que cortó la cuerda del pozo, y otros puntos de derecho vecinal, para resolver sobre los cuales es preciso que el propietario tenga un espíritu conciliador, un alma grande, una capacidad electoral, una presencia magestuosa, actitudes académicas, sonora é imponente voz. Por último, veámosle entablar diálogos interesantes con el albañil y el carpintero, el vidriero y el solador, y disputar sobre *panderetes*, y *bajadas*, y *crujias*, y *solarones*, y *emplomados*, y *rasillas*, y nos convenceremos de que el propietario tiene que saber por principios todos aquellos oficios, y encerrar en su cabeza todo un diccionario tecnológico; y cuenta, que esto no ha de salvarle de repartir por mitad con aquellos artífices el líquido producto de su propiedad.

Pero en ninguno de los casos arriba dichos ofrece tanto interes al espectador la situacion de nuestro propietario, como en el acto solemne en que va á proceder á *el alquiler de un cuarto*.

Figurémonos un hombre de cuatro pies, aunque sustentándose ordinariamente en dos, frisando en la edad de medio siglo; rostro apacible, sereno y vigorizado por cierto rosicler... el rosicler que infunde una bolsa bien provista; los ojos vivos, como del que sabe estar alerta contra las seducciones y las estafas; las narices pronun-

ciadas, como de un hombre que acostumbra á oler de lejos la falta de pecunia; la frente pequeña, señal de perseverancia; los labios gruesos y adelantado el inferior, en muestra de grosería y avaricia; las orejas anchas y mal conformadas, para ser sensibles á los encantos de la elocuencia; y amenizado el resto de su persona con un cuello toril en diámetro, y tan corto de talla, que la punta de la barba viene á herirle la paletilla; con unos hombros atléticos; con una espalda como una llanura de la Mancha; con unas piernas como dos guardacantones; y colocada sobre entrambas una protuberante barriga, como la muestra de un reloj sobre dos columnas, ó como un caldero vuelto del reves, y colgado en una espetera.

Envolvamos esta fementida estampa en siete varas de tela de algodon, cortada á manera de bata antigua; cubramos sus desmesurados pies con anchas pantuflas de paño guarnecidas de pieles de cabrito; y coloquemos sobre su cabeza un alto bonete de terciopelo azul, bordado de pájaros y de amapolas por las diligentes manos de la señora propietaria. Coloquémosle asi ataviado en una profunda silla de respaldo, con la que parece identificada su persona, segun la gravedad con que en ella descansa; haya delante un espacioso bufete de forma antigua, profusamente adornado de legajos de papeles y títulos de pergamino, animales bronceados y frutas imitadas en piedra, manojos de llaves, y padrones impresos; y ataviemos el resto del *estudio* con un reloj aleman de longanísima caja, un estante para libros, aunque va-

cio de ellos, dos figuras de yeso, unas cuantas sillas de Vitoria, y un plano de Madrid de colosales dimensiones. Y ya imaginado todo esto imaginémonos tambien que son las ocho de la mañana, y que nuestro casero, despues de haber dado fin á sus dos onzas de chocolate, abre solemnemente su audiencia á los postulantes que van entrando en demanda de la habitacion desalquilada.

—Buenos dias, señor administrador.

—Dueño, para servir á usted.

—Por muchos años.

—¿En qué puedo servir á usted?

—En poca cosa. Yo, señor dueño, acabo de ver una habitacion perteneciente á una casa de usted en la calle de... y si fuera posible que nos arreglásemos, acaso podria convenirme dicha habitacion.

—Yo tendria en ello un singular honor. ¿Ha visto usted el cuarto? ¿Le han instruido á usted de las condiciones?

—Pues ahí voy, señor casero, yo soy un hombre que no gusta de regatear; pero habiéndome dicho que el precio es de diez reales diarios, paréceme que no estaria demas el ofrecer á usted seis con las garantías necesarias.

—Conócese que usted gusta de ponerse en razon; pero como cada uno tiene las suyas, á mí no me faltan para haber puesto ese precio á la habitacion.

—Pero ya usted se hace cargo de la calle en que está; si fuera siquiera en la de Carretas...

—Entonces probablemente la hubiera puesto en quince reales.

—Luego la sala es pequeña y con solo un gabinete; si tuviera dos...

—Valdria ciertamente dos reales mas.

—La cocina oscura y...

—Es lástima que no sea clara, porque entonces hubiera llegado al duro.

—El despacho es pequeño y los pasillos...

—En suma, señor mio, yo por desgracia solo puedo ofrecer á usted el cuarto tal cual es, y como antes dijo que le acomodaba...

—Sí; pero el precio...

—El precio es el último que ha rentado.

—Mas ya usted ve, las circunstancias han cambiado.

—Las casas no.

—Los sueldos se han disminuido.

—Las contribuciones se aumentan.

—Los negocios estan parados.

—Los albañiles marchan.

—¿Con que es decir que no nos arreglamos?

—Imposible.

—Dios guarde á usted.

—Dios guarde á usted... Entre usted, señora.

—Beso á usted la mano.

—Y yo á usted los pies.

—Yo soy una señora viuda de un capitan de fragata.

—Muy señora mia; mal hizo el capitan en dejarla á usted tan joven y sin arrimo en este mundo pecador.

—Sí señor, el pobrecito marchó de Cádiz para dar la vuelta al mundo, y sin duda hubo de darla por el otro, porque no ha vuelto.

—Todavia no es tarde... ¿y usted, señora mia, trata de esperarle en Madrid por lo visto?

—Sí señor; aqui tengo varios parientes de distincion; el conde del Cierzo, la marquesa de las siete Cabrillas, el baron del Capricornio, y otros varios personages que no podrán menos de ser conocidos de usted.

—Señora, por desgracia soy muy terrestre y no me trato con esa corte celestial.

—Pues como digo á usted, mi prima la marquesa y yo hemos visto el cuarto desalquilado, y, lo que ella dice, para tí que eres una persona sola, sin mas que cinco criados... aunque la casa no sea gran cosa...

—¿Y el precio, señora, qué le ha parecido á mi señora la marquesa?

—El precio será el que usted guste, por eso no hemos de regañar.

—Supongo que usted, señora, no llevará á mal que la entere como forastera de los usos de la corte.

—Nada de eso, no señor; yo me presto á todo... á todo lo que se use en la corte.

—Pues señora, en casos tales, cuando uno no tiene el honor de conocer á las personas con quien habla, suele exigirse una fianza y...

—¿Habla usted de veras? ¿Y yo, yo, doña Men-

cía Quiñones, Rivadeneira, Zúñiga de Moron, habia de ir á pedir fianzas á nadie? ¿y para qué? ¿para una fruslería como quien dice, para una habitacioncilla de seis al cuarto que cabe en el palomar de mi casa de campo de Chiclana? Como soy, señor casero, que eso pasa ya de incivilidad y grosería, y siento haber venido sola y no haberme hecho acompañar siquiera por mi primo el freire de Alcántara, para dar á conocer á usted quién yo era.

—Pues señora, si usted, á Dios gracias, se halla colocada en tan elevada esfera, ¿qué trabajo puede costarle el hacer que cualquiera de esos señores parientes salga por usted?

—Ninguno, y á decir verdad no desearian mas que poder hacerme un favor; pero...

—Pues bien, señora, propóngalo usted y verá cómo no lo estrañan, y por lo demas, supuesto que usted es una señora sola...

—Sola, absolutamente; pero si usted gusta de hacer el recibo á nombre del caballero que vendrá á hablarle, que es hermano de mi difunto, y suele vivir en mi casa las temporadas que está su regimiento de guarnicion...

—¡Ay, señora! pues entonces me parece que la casa no la conviene, porque como no hay habitaciones independientes... luego tantos criados...

—Diré á usted; los criados pienso repartirlos entre mis parientes y quedarme sola con una niña de doce años.

—Pues entonces ya es demasiada la casa, y aun paréceme, señora, que la conversacion tambien.

A este punto llegaban de ella, cuando entra el criado con una esquela de un amigo rogando á nuestro casero que no comprometiera su palabra, y reservase el cuarto para unos señores que iban á llegar á Madrid: con esta salvaguardia, el propietario despacha á la viudita, pero sigue recibiendo á los que vienen despues; entre ellos un empleado de quien el diestro propietario se informa cuidadosamente sobre el estado de las pagas, y compadeciéndose con el mayor interes de que todavia le tuviesen en enero, le despacha con la mayor cordialidad; despues acierta á entrar un militar que con aire de campaña reclama la preferencia, y á las razones del casero responde con amenazas, de suerte que este hace la resolucion de no alquilarle el cuarto, por no tener que sostener un desafio mensual; mas adelante entra un hombre de siniestro aspecto y asendereada catadura, que dice ser agente de negocios y vivir en un cuarto cuarto (vulgo buhardilla); despues entra una vieja que quiere la habitacion para subarrendarla en detalle á cinco guardias de corps; mas adelante entra un perfumado caballero que lo pide para una joven huérfana y se promete á salir por fiador de ella, y aun á poner á su nombre el recibo; mas allá se presenta otra señora acompañada de dos hermosas hijas que arrastran blondas y rasos, y cubren sus cabezas con elegantes sombrerillos, y tocan el piano, segun parece, y bai-

lan que es un primor; «y tan virtuosas y trabajadoras las pobrecitas (dice la mamá), que todo esto que usted vé lo adquieren con su trabajo, y nada nos falta, bendito Dios.»

—Él, señora, premia la laboriosidad y protege la inocencia... mas sin embargo, siento decirlas que el cuarto no puede ser para ustedes.—

Estando en esto vuelve el criado á decir que el amigo que queria el cuarto ya no le quiere, porque á los señores para quien era, no les ha gustado;—que la otra señora que se convenia á todo, tampoco, porque despues ha reparado que no cabe el piano en el gabinete;—que el militar ha quitado los papeles y dice que el cuarto es suyo, quiera ó no quiera el casero;—que el llamado agente de negocios, al tiempo que lo vió se llevó de paso ocho vidrios de una ventana, cuatro llaves, y los hierros de la hornilla;—que dos manolas que lo habian visto, habian pintado con carbon un figuron harto obsceno en el gabinete;—que unos muchachos habian roto las persianas y atascado el comun;—y por último (y era el golpe fatal para nuestro casero), que una amiga á quien nada podia negar, queria el cuarto; pero con la condicion de pintarlo todo, y abrir puertas en los tabiques, y poner tabiques en las puertas, y ensolarlo de azul y blanco, y blanquear la escalera, y poner chimenea en el gabinete... en punto á fiadores daba solo sus bellos ojos, harto abonados y conocidos de nuestro Quasimodo; y en cuanto al precio, solo quedaba sobreentendida una condicion, á saber: que fuera este el que quisiera, el

casero no se lo habia de pedir, pero ella tampoco se lo habia de pagar.

Asi concluyó este *alquiler*, sin mas ulteriores resultados que una escena de celosía entre el casero y su esposa, una multa de diez ducados por no haber dado el padron al alcalde á su debido tiempo, y un blanco de algunas páginas en su libro de caja, por aquella parte que se referia á la habitacion arriba dicha.

(Agosto de 1837.*)*

EL ROMANTICISMO Y LOS ROMANTICOS.

> « Señales son del juicio
> ver que todo lo perdemos,
> unos por carta de mas
> y otros por carta de menos. »
> *Lope de Vega.*

Si fuera posible reducir á un solo eco las voces todas de la actual generacion europea, apenas cabe ponerse en duda que la palabra *romanticismo* pareceria ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que asi aplicamos á las personas como á las cosas, á las verdades de la ciencia como á las ilusiones de la fantasía; esta palabra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definicion exacta que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuántas controversias han pro-

digado los sabios para resolver acertadamente esta cuestion! y en ellos ¡qué contradiccion de opiniones! ¡qué estravagancia singular de sistemas...!—«¿Qué cosa es romanticismo...?»—(les ha preguntado el público;) y los sabios le han contestado cada cual á su manera. Unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros por el contrario, que no podia ser sino lo escrupulosamente histórico; cuáles han creido ver en él la naturaleza en toda su verdad; cuáles la imaginacion en toda su mentira; algunos han asegurado que solo era propio á describir la edad media; otros le han hallado aplicable tambien á la moderna; aquellos le han querido hermanar con la religion y con la moral; estos le han echado á reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay, por último, quien sostiene que su condicion es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generacion de este pretendido descubrimiento, de este mágico talisman, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados al través de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar á él la literatura y las bellas artes que por su caracter vago permiten mas libertad á la fantasía, ha adelantado su aplicacion á los preceptos de la moral, á las verdades de la historia, á la severidad de las ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseña todas las estravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa á la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye á corromperla mas

con la inmoralidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia; el poeta, que finge una sociedad fantástica y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar á la naturaleza aun mas hermosa que en su original; todas estas manías que en cualesquiera épocas han debido existir, y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por estravios de la razon ó debilidades de la humana especie; el siglo actual, mas adelantado y perspicuo, las ha calificado de *romanticismo puro.*

«La necedad se pega» ha dicho un autor célebre. No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necedad, sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto la romántico-manía se pega tambien. Y no solo se pega, sino que al revés de otras enfermedades contagiosas que á medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, esta, por el contrario, adquiere en la inoculacion tal desarrollo, que lo que en su origen pudo ser sublime, pasa despues á ser ridículo, lo que en unos fue un destello del genio, en otros viene á ser un ramo de locura.

Y hé aqui por qué un muchacho que por los años de 1811 vivia en nuestra corte y su calle de san Mateo, y era hijo del general frances *Hugo*, y se llamaba *Victor*, encontró el romanticismo donde menos podia es-

perarse, esto es, en el Seminario de nobles; y el picaruelo conoció lo que nosotros no habiamos sabido apreciar y teniamos enterrado hace dos siglos con Calderon; y luego regresó á Paris, estrayendo de entre nosotros esta primera materia, y la confeccionó á la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invencion, abrió su almacen, y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venia á redimirla de la esclavitud de las reglas; y acudieron ansiosos los noveleros; y la manada de imitadores (*imitadores servum pecus*, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atrás su exageracion; y los poetas transmitieron el nuevo humor á los novelistas; estos á los historiadores; estos á los políticos; estos á todos los demas hombres; estos á todas las mugeres; y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino en fin á España y llegó á Madrid (de donde habia salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino á dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado á mis lectores; y tal llegó á sus manos, que ni el mismo Victor Hugo le conoceria, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicacion que mi sobrino creyó deber hacer de adquisicion tan importante, fue á su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

Porque (decia él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ogiva, piramidal y emblemática.

Para ello comenzó á revolver cuadros y libros viejos, y á estudiar los trages del tiempo de las cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba á encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, ó rasguñado al margen por infantil é inesperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase á formular en su persona aquel trasunto de la edad media.

Por resultado de estos esperimentos llegó muy luego á ser considerado como la estampa mas *romántica* de todo Madrid, y á servir de modelo á todos los jóvenes aspirantes á esta nueva, no sé si diga ciencia ó arte. Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio solo por el lado económico, poco ó nada podia pesarme de ello; porque mi sobrino procediendo á simplificar su trage, llegó á alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daria mas que hacer á los *Utrillas* y *Rougets*. Por de pronto eliminó el frac, por considerarle del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella, como mas análoga á la sensibilidad de la espresion. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego las cadenas y relojes, los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; despues los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas, y las navajas de afeitar; y otros mil adminículos que los que no alcanzamos la perfeccion romántica creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavio de su persona á un estrecho pantalon que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente añudado en torno de esta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un doble bucle convexo, se introducian por bajo de las orejas, haciendo desaparecer estas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuacion de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear á dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío, una frente triangular y *fatídica*. Tal era la *vera efigies* de mi sobrino, y no hay que decir que tan uniforme tristura ofrecia no sé qué de siniestro y é inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho, se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegaba yo á dudar si era él mismo ó solo su trage colgado de una percha; y aconteciόme mas de una ocasion el ir á hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, ó darle una palmada en el pecho, juzgando dársela en el lomo.

Ya que vió romantizada su persona, toda su atencion se convirtió á romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotun-

damente su resolucion contraria á seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazon algo de volcánico y sublime, incompatible con la exactitud matemática, ó con las fórmulas del foro; y despues de largas disertaciones, vine á sacar en consecuencia que la carrera que le parecia mas análoga á sus circunstancias era la carrera de poeta, que segun él es la que guia derechita al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió dia y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relacion con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguage de los buhos y de las lechuzas; encaramóse á las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó á las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos); examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, é hizo esperiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Melendez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzacs, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arlincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman; y en los ratos en que menos propenso estaba á la melancolía, entretenía-

se en estudiar la Craneoscopia del doctor Gall, ó las Meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudicion, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de *fragmentos* en prosa poética, y concluyó algunos *cuentos* en verso prosáico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluian en *¡maldicion!*; y unos y otros estaban atestados de *figuras de capuz*, y de *siniestros bultos*, y de *hombres gigantes*, y de *sonrisa infernal*, y de *almenas altísimas*, y de *profundos fosos*, y de *buitres carnívoros*, y de *copas fatales*, y de *ensueños fatídicos*, y de *velos transparentes*, y de *aceradas mallas*, y de *briosos corceles*, y de *flores amarillas*, y de *fúnebre cruz*. Generalmente todas estas composiciones *fugitivas* solian llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas, v. g. *¡¡¡Qué será!!!—¡¡¡....No....!!!—¡Mas allá...!—Puede ser.—¿Cuándo?—¡Acaso...!—¡Oremus!*

Esto en cuanto á la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos, no sé qué decir, sino que unas veces me parecia mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; en algunas ocasiones me estremecia al oirle cantar el suicidio, ó discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras teníale por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, ó haciendo tiernos apóstrofes á la Madre de Dios. Yo no sé á punto fijo qué pensaba él sobre todo esto, pero creo que lo mas seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendia lo que queria decir.

Sin embargo, el muchacho con estos *raptos* consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudian en aquellos rasgos mas estravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas y las aprendian de memoria, y luego esforzábanse á imitarlas, y solo acertaban á imitar los defectos y de ningun modo las bellezas originales que podian recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de amistad lisonjeaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada menos que atraer hácia sí la atencion y el entusiasmo de todo el pais. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, hé aqui la razon por qué reunió todas sus fuerzas intelectuales; llamó á concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias, y tragó el polvo de los archivos; interpeló á su calenturienta musa, colocándose con ella en la region aérea donde se forman las románticas tormentas, y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia á una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamóse al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡Válgame Dios! ¡con qué placer haria yo á mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles *in integrum* esta composicion sublime, práctica esplicacion del sistema romántico, en que segun la medicina homeopática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta á fuerza de crímenes corregir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginacion el título y personages del drama. Hélos aqui.

¡¡ELLA...!!! Y ¡¡EL...!!!

DRAMA ROMÁNTICO NATURAL,

EMBLEMÁTICO-SUBLIME, ANÓNIMO, SINÓNIMO, TETRICO Y ESPASMÓDIÇO;

ORIGINAL, EN DIFERENTES PROSAS Y VERSOS

EN SEIS ACTOS Y CATORCE CUADROS.

Por...................

(Aqui habia una nota que decia: *Cuando el público pida el nombre del autor*); y seguia mas abajo:

Siglos IV y V.—La escena pasa en toda Europa y dura unos cien años.

INTERLOCUTORES.

La muger, (todas las mugeres, toda la muger).
El marido, (todos los maridos).
Un hombre salvage, (el amante).
El Dux de Venecia.
El tirano de Siracusa.
El doncel.
La archiduquesa de Austria.
Un espía.
Un favorito.
Un verdugo.
Un boticario.
La cuadruple alianza.
El sereno del barrio.
Coro de monjas carmelitas.
Coro de PP. agonizantes.
Un hombre del pueblo.
Un pueblo de hombres.
Un espectro que habla.
Otro idem que agarra.
Un demandadero de la Paz y Caridad.
Un judío.
Cuatro enterradores.
Músicos y danzantes.
Comparsas de tropa, brujas, gitanos, frailes y gente ordinaria.

—Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo á manera de código) eran, si mal no me acuerdo, los siguientes:—1.ª *Un crimen.*—2.ª *El veneno.* — 3.ª *Ya es tarde.* —4.ª *El panteon.* — 5.ª *¡Ella!*— 6.ª *¡El!*—y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, á saber: *Salon de baile; Bosque; La capilla; Un subterráneo; La alcoba*, y *El cementerio.*

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composicion, en términos, que si yo recordase una sola escena para estamparla aqui, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; con que asi no hay sino dejarlo en tal punto y aguardar á que llegue dia en que la fama nos las trasmita en toda su integridad, dia que él retardaba aguardando á que *las masas* (las masas somos nosotros) se hallen (ó nos hallemos) en el caso de

digerir esta comida que él modestamente llamaba un *poco fuerte*.

De esta manera mi sobrino caminaba á la inmortalidad por la senda de la muerte; quiero decir, que con tales fatigas cumplia lo que él llamaba *su mision sobre la tierra*. Empero la continuacion de las vigilias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos habíanle reducido á una situacion tan lastimosa de cerebro, que cada dia me temia encontrarle consumido á impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los mas labrados hierros de un balcon á cierta Melisendra de diez y ocho abriles, mas pálida que una noche de luna, y mas mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados á la Veneciana, y sus mangas á la María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo á la Estraniera, y su cinturon á la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello á la huérfana de Underlach.

Hallábase á la sazon meditabunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto.... libro que segun el forro amarillo, su tamaño y demas proporciones, no podia ser otro, á mi entender, que el *Han de Islandia* ó el *Bug-Jargal*.

No fue menester mas para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcon de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo á inflamar

súbitamente su corazon. Miráronse pues; creyeron adivinarse; luego se hablaron; y concluyeron por no entenderse; esto es, por entregarse á aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien cómo designar aqui, sino es ya que me valga de la consabida calificacion de.... *romanticismo puro.*

Pero al cabo el sugeto en cuestion era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrobamientos, una señorita, hija de un honrado vecino mio, procurador del número, y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase á la muchacha (siempre llevando por delante la mas santa intencion), y con el deseo tambien de distraerle de sus melancólicas tareas, no solo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinacion.

Lisonjeábame, pues, con la idea de un desenlace natural y espontáneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado mas descompuesto y atroz corrió á encerrarse en su cuarto gritando desaforadamente:—«¡Asesino...! ¡Asesino...! ¡Fatalidad! ¡Maldicion...!»

—¿Qué demonios es esto?—Corro al cuarto del muchacho; pero habia cerrado por dentro y no me responde; vuelo á casa del vecino por si alcanzo á averiguar la causa de aquel desorden, y me encuentro en otro no menos terrible á toda la familia: la chica

accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí...

—¿Qué es esto, señores? ¿qué es lo que hay?

—¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¿qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de usted... Lea usted, lea usted qué proyectos son los suyos, qué ideas de amor y de religion... Y me entregó unos papeles que por lo visto habia sorprendido á los amantes.

Recorrílos rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado á escuchar á mi sobrino. En todas ellas venia á decir á su amante con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella, y luego él iria á derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriria tambien, y los enterrarian bajo una misma losa... Otras veces la proponia que para huir de la tiranía del hombre («este *hombre* soy yo,» decia el pobre procurador) se escurriese con él á los bosques ó á los mares, y que se irian á una caverna á vivir con las fieras, ó se harian piratas ó bandoleros; en unas ocasiones la suponia ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.

—Y á todo esto (añadia el padre) nada de boda, ni nada de solicitar un empleo para mantenerla... vea usted, vea usted; por ahí ha de estar..; oiga usted cómo se esplica en este punto..; ahí en esas coplas ó

seguidillas, ó lo que sean, en que la dice lo que tiene que esperar de él...

Y en tan fiera esclavitud
solo puede darte mi alma
un suspiro... y una palma...
una tumba... y una cruz...

Pues cierto que son buenos adminículos para llenar una carta de dote..; no, sino échelos usted en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor (continuaba el buen hombre), sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y letanías, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé como no la mato... y á lo mejor nos asusta por las noches despertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de no sé qué Astolfo ó Ingolfo *el esterminador*; y nos llama tiranos á su madre y á mí; y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella, ó para nosotros; y entre tanto las camisas no se cosen y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

—Sosiéguese usted, señor don Cleto, sosiéguese usted.

Y llamándole aparte le hice una esplicacion de caracter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que si no lo convencí de que podia casar á su hija con un

tigre, por lo menos le determiné á casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé á mi casa para tranquilizar el espíritu del joven amante; pero aqui me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, habia salido en mí busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome, se entregaba á todo el lleno de su desesperacion. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda esta de darle á conocer por algun suspiro que un ser humano respiraba á su lado. (Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con más bellaquería que cuartos, y mas cuartos que peseta columnaria, y que hacia ya dias que trataba de entablar relaciones *clásicas* con el señorito.) La ocasion la pintan calva, y la gallega tenia buenas garras para no dejarla escapar; asi fue que entreabrió la puerta, y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó á formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.

—Señoritu... señoritu... ¿qué diablus tiene...? Entre y dígalo; si quier una cataplasma para las muelas ó un emplasto para el hígadu...

Y cogió y le entró en su cuarto y sentóle sobre la cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.

Pero el preocupado galan no respondia, sino de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, que ella contestaba á vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acababa de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices ó le pinchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud); pero el hombre estátua, permanecia siempre en la misma inamovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse á todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano de la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo choricero del Vierzo), é hincando una rodilla en tierra, levantó en ademan patético el otro brazo y esclamó:

Sombra fatal de la muger que adoro,
ya el helado puñal siento en el pecho;
ya miro el funeral lúgubre lecho,
que á los dos nos reciba al perecer.
Y veo en tu semblante la agonia
y la muerte en tus miembros palpitantes,
que reclama dos míseros amantes
que la tierra no pudo comprender.

—Ave Maria purísima... (dijo la gallega santiguándose) Mal dimoñu me lleve si le comprendu... ¡Habrá cermeñu...! pues si quier lechu ¿tien mas que tender

se en ese que está ahí delante, y dejar á los muertos que se acuesten con los difuntus?

Pero el amartelado galan seguia, sin escucharla, su improvisacion, y luego variando de estilo y aun de metro esclamaba:

¡Maldita seas, muger!
¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,
¿por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas, muger!

—El malditu sea él y la bruja que lo parió... ¡ingratu! despues que todas las mañanas le entru el choculate á la cama, y que por él he despreciadu al aguador Toribiu, y á Benitu el escarolero del portal...

Ven, ven y muramos juntos,
huye del mundo conmigo,
angel de luz,
al campo de los difuntos;
alli te espera un amigo
y un ataud.

—Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; ó usted esta locu, ó yo soy una bestia... Váyase con mil demonius al cimenteriu ú á su cuarto, antes que empiece á ladrar para que venga el amu y le ate.—

Aqui me pareció conveniente poner un término

á tan grotesca escena, entrando á recoger á mi moribundo sobrino y encerrarle bajo de llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirigida á mí, y copiada de la *Galería fúnebre,* la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar á temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí, pues, que no habia mas que un medio que adoptar, y era el arrancarle con mano fuerte á sus lecturas, á sus amores y á sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera activa, peligrosa y varia; ninguna me pareció mejor que la militar, á la que él tambien mostraba alguna inclinacion; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le ví partir con alegria á reunirse á sus banderas.

Un año ha trascurrido desde entonces, y hasta hace pocos dias no le habia vuelto á ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaria al contemplarle robusto y alegre, la charretera á la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpetuamente zorcicos y rondeñas, y por toda biblioteca en la maleta, la Ordenanza militar y la *Guia del oficial en campaña.*

Luego que ya le ví en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oirle repetir á carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente á esta resolucion, y úni–

camente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas y románticas, sino en tontas y no tontas, sacrificando aquellas, y poniendo estas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama, no fue posible encontrarle, por haberle prestado mi sobrino á otro poeta novel, el cual le comunicó á varios aprendices del oficio, y estos le adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo, ora los aplausos, ora los silbidos que á mi sobrino correspondian, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composicion.

La lectura, en fin, de sus versos, trajo á la memoria del joven militar un recuerdo de su vaporosa deidad; preguntóme por ella con interes, y aun llegué á sospechar que estaba persuadido de que se habria evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se habia conformado con su suerte: item mas; se habia pasado al género clásico, entregando su mano, y aun no sé si su corazon, á un honrado mercader de la calle de Postas: ¡ingratitud notable de mugeres!... bien es la verdad que él por su parte no la habia hecho, segun me confesó, sino unas catorce ó quince infidelidades en el año transcurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrian podido dar á los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo *Romeo*.

(*Setiembre de* 1837.)

HABLEMOS DE MI PLEITO.

"Beatus ille qui procul negotiis."
Horat.
«*Dichoso el que de pleitos alejado...*»

Cuando la imaginacion se halla afectada de una idea dominante, es en vano el pretender reducirla á ocuparse en otro objeto, pues la menor coincidencia, la mas insignificante espresion, suelen ser causas suficientes para hacer inútiles nuestros esfuerzos, y volvernos á lanzar de nuevo en el agitado círculo de aquella misma idea de que pretendiamos huir.

Hablo por esperiencia propia, y si ya de antemano no estuviera convencido de ello, el suceso presente bastaria á probármelo con rigorosa exactitud.

Despues de haber pasado una noche bien larga y agitada, soñando con lo que suele soñar un litigante, es decir, con *mi pleito*, me preparaba á disipar aquellas tumultuosas ideas, borrageando un artículo crítico-burlesco que ofrecer á mis benévolos lectores; pero el diablo (que no duerme) habia estravasado entre mis papeles uno que por el sello real, sus anchas márgenes, y las tres iniciales «M. P. S.» que le encabezaban, reconocí muy luego por uno de los alegatos, el alegato número 62 de mi derecho en el pleito consabido. Y no fue menester mas, para que mi imaginacion rebelada de nuevo y dispuesta á no transigir con otra idea, me arrancase violentamente á mis propósitos, lanzándome, sin voluntad mia, desde el palacio de Momo al santuario de Themis; desde mis libros favoritos á la Guia de Forasteros y al Febrero adicionado; desde la festiva máscara de Talía á la indigesta faz de un escribano.

El compromiso era grande: de un lado el cajista de la imprenta esperando el artículo de costumbres; por otro mi pluma negándose por aquel momento á trazar otras frases que no fuesen las consabidas del *otro-sí* y del *y por qué*; Adisson y Labruyere huyendo á todo correr de mi cabeza; la pieza corriente de los autos brindándome con trescientas cincuenta fojas de entretenida lectura; mi memoria llena de trámites judiciales; mi voluntad buscando en vano lances cómicos y observaciones festivas; ¿qué recurso, pues, me quedaba? ¿recurso de apelacion ó de injusticia notoria? Mi escaso entendimiento no halló otro alguno que el de amalgamar

si fuese posible aquellas dos ideas; y supuesto que el público reclamaba costumbres, y que mi imaginacion se encastillaba en el foro, probar á escribir un artículo de costumbres del foro, con lo cual tranquilamente, y como por la mano, encontraba la salida de tan grave compromiso. Tomada, en fin, esta resolucion, falta saber si los lectores aceptan el partido... ¿Dicen ustedes que sí...? vaya, pues *hablemos de mi pleito;* casualmente *aqui tengo los papeles.*

Ante todas cosas conviene advertir que yo no soy de aquellos litigantes infatigables que en llegando á agarrar por su cuenta un tantico de auditorio, no estan contentos si no le embocan la historia de su litis, tomando su principio, cuando no desde el pecado de Adan, por lo menos y en gracia de la brevedad, desde la mismísima arca de Noe. No señor; nada menos que eso; me hago cargo de la razon, y á decir la verdad, ¿qué les importa á los lectores el que yo haya heredado un pleito por parte de un tio materno, el cual tio lo recibió directamente de su padre, y este se hizo cargo de él por via de dote con la blanca mano de mi bisabuela, la cual es fama que ya venia representando en el tal embrollo el derecho y accion de tres generaciones anteriores? ¿qué falta les hace enterarse de que este tal pleito sea sobre propiedad de unas, en otro tiempo viñas, en tierra de Jerez, ni que empezara su sustanciacion (la del pleito, no la de las viñas) en dicha ciudad, y que siguiera en Granada, y que luego viniera á Madrid, y pasara por todos los juzgados posibles (incluso el de los Mostrencos), y subdivi-

dido en *incidentes* como un drama romántico, ó en *artículos* como las *Escenas Matritenses*, abrace, en fin, bajo una misma cuerda las capacidades acumuladas de cuatro alcaldes mayores, dos audiencias, una chancillería y un supremo consejo? ¿Qué les importa, digo, saber que el dicho proceso entre *interlocutorios* y *definitivas*, entre *confirmaciones* y *reformas* cuenta ya en su seno hasta catorce sentencias, de las cuales cinco á favor de la contraria, y cinco al mio, amen de otras cuatro á guisa de oráculo ú logogrifo que nadie ha acertado á descifrar? ¿Qué adelantará, en fin, con saber que mientras los autos se robustecen de un modo asombroso con el fecundo raudal de la sabiduría de jueces y abogados, las viñas desaparecieron hace siglo y medio, y que hoy dia la tradicion se esfuerza vanamente á congeturar hácia qué parte, legua mas ó menos, estuvieron plantadas?

Todo esto, á decir la verdad, de poco ó nada aprovecha al lector, y de lo que sí únicamente le conviene enterarse, es de que yo tengo justicia; y esto se lo aseguro yo bajo la fé de mi abogado; el cual me lo asegura á mí bajo la fé de la Novísima Recopilacion; fé sin embargo tan voluntariosa y coqueta, que suele no pocas veces hacerme rabiar, empeñándose en favorecer á mi contrario.

Satisfechos ya los oyentes de que uno y otro somos litigantes *de buena fé*, aunque de poca caridad, resta decir que nuestra obstinacion respectiva heredada y adquirida, es tal, que ni que fuéramos partidos po-

líticos, y antes consentiriamos en perder ambos la existencia que acercarnos al menor término de transaccion y de acomodo. Nada de eso.—«Perezcan las viñas (dice la contraria) antes que mi derecho.»—«Perezcan las tierras (digo yo) antes que el derecho de mi abuela.»

Y nuestros abogados respectivos, dignos intérpretes de aquellos sentimientos, aplauden y encomian nuestro valor, y nos convencen mas y mas de nuestra justicia (todo por supuesto con su cuenta y razon), y nos esplayan y formulan nuestros derechos, á tanto la hoja; y nos ajustan un memorial cargado de razon, y nos aflojan el bolsillo descargado por ellos de pesetas. Asi que lo menos curioso del tal pleito somos las *partes*, quiero decir, mi contraria y yo, porque solo aparecemos en relacion, y nuestro nombre solo sirve de pretesto para hacer resaltar la elocuencia de nuestros respectivos defensores.

El encargado de pensar por mí y de reducir á fórmula lo que dice que yo deseo, es un veterano del foro, formado en las aulas salmanticenses, curado en chancillerías y audiencias, cocido luego en concursos y abintestatos por todas las escribanías de número de esta heróica villa, y servido despues en menestra de *tanteos*, *moratorias* y *despojos*, en todas las salas de los antiguos consejos y de los modernos tribunales. Déjase por lo dicho inferir lo sabroso que será el manjar de su forense erudicion, y si habrá causa, por menguada que sea, que no adquiera en manos de *don Simeon Pandectas* todos los colores del iris.

«El estilo (dice Montaigne) es el hombre;» y si esta

observacion es exacta, como yo creo muy bien, pueden echarse á discurrir qué hombrecito será el que escribe por este estilo.—*Y por cuanto los supradichos argumentos bastarian á pulverizar y reducir al silencio cualquiera erizada bateria de sofisticas almenas tras de la que pretenda encastillarse la contraria; y porqué, las pruebas en que hoy nos revolcamos, combinadas y puestas en infusion en el lucífero crisol de la sabiduría de V. A., no podrán menos de hacer patente á todas luces del dia y de la noche, de presentes y veniluros, el indubitable derecho de mis partes, en formidable contraste con la simulacion y mendacioso artificio dispuesto por su mal aconsejado contrincante; y toda vez, en fin, que en los ciento sesenta y dos años que ha que acudió mi cliente ó sus causantes al templo de la justicia en denuncia de la detentacion de que era víctima por parte del precitado N., y atendiendo á que despues del sostenido combate con que demandantes y demandados, tirios y troyanos, han venido sosteniendo el argumento respective en el magnífico palenque de las cincuenta y dos piezas de los autos que hoy desentrañamos, aparece, en fin, satisfactoriamente dilucidada la cuestion, y disipadas las densas nieblas, refulgente penetrando el sol de la verdad en las mentes mas aceradas y obtusas.—A V. A. suplico se sirva por méritos de lo espuesto proveer, resolver y determinar, conforme y en los términos que en el ingreso de este escrito dejo impetrado, y anular y reformar las ilegalidades (hablo*

con la venia) del inferior, como asi es de justicia que pido, juro, costas &c.—Otro sí digo: *que por cuanto en el alegato contrario á que contesto, se sientan espresiones á su folio 14 vuelto, lineas 16, por manera injuriosas al defensor que suscribe, apellidándole retrógrado y añejo, y á su estilo exótico y gerundense, con otras varias demasías que ponen de manifiesto la juvenil arrogancia y la falta de práctica del letrado contendente.—A V. A. suplico se sirva mandar que se tilden, borren y tachen supradichas palabras, con los apercibimientos y declaraciones y aditamentos que V. A. en la balanza de su ilustracion tenga á bien ordenar, como tambien asi procede en términos legales* &c. &c.— Licenciado don Simeon Pandectas.—*Honorario por reconocimiento, estracto y alegato, cien ducados.*

El defensor de la contraria es en efecto un joven de 28, recientemente laureado por la universidad de Alcalá, y tan diferente en genio y en estilo de mi vetusto don Simeon, como se infiere de todos sus escritos, en que todavia respira el sabor declamatorio del aula, y el hiperbólico estilo tribunicio. A las indigestas disertaciones de mi letrado suele responder él con trozos tan oportunos como el siguiente.—*¿Hasta cuándo, señor, hasta cuándo, la contraria abusará de nuestra paciencia? ¿Hasta cuándo el error ocupará el lugar de la verdad, la debilidad ó la ignorancia, el de la justicia y la sana razon? ¡Alma virtud! ¡Tú que desde el cielo riges el destino de los mortales que te imploran, rasga ya, rasga el misterioso velo que encubre el derecho de mi*

defendido, y dinos que á él pertenecen las viñas en cuestion! Abranse, señor, las páginas de la historia, y desde las mas remotas edades veremos el sagrado derecho de propiedad combatido por los sofísticos argumentos de la envidia; empero las leyes venerandas vuelan por do quier á su socorro. Y para no engolfarnos en los siglos mas remotos, escuchemos únicamente al gran orador del foro, esplayar con este motivo las reflexiones siguientes. (Aqui trascribia un buen trozo de la oracion *pro domo sua*, y continuaba.) *Ni se diga, señor, que para huir del caso presente me remonto á los tiempos heróicos y á las legislaciones estrañas, no; para dar la robustez necesaria á mis argumentos la justicia patria me servirá de apoyo suficiente; ábranse esas Partidas, código venerando de la sabiduría de un gran pueblo, recórranse esos Fueros, y Recopilaciones, y en los tiempos modernos esas copiosas colecciones de derechos y reales órdenes, y se concluirá* &*c.* &*c...*» y por aqui iba discurriendo hasta que probaba con los discursos de *Mirabeau* y las coplas de *Juan de Mena*, que las tierras no me pertenecian, y que se me debia imponer perpétuo silencio en materia de viñas.

Pero no son únicamente los dos abogados los personages que figuran en primer término en el interesante cuadro de mi pleito. Agrúpanse en torno de ellos á la sombra de sus respectivas banderas dos numerosas cohortes de figuras simbólicas, cada una de las cuales representa una gerarquía determinada en el inmenso campo curialense. Los procuradores y agentes: los escriba-

nos de cámara, de número y de diligencias; los relatores y agentes fiscales; los pages de bolsa, alguaciles y porteros; y otra porcion de aves menores de esta gran familia plumática, forman vistosa y distinguida comparsa á los dos mantenedores del torneo, ó sea combate, en que mi contrario y yo somos las bellezas rivales, y algunas doradas monedas el noble galardon del vencedor. Allá en el fondo, último término del cuadro, alumbrados por escasa luz, y cobijados bajo magnífico dosel, los jueces del campo dejan adivinar las plateadas frentes, y con voz providencial y fatídica pronuncian el fallo, é interpretan al caso particular las disposiciones generales de la ley.

¡Oh dichosa la edad, y siglos dichosos aquellos en que un sexagenario patriarca sentado en el humilde escaño á la sombra de un olmo, escuchaba las quejas sencillamente espresadas de los demandantes y las contestaciones francas y categóricas de los demandados, y con arreglo á entrambas, y sin mas código que el de la verdad y la sana razon, pronunciaba una palabra de paz y de justicia, y luego los hombres se apresuraban á respetarla, y á dar á cada uno lo que suyo era! Empero, por desgracia aquellos siglos pasaron, y vinieron otros de petulancia y de falsía, y las nubes de la ignorancia se agruparon sobre el templo de la ley, y la estátua de la justicia se vió á veces cubierta con el velo del error, y la sofistería ó la mala fe pugnaron por estender su dominio en el santuario de la verdad y de la sabiduría. Desde entonces, cual en templo profanado y en rui-

nas suelen aparecer por entre las anchas grietas de sus murallas los malignos insectos ó las silvestres plantas, viéronse hormiguear en el foro los abusos y los errores, y nacer y alimentarse variedad de alimañas que hicieron temer al hombre justo el acercarse á tan peligroso recinto.

Y porque dejemos el estilo metafórico, y vengamos al material y positivo, figúrate tú, caro lector, que una mañanita temprano te encuentras con la novedad de que mi señora la Discordia se ha entrado de rondon por tus puertas, y que sin parte activa tuya has sido víctima de algun entuerto que en pro de tu interés ó de tu buena fama te conviene enmendar ó desfacer. Tú quisieras ¡ya se ve! acabar si fuese posible en un minuto con tu competidor (ó sea si te place competidora), y cuando esto no fuera dable, acudir á quien breve y sumariamente te diese la razon, si la tenias, y á tu contrario obligase á dártela tambien. Cosa es todo esto muy natural y sencilla en teoría; pero el interés (principal móvil que dirige esta máquina mundana) ha llegado á poner en la práctica tales travas entre la demanda y la sentencia, entre el agravio y el desagravio, que muchas veces la muerte suele encontrar en el camino á los contrincantes y arrebatarles á su torbellino antes de llegar al término deseado.

Y á tal punto llegan las cosas, y tal ha venido á parar la señora justicia en manos de los hombres de letras, que no es para todos el entenderla, y solo á los iniciados en sus misterios (¡los misterios de la verdad!)

es dado el penetrar en su oráculo y promover é interpretar sus decisiones para darlas luego á conocer á los profanos á quienes obliga su cumplimiento. Porque los abogados dividen el mundo en dos clases de gentes, á saber: abogados, y no abogados; á la primera regalan la inteligencia, en la segunda suponen el vacío.

Y volviendo al v. gr. de tu pleito, lector amigo, has de saber que desde el primer momento que le entables, parece claramente aquella nulidad de tu persona, sin que te valga para evitarla el ir acompañado de tus respectivos padrinos forenses, porque ellos te harán quedar á la entrada del palenque, y solo ellos penetrarán en el interior, y allí te dejarán el único consuelo de verlos batirse con tus municiones.

Y asi es que para presentarte á usar de tu derecho, lo primero que tienes que hacer es llamar á un escribano real, notario de los reinos, para que use de él por tí, porque nada serviria que tú dijeses: «Yo, fulano de tal, quiero esto, y digo lo otro, y otorgo lo de mas allá,» si un escribano no da fe de que tú eres tú, y que quieres otorgar ó decir lo que quieres decir y otorgar; que es decirte, que si quieres ser creido en juicio y fuera de él, tienes que hablar por su boca, como pudieras hacerlo por boca de ganso, y dar un poder *ámplio, general y bastante, cual de derecho se requiere y es necesario* á fulano ó mengano para que te defienda en el supuesto pleito &c., con otra multitud de fórmulas todas tan rotundas y eufónicas como estas... «*Pida ejecuciones, prisiones, solturas, embargos, des-*

embargos, ventas, trances y remates de bienes...» «*Tache y contradiga, recuse, jure y se aparte...»* «*Oiga autos y sentencias, interlocutorios y definitivas, consienta lo favorable, y de lo adverso apele y suplique &c. &c...»* Todo esto te hace decir tu escribano, por supuesto en el papel del sello correspondiente, porque tambien desde aquel momento has renunciado á tu papel, por muy bueno que lo gastes, habiendo de trocarle por otro bastante malo; pero que no por eso dejará de costarte á razon de cuarenta maravedís por hoja, y advierte que estas tampoco serán economizadas por los amanuenses, que con sus anchas márgenes y letras gordas parecen tener convenio tácito con la hacienda nacional.

Luego que hayas otorgado el poder y ejecutado la misteriosa incubacion de tu persona en la persona de tu apoderado, desaparecerá aquella, y únicamente quedarás bajo la forma de tu agente de negocios, ó tu *alter ego*, al cual cuidarás de continuar influyendo la vitalidad, suministrándole los correspondientes fondos é instrucciones; pero sobre todo los fondos, porque sin ello te espones á verle convertido en autómata descompuesto, y solo quiero recordarte lo que con este motivo dice el ingenioso don Ramon de la Cruz.

»Los agentes y relojes
son máquinas delicadas,
que si no se les da cuerda
luego al instante se paran.»

Y ya en los tiempos antiguos el mordaz Góngora (que sin duda habia tenido un pleito) se anticipó á espresar una idea semejante en los siguientes versos:

«Cualquiera que pleitos trata
aunque sea sin razon,
deje el rio Marañon
y éntrese en el de la Plata,
que hallará corriente grata
y puerto de claridad.
Verdad.»

Mas volviendo al agente, este tampoco se presentará ostensiblemente en representacion de tu derecho, sino que oculto entre telones dirigirá desde allí los movimientos de los actores, regulará su accion, y aplicando á la máquina el necesario combustible, él la hará marchar con la rapidez conveniente, tocando con oportunidad los resortes que se descompongan ó entorpezcan. Por lo demas aparentemente y para *dar la cara* en la cuestion, él substituirá tu poder en uno de los procuradores del número, que encabezará y firmará tus peticiones y te hará saber su resultado, y correrá del tribunal á la escribanía, y apremiará al contrario, y será apremiado por él, y en *tomas* y *recibos* (tomando y recibiendo), y en *apremios* y *términos* y *rebeldías* y *avisos* te regalará al cabo del año con una minutita de vara y media que habrás de aceptar á la vista.

Ya tienes un representante jurado en el tribunal; ya ha presentado el poder que le autoriza, y el juzgado ha dicho: «*Hásele por parte*;» ya tiene que probar tu demanda; pero hasta esto no alcanza su juicio material ni sus escasas letras; con que tienes precision de valerte de un abogado (y si no lo has por enojo te recomiendo al mio, que ya habrás conocido por el estilo que es hombre de calibre y de brocha gorda), el cual formulará tu peticion en unos cuantos pliegos de argumentos, y luego la pasará al procurador y este al escribano, el cual la hará presente al tribunal, y el tribunal dirá: «*Traslado á la otra parte;*» y la otra parte no querrá acudir á responderte; y tendrá que acusarle tres *rebeldias* con otros tantos *autos*; y por último se presentará, y luego pedirá tres *términos* para contestar, y al cabo de ellos lo verificará; y vendrá de nuevo el proceso á manos de tu defensor, que volverá á reproducir lo dicho, y luego al otro, y despues á tí, y mas adelante serás *recibido á prueba*, y se te concederán los ochenta dias de la ley; y ambas partes buscareis testigos, y hareis largas informaciones; y despues cuando el escribano dé cuenta al tribunal, este dirá que lo haga el relator, y este hará nuevo estracto y apuntamiento y relacion, y dirá el tribunal: «*Pase al fiscal*;» y este mandará á su agente fiscal que le diga lo que ha de responder; y luego vuelta á la rueda; y á lo mejor el contrario formará un artículo de *no contestar*, el cual es otro pleito aparte (como si dijéramos un episodio del dra-

ma); y despues de bien *sustanciado* se reunirá todo á la principal, y por último se llamará á *estrados*, y acudirán los abogados á esforzar sus pulmones, y el presidente tocará la campanilla, y dira: «*Vistos;*» y os retirareis; y aquella noche no dormirás; y á la mañana siguiente vendrá el page del relator con una providencia que no entenderás, y tu agente tampoco, y la pasarás al abogado, y este no se conformará, y *apelará* á la otra sala, y vuelta á la rueda; y despues será confirmada la sentencia, y *suplicarás* de ella; digo, suplicarán tus nietos, porque tú supongo que ya estarás hace años en el otro mundo; y por último tal vez ganarás el pleito; pero será cuando ya tu derecho se haya convertido en *derechos* de todos aquellos señores que han trabajado por tu cuenta y sin su riesgo, y hallarás que tus viñas (si pleiteas por viñas como yo) se han trasformado en *pedimentos*, *autos*, *apremios*, *tiras*, *juntas*, *pases*, *encomiendas*, *tomas*, *llevadas y traidas*, *firmas*, *notas*, *entregas*, *propinas y papel sellado;* pero en cambio te encontrarás con una *ejecutoria* para tomar posesion de lo que ya no existe; y un proceso en variedad de letras por donde puedan aprender á leer tus biznietos; esto si ganas el pleito, mas si lo perdieres, te quedarás sin todo aquello, mas sin la ejecutoria, y solo podrás usar de la cuerda de los autos, si acaso te viniese gana de acabar dramáticamente tu existencia.

Perdona, caro lector, si la agitacion de mi mente me ha conducido adonde no pensaba: tú por for-

tuna acaso te hallas libre de este temor; mas para lo sustancial, que es desahogarme contigo, y enterarte de lo que yo debo sufrir como litigante, tanto da que hablemos de mi pleito como del tuyo... ¿qué no le tienes? (me dices) ¡tanto mejor! ¡Dichoso tú que te habrás fastidiado con la lectura de mi artículo, y podrás arrojarle repitiendo con Horacio: *¡Beatus ille qui procul negotiis!*

(*Setiembre de* 1837.)

LA ALMONEDA.

»Venus, la diosa de Chipre,
ya es matrona genovesa,
guarismo sabe su niño,
multiplica, suma y resta.»
Góngora.

En la pintoresca galería de caracteres originales que se pasean por el mundo, merece una honorífica mencion *don Policarpo de la Transfiguracion Omnibus de los Santos*, sugeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias sustanciales de los dos siglos pasado y presente, formando, por decirlo asi, un verdadero mosáico de cualidades tan varias y hetereogéneas que causarian la desesperacion del químico que intentara analizarle.

Allá en sus juventudes fue estudiante, y metió mucho ruido en la universidad, no tanto con la bri–

llantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. Andando el tiempo vino á ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entonces para cortejar y bailar el bolero; hasta que cansado de los estudios, renegó del latin y se hizo poeta. Luego vino la patria á requerir su espada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron; y despues, no pudiendo acostumbrarse á la paz, se abrazó de nuevo con sus antiguos Bártulos, y guerreó en los tribunales con cañones de cisne y balas de papel sellado. Mas adelante aficionado á los viajes, se hizo comerciante, y quebró; y entonces echó coche para evitar que le persiguiesen los acreedores. Por último, se metió á pretendiente, y fue mueble obligado de todas las antesalas; y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. Y en todas estas andanzas fue tres veces casado, y otras tantas acertó á enviudar, heredando por supuesto á sus respectivas consortes; y despues de serlo todo, llegó por fin á no ser nada, que es lo que hay que ser en este mundo, si es que nada sea el hallarse un hombre á los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligacion, mas que la de todo fiel cristiano.

Ya, en fin, que se vió dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas diarias, se consideró por el pronto en aquel estremo de felicidad á que siempre habia aspirado. Pero muy luego empezó á fastidiarse de aquella inaccion, y acostumbrado, como lo estaba toda su vida á una

ocupacion contínua, á un agitado movimiento, llegó á mirar su reposo como una paralisis moral, como una muerte prematura. Su inclinacion y su genio natural triunfaron al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente á este y dando rienda suelta á aquellos, en términos que hoy dia es el hombre mas ocupado que conozco; sin embargo de que nadie tenga derecho á ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amanece Dios hasta las altas horas de la noche; y tan pronto se le ve disputando políticamente en un corrillo de la Puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia; ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; ora poniendo cataplasmas ó dando caldos á un enfermo; ora acompañando á unas señoras en un palco de la ópera. No hay boda desde la calle de san Anton hasta la de Carretas, desde Afligidos á las Vistillas, en que él no sea el padrino, ó corra con los contratos, ó componga los versos, ó coma los dulces. Si es entierro, él por fuerza ha de ser el albacea, ó dirigir el inventario, ó presidir el funeral; si bautizo, alquilará los coches, ó imprimirá las esquelas, ó tendrá en la pila al recien nacido. Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y los habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante irá á la del que cayó, y consolará á la señora, y declamará con el señor sobre la injusticia de los hombres. A nadie se puede prender que él no vaya

á visitar en el calabozo; si hay junta de acreedores, él quedará nombrado síndico; si demanda de divorcio, él será el juez árbitro entre ambos consortes; y si juicio de conciliacion, por fuerza una de las dos partes le ha de escoger por *hombre bueno*. Ni puede haber ruptura de amantes que él no componga, ni mudanza de habitacion que él no dirija, ni cofradía en que él no sea mayordomo ó tesorero, ni carga concejil que no le encaje. ¿Se habla del fuego? sucedió casualmente enfrente de su casa:? se cuenta un asesinato ó una quimera? allí precisamente estaba él. En el patio de las diligencias acude á recibir y despedir á todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la plaza de toros lleva cuenta de los *puyazos* y de los *volapies;* en la Alameda ó la Moncloa, dirige todas las comidas de campo; en los desafíos arregla el almuerzo; en el teatro es presidente *nato* de toda comision de aplausos; en las esposiciones de pinturas habla de *formas* y *coloridos;* en el mercado de caballos á todos los pone su pero; y en las partidas de caza dirige los ojeos, ó cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad asombrosa, unidas á su carácter determinado, á su ninguna aprension, á su edad respetable, y mas principalmente á la consideracion de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hay cosa sobre que no se atreva á decidir *ex cátedra;* ni hay reunion que no

someta fácilmente á sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse, si una prima donna va á hacer su salida al teatro, si un autor va á publicar una obra, bien pueden encomendarse á mi hombre, si no quieren pasar incógnitos ó criticados; porque su opinion es la opinion normal de un sin número de admiradores que si él dice: —«¿Fulano, el médico? ¡valiente majadero! ¡fue la causa de la muerte de un amigo mio!» — todos repetirán en coro que el médico tal es un asesino; si él asegura que tal comedia es buena, todos se pasmarán aunque no la entiendan; si afirma que tal ó cual noticia la sabe de buena tinta, la harán pasar por mas de oficio que si estuviese estampada en la Gaceta; y si le diese gana de decir que un libro es malo, huirán de la librería como pudieran hacerlo de un lazareto.

Él, en fin, se reproduce en términos que es imposible dar un paso atras ó adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estarse en casa, alli le ha de ir á buscar, y aun saliendo de Madrid á viajar, él es el primero que nos hemos de hallar en la diligencia. Y es tan cierto esto, que dias pasados habiendo subido á la torre de santa Cruz, me pareció desde alli que le veia á un mismo tiempo en la calle de la Montera, y en el Prado, y en la plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y alli mismo en la torre conmigo, que me asediaba y me perseguia como una aparicion fantástica, inevitable, impasible, semejante á una obstinada pesadilla, ó al ruido sempiterno y monotono de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran)

proporciona esta pícara farsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operacion obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con mas escrupulosidad y saboreo que un catador de vinos en los diques de Londres ó en las bodegas afamadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos *Mementos* de la intendencia de rentas, que cuida de recordarnos á cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago ó billetes del tesoro, se pudiera decir muy bien que mi placer era inefable y sin punta alguna de sinsabor. Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decirles que, segun mi opinion, ninguno puede competir en *sustancia* con aquel *sustancioso* papel, y aun si me apuran, no dudaria en asegurar que los mas de los lectores darian de buena gana seis de los artículos que aquellos llaman *de fondo,* por cualquiera de los *de fonda* que amenizan el Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga muy á cuento, sino por tomar ocasion de introducir el mio; y era para servir á ustedes que aquella mañana (una mañana, la que ustedes gusten) caminando viento en popa por el Diario arriba, acerté á tropezar á su página tercera con el anuncio de una *almoneda..*, y para mí el segundo placer de esta vida es una almoneda, es decir, una casa adonde sin disfraz de ninguna especie se dice: «Aqui todo se reduce á maravedís.»

Verdad es que no teniendo que mudar de habitacion, ni abrir tienda, ni recibir huesped, en rigor nada tenia

que comprar; mas sin embargo, ¿quién resiste á la tentacion de una almoneda? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata... ¿qué no suele encontrarse allí? Yo por lo menos no soy dueño de dominar mi curiosidad, asi que no dejo pasar ocasion; de suerte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesion de todas las almonedas de Madrid.

Y aquel dia tampoco me descuidé, sino que á las nueve en punto, hora marcada en el anuncio, ya estaba yo en la casa de la venta, pugnando por adelantarme á preguntar precios y á apartar todos los objetos que me llamaban la atencion. Y era tal mi entusiasmo, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (uso general en toda almoneda), no reparaba que aquellos mismos objetos los hallaria nuevos en cualquiera tienda, aun con mayor equidad, y que ademas me salian doblemente caros, supuesto que no me eran absolutamente necesarios. Yo, en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo, me hice por lo que yo creia poco dinero con unas ricas guarniciones; compré cigarros sin fumar, y vino de Arganda embotellado en frascos de *Lafitte*, y barriles de *madera* con vino de Chinchon; compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra almoneda los que me faltaban; y sin reparar que no me cabian en toda la casa, compré unos almarios que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojos mios tuvo la culpa un maldito prendero tuerto que siempre me acosaba con la siguiente interpelacion:—«Caballero, ¿lleva usted eso, ú no?»—Con lo cual, temiendo vérmelo arrebatar de las manos parecia que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Todo se me volvia hojear y cotejar los inventarios puestos sobre las mesas, y correr de la sala al gabinete, y de este á la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar cuerda á los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincon, y tomar notas en mi cartera, y...

Estando en esta afanosa ocupacion siento una palmadita en el hombro... alzo la cabeza... ¿y á quién dirán ustedes que ví? Pues era nada menos que al mismo *don Policarpo Omnibus*, en persona... ¡Si era preciso...! Alli estaba tambien él.

—¿Qué traes por aqui, señor Curioso? (porque el amigo tiene tambien esta gracia, que es de los que tutean á todo el mundo).

—No traigo, sino llevo, señor don Policarpo.

—Veamos qué.—Y me sujetó á un escrupuloso examen de todas mis mercancías, probándome hasta la evidencia que habia dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad, me empezó á encajar la historia de aquella casa; y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal almoneda era el haber separado del empleo que tenia al amo de aquellos muebles, habiéndole dado otro en una provincia, á

virtud del trasiego general de funcionarios tan frecuente en estos tiempos.

—Era muy amigo mio, añadió, y á decirte la verdad del caso yo solo vengo aqui para averiguar una dudilla...—y al decir esto todo se le volvia entreabrir las cortinillas de la alcoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa se iba llenando de nuevos compradores, y don Policarpo, flechándoles uno á uno sus lentes, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él...

—A tus pies, Mariquita.

—Hola, perillan, ¿tú por aqui...?—¿Y tambien el condecito...? vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos... (Como si hubiera alguna tierra incógnita para él).—Mira, Curioso, tú que todo lo cuentas, ¿ves aquella pareja exigua y acaramelada que todo lo tienta y nada compra, y se miran á todos los espejos, y él lleva la sombrilla, y ella la bolsa, y él la derecha y ella la izquierda? pues esos son Fulanito y Menganita, esposos de quince dias, que estan poniendo casa, y... advierte con qué tierna solicitud el recien marido hace que ella se siente de vez en cuando, sin duda para que no se malogre algun proyecto de paternidad; mira cómo repara en sus ojos, esforzándose á leer en ellos algun antojo, para luego satisfacerlo, de miedo que el muchacho salga con una cornucopia en la frente ó un mapamundi en el embés.... Vuelve la cabeza á estotro lado, y repara en ese viejo alto de los anteojos, cómo hojea ese libro para que crea-

mos que entiende el griego; pues ya habrás advertido que no mira mas que las láminas... observa aquel otro martirizando las telas y vestidos... ese es un sastre del teatro que las está convirtiendo ya en su imaginacion en galas de *Semíramis* y *de Tancredo*. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de plata? pues su marido es gotoso de ambos pies. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novísima? pues ya hace veinte años que ejerce sin ella. Pero dejemos esto y vamos á mi negocio... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece muy bien para alquilarle para mí...

Y sin darme lugar á responder me arrastró por las piezas interiores, hasta que llegando á un gabinetito cerrado, miró por la ventana, y apartándome un poco me dijo al oido.—Aqui está mi dudilla... Dió dos golpecitos á la puerta....—¿Quién va...?—Señora, á los pies de usted. ¿Da usted permiso para que veamos la habitacion?—No hay inconveniente.

Y se abrió la puerta y nos dejó ver un precioso retrete ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heróica y magnífico continente.

—¡Oh Fulanita! (esclamó al verla don Policarpo) no me engañaba el corazon; ¿cómo? ¿pues no ha acompañado usted á su esposo á su nuevo destino?—Y me apretaba el brazo y como que se sonreia el maldito al reparar la imprevista turbacion que tal pregunta habia causado á la señora.

—No señor... hay tantas cosas que arreglar... ¡y luego los caminos esta tan malos para las damas...!

—Y sobre todo si las damas son del talle de usted, no estrañaria yo que acudieran al reclamo todos los salteadores de quince leguas á la redonda.—Usted siempre de tan buen humor.—Y usted siempre de tan bella cara...—

A decir la verdad, yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena, y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen tambien en ella, tomé el partido de salirme por los corredores á silbar á los canarios ó coger flores de las macetas; cuando de alli á pocos minutos sale mi don Policarpo á buscarme, en un estado radiante de alegria... Aquel hombre era otro enteramente... antes todo lo miraba con desden, ahora todo lo compraba por su precio.

—Y no te admires de esto (me decia), me quedo con el cuarto, me quedo con los muebles, y en cuanto á la señora.... (porque has de saber que aunque la pregunté por su esposo, bien sabia yo que no lo era, porque hace años que le serví de padrino cuando se casó con una viuda en Goatemala) y...

—¿Con que es decir que se queda usted con la dama tambien? ¿y dígame usted, en esa adquisicion ha tenido usted presente la rebaja de la tercera parte de la tasa á estilo de almoneda?

—Anda, socarron, me replicó don Policarpo entre mohino y risueño... Nada tengo que añadirte sino que vuelvas mañana por tus muebles, y yo me quedaré con los mios; en cuanto á los demas, señores (añadió alzando la voz), escusan ustedes de molestarse mas, porque

todos los enseres de la casa los he comprado yo.—

Volví en efecto al siguiente dia y me le encontré ya instalado en su nuevo *estudio*, que era el mismo gabinete del dia anterior: como tiene confianza conmigo, me hizo sabedor de todas las condiciones de aquel *traspaso*, y aun me añadió que para que la mistificacion fuese completa, tenia ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor, cosa que no le podia negar el ministro, por ser, como era de pensar, amigo suyo; por lo demas, en la casa nada se habia mudado, si no era un retrato en el tocador de la señora, y un original en su corazon.

(*Octubre de* 1837.)



EL COCHE SIMON.

EL COCHE SIMON.

I.

Hay en Madrid un Simon
que se alquila... no sé dónde,
y tiene mas aventuras
que Gil Blas ó Don Quijote.
  Su figura es de caldera,
verde y negro sus colores,
no tiene muelles de Ce,
ni persianas ni faroles;
  Ni menos en sus costados
se ostentan empresas nobles,
ni guarnecido pescante

:

con dobles cifras de bronce.
Modesto en su sencillez,
holgado en sus dimensiones,
tan cerca está de cajon
como distante de coche;
Y á no ser por cuatro ruedas
que se mueven, si no corren,
tomáranle por sepulcro
ó babilónica torre.
Arrastran con harta pena
esta máquina deforme
dos mulas que fueron bravas
en mil ochocientos doce.
De la historia de estas mulas
pudiera decir primores,
mas dejarélo esta vez
para contar la del coche.

Fue primero de un marqués
que vino de no sé dónde
á pretender... ¡feliz siglo!
una venera en la corte.
Esto prueba que las cruces
tan caras eran entonces,
como baratas se dan
en estos tiempos que corren.
Llegado que hubo á Madrid
quiso ostentar sus doblones,
que no hay para pretender

como pretender en coche.
Y á falta de los talleres
de Bruselas ó de Londres,
un ambulante artificio
buscó por toda la corte;
A tiempo que un gran maestro
(no le nombran los autores)
daba el último barniz
al recien nacido coche.
Sacóle el marqués de pila,
luego sus armas le pone,
campo de plata y dos zorras
trepantes á un alcornoque.
Ufano con tal conquista,
por las calles de la corte
salió á lucir y ostentar
su bolsa y prosapia nobles.
¡Cielos, á cuántas envidias,
á qué ingratos sinsabores
dió lugar la tal carroza
en nuestro Prado de entonces!
¿Quién dirá las aventuras,
las intrigas, los honores
que valieron al marqués
estos cuatro tablajones?
Por ellos venció á las diosas,
por ellos mandó á los hombres,
por ellos adquirió gota,
ciencia, orgullo y acreedores;

Hasta que en ellos cruzado
y entre estolas y blandones
le llevaron á enterrar,
y pasó al concurso el coche.

II.

En virtud de providencia
del señor don Juan Quirós,
de esta coronada villa
teniente corregidor;
En los autos del concurso
del marqués de... que finó
por óbito abintestato
y han radicado ante nos
El infrascrito escribano
que firma esta relacion,
ordena su señoría
que por cuanto el acreedor
Ha probado su derecho
y la hipotecaria accion
que tiene por mil ducados
al coche que aquel dejó,
Se le endone y adjudique

en integra posesion
la referida carroza
tasada en igual valor.
Mandólo su señoría
en Madrid, y lo firmó
á veinte y cuatro de agosto
de mil ochocientos dos.

Ya tenemos á mi coche
con nuevo dueño y señor,
un viejo capitalista
bien cuidado y solteron
Que en las campañas de Venus
altos lauros alcanzó;
azote de los maridos,
de las mugeres patron.
Dedicaba por entonces
su sexagenario amor
á una viuda de cuarenta,
doña Tecla de Albornoz,
Bella tinaja con piernas,
hermoso guardacanton.
¿Qué don pudiera ofrecerla
un apasionado amor
Como una máquina amiga
que á influjo de bestias dos
imprimiese movimiento
á volumen tan atroz?
No sabré decir el cómo,

pero ello se celebró
cuadruple alianza entre aquellas,
la señora y el señor.
Y riéndose del mundo,
libres de vientos y sol,
vivieron encajonados
en íntima relacion,
Como una parte del coche,
como en su celda el castor,
el gusano en su capullo,
ó en su concha el caracol.
La muerte, que se complace
en destruir con furor
todas las dichas del hombre,
por este tiempo alcanzó
A aquella dulce pareja,
y... ¡cielos! ¡en qué ocasion!
cuando no cabiendo ya
dentro del coche su ardor,
Acababan de adornarle
con emblemas de pasion;
dos corazones flechados,
y riéndose el Amor.

—¡Jesus! qué estraños emblemas;
llámenme pronto á un pintor
que borre esas heregías
y ponga el santo cordon,
el báculo y el capelo,

y la cruz del Redentor.—
  Esto decia el obispo
que aquel coche remató,
é hisopo y agua bendita
aplicaba al interior
para purgar los pecados
que supuso con razon.
  Ya que fue purificado,
el muy ilustre señor
subió con sus familiares
á tomar la posesion.
  ¡Qué vida la que mi coche
por aquel tiempo pasó!
Ni un capellan de las Huelgas
puede contarla mejor.
  Una novena á san Gil
y luego á tomar el sol
al paseo de la ronda
ó al camino de Alcorcon;
  O un viajecito hasta Atocha
á visitar al prior,
y luego volverse á casa
al toque de la oracion.
  ¡Qué vida! vuelvo á decir;
pero aquel tiempo pasó,
y vino otro de cuidados,
de sustos y agitacion.
  Un ministro... ¡ay que no es nada!
al obispo sucedió

de aquel histórico coche
en la grata posesion.
Nuevo impulso y movimiento
á sus ejes imprimió,
que estaban entumecidos
por el reposo anterior.
De palacio al ministerio,
desde el consejo al salon,
desde la audiencia al teatro;
desde el dominio al favor.
¡Pobre coche, que agitado
por el mar de la ambicion
caminas á todos vientos
tras un fantástico honor!
¿Qué se hiciera aquel reposo
que un dia te permitió
saborear de la existencia
el progreso bienhechor?
¿Qué, mísero, has alcanzado
en premio de tu ambicion,
sino llegar mas aprisa
al término del favor?
Que mucho brillas, me dices,
que escuchas de tu patron
altos secretos de estado
reservados á los dos.
Que todos te reverencian
como á tan alto señor,
y escuchas del que suplica

en torno tuyo la voz.
¡Ay cuitado! ¿no reparas
en el cielo del favor,
miserable nubecilla
que ve con desprecio el sol?
Pues mírala cuál creciendo
el firmamento ocupó
y roba al astro del dia
su fúlgido resplandor.
Y mira al mortal gusano,
que á su lumbre se ensalzó,
cuál vacila y tiembla, y cae
de la tormenta al furor.
¡Pobre coche! tu menguada
nulidad te defendió,
quedando para testigo
de tu infamia y tu baldon.
Y vino un hombre sin nombre
que tus favores vendió,
y en pago á tus demasías
y ridícula ambicion,
Riéndose á un pueblo entero
por escarnio te entregó,
para que puedas decir
en sentida esclamacion:
¡Aprended, coches, *de mí*,
lo que va de ayer á hoy.

III.

De un anchuroso corral
sobre la menguada puerta
que asienta en el interior
de una súcia callejuela,
En letras greco-romanas
y ortografia caldea,
dice «*Aqui se alquilan coches*»
una envejecida muestra.
Yacen en el interior,
sin guardas y á la inclemencia,
cien carrozas que otro tiempo
ornaron la corte régia.
Y ora tristes, abatidas
por el tiempo y la miseria,
en un lupanar de coches
lloran su pública afrenta.
Míranse en él confundidos,
sin gerarquía y sin regla,
cien románticas carrozas,
cien clásicas diligencias.
Alli el almagrado coche
que arrastraron seis colleras,

está llorando festines
y soñando en la Alameda.
Alli el bombé vacilante
que dejó el doctor Postema,
reza y murmura aforismos
y latines de receta.
Mas allá hay una berlina
con cifras y otros emblemas,
de uno que fue al hospital
sin zapatos ni calcetas.
Aqui un súcio faeton,
alli una gran carretela,
que fue premio en otro tiempo
de una virtud de Lucrecia.
Y agrupadas á un rincon
se miran cuatro calesas
que á queso y á vino puro
trascienden á media legua.

En tan súcia compañia,
y en situacion tan adversa,
un coche tambien... ¡Dios mio!
(casi no acierta la lengua).
Un coche... ¿si será él?
un coche... sí, el mismo era,
el del marques, del obispo,
del ministro, y doña Tecla.
¡Ay! quién fuera Garcilaso
para esclamar: «Dulces prendas,

aqui por mi mal halladas,»
con lo demas que se deja.
¿Y habrá despues ¡oh fortuna!
quien fie en tu faz risueña,
y no te vuelva la espalda
antes que tú se la vuelvas?
Mas tornemos á mi coche
y dejemos las sentencias,
que dicen bien en un libro
con tal de que no se lea.

En hábito verdi-negro,
como ya descrito queda,
ha transformado sus galas,
sus timbres y sus preseas;
Y los caballos normandos
en dos mulas peli-negras,
que corrieron ha veinte años
todas las ferias manchegas.
Piloto de aquel timon,
sentado en su delantera
un infanzon de Cantabria
tiene en sus manos las riendas.
Un capote franciscano
su tosca persona encierra,
y un sombrero des-alado
metido hasta las orejas.
Cantando está á media voz,
mientras que las ocho suenan,

las glorias de Covadonga
por el son de la muñeira;
  Y en tanto las pobres mulas
pensando estan en que piensan,
y de este pienso mental
se sostienen y alimentan.
  Otro animal de dos pies
como el que en la proa asienta,
sube con pena á la popa
y á los tirantes se cuelga.
  Con que la tripulacion
queda del todo completa,
dos mulas y dos rocines,
y sumadas cuatro bestias.

  Las ocho suena el reloj,
se abre del corral la puerta,
y en oblicuo movimiento,
y en marcha angustiosa y lenta
  Tiran torcidas las mulas
á impulsos de la correa,
y anunciando un fin cercano
crujen girando las ruedas.
  Por las calles de la corte,
y á riego de las aceras,
la máquina informe arrastra,
dando á quien la mira pena;
  Y entre silbos y reniegos
en menos de una hora llega

á la puerta del letrado
que va á charlar á la audiencia.
Embarca en él su persona
medio cura y medio enferma,
y saca las doctas mangas
por entrambas portezuelas.
Luego que llega al consejo,
mientras su derecho alega,
cochero y mozo liquidan
la propina en la taberna.
Con que añaden á su celo
de Yepes azumbre y media,
para hacer mas llevadero
el trabajo de la vuelta.
Despues del pleito, á visitas
con la letrada y su suegra,
cinco chiquillos y una ama,
dos pasantes y una perra.
Vuelta despues al corral;
ya don Timoteo espera
para ir á misa de dos
del Buen-Suceso... á la puerta.
La misa ya se ha acabado;
mas por cuanto la marquesa
al ver á don Timoteo
se siente un poco indispuesta.
Él, á fuer de hombre gentil,
la ofrece su carretela,
y á fin de tomar el aire

van camino de la Venta.
En vano el pobre Simon
les grita que den la vuelta,
que hace falta en un bautizó
antes de las cuatro y media.
Suéltanlo á las cinco, en fin,
toma el paso á media rienda,
y en casa de la parida
á oir maldiciones llega.
Suben en él la madrina,
el padrino, la pasiega,
los hermanos, el autor,
y el chico con falda nueva.
Cien pillos de todo el barrio,
que ha vomitado una escuela,
van corriendo tras el coche;
ya suben en la trasera;
Ya trepan á los estribos;
ya se agarran de las ruedas;
ya gritan: «Señor padrino,
¿cuándo baja la moneda?»
Ya hacen gestos al Simon;
ya al lacayo desesperan,
apoyando sus razones
en alguna que otra piedra.
En tal dia, es de cajon,
va la gente á la comedia,
y el coche hasta media noche
embargan y saborean.

Y en tanto las tristes mulas
guardando siempre la dieta,
y cuando dan vuelta á casa
hasta en su sombra tropiezan.

Otro dia... ¿pero acaso
pretendo que sea eterna
esta triste relacion,
y que en crónica se vuelva?
¿No ha de acabarse jamás?
¿ni cómo narrar pudiera
uno á uno los sucesos
que en sus páginas encierra?
Baste decir que en enero
hay un san Anton, y hay *vueltas*;
que hay máscaras en febrero
y en marzo hay Pepes y Pepas.
Que abril encierra una pascua;
mayo á san Isidro fiesta;
junio noche de san Juan
con fandango y con vihuelas;
Julio ostenta de sus toros
las entretenidas fiestas,
y en agosto Manzanares
brinda con húmeda arena.
Viene setiembre despues
con sus históricas ferias,
y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.

Y octubre empieza á mostrar
sus frios y calles puercas,
y noviémbre sus difuntos,
diciembre su noche-buena.
Y en todos meses del año
hay cortejos y hay cortejas,
y hay revistas, besamanos,
y hay visitas y hay audiencias;
Y hay tontas á quien se engaña
con una máquina de estas,
y hay jugadores que ganan,
y hay empleados que medran;
Y hay indianos de San Lucar,
y hay sin condados condesas,
y hay nobleza que ostentar,
y hay que encubrir la miseria.
De todos estos primores
puede este coche dar cuenta;
mas por desgracia no sabe
por qué carece de lengua.
Yo, viéndole sordo-mudo,
en descargo de su pena
quise atreverme á formar
(puesto que no soy poeta)
En estos *clásicos* versos
esta *clásica* leyenda,
á riesgo de que el lector
clásicamente se duerma.

(*Octubre de* 1837.)

LA BOLSA.

I.

«Toujours triste ou fougueux, pestant contre le jeu,
ou d'avoir perdu trop, ou bien gagné trop peu.»

Regnard.

Ora frenético y loco,
ora triste y abatido;
ya porque mucho ha perdido,
ya porque ha ganado poco.

Cuando Madrid se llamaba capital de dos mundos, y cuando las minas de Potosí desaguaban en su recinto, entonces no teniamos *Bolsa*; ahora tenemos Bolsa, pero en cambio hemos perdido lós mundos, las minas, y el Potosí.

En aquellos felices tiempos todo el sistema de hacienda estaba reducido á necesitar dos y gastar cuatro (porque habia estos cuatro); en el dia por el contrario todo el chiste está en necesitar cuatro y componerse con dos.... y gracias si se puede contar con estos dos.

Es verdad que todo se halla equilibrado por el feliz sistema de las compensaciones, y de este modo si perdimos nuestra superioridad metálica, nos hallamos, Dios sea bendito, con que hemos adquirido la científica; si no tenemos dinero, tenemos libros y cátedras en que instruirnos sobre la *teoría del crédito,* y podemos convencernos por ellos de que el pedir prestado es un signo favorable de riqueza (sobre todo cuando el que pide se propone no pagarlo nunca). Tenemos tambien *caja de amortizacion,* donde todo se amortiza, capital, intereses y acreedores; tenemos una grata variedad de documentos de crédito de todas formas y de diverso primor artístico: *Inscripciones, certificaciones, transferibles, no negociables, títulos al portador, residuos, cupones, acciones, dividendos y billetes del Tesoro;* todo de muy entretenida vista por la multitud de sellos, cifras y contraseñas, ademas del notable ahorro de canastillos de paja y talegos de arpillera. Tenemos, en fin, *Bolsa de comercio*, en donde poder usar de aquella baraja, y tratar de despojarnos cordialmente unos á otros por medio de atrevidas apuestas y demas lances que constituyen el entretenido *juego de fondos públicos.*

Otros eran, en verdad, aquellos tiempos en que el honrado comerciante dirigia desde su bufete las mas grandiosas empresas, espedia sus buques cargados de nuestros deliciosos frutos al Callao ó á la Vera-Cruz; ora recibia los ingeniosos artefactos de Manila, el cacao de Caracas ó el azucar de las Antillas,

ora contentándose con mas moderada y segura ganancia limitaba sus operaciones al descuento de letras, y cambio de fondos con las diversas plazas mercantiles.

En el dia tal clase de negocios solo queda para gentes apocadas de suyo y que carecen de la inteligencia y el valor necesario, para lo que en lenguage técnico llamamos *meterse en la Bolsa;* y á la verdad ¿cómo la perspectiva de un mezquino interés de diez ó doce por cierto al año podria lisonjear al atrevido especulador que lanzándose en el juego público sueña en el mismo espacio de tiempo cuadruplicar su capital?

Verdad es que, como dice un adagio vulgar, «no todo lo que reluce es oro,» y que tales suelen ser los resultados de estas gigantescas operaciones, que destruyan en breves momentos las fortunas mas sólidas y acreditadas. Pero los hombres en sus proyectos de ambicion acostumbran generalmente á mirarlos solo por el lado favorable, y el resplandor que difunde uno solo que alcance á conseguir un buen resultado, ofusca y hace olvidar la multitud inmensa que quedaron arruinados por levantarle. Semejantes al atrevido navegante que fija la imaginacion en las delicias del puerto, no reflexiona que su bajel marcha sobre los restos de otros infinitos á quienes animaba la misma esperanza.

En vano los escritores moralistas y concienzudos han intentado probar los inconvenientes de tales empresas; en vano han dicho y repetido que destruyen el comercio, que atacan á la moralidad de las fami-

lias, que ponen en contínuo peligro á los gobiernos y á las naciones. Los hombres del dia no han querido escuchar tales plegarias; y no contentos con seguir su inclinacion, la han reducido á sistema; han compuesto libros en su elogio; y la teoría del crédito ha encontrado aduladores, como los encontraria la peste, si la peste tuviera dinero para pagarlos. Inútil es, pues, cuanto se declame; la esperiencia acredita que cuando se abre una puerta en el templo del interés, cierran las suyas la filosofía y la razon.

No por eso conviene que queden abandonados los argumentos de estas, y el hombre inesperto sin otra brújula para caminar en el mundo que su propia reflexion. Carga es, pues, noble del escritor filósofo el trazarle un fiel espejo en que mire sus deberes y los peligros á que le espone la ambicion; si despues de ello gusta lanzarse en tan funesta via, por lo menos no será por ignorancia de los escollos; algunos podrá evitar teniendo presente aquella pauta, y siquiera no sirviese ella mas que para precaver á un individuo solo, ese solo individuo será una noble conquista de la virtud sobre el vicio; esa sola conquista será un nuevo laurel para la frente del escritor.

II.

Don Honorato Buenafé, rico comerciante de una de nuestras primeras capitales, habia llegado á una edad avanzada, disfrutando por su probidad de una reputacion honrosa, y en posesion de la inmensa fortuna que le habian proporcionado sus negocios mercantiles. Satisfecha ya su noble ambicion de legar á su familia un buen nombre y un puesto distinguido en la sociedad, trató de dar grato reposo á su imaginacion en los últimos años de su vida, y al efecto liquidó sus negocios y dividiendo en dos su casa-comercio, puso al frente de cada una de ellas á uno de sus hijos, á quienes habia de antemano educado convenientemente para la carrera á que pensaba destinarles.

Ambos jóvenes por fortuna manifestaban á ella la mayor inclinacion, al paso que ayudados de los conocimientos adquiridos, prometian aplicar á su giro toda aquella inteligencia que es necesaria. El carácter sin embargo de los dos disentia notablemente, y prometia imprimir á sus negociaciones respectivas un sello peculiar.

Benigno (que asi se llamaba el mayor) se distinguia por su espíritu metódico y reflexivo; pensaba mucho y obraba lentamente; pero su constancia y regularidad le aseguraban hasta cierto punto un éxito seguro aunque tardío. El cambio de frutos coloniales, el giro de letras, las anticipaciones á un premio moderado; tales eran sus negocios favoritos, y el tiempo un necesario elemento que combinaba en ellos con su interés y su inteligencia. La mas pequeña comision, el negocio de menor cuantía, eran por él mirados con la misma atencion, con igual celo que aquellos de primer orden. La exactitud de sus libros de caja podia servir de modelo; y el estilo de su correspondencia llevaba todo el sello de la honradez y de la formalidad. Con este sistema, si se quiere rutinario y apocado, es verdad que no duplicó en poco tiempo su capital, ni ofuscó con su brillo el nombre paterno; pero al cabo de cada año resultaba de su *balance* un progreso cierto, al paso que su reputacion se aseguraba mas y mas. Para colmo de su felicidad habia escogido una esposa que le amaba tiernamente, y que participando en un todo de su buen juicio, cuidaba de dirigir noblemente aquella economía interior que los hombres solemos despreciar, y cuya falta viene á ser la lima que consume lentamente las mas sólidas fortunas.

Enrique, el otro hermano menor, estaba dotado segun se dice en el mundo, de mas elevadas miras, de mas brillantes cualidades. Su educacion tambien habia sido distinta de la de su hermano; este jamás

habia salido de su pais, y acostumbrado toda su vida á aquel sistema uniforme y á aquellos mismos objetos, gozaba tranquilamente de ellos. Enrique por el contrario, habia viajado mucho; habia visitado las capitales estrangeras, y las mas famosas plazas mercantiles; se preciaba de sabio economista, y como él decia gran *financiero*; tenia una selecta librería; gustaba de hablar y disputar largamente, y obraba en todo con precipitacion, que él apellidaba valor y energía.

Desde el instante en que á vuelta de cien consejos saludables recibió la emancipacion paternal y se vió al frente de su casa, trató de disponerla en un todo diversa de la de su hermano, dándola aquel estilo que habia observado en varias estrangeras, y que él llamaba *sabor europeo*. Para ello dejó á su hermano los viejos muebles, los antiguos dependientes, los inmemoriales corresponsales de la casa; y pareciéndole una capital de provincia estrecho recinto á sus gigantescas disposiciones, se trasladó á la corte, y se estableció en ella con toda la brillantez que le sugeria su exaltada imaginacion.

Desdeñando, como era de esperar, los negocios comunes, vió en las operaciones hursátiles el ancho campo adonde podria lucir los grandes recursos de su fantasía. Era precisamente la época en que recien establecida la Bolsa de Madrid se convertian á ella todo los conatos de los grandes capitalistas, y cada dia servian de objeto á la conversacion general las inmensas fortunas realizadas en breves horas por especuladores atrevidos. En-

rique, que habia sido testigo de iguales portentos en otras capitales, y en cuya imaginacion estaba siempre fija la idea de un *Roschild*; que contaba con grandes conocimientos en el juego de fondos públicos, y que ademas podia emprenderle desde luego con un mediano capital, no se descuidó un punto en ello, y desde los principios sus numerosas y osadas operaciones llamaron á su casa á todos los agentes de cambio, y su firma ó endoso fue señal obligada en todos los créditos en circulacion. En vano su esperimentado padre y su prudente hermano, temerosos de tanta fortuna, le exortaban continuamente en sus cartas á la prudencia, describiéndole este último con los mas vivos colores la felicidad que disfrutaba en su medianía, la tranquilidad de su imaginacion, las dulzuras de su vida doméstica, el respeto y cariño de sus amigos y convecinos. Enrique se contentaba con responderles el resultado de sus operaciones; que su capital se hallaba cuadruplicado, y que al vencimiento de ciertos plazos esperaba realizar diez tantos mas.

Y era asi en efecto la verdad; lisonjeado por la pérfida fortuna, que cual muger coqueta se complace en aturdir y sujetar con sus favores á aquel amante á quien cuenta luego sacrificar, se diria que una estrella favorable presidia á todas sus operaciones, á todos sus empeños. Los sucesos públicos que tanto influyen en el alza ó la baja de los fondos, parecia que se modelaban y desenvolvian á medida de su necesidad y de su deseo; si compraba *al contado*, luego in-

mediatamente subia el papel; si vendia *á plazo,* bajaba de precio para que él pudiese cumplir con menos sacrificio. De este modo en pocos meses llegó á realizar un capital inmenso, capital suficiente á satisfacer otra ambicion que no fuera la suya.

Su lujo y sus necesidades crecian sin embargo en razon directa de su fortuna; y deseoso de asociar á ella otra por lo menos correspondiente, contrajo matrimonio con una rica heredera y brilló por un momento con todo el esplendor que él habia imaginado en sus sueños orientales.

Si va á decir la verdad, en este estado, al parecer tan dichoso, era el hombre menos feliz que puede imaginarse. Devorado constantemente de deseos superiores á la realidad; entregado dia y noche á combinaciones y cálculos complicados; contando las horas que le acercaban á los términos de sus contratos; pendiente de la ruina ó de la fortuna de sus co-negociantes; acosado por la multitud de propuestas de nuevos empeños; lanzado en los círculos políticos para calcular mas acertadamente los sucesos futuros; agitado, en fin, con el peso de mil compromisos, de mil responsabilidades de que pendia continuamente su completa fortuna ó su desgracia irreparable, su vida era una continuada fiebre, un perpetuo delirio, que ni el sueño podia interrumpir, ni el ruido de los festines alcanzaba á templar. ¡Miserable riqueza la que se compra á costa de la vida, y miserable el mortal que no reconoce término á su ambicion!

Pero cuando la prosperidad hubo llegado al suyo, cuando la caprichosa fortuna dando la vuelta á su rueda dijo á su protegido; «Hasta aqui llegarás;». cuando todos los medios de su elevacion se convirtieron rápidamente en agentes de caida, ¿cómo parar el torrente asolador de mil desgracias, causadas unas por imprudencia, otras por misteriosa fatalidad? Ni ¿cómo pintar el frenesí de un hombre que, mecido hasta alli apaciblemente por las olas, mira estrellarse su bajel á la entrada del puerto, y caer una á una todas las ilusiones de su fantasía?

La situacion de Enrique en tales momentos entra en el número de aquellas inesplicables, y á que la pluma parece rehusarse. Baste decir que aquella brillante llama de su fortuna se apagó aun mas rápidamente que fue encendida; que llegó un tiempo en que los cálculos mas bien dirigidos le fallaron, que las operaciones mas sencillas se volvieron en contra suya. Ni sus inmensos bienes, ni los de su esposa, ni el poderoso auxilio de su hermano (de aquel hermano á quien él despreciaba por metódico y apocado) bastaron á hacer frente á sus responsabilidades; hasta que acosado por ellas, perseguido por sus acreedores, y conservando en su corazon un sentimiento de orgullo, desapareció de su casa y de su pais, corriendo á ocultar su vergüenza al otro lado de los mares.

De este modo pasó aquel astro brillante; de este modo se apagó su fantástico resplandor. Sintiéronlo sus acreedores y comensales; sus amigos miraron su caida

con indiferencia; sus enemigos con alegría; los demas hombres se complacieron en ignorarla, y unos y otros continuaron por el mismo camino peligroso, como si tal no hubiese acontecido; y si alguna vez la imaginacion les recordaba á su pesar la desgracia de Enrique, achacábanla á imprudencias y ligerezas de que todos se creían siempre dispensados.

III.

El reloj de la Puerta del Sol acaba de dar las doce.... ¡hora fatal que va á decidir la suerte de cien familias, que va á lanzar á unas en la miseria por crecer y aumentar la opulencia de las otras! Hora que es preciso aprovechar, porque los minutos corren, y la ley previene que dentro de los sesenta que median *de doce á una* (1) se traten y cierren todos los negocios, todos los contratos de fondos públicos... ¡Qué agitacion, qué movimiento en todas las avenidas del templo de la fortuna...! Ved al magnífico comerciante, á aquel que pre-

(1) En la actualidad es de una á dos, y el local de la Bolsa el cláustro del ex-convento de San Martin.

side y gobierna á un centenar de dependientes, dejar entregados á estos sus libros y su correspondencia, y vestirse precipitado, y correr en la mayor agitacion, consultando el reloj cada minuto, y sin quererse detener con la multitud de importunos que vienen á saludarle. Observad al prosáico mercader, que fia la vara á su consocio, y marcha por medio de la calle registrando cuidadosamente su abultada cartera. Dejad paso al birlocho del agente de cambios, á la carretela del político financiero, al inevitable paraguas del viejo prestamista, al agitado movimiento del baston del elegante jugador.

Todos vienen á refluir á un mismo punto; todos dirigen el rumbo á Filipinas, á las Filipinas de la calle de Carretas... Entrad si podeis en aquel angustioso recinto... alli nada se paga á la entrada; ¡lo que se paga es la salida...!

Un elegante patio cerrado de cristales, y circundado por una galería, sirve de escena á aquel interesante drama... Varios atributos y pinturas simbólicas en la pared, y sendos tableros en los frentes con los artículos correspondientes de la ley, os hacen ver que ella autoriza todas aquellas operaciones...; repartidos en distintos sitios los nombres de las plazas mercantiles, Amsterdam, Génova, Lisboa, Lóndres, Nápoles, París, Petersburgo y Viena, como que quieren dar á entender que tenemos comercio con ellas; y cuatro estátuas colosales, que representan la España y la Paz, Mercurio y Neptuno, estan alli en buena compañía y

de toda etiqueta, como gentes que apenas se conocen entre sí.

En el centro del salon, y dentro de una elegante baranda circular, el *anunciador oficial* de los cambios recibe las notas de los agentes y las publica en alta y desapacible voz, y en derredor de la verja que cierra el *estrado* se agitan y agrupan los celosos concurrentes con una prolongada oscilacion, con un monótono zumbido, semejante al que suele formar un enjambre de abejas; movimiento y ruido que cesan instantáneamente cada vez que la máquina parlante del estrado prorumpe en esta espresion:

«Se han hecho... dos millones de reales, en certificaciones sin interes.... al cinco y tres octavos por ciento.... á sesenta dias ó voluntad del comprador...»

Y vuelve inmediatamente el murmullo, y el removerse en distintas direcciones, y el correr unos tras otros, y el hablarse al oido, y el hacerse señas de inteligencia, y el rascarse la frente, y el ahuecarse el corbatin, y el abrir y cerrar carteras, y el humedecer con la lengua los lapiceros, y el alzar los ojos al cielo como para recibir inspiraciones, y el leer cartas, y el formar corrillos, y el adelantarse y volver atras, y el escudriñar respectivamente los semblantes para adivinar en ellos por qué lado se pueden sorprender.

Los unos mas inespertos ó mas arriesgados andan de aqui para alli proponiendo sus negociaciones; los otros veteranos, permanecen inmóviles, escuchando con aparente frialdad las propuestas de los corredores; cuá-

les disputan sobre las probabilidades de *alza* y los lances de la guerra, y las elecciones, y los fondos estrangeros; cuáles afectan desdeñosamente ocuparse en hablar de los toros, de la ópera, y de las *grisetas* de París. La mas agitada espresion brilla en la fisonomía de aquellos; en estos la calma y la sonrisa burladora, y no pocos, simplemente curiosos, revelan en su semblante una admiracion estúpida, y abren un palmo de boca á cada operacion que oyen pregonar. Los agentes de número, verdaderos impulsantes de aquella máquina, reinas de aquella colmena, corren de un lado á otro con una prodigiosa actividad, se introducen en los grupos, dan palmaditas en el hombro de aquel, llaman aparte á este, dicen dos palabras al oido del otro, ó reciben con un movimiento de cabeza una señal del de mas allá...

—¿Medio millon de cuartos al $20^1/_2$ á sesenta dias?—No.—¿*Prima* de uno?—Vaya.—¿Dos millones al 5 al contado?—Los tomaré si hay plazo.—¿Firma segura?—La de...—(Aqui un fruncimiento de labios, y se separan sin hablarse mas.)

—Señor agente, aqui tengo esos 200 mil reales del 5.—Pues; todos á vender... no puede ser, nadie toma nada, no se encuentra dinero...—Eh...—Allá voy.—Palabra: ¿puede usted proporcionarme *un pico* de 200 mil reales al 5?—Dificil será... yo no sé en qué consiste... hoy el papel está muy buscado; aguarde usted un momento.—Eh, caballerito, ¿á cómo daba usted su papel?—Al precio corriente, al 20.—Imposible.—Vaya al $19^3/_4$.—¿Acomoda al medio?—Sea.—

(Y la voz pública pregona:) *Se han hecho un millon de reales títulos del* 5 *por ciento al* 20½ *al contado.*

—¿Lo ve usted? ¿no lo decia yo?—Ya, pero esa es una operacion hecha á primera hora, y luego lo de usted es un pico y...—

Mas volvamos la cabeza á ese otro corrillo ruidoso y agitado... Son políticos que impolíticamente disputan sobre los sucesos públicos, y hablan de congresos y notas diplomáticas, y citan testigos y correos que acaban de llegar; y el mas condecorado dice con solemnidad que la Inglaterra acaba de pasar á cuchillo á los Dardanelos, y que el Czar de Rusia ha mandado tapiar la Puerta Otomana; y mil que le escuchan con los ojos espantados empiezan á temblar como azogados y se apresuran á ofrecer su papel á menos precio, y el cambio baja, y el político se da prisa á comprar, y luego vuelve á reunir el corro, y les dice que no pasen cuidado, que ya el Gran Señor tiene preparadas para este caso las escalas de Levante, y Meternick ha improvisado un congreso en las islas del Polo; con lo cual se restablece la calma y el precio vuelve á subir, y mi especulador geógrafo realiza su papel con beneficio.

Esta agitacion va creciendo sucesivamente por minutos á medida que va acercándose la hora de conclusion, y ya en los últimos momentos es inesplicable el movimiento, la indecision, el estado febril de la mayor parte de los concurrentes.

Uno entre ellos, agitado por la ambicion, impul-

sado por la esperanza, duda, recapacita, vuelve, torna, mira el reloj, mira los semblantes, quisiera preguntar á las estátuas lo que debe hacer... ¡Miserable, detente; la suerte de tu esposa y de tus hijos penden de esa tu resolucion...! El vendedor le asedia, la hora se acerca, la campana fatal va á sonar...

—¿Con que toma usted ó no esos dos millones?—Hombre...—Pronto, que tengo ya comprador.—¿Qué hora es?—Mire usted, un minuto falta nada mas.—Pero...—Que va á cerrarse, que da la hora...—Venga acá.—Enhorabuena.

Se han hecho, dos millones de reales, títulos del 5, *al* 21 *por ciento, al contado.*

LA UNA; suena la campana; el anunciador prosigue...

Concluye la negociacion de fondos públicos, y continuan las demas operaciones comerciales.

No bien dice estas palabras todos los concurrentes se apresuran á recoger sus bastones y paraguas y abandonar aquel recinto. De alli á pocos minutos todo queda en silencio, y el que por casualidad entrase despues, solo encontraria en él cinco figuras que se asombran ellas mismas de verse juntas, á saber: la *España*, la *Paz*, *Neptuno*, *Mercurio*, y el *anunciador* del crédito nacional.

(*Noviembre de* 1837.)

MADRID Á LA LUNA.

I.

"En el silencio oscuro su belleza
desnuda de afeitadas fantasías
le descubre al pintor naturaleza.»

Pablo de Céspedes.

Madrid es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada dia encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van transcurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí á la fuerte tentacion de leerle en alta voz, quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavia no encuentro agotada la materia, antes bien los límites del campo que me tracé, cada dia se retiran á mi vista, en términos que primero que el espacio entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.



MADRID A LA LUNA.

En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros á la brillante luz del sol de mediodia, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuándo embalsamados con el suave ambiente de primavera; cuándo entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos; ya reducidos á límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el dia (lo confieso con rubor) no habia parado la imaginacion en uno de los mas interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente á ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza próvida é infatigable me brindaba con una de las mas interesantes y magníficas, esto es, *Madrid iluminado por la luna.*

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaria de empezar aqui mi narracion por un brillante apóstrofe á la señora Diana, con el *¡Oh tú!* de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese á bien prestarme su influjo y su *rayo macilento* para dibujar un cuadro tan pálido y dormilon como ella misma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaria de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome á una altura (la de san Blas por ejemplo) miraria dibujarse en el espacio, y á la luz del astro de la noche,

las elevadas cúpulas de la capital; mi imaginacion las aprestaria vida, y convirtiéndolas en gigantescos monstruos, miraríalas

«levantarse, crecer, tocar las nubes,»

y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agitaba á sus pies, y que probablemente seguiria tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos estremos prestaria sin duda interes á mi discurso, y convertiria hácia él la atencion de mis oyentes; pero asi creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitologia, y eso me dan la metamorfósis de Ovidio como los monstruos de Victor Hugo; porque en la luna solo tengo la desgracia de ver la luna, y en las torres las torres, y en el pueblo de Madrid una reunion de hombres y de calles y de casas que se llama la *muy noble, muy leal, muy heróica, imperial, y coronada villa y corte de Madrid.*

II.

LA MEDIA NOCHE.

Hacia ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos (una de las señales mas positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos, y cediendo al nocturno fanal la alta mision de iluminar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servia de señal al último destello del último farol; combinacion ingeniosamente dispuesta que honra sobremanera á los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminacion recogian ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés entornando sus puertas despedian políticamente á sus eternos abonados; y los criados de las casas cerrando tambien sus entradas dirigian una tácita reconvencion á los vecinos perezosos ó distraidos. Veíase á algunos de estos llegar apresurados á ganar su mansion antes que la implacable mano del gallego se in-

terpusiese entre ellos y la cena; y llegando á la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecia; y volvian á llamar una vez y otra, y se desesperaban grotescamente, hasta que se oia acercar un ruido compaseado, semejante á los golpes de un batan ó á las descargas de artilleria; y eran los férreos pies del gallego que bajaba, y medio dormido aun, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que, en fin, abiertas estas, iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subian por la escalera.

Los amantes dichosos habian concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el grato olorcillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro habia muerto ya el último interlocutor, y *Norma* se metia en el simon, y *Antony* tomaba su paraguas para irse á dormir tranquilamente, á fin de volverse á matar á la siguiente noche; el celoso amo de casa hacia la cuotidiana requisa de su habitacion, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutia con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes á su cuenta; y el artesano infeliz en su guardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen á herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormia en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar á

clavar la voluble rueda de la fortuna; velaba el avaro, creyendo al mas ligero ruido ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante bajo el balcon de su querida, esperando una palabra consoladora; velaba el malvado, probando llaves y ganzúas para sorprender al infeliz dormido; velaba el enfermo contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la luz de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete, viendo desaparecer su oro á cada vuelta de la baraja; velaba el poeta, inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela, mirando cuidadosamente á todos lados para dar en caso necesario el alerta á sus compañeros dormidos; velaba la alta deidad en el baile, siendo objeto de mil adoraciones y agasajos; velaba la infeliz escarbando en la basura, para buscar en ella algun resto miserable del festin.

Y sin embargo, en medio de este general desvelo, la poblacion aparecia muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y solo de vez en cuando se interrumpia este monótono silencio por el lejano rumor de algun coche que pasaba, por el ahullido de un perro, ó por el lúgubre cantar del vigilante que en prolongada lamentacion esclamaba... *¡Las doce en punto!* y... *sereno.*

III.

EL SERENO.

No se puede negar que la persona de un *sereno* considerada poéticamente tiene algo de ideal y romancesco que no es de despreciar en nuestro prosáico, material, y positivo Madrid, tan desnudo de edad media, de góticos monumentos, y de ruinas sublimes.

Un hombre que, sobreviviendo al sueño de la poblacion, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de notable y heróico que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron si hubieran vivido entre nosotros. Dejemos á un lado el mezquino interes que sin duda le mueve á abrazar tan importante mision; no por ser recompensado con otro mas alto deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del pais, la del abogado, escudo de la inocencia, la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario

reposo; cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus mas halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansion, y se arranca á los brazos de su esposa y de sus hijos (que tambien es padre y esposo), viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha, toma su temible lanzon, cuelga á la punta el luciente farolillo, y sale á las calles ahuyentando con su vista á los malvados, que le temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir, rezagadas á la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al miserable transeunte á quien aquel asaltó; ya presta su formidable apoyo al baston de la autoridad para descubrir un garito ó proceder á una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavia en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener, ó de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la lu-

na, muda, quieta, impasible, como su imaginacion; presta el atento oido al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, esclamando tranquila y reposadamente: *¡La una menos cuarto!* y... *sereno.*

No sé si he dicho (y sino lo diré ahora) que aquella noche por un capricho, que algunos calificarán de estravagante, me habia propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo, y que para poder hacerlo con mas libertad, habia creido conveniente aceptar un capoton y un chuzo como los suyos, que me prestó.

No se rian mis lectores de esta transformacion de mi esterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todos los dias sin estrañeza; un trage humilde, una corteza grosera, suele á veces encubrir la inteligencia del alma; ¡y cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz á un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenia por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado á la antigua, que gusto de estudiar lo que he de describir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas: ó que el sereno se hiciese escritor, ó que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció mas facil que lo primero.

IV.

PASEO NOCTURNO.

Ya habia un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de unos balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oidos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminacion que despedian las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compás. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas distribuyendo refrescos y confitura; escuchábase el confuso murmullo de mil diálogos interesantes; y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones; y todo era risa y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolon de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos que mataban el tiempo cambiando la calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y á la puerta varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando mas embelesados estábamos en esta contemplacion, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrian paso de honor á los recien venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso, por una disonancia *sui generis* que no es facil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices acometidas de improviso nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salon, y prestarse mutuamente pañuelos y frasquillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor pára y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su voz le imitan igualmente todos los demas funcionarios con sus respectivos instrumentos, y sin hacer alto en la cons-

ternacion del concurso, ni en la incongruencia de su determinacion, se preparan á ejecutar sus profundos trabajos en el pozo mismo de la casa en cuestion.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza; este horrorizado baja la escalera vestido de rigorosa etiqueta con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena; le suplica que dilate hasta el siguiente dia su operacion; otras veces le amenaza, le insulta y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus gefes. Este diálogo animado se estereotipa en la imaginacion de todos los concurrentes; las damas acuden á buscar sus *schales* y sombreros, los galanes toman capas y *surtous ;* los lacayos corren á hacer arrimar los coches; el amo patea, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos; los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos, y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fue del todo inútil en tan crítica situacion, antes bien pudimos servir, y servimos con efecto, á reunir las discordes parejas que por efecto de la distraccion y aturdimiento propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, ó emprendian un

camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia

Uno de estos grupos episódicos reclamó mi auxilio. para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir á un marido, por poco zeloso que fuese, el verlos llegar tan solos y á tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar á la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galan mas de una vez me dió á todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de la señora, vimos asomar por otra esquina á la demas familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. Trocados el santo y seña nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo convoy, y yo, observando las miradas escrutadoras del esposo y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazon. —«Tranquilícese usted (le dije al oido), su esposa de usted es *todavia* digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta señor marido, que no todos los dias está la sociedad de *vigilante*, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mio.»—Dicho esto desaparecimos bruscamente sin dar lugar á mayores esplicaciones con el buen hombre, que no acertaba á volver del pasmo y á dar gracias á la sociedad, que por servirle se habia escondido bajo el pardo capuchon de un sereno.

No habiamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al volver la esquina de una callejuela hirieron simultáneamente nuestros oidos varias voces acongojadas que gritaban *¡favor! ¡ladrones, ladrones!*—Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las boca-calles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden á la señal. Corre la voz de que hay peligro; ocúpanse los desfiladeros, y de alli á un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapaba gritando: «*A ese, á ese; al ladron, al ladron.*»—Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hácia el que corre; este, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atras; pero ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos sufriendo su terrible interrogatorio, y los mas temibles reflejos de los faroles, asestados á su semblante, y á cuyo resplandor se revela en él la turbacion del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Allí mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado á dos de los aprehensores para conducirle al cuerpo de guardia, en tanto que los demas corrian á prestar su auxilio á los vecinos de la casa asaltada. Estos juraban y sostenian que algun otro malvado se habia escurrido hácia los tejados; y asi era la verdad, y que sin duda lo hubiera conse-

guido, gracias á la ligereza de sus piernas en contraposicion á la gravedad de las de los perseguidores, á no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales, destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

«Todas las cosas á ratos
tienen su remedio cierto,
para pulgas el desierto,
para ratones los gatos.»

Disipada, en fin, aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo á nuestro solitario paseo; y aquel, que vió restablecido el silencio, y que era la ocasion oportuna para volver á lucir la sonoridad de su garganta, tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchon, y con brio y magestad lanzó al viento el consabido canto llano... *¡Las dos en punto* y... *sereno!*

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena, que á juzgar por la obertura, no podia menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas; obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, *hasta* en el nombre, formaba un estrépito original y estravagante que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo

de hablar simbólico tiene esto de bueno, que espresa rápidamente, y no da lugar á dudas ó interpretaciones. Asi que luego que oimos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podia ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellin*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Éralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigian aquel agasajo á un honrado tabernero que en aquel dia acababa de trocar sus doce lustros de vida y cuatro de viudez, con una calcetera tambien viuda, tambien vieja, y tambien honrada; determinacion heróica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorcha del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió á proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y á disipar aquella tormenta que por lo menos tendia á interrumpirle por largo rato. Consiguiólo en efecto, gracias á su persuasiva autoridad, y luego que vió desamparada la calle, no pudo resistir á un movimiento de orgullo, dando á conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y esclamó: *¡ Las dos y media!* y... *sereno.*

«Gracias, amigo,»—dijo á este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó

envuelta en un gorro como verde por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exigian en aquel momento nuestra franca cooperacion. Una muger desgreñada y frenética atravesaba la calle para rogarnos que fuésemos á la parroquia á pedir la estrema-uncion para su hijo... y por el opuesto lado un hombre, sin sombrero y sin corbata, nos acometia, empeñándonos á acompañarle para ir á casa del comadron á rogarle que viniera á ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividirnos tan importantes funciones; el compañero marchó con la muger á la parroquia, y yo á casa del comadron con el marido. Y al volver á encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el angel de la muerte, no sé lo que pensaria Alfonso; pero yo de mí sé decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirian mal aqui.

Una sola calle en todo el cuartel no habiamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso á entrar en ella, no sin escitar mi natural curiosidad. Pero, en fin, instado por mí, y sin duda conociendo que ya podria ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego reconocí la causa misteriosa de aquella reserva. Erase un apuesto galan embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraido en sa-

brosa plática con un bulto blanco que asomaba á un balcon, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos á él, Alfonso tosió varias veces, y acercándose al preocupado galan, «Buenas noches, señorito.» —¿Cómo? ¿pues qué hora es?—Las tres y media acaban de dar.—Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el balcon, fue la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa tambien.—

Al llegar aqui no pude menos de respetar en Alfonso el dios tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavía en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patética iba estando mi imaginacion, sin que bastase á distraerla el sabroso diálogo que poco despues entablamos con un hombre que yacía tendido en medio de la calle, el cual, inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en brazos de su esposa, y dirigia sus caricias al inmediato guarda-canton; asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró, y luego ladraron dos perros, y despues cuatro, y en seguida diez, y por ultimo ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso esclamó con alegría:—«Ya viene Colás, y el dia no puede tardar tampoco.»—¿Y quién era (esclamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol, este héroe matinal, á quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes?— ¡Ahí que no es nada! Era Colás el investigador de

misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia, el descubridor de ignoradas bellezas; químico analizador de la materia; sustancia que se adhiere á las sustancias de valor; disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los depósitos que los vecinos han colocado á sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demas hombres consideran por inútiles y arrojadizos. Y como la raza canina cuenta tambien con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡injusta ley hecha al fin por los hombres!) ha investido al *trapero* de una autoridad perseguidora hácia aquella clase, no hay que estrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden á su paso al sacrificador, con aquel interés con que lo harian si él fuera ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departian Alfonso y Colás sus mutuos sentimientos, entre tanto que yo apoyado en una esquina saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponia á abandonarla y á despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana estraña llamó rápidamente la atencion de Alfonso, que con el mayor interés interrumpe su diálogo, aplica el oido, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes; y esclama... *¡Las cuatro menos cuarto...!* y *¡fuego en la parroquia de santa Cruz!*

Inmediatamente corren precipitados todos los serenos; cuáles á avisar á los obreros, cuáles á reunir á los aguadores de las fuentes; estos á acompañar las máquinas, aquellos á dar aviso á la autoridad. En un momento las calles se pueblan de gentes que corren hácia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era magestuosa é imponente; iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudian á hacer trabajar las máquinas, á estraer las personas y muebles, á cortar el progreso del incendio, ofrecia un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban en verdad sus grotescos episodios; no faltaba manga que exhalaba su respiracion por un lado, dirigiendo su benéfico raudal á la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcon; ni quien propusiera apagar el fuego á cañonazos; ni quien derribar una casa inmediata para ponerla á cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropía de la mayor parte de los operarios, digna del mas cumplido elogio. Los serenos colocados en semicírculo delante de

la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas dispersaban á la parte innecesaria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas á los infelices víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin comun. Por último, despues de un largo rato de inútiles tentativas pudo llegar á cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el orden, hasta que ya disipado el peligro, cada uno pensó en retirarse á descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparicion de la aurora; las puertas de la capital daban entrada á los aldeanos que acudian á proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrian ya para ofrecer su alborada á los mozos compradores; los ancianos piadosos seguian el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso á este tiempo hizo alto delante de una modesta habitacion, y con mayor alegría que en el resto de la noche esclamó: *¡Las cinco en punto!* y...

—«*Ya bajo*,»—le contestó desde la buhardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conocí que era llegado el momento de separarnos; entreguéle chuzo y capoton, y restituido á mi forma primera, volví á ser actor en un drama agitado del que toda la noche habia sido *sereno* é indiferente espectador. *(Noviembre de 1837.)*

ANTES, AHORA Y DESPUES.

I.

«El tiempo se ve retratado con exactitud en las generaciones vivas; de suerte que los viejos representan lo pasado, los jóvenes lo presente, y los niños el porvenir.»

Addison.

La filosófica observacion de un célebre moralista, que queda estampada como epígrafe del presente artículo, nos conduciria como por la mano á entrar de lleno en aquella cuestion tantas veces agitada de la mayor ó menor corrupcion de los tiempos; y despues de bien debatida, sucederíanos lo que de ordinario acontece, esto es, que acaso no sabríamos decidirnos entre los recuerdos pasados, la actualidad presente, y las esperanzas futuras.

Las mugeres, segun la observacion tambien exacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, asi como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cuál de estas dos causas influye principalmente en la otra, á saber: si las costumbres son únicamente la espresion de las

leyes, ó si estas vienen á producirse como el reflejo de aquellas.

Parece, sin embargo, lo mas acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin, pues si vemos muchos casos en que el legislador se limitó á formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, tambien hay otros en que estos se vieron prevenidos por la atrevida mano del legislador.

De todos modos, no puede negarse que la educacion es la base principal que sustenta y modela casi á voluntad el carácter del hombre, y de aqui la importancia de las leyes que la dirijan; tambien habrá de convenirse en que las mugeres estan llamadas por la naturaleza á prestar al hombre los primeros cuidados, á inspirarle sus primeras sensaciones, á desenvolver sus primeras ideas; y hé aqui esplicada tambien naturalmente la otra observacion, ó sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo asi, en cada pais, en cada ciudad, en cada casa. Mas cuenta, que no á todos es dado el apreciar distintamente el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos le escriben, muy pocos son los que aciertan á leer en él; y allí donde por lo regular acaba el horizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

II.

LA MADRE.

"Mucho mas locas las viejas
son en Madrid que las mozas,
y es natural, porque llevan
muchos mas años de locas."
Leon de Arroyal.

Doña Dorotea Ventosa, de quien ya en otra ocasion tengo hablado á mis lectores (1), era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Carlos III; y si bien esta circunstancia no fuese averiguada mas que de ella misma, y del señor cura de la parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las continuas modificaciones y revoques de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que como es sabido tienen la descortés osadía de señalar fechas á todo lo que miran) creyeron poder arries-

(1) Véase el tomo II, artículo titulado *Las tres tertulias.*

garse á colocar la del nacimiento de nuestra heroina á los setenta y cinco del pasado siglo, mes mas ó menos.

Nacida de padres nobles, y sesudamente originales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habian aun traducido del francés, vió deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones que constituian por entonces la felicidad de las familias; y el respeto á señores padres y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imaginacion con los juegos infantiles. Enseñáronla á leer, lo necesario para hojear el *Desiderio y Electo* y las *Soledades de la vida;* y en cuanto á escribir, nunca llegó á hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una muger.

No bien cumplió doce años, y antes que la razon viniese como suele á perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió á trabajar mil primorosas fruslerías, y á pedir á Dios en una lengua que no entendia, perdon de unos pecados que no conocia tampoco.

El amor paterno, velando por su porvenir en tanto que ella dormia y crecia en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo; y asi que hubo llegado á los diez y ocho años de su edad, fue vuelta á la casa paterna, y desposada de allí á pocos meses con un hombre á quien ella apenas conocia, pero que tenia la ventaja de colocarla en una brillante posi-

cion, y añadir á sus apellidos siete ú ocho apellidos mas.

Pasó, pues, sin transicion gradual, desde el dominio de la hermana superiora, al mas positivo del marido superior. Porque es bien que se sepa que por entonces todos los maridos lo eran, y tenian mas punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesanía francesa.

Convencidos, no sé si con razon, de lo peligroso que es el aire libre y el contacto de la sociedad á la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto estremo; y convertian sus casas en fortalezas, sus mugeres en esclavas, y en austera obligacion los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras convendrán en ello, que sistema tan descortés supone, como si dijéramos, una sociedad incivilizada, una ilustracion en mantillas, y todas las jóvenes darán en el interior de su corazon mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo mas filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasion del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar mas adelante; pero ahora habremos de reposar la imaginacion en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor: en este punto hay que alabarla la constancia, que en el dia podria hacerla pasar por una nueva Penélope; pero al fin, el primer año pasó, y vino el segundo; y entonces observó que su marido siempre era el mismo; un señor por otro

lado muy formal y muy buen cristiano, pero sin espada ni redecilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el peluquin; que entonces las mugeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas.

Observó que á su edad (que tenia ya veinte cumplidos) todavia no sabia bailar el bolero, ni cantar la tirana, ni habia podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabia qué cosa era el arrojar confites á Manolito García; cosas todas muy puestas en razon, y que para servirme de una espresion galo-moderna, *hacian furor* por aquellos tiempos de gracia. Advirtió que su casa era siempre su casa, y las ventanas siempre con celosías, y el perro siempre acostado á la entrada, y el Rodrigon siempre en acecho á la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Fray Luis, y las estampas siempre el Hijo pródigo y las Bodas de Caná.

Por algunas espresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir á enredar las casas) llegó á adivinar que extramuros de la suya habia alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosías, ni sus tiestos, ni sus *lignum crucis,* ni sus San Juanitos de cera. Supo que habia teatros y toros, y meriendas, y Prado, y abates, y devaneos; y como la privacion es salsa del apetito, rabió por los abates y por las meriendas, y por el Prado y por los toros, y por la comedia y por los devaneos.

Pero á todos estos estraños deseos hacia frente la

faz austera del esposo, que rayando en una edad avanzada, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vigilante constancia á su jóven compañera, sin que esta por su parte se lo agradeciese, como que solo veia en ello un esceso de egoismo, y una implacable manía de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada, en fin, de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla mas halagüeña su existencia: tres hermosos niños vinieron sucesivamente á endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse establecido aun la funesta moda que releva á las madres de este sublime deber; vivia con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron á reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos, antes que la muerte arrebatase tambien al papá, y cuando este acontecimiento vino á cambiar la existencia de nuestra heroina, quedó esta á los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince abriles que revelaba á la mamá en sus lindas facciones una verdad que apenas habia tenido lugar de advertir, esto es, que ella tambien habia sido hermosa.

Las mugeres en general suelen tener dos épocas de agitacion y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recogen los obsequios que la sociedad las di-

rige, y otra cuando vuelven á recibirlos en la persona de sus hijas. La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no habia tenido ocasion de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedia aprovecharse de la segunda. Y como es una observacion generalmente constante que el que ha sido viejo cuando jóven, suele querer ser jóven cuando llega á viejo, déjase conocer la buena voluntad con que aprovecharia la ocasion de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le habia negado en tiempo.

Escudada con el pretesto de la hija (que suele ser en madres verdes el salvo-conducto de su ridícula disipacion), halagada por la fortuna con una brillante posicion social, dueña absolutamente de su persona y de sus bienes, y todavia no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa á la sociedad, y se relacionó con las mas elegantes de la corte; dió bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso giras de campo y lucidas cabalgatas, observó hasta la estravagancia los mas estraños preceptos de la moda; y como esta lo autorizaba y su posicion lo permitia tambien, supo fijar al dorado carro de su triunfo, y disputar á su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabian disimularla sus postizos adornos, su incansable é insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntariosos caprichos.

El tiempo, sin embargo, iba imprimiendo su huella cada dia mas hondamente en aquella agitada persona; pero ella, tenazmente sorda á sus avisos, disputaba paso á paso al viejo alado la victoria, en términos que á creerla, tenia el singular privilegio de caminar hácia su origen, porque si un año confesaba cuarenta, al otro no tenia mas que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos, hasta que se plantó en veinte y nueve, y ya no hubo forma de hacerla adelantar mas.

A la implacable rueca de las parcas oponia ella las tijeras de la modista, y la media caña del peluquero, y las preparaciones del químico; alli donde anochecia un diente de amarillento hueso, la industria corria presurosa á colocarla otro de oro purísimo y marfil; alli donde empezaba á amanecer la blanca cabellera, el arte sabia correr el denso velo de un elegante prendido.

...«¿Quién hay
que cuente los embelecos,
los rizos, guedejas, moños
que estan diciendo: *Memento,*
calva, que ayer fuiste raso
aunque hoy eres terciopelo?»

Ella, en fin, era un códice antiguo, cuidadosamente encuadernado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano restaurado por manos profanas; casco viejo y carenado, como aquel en que el inmortal Teseo marchó á libertar á los atenienses del tributo de Minos, del cual

se cuenta que fue conservado por estos en señal de veneracion, reponiendo continuamente las piezas que se rompian, en términos que despues de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque habia desaparecido del todo.

No sin ocultos celos esta arrogante mamá veia crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que asi se llamaba la niña), y mas de una ocasion llegó á disputarla, con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella habia hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla á los ojos del mundo, como un argumento vivo de su edad, ó como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado á igual reclusion y silencio. Mas facil era hacerla pasar por sobrina ó por hermana menor; afectar con ella la mayor familiaridad, y renunciar á todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su trage; dejarla correr con sus amigas distinto rumbo y diversas sociedades, y evitar, en fin, todo término posible de odiosa comparacion.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la joven de la tutela y del escudo maternal, entregó inadvertidamente su corazon al primer pisaverde que quiso recogerle, y le entregó con tal verdad, que haciendo frente á la terrible oposicion de la madre (que quiso entonces usar de un derecho á que ella misma habia renunciado con su conducta), é impulsada por el primer movimiento de su pasion, imploró la proteccion

de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galan. Y mientras esto sucedia, la mamá, libre ya absolutamente de toda traba y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta á sus caprichos y disipacion, llegando á lograrlo en términos, que solo fue capaz de atajarla una aguda pulmonía, que supo aprovechar la ocasion de la salida de un baile, para llevarla aun cubierta de flores á las afueras de la puerta de Fuencarral.

III.

LA HIJA.

"Ya la notoriedad es el mas noble atributo del vicio, y nuestras Julias mas que ser malas, quieren parecerlo.»

Jovellanos.

Dicho se está lo importante á par que dificil del acierto es la educacion de una muger. Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la escesiva suspicacia paterna y de la opresion conyugal; pero antes de decidirnos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van á ofrecernos una prueba mas, de que asi es de temer en la muger el estremado rigor y la absolu-

ta ignorancia, como la falsa ilustracion y una completa libertad.

Hemos dejado á Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situacion nueva, podia tomar su rumbo propio, y reducir á la práctica el resultado de su educacion y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serian estos, si traemos á la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas exageraciones que no podria menos de escuchar de su boca, contra la rígida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase á esto el contínuo roce con lo mas disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones halagüeñas de los amantes, las pérfidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo género de libros; porque ya por entonces las jóvenes á vuelta de las *Veladas de la Quinta* y la *Pamela Andrews*, solian leer la *Presidenta de Turbel*, la *Julia* de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado á lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudieron llegar á corromper su corazon hasta el estremo que era de temer; sin embargo, la adulacion continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veia celebrado con el título de «amable coquetería;» la irreflexion propia de su edad y de sus escasos conocimientos pudo á veces ofuscarla contra su verdadero interes; y esta misma veleidad y esta misma irreflexion fueron las que la guiaron, cuando desdeñando otros partidos mas convenien-

tes, dió la preferencia al joven que al fin llegó á llamarla su esposa.

Era este, á decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, muy á propósito para lisonjear el amor propio de Margarita. Joven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusion de todas las mugeres, cierto, que ni por su escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecia llamado á conquistar entre los demas hombres una elevada posicion social, y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal ó en una academia; pero en cambio, ¿quién podia disputarle la ventaja en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiracion, ó cabalgando á la portezuela de un coche sobre un soberbio alazan? Estas circunstancias, unidas á su buen decir, sus estudiados transportes, y su tierna solicitud, fueron mas que suficientes para dominar un corazon infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflexion.

Pudo, en fin, Margarita ostentar sujeto al carro de su triunfo aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus celosas compañeras; pudo al fin pasear el Prado colgada de su brazo, llamarse con su apellido, y darle de paso á conocer á él mismo la superioridad á que le habia elevado, y el respeto y el amor que le exigia en justa retribucion.

Las primeras semanas no tuvo, por cierto, motivo alguno de queja de parte de su esposo; antes bien calculando por ellas, no podia menos de prometerse una exis-

tencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las máximas de la moda, ella era la que recibia las visitas, ella la que ofrecia la casa, ella la que reñia á los criados, ella la que disponia los bailes, ella la que presentaba al esposo á la concurrencia, ella, en fin, la que dominaba en aquella voluntad en otro tiempo tan altiva.

Entre tanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observacion, ni la mas mínima queja, vinieran á turbar aquella aparente felicidad. Margarita (en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente á una muger casada) pudo desde el siguiente dia de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañia, visitar las tiendas, pasear con las amigas á larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar á sus discursos cierto colorido mas espresivo y malicioso; ningun capricho de la moda, ninguna estravagancia del lujo estaban ya vedadas á la que podia titularse señora de su casa; y cuando á vuelta de pocas semanas advirtió, ó creyó advertir, los primeros síntomas de su futura maternidad... ¡oh! entonces ya no hubo género de impertinencia que no estuviese en el orden, capricho alguno que no se convirtiese en necesidad.

Llegó, en fin, despues de nueve meses de sustos y sinsabores, el suspirado momento del parto... ¡Santo Dios! todo el colegio de san Carlos era poco para semejante lance... pero en fin, la naturaleza, que sabe mas que cien doctores, no quiso que estos se llevasen la

gloria de aquel triunfo, y antes que ellos acudiesen á estorbarla, salió á luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por una vecina vieja, se vió saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre: « Clavadito al padre, bendígale Dios.»

Al siguiente dia se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habian mediado acaloradas disputas sobre el nombre que le pondrian al muchacho; volviéronse á renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios, pues que el comun ya no sirve sino para gentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustracion. Bien hubiera querido el papá, á quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al joven infante algun nombre sonoro y de esperanzas, como Escipion ó Epaminondas; mas por qué tanto la mamá aborrecia de muerte á griegos y romanos, y estaba mas bien por los Ernestos y los Maclovios, y otros nombres asi, cantábiles, mantecosos, y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo é idealidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hay necesidad de decir mas, sino que Margarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado con el fantástico nombre de *Arturo.*

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo á la sociedad el contrariarle; asi que nuestra joven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo deter-

minada á criar por sí misma á su hijo, y como que sentia una nueva existencia al aplicarle á su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta deidad altiva, que no sufre contradiccion alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma agitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró á su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada—¿Qué vas á hacer (la dijo), joven deidad, á quien yo me complazco en presentar por modelo á mis numerosos adoradores? ¿vas á renunciar á tu libre existencia, vas á trocar tus galas y tus tocados, tus fiestas y diversiones, por esa ocupacion material y mecánica, que ofuscando tu esplendor presente, compromete tambien las esperanzas de tu porvenir? ¿Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan, ignoras el ridículo que la sociedad te promete, ignoras, en fin, que tu propio esposo acaso no sabrá conciliar con tu esplendor ese que tú llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias...?»

—«No digas mas,» prorumpió agitada Margarita, no digas mas;—y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los mas recónditos secretos de su corazon.

Impulsada por este movimiento, tira del cordon de la campanilla, llama á su esposo, el cual sonrie á la propuesta, y conferencia con ella sobre la eleccion de madre para su hijo. Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen á ofrecerse para este objeto; el facultativo elige la mas sana y robusta; pero la mamá no sirve á medias

á la moda, y escoge la mas linda y esbelta; al momento truécanse su grosero zagalejo en ricos manteos de alepin y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos, y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos, y retozar con sus paisanos en la Virgen del Puerto, y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita, y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de *Carolinas* y *Rugeros*, *Amalteas* y *Pharamundos*, con otros nombres asi, desenterrados de la edad media, que daban á la familia todo el colorido de una leyenda del siglo XIII. Y hasta en esto se parecia la casa á los dramas modernos, en que no habia unidad de accion; porque el papá, la mamá y los niños formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relacion, que seria de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque si nos empeñásemos en seguir al papá, le veriamos ya desdeñando la compañia de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar dia y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del juego, proseguir sus conquistas, entablar y dirigir partidas de caza y viajes al estrangero, y afectar con su esposa una elegante cortesanía; entrar á visitarla de ceremonia, y rara vez, ó saludarla cortesmente en el paseo, ó subir á su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas ó el color del sombrerillo, entregada despues en manos de su peluquero mientras hojeaba con interes el *Courrier des Salons* ó el último cuento filosófico de Balzac, el resto del dia empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazon, ostentarlos á su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro; y vivir, en fin, únicamente para el mundo esterior, representando no sin trabajo el dificil papel de dama á la moda.

Fina y delicada es la observacion que nuestro buen Jovellanos consignó en el bellísimo terceto que arriba queda citado: la moda y los preceptos del gran mundo obligan á muchas mugeres á aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor á la independencia suelen á veces ser los escudos de la virtud, si es que sea virtud aquella tan disfrazada que procura ocultarse á los ojos del mundo, y fingir abiertamente un contrario sistema. Grande error es en la muger el no tomar en cuenta las apariencias, pues las mas veces suele juzgarse por estas, y como no todos leen en el interior de su corazon, no todos llegan á distinguir la realidad de la ilusion, la consecuencia del vicio, de la que solo es nacida del imperio de la moda. Y aunque se me moteje de la manía de estampar citas, no quiero dejar de ha-

cerlo aquí con unos bellísimos versos de Tirso de Molina que espresan este pensamiento.

«La muger en opinion
mucho mas pierde que gana,
pues son como la campana,
que se estiman por el son.»

IV.

LOS NIETOS.

Margarita tenia, como queda dicho, un corazon escelente, amaba á su marido y á sus hijos, y mas de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañador; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulacion por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos, y á pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de dificil salida.

Para conservar lo que ella llamaba su independencia, y que mas pudiéramos apellidar vasallage de la moda, habia apartado de su lado á los dos únicos niños que la quedaban, Arturo y Carolina, colocándolos en elegantes colegios, donde pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los puros placeres de la maternidad, y sus propios

hijos, cuando por acaso solian verla, la miraban con la estrañeza y cumplido que era consiguiente.

No paró aqui su desconsuelo; el esposo, que hasta alli habia dado libre rienda á sus caprichos sin fijarse en ninguno, llegó á apasionarse verdaderamente de otra muger, y á hacer sentir á la propia toda la inconveniencia de su existir. Margarita, por el estremo contrario, ó sea que la edad fuese desenvolviendo en ella sus inclinaciones racionales, ó fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor, vió renovarse en su corazon el que le inspiraba su esposo. Este por su parte, para librarse de sus importunidades la echó en cara su disipacion y ligereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante, y en fin, no pudiéndose resignar á esta contínua reconvencion, huyó del lado de su esposa, dejándola abandonada á su desesperacion y á sus remordimientos.

Quedóla, pues, por único consuelo el cariño de sus hijos; pero estos apenas la conocian ni la debian nada, y por consecuencia no la tenian amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya dificil variar sus primeras inclinaciones, darles á conocer mas sólidas ideas.

Arturo era ya un muchacho fátuo y presumido, charlatan y pendenciero, que saludaba en frances, cantaba en italiano, y escribia á la inglesa; que llamaba de tú á su mamá, y terciaba en todas las conversaciones; que huia de los muchachos, y los hombres huian de él; que

retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo, y fumaba en el Prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad.

Carolina era una niña prematura, apasionada y tierna por estremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormia los ojos, y hablaba con él, y chillaba al ver un raton, y aplaudia en los dramas la escena del veneno, y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponia colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con espresion el *tenero ogetto* y el *morir per te.*

Margarita vió entonces de lleno todo el horror de su situacion, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vió en Arturo una fiel continuacion de la imprudencia de su esposo; vió en Carolina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vió ella misma víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba á sus hijos; y no pudiendo resistir á esta terrible idea, sucumbió de alli á poco, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad empero recogió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como habia modelado á la abuela y á la madre, modeló tambien á los nietos, y estos servirán de fiel continuacion de aquel drama, y, no hay que dudarlo, lo que fue *antes*, y lo que es *ahora*, eso mismo será *despues*.

(*Diciembre de* 1837.)

REQUIEBROS DE LAVAPIES.

(En romance.)

Asoma, estrella del barrio
á esa ventana rasgada
y oirás como un manolo
sabe espresarse cuando ama.
  Verás por tus propios ojos,
oirás con tus orejazas,
olerás con tus narices
y tentarás con tus palmas,
  Cómo mi frente se arruga,
cómo mi lengua se traba,
cómo mi pecho padece,
cómo se agita mi alma.

Cuando con aire de taco
pones los brazos en jarras,
cuando cruzas la mantilla
ó echas un voto de marca.
¡Oh bien haya el que á su lado
te tenga un rato sentada;
Quien te cogiere una liga
ó te rascase la caspa!
¿Por qué, dime, infiel manola,
por qué, dime, fiera Paca,
te huelgas con mis suspiros
y te ries de mis ansias?
¿Es acaso por el chirlo
que me divide la cara,
por lo poco que cojeo,
ó porque un ojo me falta?
Advierte que estas señales
pruebas son de mis hazañas,
que ha cantado en estos barrios
la trompeta de la fama.
¿No soy aquel temeron
cuya historia se relata
desde el *campo de Manuela*
hasta la costa africana?
¿No soy aquel cuyas glorias
en nobles versos ensalzan
todos los ciegos al son
de destemplada guitarra?
¿No soy aquel que los hombres

supo humillar á sus plantas
dispensando á las mugeres
mi proteccion soberana?

¡Cuántas me hicieron favor!
¡cuántas me dieron las gracias,
y aumentaron mis trofeos
con el brillo de su fama!

Mas... ¿qué digo? tú tambien,
ora tan fiera y tirana,
hubo un tiempo... ¿no te acuerdas?
en que dijistes me amabas.

Y aquel tiempo ya pasó...
¿mas por qué ha pasado, ingrata?
¿qué causas te pude dar
para tan fiera mudanza?

Culpa de un garrote fue;
mas ¿qué son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana?

Fantasías juveniles,
zelos, propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas.

Ya la razon me templó;
ya no soy zeloso, Paca,
ya la mano que pecó
quiere reparar sus faltas.

Seis años de *esposa* dura
la hacen desear la blanda;

hierros borraron su yerros
y amansaron su pujanza.
Heme, que ya arrepentido
torno á humillarme á tus plantas
en demanda de aquel *si*
que el amante pecho aguarda.
Tus gracias y mi valor
formen de hoy mas alianza
y naveguemos unidos
del mundo en la fragil barca.
Mis facultades son pocas,
mas ya te dice la fama
que serán las que quisiere,
poniéndome donde lo haya.
Lo que mi mano conquiste,
lo que conquisten tus gracias,
disiparáse en meriendas,
toros, calesas y zambras,
Con lo cual, y mi respeto,
verás que todos te aclaman
por reina de *Lavapies*
y por Diosa de las gracias.
Yo en tanto al pie de tu altar,
sin escuchar sus plegarias,
me haré cargo del tributo
que brinde amor á tus plantas.
Tú, dueña de tu albedrío,
de la noche á la mañana
modelarás tus acciones

como quieras modelarlas.

Yo llevaré la razon
de las salidas y entradas,
y jamás, te lo prometo,
querré terciar con mi baza.

Antes bien tendré por dicha
si tras de aquellas andanzas
te acuerdas que solitario
te espera tu esposo en casa,

Y vuelves á su cariño
despues de matar cien almas
desde la *red de san Luis*
á la *plaza de santa Ana*.

O si no quieres casarte,
abre esa puerta tirana,
y hazme tan solo un favor,
que no quedarás burlada;

Porque aqui con estos trapos
y debajo de esta capa
todavía queda un *duro*
para premiar tanta gracia.

Esto decia el *Zurdillo*
á la puerta de la *Paca;*
pero era hablar á los vientos,
porque ella no estaba en casa.

UNA NOCHE DE VELA.

I.

EL ENFERMO.

¡Oh variedad comun, mudanza cierta!
¿quién habrá que en sus males no te espere,
quién habrá que en sus bienes no te tema?

Argensola.

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salon, saboreando las dulzuras del carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos ó los mas de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversacion con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminacion, la risa

y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que se vuelven luego á juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes, lleno el corazon de fuego y la cabeza de magníficas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginacion, no haya hecho alto en la esterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatacion de sus poros, en el ardor exagerado de su pulmon; y que tan solo ocupado en sostener una blanca mano para subir á un coche, ó en aguardar el turno para reclamar su capa en un frio callejon, apenas haya reparado que el sudor de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y mal estar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta á su casa, sienta unos amables escalofrios, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienes, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas le permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asaltan las primeras sospechas de que *está malo*; y que tiene que transigir por lo menos con una fuerte constipacion; que se mete en la cama, donde le coge un involuntario y frio temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que merced á un vaso de limonada ó un benéfico sudor, bien podrá estar á la noche en disposicion de repetir la escena anterior. Supongo por último que esta esperanza se des-

vanece, pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes á devolverle la perdida salud; con lo cual, y sintiéndose de mas en mas agravado, hace llamar á su médico, quien despues de echarle un razonable sermon por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brevages purgativos, intermediados de cataplasmas al vientre, y realzado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa, y que parecen ser la *panacéa* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; despues de supuesto todo ello, quiero que ahora supongan mis lectores que el sugeto á quien acontecia aquel desman era el condesito del Tremedal, sugeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginacion, y una cierta fama de superioridad, debida á las conquistas amorosas á que habia dado fin y cabo en su magestuosa carrera social. Cualidades eran estas muy envidiables y envidiadas; pero que para el caso actual no le servian de nada, preso entre vendas y ligaduras, inútil y agoviado, ni mas ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba sin embargo alguna diferencia en la situacion esterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en tal momento su completa semejanza con los seres á quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido mas ó menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa,

joven hermosa y elegante de veinte y cuatro abriles, que si no recordaba á Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroinas de Balzac.

Luego venia en la série de sus *veladores* un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice en las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salon, en las cabalgatas; depósito de las mútuas confianzas de ambos consortes; y mueble, en fin, como el lorito ó el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofreciase á la vista una hermana solterona del conde, que segun nuestras venerandas sabias leyes, estaba destinada á vegetar honestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque frúto de unos mismos padres, é igual á su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase á esta injusticia de la ley, la otra injusticia con que la naturaleza la habia negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posicion de esta indefinida virgen, con treinta y dos años de espectativa, y dotada ademas de un gran talento, que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundon. En compensacion, empero, de tantos desmanes, todavia podia alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algun dia ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa.—Una tia vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradicion de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta palaciega.—Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones mas allegadas á su persona.—Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas de coquetería.—Un vetusto mayordomo disecado en vivo, vera efigies de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalon estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera; su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del baston en forma de llave; los zapatos con hebilla de resorte; un candado por sellos en el reloj, y este sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga á sus ideas, que venia á ser una verdadera formulacion de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil.

El resto del acompañamiento componíanle tal cual elegante doncel que aparecia de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba á tiempo de proponer un remedio milagroso, ó verter una botella de tisana, ó destapar distraida un vaso de sanguijuelas; el todo amenizado con el correspondiente acom-

pañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demas del caso.

¡Ah! se me habia olvidado; allá en lo mas escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veia un hombre, sério, triste y meditabundo, que apenas parecia tomar parte en la accion, y sin embargo moderaba su impulso, el cual hombre, segun lo que pudo averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, á quien el padre del conde dejó encomendado este al morir; que le queria entrañablemente; pero que mas de una vez llegó á serle enojoso con sus consejos francos y desinteresados; pero en aquella ocasion el pobre enfermo se hallaba naturalmente mas inclinado á él, y no una vez sola, despues de recorrer la desencajada vista por todos los circunstantes, llegaba á fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondia á su mirada con otra mirada, y ambas venian á formar un diálogo entero.

II.

JUNTA DE MEDICOS.

Era, segunl os cómputos facultativos, el sétimo dia, digo mal, la sétima noche de la enfermedad del conde. Su gravedad progresiva habia crecido hasta el punto de inspirar sérios temores de un funesto resultado. El médico de la casa habia ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba á cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no á otra cosa, viniesen á atestiguar que el enfermo se habia muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso *una junta* para aquella noche, indicacion que fue admitida con aplauso por todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron á complacerle.

Designada por el mas antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunion, viéronse aparecer á la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *birlocho* y un *bombé*, un *cabriolé* y un *tilbury*; ramificaciones todas de la an-

tigua familia de las *calesas*, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correton.

Del primero (en el orden de la antigüedad) de aquellos cuatro *equipages*, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aun fuera de ella; rostro fresco y sonrosado, á despecho de los años y del estudio; barriga en prensa y sin embargo fiera; trage simbólico y anacronímico, representante fiel de las tradiciones del siglo diez y ocho; baston de caña de Indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente; y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grasiento peluquin.

Seguia el del *bombé*; estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexion; ni muy calva, ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; trage cómodo y aseado, sin afectacion y sin descuido; sin sortija ni baston, ni otro signo alguno esterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado) produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos é interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, é inclinado hácia el pescuezo el lazo del corbatin. Este tal no llevaba guantes para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente baston, con el cual aguijaba al caballejo (que por supuesto no

era suyo), y llegado que hubo á la casa, saltó de un brinco á la calle, y subió tres á tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruage, en fin, el *tilbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al físico viajador, culto y sensible, al médico de las damas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse á ella, afectando un sí es no es de gravedad científica y de profunda reflexion que no decia bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado daba luego á conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Despues del reconocimiento y de las preguntas de estilo, á que contestaba como sustentante el médico de cabezera, quedaron, pues, los cinco doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fue pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de la Habana, cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó como es natural, á pasear el discurso sobre varias materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigi-

dez del invierno, las muchas enfermedades y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decia traer. Alli era el oir asegurar á uno que á la hora presente llevaba ya arrancadas catorce víctimas á las garras de la muerte; alli el afirmar muy seriamente otro que aquella noche habia estado de parto; cuál limpiándose el sudor repetia el discurso que acababa de pronunciar en una junta; cuál otro metia prisa á los demas por tener, segun decia, que contestar á cuatro consultas por el correo.

Despues de compadecerse mutuamente, entraron luego á compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruages, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aqui vino á rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morian. A propósito de esto, tomó la palabra el rostri-seco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, á que contestaron los demas con la mudanza del ministerio, y el resultado de la última interpelacion.

Despues de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron á disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pie.

Aqui hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tonífico método de Juan *Brown*; á lo que contestó el serio con toda una esposicion del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflogístico y de la dieta de *Broussais*. Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza hija de la casualidad y de la práctica; y que solo empíricamente podia curarse, por lo cual no admitia sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba á alguno, parecíale mejor que ningun otro el de Mr. *Le-Roy*, por lo heróico y resolutivo de su procedimiento. Una ligera sonrisa de desden que se asomó á los labios del físico elegante, bastó para dar á conocer la superioridad en que se colocaba á sí mismo sobre todos sus compañeros, si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, esponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nuevo descubrimiento á que él como joven se hallaba naturalmente inclinado, esto es, la medicina *homeopática* del doctor *Hanneman*.

Aqui soltó el viejo una carcajada, y el chiquito lanzó varios epígramas sobre el sistema de *curar las enfermedades con sus semejantes*, preguntándole si como decia Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la bilis del homeopático y descargó una furibunda filípica contra los

charlatanes que, segun dijo, deshonraban la noble ciencia de Esculapio; á lo cual el Brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono á la desentonada conversacion.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mencion) tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir á aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habian acordado á buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolucion formal de aquella cuádruple alianza.—Los doctores quedaron como embarazados á tan exótica demanda; pero, en fin, salieron de ella diciendo: que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morirse, porque ellos á la sazon estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacian, formaban sinceros *votos* por su alivio, y sentian hácia su persona las mas fuertes *simpatías.* Con lo cual el interpelante volvió á retirarse á comunicar al enfermo tan consoladora respuesta.

Declarado el punto suficientemente discutido respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron, por fin, á proponer la curacion, y fiel cada cual á sus respectivos métodos, indicaron, el Browmista un tonífico *récipe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condicion de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusion, y que se habia de hacer

precisamente en la botica de la calle de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar. —El alumno de Broussais sostuvo que á beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrias se cortaria el mal, y que para sostener las fuerzas del enfermo, no habia inconveniente en administrarle de vez en cuando algun sorbo de agua engomada, ó un azucarillo.—El *homeopático* puso á discusion la aplicacion de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habian visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelembourg Strelitz.—El *empírico*, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese á paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomi-toni-purgui-velocífero de *Le-Roy*.

Dejo pensar á mis lectores la impresion que semejantes propuestas harian respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera habia seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos, con que, despues de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente que seria bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental á aquel señor feo de cara

de que queda hablado, y despues de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigia la curacion, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de á ocho, y marcharon contentos á continuar sus graves ocupaciones.

III.

EL TESTAMENTO.

Aquella noche, como la mas decisiva é importante, se brindaron á quedarse á velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecha mencion al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por *gefe de la vela* al severo anónimo, pudo este dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. Hízose, pues, cargo del improvisado botiquin, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dió cuerda al reloj para consultarle á cada momento, y escribió un

programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tia por su parte envió á su lacayo por la escofieta y el manton, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de meditacion, encuadernado por Alegría. La juventud de ambos sexos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer á la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto á un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de *ecarté*. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba á las órdenes del gefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba previsto con un orden verdaderamente admirable; cada cual sabia por minutos la série de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compás con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja rezaba sus letanías, y aplicaba reliquias y escapularios á la boca del enfermo; el mayordomo recibia de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacia tomar al paciente; uno revolvia á este en su lecho; otro ahuecaba las almohadas y estendia los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos, y corria de aqui para alli para que nada faltase á punto.

Entre tanto en el gabinete del jardin el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer á las señoras; aplicaba bálsamos confortantes á las sienes de la condesita, sostenia los almohadones, y de paso la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretesto de evitar un acceso nervioso tenia entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormian en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren á la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido é inerte; los circunstantes prorumpen en diversas esclamaciones.—«¡El médico, llamar al médico!» —«¡El confesor!—¡El escribano!»—

Cuál saca un pomo de álcali y casi se lo introduce por la nariz; cuál acude diligente con una estopa encendida para aplicársela á las sienes; este le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca y espuma de Venus* que encuentra en el tocador de la señora; aquel va á la cocina por vinagre, y viene diligente á rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mugeres chillan—¡Pobrecito!—«¡Se ha muerto!»—Los hombres imponen silencio á voces.—La vieja reza en alto un latin que no entenderia el mismo san Gerónimo.—La señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá.

El peligro y atencion se dividen entonces; los unos

abandonan al conde; los otros corren á la condesa; los agudos chillidos de esta despiertan, en fin, á aquel de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí, y se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del otro mundo, y empiezan á contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla á un cadaver.

Allá en el fondo, y detras de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece alli como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro habia sido introducido con precaucion en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, despues de haber dicho dos palabras al oido de la señora, y hecho tres profundas cortesías á la hermana del conde.

Algun tanto despejado ya este, no sé bien si por prudencia ó por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, á escepcion del gefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero.

—Aqui tiene usía, señor conde, á nuestro honrado secretario el señor don *Gestas de Uñate*, que viene á informarse de la salud de usía, y de paso á saber si á usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.

—¡Ay Dios! (esclamó el conde.) ¡El escribano! me muero sin remedio.

—¿Quién dice tal cosa, señor conde? (interrumpió el escribano) yo solo vengo á ley de buen servidor de usía á ponerme á sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad.

No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque, al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...—

El severo velador del conde habia guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que habia asaltado al conde; sin embargo, no dejó de reconocer que en el estado en que este se hallaba, acaso aquel paso tenia mas de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde á someterse á aquel terrible deber.

No tardó este en ceder á los consejos de la amistad y á lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignacion, dió orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaria un pliego cerrado que contenia su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaria despues.—«Pero por Dios (añadió), que nadie se entere de mis secretos hasta despues de mi muerte; este amigo (dirigiéndose al incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo.»

IV.

LA SUCESION.

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo á la hermana del conde, habian tambien hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardin. Los amables interlocutores que en él se reunian, arrancados á sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban á creer de veras su posibilidad, y á calcular las consecuencias naturales en aquella casa. La próxima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya á manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico los vaporosos ataques habíanse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darla á sospechar un magnífico porvenir.

Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hácia el nuevo peligro, hácia la nuevamente acometida; y á pesar de que los visages de su feo rostro, fuertemente contraido en todas direcciones, pusieran espanto al hombre mas audaz y denodado, y por mas que formase un admirable

contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase esta sola por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban á reunirse en grupo auxiliador en derredor de la presunta heredera... ¡Oh leyes! ¡oh costumbres...!

Al frente de todos aquellos celosos servidores distinguíase el mismo joven militar favorito de la condesa, que poco antes no parecia existir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba á sostener á esta, á consolarla, y yacia arrodillado á sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperacion de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda á esta súbita espresion de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis á su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un gesto inesplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro á otro suspiro, y abandonó su mano á los labios del jóven triunfador; este entonces, alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, paseó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desden; pero al llegar á fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda, no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre.— El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Este, procu-

rando contener su conmocion, manifiesta á los circunstantes que su amigo el conde habia dejado de existir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoracion vuelve á cambiar... El conde declaraba en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias escursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedia perdon á su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y direccion de su legítimo heredero; en cuanto á su hermana, la dejaba pasar tranquilamente á ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal que ya empezaba á iluminar aquella estancia, vino á poner de manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon á la condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su no interrumpida adhesion, y á proponerla varios planes halagüeños; pero el severo Velador, valiéndose de su persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que debia aconsejarla, y era que se retirase á descansar. Hízolo asi, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. Y luego que quedó solo el incógnito, se arrimó á un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: «*Una noche de vela;*» y al final de él estampó esta firma

EL CURIOSO PARLANTE.

ÍNDICE

DE

LOS ARTÍCULOS Ó ESCENAS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

ESCENAS MATRITENSES,

POR

EL CURIOSO PARLANTE.



SEGUNDA SERIE.

1837 á 1842.

ESCENAS
MATRITENSES,

POR

El Curioso Parlante.

TERCERA EDICION,

CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR,

Y ADORNADA CON LÁMINAS.



TOMO IV.

MADRID:
IMPRENTA DE YENES, CALLE DE SEGOVIA, N.º 6.

1842.



EL CURIOSO PARLANTE.

Ramon Mesonero Romanos.

ESCENAS MATRITENSES.

LAS SILLAS DEL PRADO.

(COSTUMBRES CHARLAMENTARIAS.)

"O sabe naturaleza
mas que supo, en estos tiempos,
ó muchos que nacen sabios
son porque lo dicen ellos.»
Lope de Vega.

En risueño ademan y galante apostura, sujetada la lira en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado Matritense, dominando á las cuatro estaciones del año, que yacian acurrucadas á sus pies.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, habia relevado al dios de Delo

en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que veíase el hijo de Latona libre aun por algunas horas de este cuidado; que no lo es corto, ni discreto, el haber de consumirse por alumbrar á los demas, mientras cierran los ojos á la luz.

Es fama en el Olimpo que estas horas de reposo, en que el Dios de los membrillos cede á su hermana *la alta mision de propagar las luces*, las tenia consagradas de tiempo inmemorial á tomar las cuentas de cargo y data á las señoras Musas allá en el Parnaso, y á despachar el correo, espidiendo desde aquel *comité* central sendas remesas de inspiraciones á todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia; ora fuesen príncipes y magnates, y supieran y pudieran acompañarse con lira de oro, ya rústicos y pecheros, y entonasen sus villancicos al son de cáramo pastoril.

Con esto el señor Apolo andaba tan ocupado que apenas le bastaban para la firma las largas horas de la noche; y solíale acontecer á veces rendirse cansado al sueño, olvidando su obligacion matutina, hasta que ya muy corridas las horas, se levantaba todo atortolado y corria á los pies del padre Júpiter, el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda, y decirle que la poesia habia de acabar por dejarle á buenas noches.

Hoy dia, bendito Dios, es otra cosa; pues ó sea que el Númen Délfico se haya desengañado de la inutilidad de semejante tragin, ó sea (y esta parece la verdad) que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles, ello es que ha venido á

levantarse el abasto de las inspiraciones, declarándose estas comercio libre, y que cada cual pueda surtirse de ellas en cualquier parte y á poca costa, v. g. en los cafés ó en los cementerios; cosas todas mas fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso, á riesgo de rasgarse el corbatin ó de ensuciarse los guantes. Con esto el dios indefinido ha venido á quedar tan holgachon y tan horro de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo régimen, limitado á pasear su reluciente carro por el Olimpo, y á presidir (con superior permiso) las prosáicas aventuras de nuestro Prado Matritense.

Queda dicho arriba que era una de estas noches de Agosto en que despues de haberse divertido el buen señor en tostarnos las molleras descansando perpendicular sobre los tejados de Madrid, se hallaba sustituido por la *casta diva*, que con mas galantería y benevolencia dejaba escapar una luz templada, y daba á los madrileños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena, *senza nube é senza vel.*

Llegado era el momento, en que todos los heróicos ciudadanos se habian, en uso de su soberanía, retirado á acostar, y reinaba por todo el Prado el mas profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural é inusitado pareció dar vida y movimiento á aquel solitario recinto; y no era otra cosa, sino que el dios Timbreo, viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, habia tenido la ten-

tacion de pasear los dedos por las cuerdas de su lira, con que quedaron las estrellas suspensas en el firmamento, y los árboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creeria que estos no eran mas que preludios para empezar á cantar; pero ¿qué filarmónico ni qué poeta han visto ustedes que guste de cantar sin auditorio? S. M. Délfica tampoco era indiferente á una *comision de aplausos*, y hubiera dado en aquel instante un ojo de la cara por encontrar un poeta que quisiera escucharle; pero los poetas andaban todos á la sazon muy ocupados, cuáles buscando ideas en un bol de ponche, cuáles escribiendo desde un quinto piso un artículo contra el ministerio.

Despechado, pues, de verse tan redondamente escaso de auditorio, ocurriósele una idea que le pareció muy feliz; y fue, que pues que los seres animados rechazaban su inspiracion, debia acudir á dispensarla á los inanimados, y usando como si dijéramos de una licencia poética, inspirar á las sillas que le estaban mirando sin decir «esta boca es mia.»

Dicho y hecho; apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilon de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz.—«¿Eh... señoras sillas... ha de casa... (las dijo)... Apolo os llama, y os pide conversacion; vengan aqui todas, y entreténganme un rato, que ya me canso de tanta holganza; y tomen y reciban ese cacho de inspiracion que repartirán entre sí como buenas hermanas, y si no alcanzase á po-

der hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervantes y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo.»—Y súbito las sillas se vieron animadas, y agrupándose misteriosamente en ancho círculo en derredor del dios, dejaron entender un bisbiseo confuso como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero, ó una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar.

Largo rato esperó Apolo el resultado de aquel acuerdo preliminar, hasta que viendo que nadie tomaba resueltamente la palabra, enderezó la suya al monton, y dijo no sin muestras de enojo mal reprimido.—¡Ah, señoras alcornoques! ¿será cosa de hablar todos á un tiempo y sin que nos lleguemos á entender? ¿ó habrán ustedes de hacer el mismo uso que los hombres del don de la palabra que he tenido á bien concederles? Pues por vida de mi padre que si me enojo, suspendo del todo esta *garantía*, y las dejo tan mudas como antes. Pero, vamos á cuentas, que deseo que me diviertan, y para ello fuerza será poner orden, instruyéndolas en las prácticas parlamentarias que veo que no les son familiares. Por de pronto salga aquí la mas vieja, y cuide de hacerme una relacion clara y sucinta, sin ambajes ni rodeos, entre tanto que las demas pueden irse formando en comisiones; y cuidado con las intrigas y con los tiquis-miquis, que no estoy, juro á Brios, con intencion de perder el tiempo.

Dicho esto se alborotó de nuevo el cotarro, acusándose

todas unas á otras como que ninguna queria ser la mas vieja, hasta que convicta y confesa de ello una, que por su traza denunciaba bien su fecha antidiluviana, agarróla Apolo por la greñas con muy malos modos, y lanzándola en medio del corro volvió á encaramarse en el pilon de la fuente, y la intimó con entereza que empezase su narracion.

—Yo, señor Apolo (dijo la silla, un tanto medrosica y mohina), soy natural de Vitoria, y nací, si mal no me acuerdo, por los años de 95 al 96: fui destinada en mi tierna edad á autorizar con mi presencia la portería de un convento de monjas, y sostener la descuidada persona del demandadero, que me bautizó con el nombre de *la Carraca*, á causa de cierta analogia que pretendia encontrar entre mis suspiros y el desapacible sonido de aquel fúnebre instrumento. Mas entrada en años, y reconocida mi injusta colocacion, fui elevada al rango de silla capitana en una escuela de latin, en donde mi posesion era para los muchachos el último término de la felicidad; hasta que elegido el maestro por alcalde de su pueblo, me llevó consigo y me colocó como quien nada dice al frente de todo un ayuntamiento. Por este tiempo, el que regia perpétuamente los destinos municipales de esta capital (todavia no heróica) quiso introducir en ella una mejora que la proximidad del siglo XIX hacia ya necesaria; y entendiéndose para ello con mi alcalde, pudo recabar de él que me remitiera á la corte, para servir de modelo á la organizacion de los móviles asientos con que pensaba sorprender á los madrileños en la

famosa feria de la Plazuela de la Cebada. Vine pues á Madrid, y todos los ingenios silleteros de la corte se apresuraron á copiar mi estampa, en términos que me ví reproducida en sus manos, ni mas ni menos que si fuera edicion estereotípica, pasando con mis compañeras á autorizar un recinto en que tantas aventuras amorosas pudiera recordar. Entrado ya el siglo actual, y mas civilizadas las costumbres, creyóse oportuna nuestra presencia en el Prado; y ya en posesion de este mi último destino, asistí á coronaciones y entradas régias; presidí revistas y escuché serenatas; serví en las comidas cívicas; fui una de las víctimas del Dos de Mayo; escuché amores; ví aparecer y desaparecer grandezas; serví á conferencias políticas; miré ajarse bellezas y nacer otras nuevas; y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento, tolero hoy los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos que en otro tiempo me miraron como un progreso. Unicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario, cuando calculando mi edad y mis servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años; que en ellos han descansado en mí ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada una contribuídole con el alquiler de 8 mrs., he venido á producirle 68,432 mrs., ó sean 2140 rs. y 24 mrs.; esto es, unas cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital.—

Aquí calló la silla, interrumpida por un espresivo signo de desagrado del dios bermejo, á quien no pare-

cia complacer tan prosáica narracion. Con que despues de una breve pausa, severa encarando la faz á la preopinante:—Siempre fue de viejos charlatanes (esclamó) el aprovechar la ocasion de un tantico de auditorio, para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las mas veces no interesan sino á ellos solos.

Y sino dígame, la máquina deslenguada, ¿qué tenemos acá con sus miserables vicisitudes, sus ponderados padecimientos, y toda esa tiramira de voluntarios encomios hechos de su persona, encomios que á nada conducen, que nada prueban, sino que tan leño es ahora como en el primer instante de su ser natural? ¿Parécela, pues, que aqui venimos para escuchar relaciones de méritos y *profesiones de fé* como las que ahora se estilan? ¿O cree acaso que somos ministros ú opinion pública, y que tenemos ahí á mano una intendencia de rentas ó cuatro cargas de aura popular? ¡Ay señora vieja, señora vieja! ¡y qué porro debió de ser el primero que enseñó á hablar á las cotorras, y cuánto mas lo parece aquel que tiene paciencia pára escucharlas!

¡Alto ahí! (continuó el dios canicular, dando una patada en el suelo) alto ahí, repito; quédese esto entre nosotros, y callar y callemos, que peor es meneallo. Sirva solo esta alocucion de advertencia piadosa, y ojo al margen, para que las demas post-opinantes no nos muelan con tales reclamos; que acá, hermanas, no hay nada que dar como no sean coplas, y ya me ven á mí, el padre de ellas, desnudo y en pelota, como mi ma-

dre me parió. Y ora tome la palabra la mas discreta, ya sea joven ó vieja (supuesto que vemos que la tontuna tambien crece con los años), y cuénteme cosas del oficio y de buen aprovechamiento; que no les será dificil, puesto que no hagan otra cosa que relatar sencillamente lo que cada dia oigan y vean, dejando de mi cuenta las reflexiones y los discursos de fondo, que cada cual tiene su alma en su almario para poner notas y sacar consecuencias.—

Y vuelta otra vez al clamoreo y á los dimes y diretes, como que todas querian tomar la palabra por mas discretas, hasta que en fin lo consiguieron las mas atrevidas, y las otras tomaron á bien callar y rabiar. Pasada, pues, la lista de las oradoras, resultó haber mas que orejas para escucharlas; razon por la cual hubo de dar la palabra el señor Ápolo á la mas cercana, *la Desvencijada*, sin perjuicio de que fuesen despues intercalando sus relaciones hasta donde alcanzase la paciencia las otras oradoras *Temblorosa*, *Andamios*, *La descosida*, *Tronera*, *Muletas*, *Columpio*, *Tres pies*, *Escotillon*, *Monserrate* y otras varias, hasta unas cinco docenas, poco mas ó menos, que se hallaron como por ensalmo influidas de la ciencia de Demóstenes.

—Paréceme (dijo *Desvencijada*) que la voluntad del señor Apolo es escuchar de nosotras la crónica fiel y sucinta de nuestros sucesos contemporáneos, de aquellos que puedan hacerle formar una idea de algunas de las costumbres de la época, que en este paseo, punto central y máximo de la capital de la monarquía, vienen

á reflejarse en toda su viveza, como los rayos del sol en un espejo ustorio, ó los movimientos del péndulo en la muestra del reloj.

—Asi es, dijo Apolo entre grave y risueño; y únicamente la advierto, hermana, que deje á un lado las comparaciones y metáforas, que sobre ser de gusto añejo, corren el evidente riesgo de hacernos dormir.

—Pues entonces, replicó la silla, procederé sin mas introito á narrar á vuesa merced, señor Apolo, una conversacion que he escuchado esta misma tarde, y que me ha dado á conocer una porcion no indiferente de nuestra sociedad moderna (y digo nuestra porque las sillas tambien formamos parte de esta sociedad).

En armonioso grupo estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo, entre vuesa merced y señor Neptuno, cuando vinieron á ocuparnos cuatro apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma viviente que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros, al parecer de la misma clase, venian á incorporarse con ellos, y formar corro, que se iba ensanchando en términos formidables; pero por mas que hacíamos mis compañeras y yo, no podíamos adivinar qué gentes eran aquellas tan populares, tan decisivas, tan espontáneas. Aplicábamos, pues, nuestra atencion á sacar el ovillo de su profesion por el hilo de sus palabras, y unas veces los tomábamos por artistas, oyéndolos hablar de *colores* y *matices;* otras encarecian sus *articu-*

los de fondo, y al instante los calificábamos de almacenistas de la plaza ó drogueros de Santa Cruz; discurrian á veces sobre la manera de propagar *las luces*, y tomábamoslos entonces por encargados del alumbrado; ora se decian *órganos* de no sé qué coro; ora se daban el título de opinion pública, y de *juicio del pais;* y en medio de tantas confusiones, nosotras sin acertar ni qué juicio, ni qué luces, ni qué fondo, ni qué colores, ni qué órganos, ni qué palabrotas eran aquellas, hasta que quiso Dios que acertase á pasar un quidam, el cual vino como llovido á resolver nuestras dudas, saludándoles sombrero en mano con estas palabras:—«Salud, señores periodistas.»—

—¡Voto á.....! (esclamó Apolo saltando espelusnado como un gato sobre el borde del pilon) ¡ah hi de puerca, tú, y la madre que te parió, y qué gentes me traes á la rueda! ¡aquellos por quienes yo padezco y sufro confinacion y destierro; aquellos que me han arrancado el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me miran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo con sus discursos originales, traducidos del frances! Hablárasle á Apolo de hereges judaizantes, ó de moriscos recien convertidos, de caribes antropófagos, ó de negros bozales; pero hablarle de periodistas, y de periodistas políticos sobre todo, tentacion es del demonio y que no se puede sufrir. Mas pues carezco de otro medio de comunicacion con esas gentes, gustoso habré de disimular mi encono, aprovechando la ocasion que se me presenta de informarme de su condicion y travesura; y asi,

hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que cuando no de gusto, podrá servir á mi délfica persona de interés y aprovechamiento.—

—Tuvímosle y no poco yo y mis compañeras (volvió á replicar la silla) con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstancias de aquel cónclave, pues siendo como á cada paso repetian la espresion *formulada* de la pública opinion, poníannos en el caso de conocer á poca costa el estado de ella. ¡Pero ay, señor Apolo, y qué chasco tan estupendo nos llevamos!; y como no será menor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el lenguage convencional en que fue sostenido aquel diálogo; lenguage tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y súbditas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro como el hebreo; y cuenta, que vuesa merced pueda interpretarle tampoco, sino há por ahi á la mano un diccionario de esta moderna greguería.

Porque ellos, á lo que pudimos entender, se clasificaban, en varios bandos (*comuniones*, como dicen ahora, y compadrazgos, como decíamos antes), apellidándose los unos *conservadores*, y los otros *progresistas;* cuáles *retrógrados*, y cuáles *estacionarios;* de los unos era la divisa *la soberanía de la inteligencia;* de los otros *el instinto gubernamental;* aquellos estaban por la *aplicacion práctica;* estos por las *sublimes teorías;* los de allá se decian maestros de la *vieja escuela;* los de mas acá se proclamaban los nuncios de la *futura España.* Una vuesa merced á aquellas exóticas calificaciones con

las indefinibles palabras de *oposicion* y *resistencia*; el *poder* y las *masas*; la *interpelacion* y el *voto de confianza;* la *orden del dia* y el *bill de indemnité;* las *colisiones* y *pronunciamientos; fusiones* y *pasteles; derechos* y *garantías;* disuelva luego todos estos furibundos vocablos en una accion mas que medianamente enérgica y apasionada; descubra á vuelta de cada frase sendas pullas mas ó menos al alma contra la opinion contraria, todo revestido con cierto aire de autoridad providencial y arrogante, y tendrá vuesa merced una ligera idea de los órganos del pais; que el diablo me lleve si al pais no le sucede lo que á nosotras en cuanto á entenderlos.—

—Ya veo con dolor, repuso Apolo, que aun me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan á poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sabio, y tras él á una direccion ó á un Ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con solo el objeto de alcanzar fama literaria; ya reconozco la razon de tanto desvío hácia mi persona y que apenas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra; ya, en fin, advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las musas, y marcharme por ese mundo adelante, proclamando principios y disfrazando fines, y riéndome de los necios humanos, que asi caen al cebo de las palabras como los pájaros al de la liga.

Y diciendo esto el afligido Dios levantóse resueltamente haciendo ademan de arrojar el instrumento en el pi-

lon de la fuente; viendo lo cual muchas de las circunstantes se abalanzaron á contenerle, y una mas atrevida que no sin harto trabajo habia callado hasta allí, saltó en medio del corro y esclamó :—

—Alto allá, señor Apolo, no hay que desesperarse y hacer una calaverada; que por mi fé y palabra que aun existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced, bastantes á poblar todos los hospitales del mundo. No, sino éntrese cualquiera mañana por esa universidad adelante, y á poco que se revuelva, tropezará con dos ó tres centenares de vates desde los quince á los veinte de la edad; entre la palmeta y el barbero, vamos al decir; ingenios precoces y prematuros, que asi mascan y comentan el *fuero juzgo,* como entonan una jaculatoria á la eternidad; ora sustentan un argumento *á priori,* ora dirigen á su querida un tratado de teología en quintillas; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales, fantásticas mugeres, aéreas, vaporosas, sulfúricas, y por el dia corren en prosa tras las modistas de la calle de la Montera; que todavia no han saludado mas que el salon de Oriente, y ya escriben dramas en que aspiran á pintar la sociedad sin máscara.

Pues descuélguese vuesa merced luego por esas oficinas, y á las pocas mesas tropezará en papelotes borrageados llenos de rengloncitos desiguales que al pronto tomará por informes ó estractos; pues tambien son coplas, mas ó menos malas, que de todo hay; y el diablo me lleve si no topase con alguno de estos espedientes en

variedad de metros, en que venga á decirse poco mas ó menos, v. g.: «Escelentísimo señor :=El escelentísimo señor secretario de Estado me dice con esta fecha lo siguiente:=Escelentísimo señor := Al escelentísimo señor presidente de.... digo con esta fecha lo que copio.=Escelentísimo señor.=

¿Qué es el no amar? rodar en la agonía
sin ensueños, sin gloria, sin temor,
igualar con la noche al claro dia,
y dormir en fatídico estupor.....
Escelentísimo señor.=»

Pues si aun no está satisfecho, señor Apolo, dése luego una vuelta por los cafés, que son como si dijéramos los estanquillos del Parnaso (puesto que ya no haya tal Parnaso en el mundo), donde á cualquiera mesa que se acerque, está seguro de encontrarse en corro con media docena de notabilidades literarias, de estas que siempre andan pegadas con engrudo por las esquinas, y ocupan las lunetas del teatro, los folletines de los periódicos, y por último nos ocupan á mí y á mis compañeras todas las tardes dos ó tres horas, y por la miseria de los ocho maravedís de costumbre, nos encajan de memoria sus composiciones lastimosas, y sus dramas á grande espectáculo, con tales manoteos y entusiasmo, que mas quisiéramos sufrir la relacion de las batallas de un militar pretendiente y recien llegado del ejército, ó las infinitas muecas y repulgos de una coqueta en un dia

de revista, ó el simulacro de la defensa de Bilbao, hecho con nosotras por los chicos de la candela.—

—Cada cosa que os escucho, dijo Apolo, me da mas en qué pensar, y me afirma de nuevo en la idea que he llegado á concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por ejemplo, me hablais de una prodigiosa abundancia, de una generacion entera de sabios y poetas; y yo, Apolo, el dios del saber y de la poesía, apenas puedo decir que conozco de vista á media docena; me contais sus triunfos, y yo no he asistido á sus triunfos, ni siquiera de política convidado. Me encomiais sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer, por mucho que me mato á recorrer esas librerías. Luego ¿qué es esto? ¿Son ellos los sabios, ó yo soy un porro? ¿Hablan ellos en castellano, ó yo soy hebreo?

—Eso consiste, replicó la silla, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógrado y añejo, y está muy casado con su Aristóteles y su Horacio; libros por otra parte muy santos y muy buenos, pero que no son ningun evangelio. Ademas, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un si es no es destemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar á una generacion educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, á los gritos de la plaza pública, y á la violenta agitacion de las revoluciones políticas. No sino vénganos V. ahora con sus *dulces caramillos* y con sus *Melámpos* y sus *Melibeos*, y quiéranos encajar su zamarrilla de pieles y su

cayado, cuando el que mas y el que menos anda por esas calles hecho un Bernardotte, y sabe muy bien manejar el fusil, ó sublevar á un pueblo desde la tribuna, ó derribar á un ministerio desde la redaccion de su periódico.—

—Calle, calle la maldecida, replicó impaciente el dios: y no hablemos mas en esto, ó si no la encajo la lira encima del espaldar, y entonces me dirá si es ó no de algodon cardado. ¡Habráse visto desvergüenza mayor! ¡Porque me ven solo y sin corte como rey cesante, todos han de querer, como quien dice, subírseme á las barbas! Pero ¡ay triste! que no las tengo, y hasta en esto me diferencio de los poetas del dia.

—Vaya, vaya señor ex-numen, no hay que llorar ni sonarse tan á menudo (saltó en este momento *Temblorosa*, otra de las oradoras inscriptas); déjelo con mil diablos, que no hay mal que por bien no venga: y si no inspira ya á los poetas, para eso luce sus inspiraciones en los anuncios del Diario: si le han mandado borrar hasta del techo del teatro, para eso sirve de muestra á un almacen de quincalla en la calle de la Montera; sino hace bailar á las musas en el Pindo, como de esas bordadoras bailan alegres bajo su tutela en la puerta de Bilbao, ó en los jardines de Chamberí. Con que no hay que desanimarse, sino tomar el tiempo como viene, y meter la cabeza donde se pueda aunque sea de mancebo de una tienda, ó de pasante del colegio nuevo; que dia vendrá en que pare la nube, y en que se cansen las gentes de es-

pectros y calaveras, volviendo á entusiasmarse con la *mariposilla incauta* y el *arroyuelo murmurador*, que es cosa buena y con que no se ofende á Dios.

Entretanto, para que no vaya vuesa merced á pasar por un mal criado, si gusta de meterse en el gran mundo, y ya que mis compañeras le han iniciado en el lenguaje político y literario, quiérole dar yo un repaso del de la buena sociedad, que aqui donde nos ve, no hay nadie que tenga mas roce de gentes, ni que encuentre por lo tanto mejor ocasion de aprender el moderno vocabulario.

—Eso me toca á mí de derecho (esclamó *Columpios*), que soy la mas joven, y como tal susceptible de la inoculacion intelectual de las novísimas doctrinas sociales.

—Yo (saltó á este punto *Monserrate*), por mas ascada y pintoresca, soy favorecida de preferencia por las altas clases y...

—Nada de eso pega ya (replicó *Tronera*), que ya no hay clases altas ni bajas, y todos somos unos y libres, con que yo...

—¿Y me he de estar yo callando (interrumpió *Trespies*), yo que guardo en mis adentros cosas estupendas y dignas de ser puestas en sofá?

—Pido la palabra.

—Pues yo la tomo.

—Pues yo la agarro.

—Pues yo no la suelto.

—Pues yo...

—Pues tú...

—Pues sí...

—Pues no...

Y aquello se convirtió, como si dijéramos, en un verdadero parlamento en dia de interpelacion. Todo era interrumpirse y chillar, y ponerse roncas, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de través; hasta que el presidente Apolo, habiendo llegado á los 59 grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos; y fue quitarlas de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarlas solo la memoria; y luego permitir que todas hablasen á un tiempo y sin oir á las demas; y que repitiesen como un eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habian escuchado aquella tarde en el paseo; con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguntas, respuestas, medias palabras y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto á la sazon á poblar de paseantes: en fin, una barbaridad tan discordante é inconexa como la siguiente.

—«¡Jesus qué calor...!—Diez y ocho años y soltera.»

—«¿Qué dice V. de la guerra...?—Este correo trae mas vuelo el figurin.»

—«¡Ay mamá! es preciso ensanchar este sombrero. —El de mi marido tambien.»

—«¿Y no le parece á V. una injusticia que...—Dicen que era sobrino de S. E.»

—«Es escelente autor.—Discípulo de Vensano.»

—«Y aquella noche le cerró la puerta.—Porque porque no estaba en voz y...»

—«Hoy lo he leido en el Correo Nacional.—¿De qué color es esa tela...?»

—«Mira á la Fulana con sus niños y su marido...—Es el editor responsable.—Como no sabe firmar...»

—«¿Te subes á la otra vuelta?—Despues de cenar. —Anoche estuvimos en Francia.»

—«Le han hecho intendente.—¿Y de qué sirven los libros...?—Porque en tiempos de revueltas políticas... Pierde el pan y pierde el perro.»

—«¿Y de cuántos meses estaba?—Era una ligera interpelacion.»

—«¿Con que se ha cansado de él?—Es una vida muy circular.»

—«Y el vestido es precioso.—Con prima á sesenta dias á voluntad del comprador.»

—«Dicen que el ministerio hace dimision.—¿Damos otra vuelta?»

—Basta, basta, canalla infernal, (dijo enfurecido el dios, apresurándose á trepar á su sitio acostumbrado); basta ya con vuestra diabólica gritería, (que cuento que aunque me suba al Olimpo no he de desechar tan pronto la pesadilla. ¡Cáscaras! y qué noche me han dado las perras, y qué amargas verdades me han encajado que quieras que no. Ea, bien; tiempo es de callar, que ya estoy viendo á la señora Diana que me hace señas de que vaya á relevarla, porque se quiere ir á dormir. Todo el mundo pare la lengua, y

vuelva por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me diere la gana de echarla á perros, se les avisará *á domicilio,* y veremos si entonces me ponen en limpio este borrador.—

Y todas las sillas marcharon á sus puestos sin replicarle; y cuando el sereno atravesó al amanecer el Prado, despues de haber dormido toda la noche en un banco, ya se las encontró á todas como si tal cosa, guardando sus puestos, mudas, y en correcta formacion.

(*Agosto de* 1838.)

DE TEJAS ARRIBA.

I.

MADRE CLAUDIA.

"...... á tus tiernas palomillas
el vuelo peligroso las rehuses;
Que andan muchos azores por asillas
de cuyas uñas penden los despojos
de otras aves incautas y sencillas."
Bartolomé de Argensola.

—Dios sea en esta casa.

—Y en la de usted, buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?

—Nada, hijo, sino venir en cuerpo y en ánima á ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.

—Por muchos años; y ya veo que si no me engaña el corazon que estoy hablando con la señora Claudia, la que viene á habitar la buhardilla núm. 7.

—Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buena hora lo cuente; pero tal me verás



DE TEJAS ARRIBA.

que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo!; hoy por tí, mañana por mí; y como dijo el otro, abájanse los adarves y álzanse los muladares; que hoy dia nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora bailan otros en la boda... No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pipita; sino esplícolo para dar á conocer á vuesa merced, señor vecino, que aqui donde me ve con estos trapos, yo tambien fuí persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz;... pero vive cien años y verás desengaños, y tras el dia viene la noche, que lo que Dios da llevárselo há, y el caballo de regalo suele parar en rocin de molinero.

Pero dejando esto á un lado, y viniendo á lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió...! Tal me vea yo á la hora de mi muerte... ¿Es rosoli ó aniseta...? gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua...! á la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espíritu...! ¡y qué bien le parecen al lado esos mantecadillos que estan diciendo «comedme...» ¡Ah! sino estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y en mi ánima que no habia de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostaria que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar á la aguja... gracias, hija mia, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal pa-

dre... ¡bendígala Dios, y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.—

—Gracias, madre Claudia.

—Bien haceis, hija, en dar las gracias, que para eso las teneis, y aun para quedaros despues con ellas; ¡ay! quién me tornára á mí de ese talle y esa frescura, y no me robára la esperiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar, y no me veria ahora en medio del arroyo, como quien dice; pero asi somos todas; mientras nos reluce el pellejo poco consejo, y luego que vienen los años llorar por los que son idos... ¡Cuánto mas valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y... ¿no es verdad, hija mia...? ¿qué, no me entiendes? ¡picaruela! ¿pues á qué vienen esas colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y.... ¡válgame Dios...! ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con sus labios esa gota de coral...!—

—¿Alguno, madre?

—Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derechito hácia nosotras; por fin, hija mia, mas dias hay que longanizas, y cuando querais noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien. Y ahora me voy, señor vecino, que ya ha acabado de ser no-

che, y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aqui para trocarlo por un palmo de cerilla... ¿Tambien ese favor?... muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscon, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, sino es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas, salidas tambien como él; que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ella, y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá abajo los unos y las otras...? Con que buenas noches, vecino; y cuidado, niña, que no hay que olvidar á quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, asi de punto y aguja como de cazo y sarten, que, gracias á Dios y á mis años, asi me da el naipe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Con que, á Dios.—

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscacion de sus resplandores, subió pausadamente

los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chirivitil, haciendo descanso en todas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir, que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogon, se quedaron á buenas noches.

II.

LAS BUHARDILLAS.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y mas especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que, á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba, como hemos visto, mas que unos cien palmos de

la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la region de las nubes, con lo cual no habrá de estrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas, de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguirlas, ó bien afectamos desdeñarlas por el ningun interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonautas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno de estos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán esplicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon á diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habian hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal estremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabia, por ejemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha, conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando á marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hácia la próxima Navi-

dad. Sabia que en la de mas allá existia una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte pio, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo poco que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio jóven, zapatero y ribeteadora; él mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatin; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincon que formaba el ángulo de la casa, habia entablado su laboratorio un químico del portal, gran confeccionador de agua de Colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendia ademas corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenia relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corria con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algun anónimo cartas de pago y billetes del tesoro; ó bien acomodaba sirvientes ó limpiaba botas en el portal. El, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducia en francés, como se trocaba en italiano; y ora se adornaba con un levitin blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corria las calles con sombrerito de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitacion del químico habia dado fondo una física criatura, que sin mas preparaciones que sus gracias naturales era capaz de volatilizar la

cabeza mas bien templada. Valencia, el jardin de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si seria linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso pais es mas dificil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde ésta habia venido desde las riberas del Turia á los del Manzanares, y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para mas despacio; baste decir que vino ella ó que la trajeron; y que la abandonaron, ó que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanescamente libre como la bella *Esmeralda* de Victor Hugo, aunque si va á decir la verdad, algo mas positiva que ella; efectos todos del siglo prosáico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivia un viejo adusto y regañon, escribiente memorialista á dos reales el pliego, que por el dia detras de su biombo en un portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales, y seguia la correspondencia de media Asturias, y recibia las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedióle á veces, como veia poco, á pesar de los anteojos, trocar las frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaracion de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su ofi-

cio, traia la cabeza tan llena de embolismos y de bilis, que siempre venia á casa regañando, y como solteron y que no tenia muger con quien pegarla, la solia pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama, tenia su mansion un hombre de presa (*corchete*, que suele decir el vulgo), el cual cuando creia que nadie le miraba, solia hacer sus escursiones por el tejado á correr con los gatos, por inclinacion y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intencion, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oido listo á las promesas y cerrado á las plegarias, multiplicado á veces como edicion estereotípica, y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subia por la escalera ó por el cañon de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podria estar ociosa la imaginacion de nuestra Claudia, ó si mas bien llegaria en breves dias á ser como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligara á los demas á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

III.

DRAMA DE VECINDAD.

La primera atencion de la vieja se convirtio naturalmente hácia la valencianita, que como la mas sola é indefensa oponia menos obstáculo á sus ataques...

—¿Es posible, hija mia, que tan jóven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizamí, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada á sí misma; antes bien conviene esponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevacion como el jazmin en finos búcaros

y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la esperiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La yedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caeria indudablemente al primer paso, si no hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás asi, hija mia, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y asi como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timon á un habil marinero, asi tú en mis manos esperimentadas, podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reirte de los furores de los vientos desencadenados contra tí.—

Yo no sé si fue precisamente en estos términos ú otros semejantes como habló la vieja, ni acierto á decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva á su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirle con argumentos irresistibles, cuando á los pocos dias consiguió su objeto, y atrajo á su red la incauta mariposa, formando con ella una sociedad mercantil bajo la razon de *Amor Venus y Compañia;* sociedad en que una ponia la prudencia y otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; á partir por supuesto el beneficio que de ambos habia de resultar.

Desde entonces la buhardilla de madre Claudia no se veia ya tan solitaria como de costumbre; antes bien

se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicacion; y no era nada estraño oirse en el interior algunos sonidos de voz varonil, ó encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaucion.

La niña por su parte es de suponer que seguia en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinacion con que se negó á admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversion de la criatura, la cual temblaba de pies á cabeza, y huía á esconderse cada vez que le miraba acercarse á su puerta.

Y era, como lo veremos mas adelante, formidable enemigo este alguacil; pues ademas de las condiciones anejas á su profesion, envolvia la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servia el casero para sus ejecuciones y despojos, con que venia á parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo asi, en la persona de la justicia. Ahora vayan ustedes á profundizar todo el poder de un casero alguacilado, mostruosa aberracion, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos habia ocasionado á la vieja esta terrible consideracion; pero ya que no podia evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua, siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviese modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fue el formar con los demas vecinos una décuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperacion contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hácia el ingenioso químico que cobijaba en el rincon, el cual no se hizó mucho de rogar para prestar á entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y proteccion de ambas deidades. Aqui tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es á saber:—la gracia, la esperiencia y la ciencia—ó en otros términos;—una muchacha, una vieja y un doctor.—Y digo doctor, no porque lo fuera, ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, á trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser

mas positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederacion, merced á algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando á escuchar los chistes de la madre, ó á recibir de manos del químico algun frasquito de elixir con que curar de las muelas ó añadir á las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse allí, prestaba ciertos ribetes á aquella sociedad muy propios á escitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad, por lo inaccesible de su edad á los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavia agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora, (que buena falta les hacia á los pobres para engañar el atraso de pagas del papá), el cual por su parte, agradecido á tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos á lo demas del espectáculo, y achacaba justamente á su miseria aquella capitulacion con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo á los planes de aquella veneranda dueña; ¡pe-

ro qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla á la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habian sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo á figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel, habian de parar en los estantes de un Monte pio, y todo el mundo sabe que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja mas primorosa. En vano recurrieron por apelacion á las habilidades de la aguja que hasta alli habian mirado como adorno ó pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una muger, no logra al cabo del dia un resultado comparable con el del mas mísero albañil. Y luego, que como eran tres á trabajar y cuatro á consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un *déficit* por lo menos equivalente á la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comian escasamente tres dias tenian que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es facil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase á esto que como jóvenes aun y amigas del bullicio y los amores, no habian podido renunciar á sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir á las fiestas y diversiones, con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginacion y disimular los rigores de su fortuna. —«¿Quién sabe? (decian ellas) quizás estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo á algun rico

mayorazgo ó algun viejo capitalista, que nos estienda su mano y nos saque de esta angustiada situacion. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid?—No, á fé mia, respondian todas; y sino ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por escelencias, ó cuando menos señorías; pues llévcme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, ó un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van á los toros en coche, y en el teatro están abonadas en delantera... No, sino vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán á buscarnos los novios aqui encerradas en este caramanchon. A fé que, como decia ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre, ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal.—

Madre Claudia sabia muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de *fatalidad*

y de *ataud;* mas adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir;* las petacas de abalorio y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormia la siesta, ó daba una vuelta al puchero.

Con que tenemos en conclusion que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo asi, en toda la vecindad, si se esceptuan el alguacil y el viejo memorialista, á los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interés de su argumento.

IV.

PERIPECIA.

Una noche... ¡qué noche...! llovia á cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de madre Claudia; roda-

ban las tejas y caian á la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desvan aparecian goteras interminables, cansadas, que llenaban las cofainas, los barreños, las artesas, y prometian inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venia á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonacion concluia por hacerla mas terrible é imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabria cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvia á rezar y á darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oido andar en la puerta, y retrocedia al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, á las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dió un brinco hácia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la mas profunda oscuridad... La vieja despavorida corre á la puerta, á tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaucion á un bulto negro y embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detras de él.

¡Jesus mil veces!—grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir mas.

—Nada tema usted, madre Claudia... soy yo.... ¿no se acuerda usted de lo que me prometió para esta noche...?

—En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone á usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

—Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

—¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo á juntarse con la tierra... mas cuenta, que como estoy toda azorada, ni sé qué me hago, ni dónde puse la pajuela.

—A bien que aqui traigo yo el fósforo y...

—Alabado sea el Señor, Dios me dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga, aqui, y endiñaré el candil...; pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla tambien...?

Y asi era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz á la vieja, y mirar su lívida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que este porfiaba, y la vieja se hacia de rogar, y aquel juraba, y esta se reia, y luego sacaba aquel un bolsillo, y esta se ponia á discurrir.

—¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera á usía, y mu-

cho, que á mis años y á mi esperiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquel, y si él llegara á sospechar la intencion con que por usía he venido á esta casa... ¡Dios nos libre!

—Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

—Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrion; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No sino aguarda la breva en enero y verás si cae.

—¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche...?

—No es esto decirle á usía que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magin, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero asi es el mundo; para unas no basta el *só*, ni para otras el *arre*, y muchas conozco yo que no se harian tan remolonas.

—No me vayas á hablar de otras, como sueles, bruja maldita... Yo no he venido aqui á escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalon de esta escalera infernal... Vengo solo á que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en balde.

—Pues á eso voy, señor: ¡cáspita! y qué vivos de genio son estos boquirrubios, y qué...

—Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia...

—Despues que una se desvive por servirlos, haciéndose (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

—Pero...

—Ande usté de aqui para alli como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando á él le convenga; deje usté su cuarto entresuelo de la calle de las Huertas, que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos; súbase usté á las nubes como el gavilan, y póngase desde alli en acecho de la perdiz... y todo ¿para qué...?

—Tienes razon, Claudia, tienes razon; pero como tú me dijiste...

—Y ya se vé que dije y no me vuelvo atrás, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero...

—Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada mas que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche, aqui mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasion...

—¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

—Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerte.

—Quiera Dios que dure y que á lo mejor no me muestre las uñas.

—No lo temas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza; hora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate el mirarla en mi presencia.

—Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo tambien á su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atrás...

—Bien, bien, como querais, madre mia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera, y llegada á la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buhardilla, donde la pondria unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la habia de dar las gracias; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta

cuidando de cubrir con ella á su cómplice; vuelve entonces á cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado á los pies de la jóven, y la renueva con los mas vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion privaron por un momento á la niña del uso de la voz; despues lanzó una mirada suplicante á la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dió á conocer lo que podia esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galan quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada á la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: «*Favor, vecinos, favor...*»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones; y mientras los mas próximos acuden á preguntar á la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies á cabeza que subia los escalones cuatro á cuatro, gritando desaforadamente...

—«Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende...?»

—A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas á madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus pies, en tanto que el galan anónimo habia tenido por conveniente escapar por el tejado...

El zapatero, que subia á este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira esca-

par á su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él tambien tenia por qué callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren á verificar su captura, á tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios, que á falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon.

El químico, que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner término á semejante escena, que reunir multitud de mixtos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañon, y á su horrísono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tendero con su hija; el memorialista y el cesante con los chicos; estos agarrados de la vieja; las niñas de sus galanes; el zapatero de la viuda; la ribeteadora del químico; y el alguacil de la valenciana, gritando «*Favor á la justicia; dejadme á esta pecorilla que es el cuerpo del delito...*»

V.

DESENLACE.

Ocho dias eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, habia hecho desocupar toda la casa y colocado á la vieja en una buena reclusion; el tendero habia cerrado su almacen y caminaba con su hija hácia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposicion de esta, trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama Tul Bobiné;* el zapatero habia apaleado á su muger y estaba en la carcel; y esta se habia colocado bajo la proteccion del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de estender el recibo daba por su fiador... al alguacil.

(Enero de 1838.)

EL TEATRO POR FUERA.

"Si hacen de mi humor desden
no tienen mas que gustallo,
mientras por tonto echo el fallo
á quien no le sepa bien.»

Iglesias.

La escena cómica, asi como la gran escena del mundo, tiene dos aspectos. Uno interior, privado y reducido al estrecho círculo de sus sacerdotes y comensales; el otro público, esterior, y que dice relacion con la sociedad entera. Para entrar en aquel, es necesario hallarse iniciado en sus misterios, y tener una parte mas ó menos directa en su accion; para conocer este, basta solo ser espectador constante, y estar dotado de una dósis regular de observacion.

El teatro *por dentro* comprende, pues, á los autores dramáticos, á los artistas, empresarios, empleados, espectáculo material, decoraciones, transformaciones, vue-

los, música y acompañamiento. El teatro *por fuera* le constituye únicamente el público espectador. Puede, pues, mirarse la cuestion de ambos modos; ó bien dando la cara á la escena y fijando la vista y la imaginacion en la fingida ilusion del espectáculo, ó ya volviéndole la espalda y asestando el catalejo á la animada realidad de los espectadores. Bueno será por hoy prescindir de la primera cuestion, para ocuparnos esclusivamente de la segunda; abandonar el interes dramático por el interes social, el mundo de carton por el mundo positivo, y buscar en el espectáculo cómico lo mas cómico del espectáculo; que, si no lo ha por enojo, no es otra cosa que el público espectador.

A la verdad que, considerado el asunto bajo este aspecto, no puede ser mas animado y profundo, y manejado por diestra mano no dejaria de producir un asombroso interes. ¡Ahí que no es nada! mil ó dos mil personages de todos sexos y condiciones; vírgenes y matronas; viudas y reincidentes; niños y viejos; solteros y maridos; Mesalinas y Lucrecias; Marcos y Colatinos; patricios y plebeyos; sombrerillos y zagalejos; chaquetillas y gaban. Y todo esto visual y gerárquicamente ordenado; por clases, segun el blason heráldico; por familias, siguiendo el sistema de Linneo; por precios, al tenor de la balanza mercantil; por sexos, á la manera fisiológica de Russel; por trages, segun el método de Utrilla; por genios y condiciones, conforme á la craneoscopia del doctor Gall.

Las seis y media... entremos en el teatro... Media

hora falta aun para comenzar el espectáculo... ¡qué cosa tan triste es un teatro sin gente...! Es como si dijéramos un cuerpo sin vida, un cadáver yerto é inanimado... Y si el teatro es uno de los teatros de Madrid, ¡qué cosa tan fea ademas! Mirada desde las alturas la mezquina y económica *platea*, parece por sus diversos compartimentos una caja de estuche ó *necesaire* sin las piezas correspondientes; mirando desde la platea los costados del edificio, recuerda las anaquelerías de nuestras boticas, ó los simétricos nichos de nuestros cementerios.

La misma soledad, el mismo silencio que en estos, y á la escasa luz de algunas mechas encendidas provisionalmente en la lámpara central, se ven allá cerca del techo los retratos de algunos de nuestros célebres autores, los cuales solo despues de muertos han adquirido el derecho de asistir gratuitamente al espectáculo; y aun esto tan limitado y en sitio tan poco conveniente, que mas parece que aspiran á escapar á las troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que mas que Apolo parece un tambor mayor.

Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto á dar señales de vitalidad: ya es una puerta que se abre para dar entrada á un bulto negro que aparece en la arteria de las *lunetas*, el cual mira con interes á todas partes, hace un movimiento de impaciencia, y vuelve á salir precipitado; ya son algunas pausadas sombras que van á colocarse aisladas aqui y allá, quebrando asi la uniformidad de las *gradas* late-

rales, de los *bancos* céntricos, y de la altísima *tertulia*. Ora se escucha un animado diálogo femenil en los hondos abismos de la *cazuela*; ora el ronco sonido de una tos catarral y aguardentosa, revela al observador que algun ser viviente respira sepultado en los últimos confines del *patio*.

El nuncio de la luz aparece, en fin, por un agujero, y saltando por encima de los bancos con una cerilla en la mano, se acerca á la lámpara y comunica su influencia al círculo de *quinquets*, con lo cual, y concluida su tarea, avisa á los de arriba para que den vuelta á la máquina, y sube el luciente fanal con pausa y gravedad hasta quedar colocado á la media altura del espacio. Magestuosa operacion que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado á los palcos, y de que huyen por precaucion todos los desdichados á quienes tocó sentar perpendiculares bajo la influencia de aquel mecánico planeta.

Quedan, pues, al descubierto las sombrías paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillas; y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los palcos *por asientos*, que no ven con buenos ojos aquella iluminacion, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la cazuela todas las diosas de nuestra mitologia matritense, y detras de ellas se van agrupando las modestas beldades á quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el dios del silencio, como todo lo perteneciente al género masculino, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil vo-

ces, si quier gangosas y displicentes, si quier melífluas y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapason, y mas de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores, ó sobre los *crescendos* de la orquesta.

Dos campos iguales en dimension, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de *tertulia.* Del lado de la izquierda, el sexo que solemos llamar bello, ostenta sus gracias peregrinas, sus ingeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha, el otro sexo feo, juega las armas que le son propias, el desenfado, la galantería y la arrogancia. Crúzanse, pues, de la una á la otra banda las ojeadas, las ante-ojeadas, los suspiros, las sonrisas, y otros signos espresivos de inteligencia, y volando á estrellarse en el techo comun, tornan á descender convertidos en vapor simpático, eléctrico, que estendiendo su influencia por todos los rincones de la sala, impregna y embalsama á toda la concurrencia en igual amoroso sentimiento.

Suspicaz y meticuloso por estremo debió ser el primero que tuvo la ocurrencia de la separacion de los sexos en nuestros teatros... ¿y dónde?... precisamente en un pais en que se miran reunidos en los templos, en el circo, y demas espectáculos públicos. A la verdad, nada se arriesgaba en apostar á que no fue marido celoso el que tal imaginó, pues si él lo fuera, á buen seguro que conviniese en abandonar bajo su palabra tres ó cuatro horas á su esposa donde apenas alcanzara á divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre, co-

mo todas las de este mundo, tiene su contra y tambien su pró; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mugeres la defienden por buena; y las otras dos mitades piensan en sentido contrario... Vayan ustedes á entenderlos, ni á adivinar las razones que cada cual alegará. De todos modos, no puede negarse que cuando no sea otra cosa, presta cierto saborete de originalidad á nuestro teatro madrileño que no es de desdeñar para el curioso observador.

Escepcion de esta austera conformidad es la triple fila de aposentos, donde á par que los sombrerillos y manteletas, vienen á colocarse las placas y bordados, las elegantes corbatas y los guantes amarillos; lo cual hace á esta seccion la mas armoniosa y variada del espectáculo. La luneta con sus aristocráticas pretensiones, los sillones y gradas con su público atento, inteligente y de buena fé, y el patio con su humilde modestia, sirven como si dijéramos de base á todo aquel artificio mecánico de centro de aquellos opuestos polos.

En esta region principal es donde tiene su asiento *el abonado*, especie de planeta teatral, mitad hombre y mitad luneta, que viene periódicamente á efectuar su conjuncion con ella todas las noches, y á formar las mas veces entrambos una sustancia homogénea de palo y de baqueta, para quien son indiferentes el compás clásico ó el romántico vuelo, y en quien suelen embotarse las magnéticas sensaciones con que pretendiera el poeta electrizar al auditorio. Este obligado adorno de las filas mas avanzadas de la luneta, es de rigor que ha de entrar

con solemnidad á la segunda escena del segundo acto, y atravesar en movimiento ondulatorio por el estrecho límite que permiten las piernas de los demas espectadores, no sin desagrado de estos, que en tal momento miran interponerse aquel cuerpo estraño entre sus ojos y la escena; pero la política exige el mayor disimulo, y que se repriman las muestras de aquel enojo, para corresponder con afectada sonrisa al elegante Adonis, que reparte sendas cabezadas á todos sus compañeros de banco. Llegado despues á su término final, á su luneta, que le espera para recibirle en sus brazos, es indispensable que ha de bajar el asiento con notable estrépito, y de este modo atraer hácia su persona la puntería de todos los anteojos de los palcos; á cuya interesante atencion corresponde el abonado, permaneciendo en pie largo rato con la espalda hácia la escena, componiendo simétricamente el cabello con el anteado guante, sacando despues el pañuelo, impregnado en *patchouly* y *bálsamo de Turquia*, limpiando cuidadosamente los cristales del doble anteojo, y dirigiéndoles despues circularmente á todos los aposentos, la cazuela y la tertulia. Verificadas todas estas operaciones, el abonado se vuelve, en fin, á la escena, y si en tal momento alcanza á atraer una rápida sonrisa de alguna actriz, ó tal cual disimulada cortesía de algun cantante, es como si dijéramos el bello ideal de la fortuna, la suprema dicha teatral.

El abonado por lo demas presta poca atencion al espectáculo, y como este nunca es nuevo para él, por-

que si es segunda representacion asistió igualmente á la primera, y si es primera vió tambien el ensayo, nada puede interesarle; antes bien mira con desden y aun con lástima la obligada atencion del auditorio, y el efecto imprevisto que sobre él suelen ejercer las distintas situaciones del drama; y cuando estas lleguen á su mayor interes, afectará volver desdeñosamente la cabeza, ó hablará con los músicos, ó se dirigirá á cualquiera de sus colaterales, diciéndole:—«Ahora el tirano va á darle la copa envenenada...»—Y cuando esto sucede, y todos los espectadores revelan en sus semblantes lo angustioso de la situacion, se ve reir la faz tranquila del abonado, y escúchase su voz harto perceptible que dice:—«No tengan ustedes miedo, porque ahora va á salir la dama á matar al tirano con un agudo puñal.»—

Durante el entreacto, el abonado sube á visitar los palcos, y como bola de cubilete entra y sale de una en otra casilla, y ora le vemos en un palco bajo hablando en frances, y afectando la seriedad diplomática entre dos longanísimos estrangeros, ora en un principal, siendo la causa de la bulliciosa alegría de una coleccion de beldades que se disputan sus respuestas, sus miradas, y son exactamente del mismo parecer sobre el mérito de la pieza.

No menos interesante y animada otra seccion del auditorio sienta por lo regular en las filas céntricas; esta es la seccion de *los inteligentes*, y se compone, como quien nada dice, de los autores dramáticos, los escritores folletinistas, y tal cual actor en descanso que

aquella noche no le tocó figurar. Esta seccion es bulliciosa de suyo, comunicable y espansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelacion; pronúncianse *ex-cátedra*; comision de aplausos la llaman unos; sociedad de seguros la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atencion las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplaude, y silban por simpatía cuando escuchan á la inteligencia silbar.

Los demas compartimentos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del *respetable público*, que en el Diccionario moderno solemos llamar *las masas*: en cuya confeccion entran indistintamente los drogueros de calle de Postas, y el honrado ropero de la calle Mayor; el empleado vetusto, y el imberbe meritorio; el inesperto provincial, y el pacífico artesano; todos los cuales vienen al teatro los domingos y fiestas de guardar á divertirse con la mejor fé del mundo, y á pillar de paso, si pueden, una leccioncita moral; y la diversion que encuentran no es nada menos que tres ajusticiados y un tormento; y la moral que suelen beber, la que se destila de un suicidio ó un par de adulterios.

Con lo cual, concluida la *diversion*, vuélvese á casa el honrado ciudadano, bien persuadido de que todas las mugeres son cortadas por el patron de *Catalina Howard* ó *Lucrecia Borgia*, y que todos los hombres son poco mas ó menos á la medida de los *Antoni* y *Ricardo Darlingthon*; de todo lo cual viene á deducir que la peor gente del mundo son los hombres y las mugeres,

que toda sociedad es una picardía, todo gobierno un embrollo, toda religion una farsa, y toda existencia una pura calamidad.

Y á la verdad que la consecuencia no puede ser mas natural; porque *si el hombre ó la muger* que se les ha representado en la escena ha sido un príncipe, por fuerza ha de haber tiranizado á sus pueblos, y ha de reunir el fanatismo y la crueldad, la hipocresía y el dolo; si ha sido princesa, habranla visto dar convites envenenados, y entregar sonriéndose al verdugo la hermosa cabeza de su amante, ó arrojar al rio á los favoritos con quienes ha pasado la noche; si ha sido hombre del pueblo, por fuerza seria hijo de un verdugo, y habrá conspirado contra su mismo bienhechor, y se habrá levantado á fuerza de bajezas á las altas dignidades de la república; si ha sido juez, naturalmente habrá sido seductor de su víctima y perjuro, venal y corrompido; si ha sido esposa, habrá enterrado vivo á su esposo para dar la mano á su rival; si ha sido madre, se habrá enamorado de su propio hijo; y si fuere hijo, habrá ensangrentado su acero en el autor de sus dias; si ha sido religioso, habrá abusado de su santo ministerio para seducir la inocencia ó para ejercer sus venganzas; si ha sido, en fin, amante, por fuerza ha sido movida por un amor vergonzoso y criminal.

Semejantes primores de la moderna escena son como si dijéramos el cuotidiano alimento que se da á un pueblo incauto á quien se pretende instruir y deleitar; de esta manera se le enseña la historia en caricatura;

se le familiariza con las escenas patibularias; se le aparta de toda creencia; se le arrastra, en fin, á un abismo sin límite conocido.

Por fortuna esta exageracion de colorido, esta brillantez de la mentira, lleva su correctivo en su misma demasía, y una vez disipadas las primeras impresiones, la razon va recobrando su imperio, y convirtiendo en ridículo aquello mismo que un momento se admiró como sublime. El observador filósofo no puede menos de reconocer esta benéfica reaccion, y mira con placer á la concurrencia, no ya agitada y entusiasta ante las formidables peripecias del drama inmoral, sino distraida é indiferente, como quien no cree lo que mira, no pocas veces respondiendo con burlona sonrisa, en vez de las violentas lágrimas que la demandaba el poeta:

«On ne voit pas pleurer personne;
pour notre argent nous avons du plaisir;
et le tragique qu'on nous donne
est bien fait por nous rejouir.»

Pero veo con dolor que arrastrado por lo importante del argumento, me aparto insensiblemente de mi estilo y propósito, y como que parezco volver la cara á la escena, abandonando mi objeto, que es pintar al público espectador. Sin embargo, tiene tal relacion el efecto con la causa, que apenas es posible tratar de aquel sin rozarse algun tanto con esta. Afortunadamente en este momento cae el telon y el drama desaparece; unas

cuantas varas de lienzo se han interpuesto entre la sociedad fantástica y la sociedad positiva; los *Hernanis* y las *Tisbes* huyeron de nuestra vista, y ya solo tenemos delante las Tomasas y los Pedros; *el hombre* y *la muger* se han convertido ya en mugeres y hombres; el castillo feudal en un menguado coliseo, y los canales misteriosos de Venecia, en los animados callejones de palcos y cazuela.

Aqui quisiera yo tener una pequeña dosis de la imaginacion poética de nuestros autores, para bosquejar aunque de lijero esta escena final, que aunque para algunos podrá parecer insignificante, es para muchos la que forma el principal interés del drama.

Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrileños, saben ya lo menguado y oscuro de sus escaleras, sus estrechas puertas y pasillos, su taquigráfico portal. Pues bien; en aquellas escaleras, en aquellos callejones, y á la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunion misteriosa y armónica de quinientas parejas, que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aqui para allá, buscando cada uno su cara mitad, y mirando de paso á las mitades agenas....

De aqui puede inferirse sustancialmente el interés y fuerza cómica de semejante desenlace, la animacion y el movimiento de tal escena final.

El rápido mozalvete, que volando en alas de su amor y su deseo, atraviesa por sobre las piernas de los lacayos dormidos en la escalera, y va á situarse á la sa-

lida del palco, para tener ocasion de arreglar una manteleta ó correr á avisar al cochero; el pausado esposo, que detenido por la gente que sale de las lunetas, se agita y desespera por llegar á recibir á su esposa, cuando ésta baja ya cortesmente sostenida por una mano anteada que casualmente se encontró al paso; el amante desdichado, que al ir á ofrecer la suya al objeto de su ternura, se siente asir por una harpía de siglo y medio, que empieza ya de antemano á ejercer los rigores de suegra; los formidables lacayos asturianos cargados de almohadas y mantones que cruzan bárbaramente, abriendo un ancho surco en aquella apiñada falange; los celosos papás que tratan de poner á cubierto las gracias de sus hijas, robándolas á las indiscretas miradas de los jóvenes que coronan en correcta formacion ambos límites de la escalera; las viejas, que llaman al gallego con voz nasal y angustiosa; los niños, que lloran porque los pisan, ó que dominados por el sueño van tropezando en todos los escalones; los reniegos de los que van á tomar el coche contra los que no les dejan llegar á él; las imprecaciones de los que esperan ir á pie, contra los coches que obstruyen la salida; las pérdidas improvisadas de alguna dama; los hallazgos repentizados de algun galan; los chascos de tal cual amador que esperaba por una escalera, mientras el objeto de sus esperanzas descendia por la otra; las curiosas glosas del drama, que se escuchan en boca de un mozo de Lavapies ó de una manola del Barquillo; aquel eterno disputar sobre si la

escena del veneno era mas bonita que la del tormento, ó si la comedia estaba en prosa ó en verso; aquel decir picardías del traidor, y salir poco satisfechos porque aunque se dice que le ahorcaron, no le vieron ahorcar; aquel comparar mentalmente al romántico galan ideal con el clásico marido efectivo; aquella rápida transicion desde las imaginaciones poéticas á las prosáicas, desde la historia fingida á la historia verdadera; todos estos son objetos dignos de observacion, y tan gustosos de ver como imposibles de describir.

El teatro, en fin, vuelve á quedar en silencio, y el alcaide cierra cuidadoso las puertas del templo de la ilusion; el poeta regresa á su modesta habitacion á dormir al arrullo de los aplausos ó de los silbidos; el actor depone mantos y coronas, y toma paraguas y sombrero para dirijirse á cenar; el viento fresco de la noche disipa las quimeras en la agitada mente del espectador, y cuando éste al poner el pie en la calle piensa todavía escuchar la terrible campana de San Marcos, reconoce con placer que no es nada de esto, sino que dan las doce en el reloj de la Trinidad.

(Febrero de 1838.)

ESCENAS MATRITENSES.



EL RECIEN-VENIDO.

EL RECIEN-VENIDO.

I.

Caminando calle arriba por la de Segovia de esta corte, y siguiendo fielmente con sus plantas la línea ora recta, ora curva del arroyo; encogidas las rodillas, alta la cabeza, y las manos encajadas en las aberturas del calzon, se adelantaba paso á paso un hombre cuyas miradas codiciosas, y otras señales de estúpida admiracion, daban luego á entender serle del todo nuevos los objetos que por entonces herian sus sentidos.

De contado, la rústica villanía de su trage, los groseros alpargates, su calzon corto, pardo, flojo y descosido, su faja de estambre, chaquetilla ó chupetin tambien pardo, y sombrero chato del mismo color, dejaban inferir su procedencia del riñon de Castilla, asi bien como su enorme vara de fresno atravesada á la espalda, ha-

ria sospechar su profesion de traginante, si ya no la demostrasen claramente tres pollinejos y un mulo que á guisa de batidores le abrian el paso, casi escondidos entre los enormes sacos que pesaban sobre sus lomos.

Esta figura, cuyo aspecto semi-humano hubiera puesto espanto á quien la hubiera hallado en el interior de un bosque de América, dando mucho que pensar al viagero para clasificarle entre las diversas especies de mandriles, jimios, macacos y jockos, que describe Buffon, no era sin embargo nada de esto, sino una criatura casi racional, con sus tres potencias distintas, puesto que la del entendimiento, harto entumecida por falta de uso, casi casi hacia dudar de su existencia; era en fin, un ciudadano español, con sus derechos imprescriptibles y su cacho de soberania, el cual ciudadano, en prueba de estos derechos, acababa de pagarlos á la puerta por los garbanzos y judías que acarreaba. Sabia tambien hablar (que no es poco), y en la misma puerta habia declarado llamarse *Juan Algarrobo* (alias *Cochura)*, y ser natural de la villa de Fontiveros, provincia de Avila, sexmo de san Juan, de edad de 25 años cumplidos en la última Navidad, de oficio arriero, y de religion católico-apostólico-romano.

Como era la vez primera que pisaba los angulosos guijarros de esta noble capital, ignoraba de todo punto la direccion de sus calles, y embebido en sus pensamientos (que tambien los solia tener á veces) dejábase guiar por su mulo, fiando al instinto de éste el conducirle á punto donde pudieran comer y reposarse.

Ya habia llegado al fin de la calle, y hecho la señal de la cruz delante de la de Puertacerrada, cuando le vino á la memoria que la consigna que traia de la tierra era á la posada del *Dragon* en la Caba baja; por lo que llamando cariñosamente á sus pollinos, los encarriló hácia la puerta de un barbero, el cual viéndolos entrar asi tan sin ceremonia, arremetió á las navajas, y hubiérales señalado de mano maestra, á no haberse visto interpelado por nuestro arriero, que con sombrero en mano y el *Deo gratias* de costumbre, le preguntaba las señas de la Caba baja.

Vaya el bárbaro (dijo el barbero) mucho de enhoramala, y átese en fila con sus burros para no incomodar á las gentes de bien.—Y cerró de un golpe las persianillas de su tienda, con que dejó á los recien-venidos en la misma perplejidad. El mulo, sin embargo, no debia ser lerdo y no por eso se desconcertó; antes bien dirigiendo el paso hácia una taberna, saludó con los hocicos varios platos de abadejo que á la puerta estaban, y que sin duda hubieron de parecerle bien; mas la intrépida guisandera (que por mas señas era una vizcainota gorda que se llamaba la señora *Juliana Arrevaygorregoyquirrumizaeta)* saltó de su asiento cazo en mano, y arremetiendo alternativamente, ya al mulo, ya al arriero, los echó de sus posesiones con una descarga cerrada de vocablos facciosos que tan claros fueron para el amo como para los mismos pollinos.

En magestuoso conclave reposaban tranquilos tomando el sol sentados encima de sus cubetas hasta

cuatro docenas de mozallones gallegos y asturianos, los cuales viendo el aturdimiento del castellano y lo fuera de razon de la vizcaina, reian hasta mas no poder, hasta que uno mas caritativo indicó al forastero que la calle que buscaba se encontraba sobre su derecha. Mas fuese que el castellano no entendiese el lenguage de Castilla, ó que el otro se lo dijese en gallego, hubo de tomar el rábano por las hojas, y comprender que habia de seguir la calle derecha y no la derecha de la calle, con que siguió magestuosamente por toda la plaza arriba, puerta del Sol, calle de la Montera y de Fuencarral, buscando la Caba baja; verdadero emblema él y su recua de la actual generacion española caminando con igual acierto al punto término de su felicidad.

Dejo á la consideracion del lector los muchos lances, siquier grotescos, siquier trágicos y fatales, que el pobre recien-venido hubo de esperimentar en tan larga travesía; hasta que viéndose ya cerca del cementerio, empezó á sospechar que no era por alli el camino de su posada. Por fin, despues de muchas preguntas y respuestas, dares y tomares, idas y venidas, tomó la vuelta de la Puerta del Sol, y al fin de dos horas cumplidas dió consigo y su comitiva en la Caba baja.

Luego que se vió en su posada, rodeado de racionales é irracionales compatriotas, despachado en comun mesa un razonable pienso de menudos y pimientos, amen de la cebada y la paja que con noble generosidad cedió á los pollinejos, hechos cuatro mimos á estos en señal de buena amistad, y cambiadas cuatro interjecio-

nes machos con el mozo de la posada, acomodó sus alforjas y su manta en un rincon del último piso, y cedió al sueño los cansados miembros, quiero decir, que se durmió, sin dársele un ardite de la crisis ministerial ni de toda la demas batahola que por entonces traia alborotada á la corte.

II.

Aquella noche como las demas, despues de la cena habíase dispuesto por la noble compañía que ocupaba la posada una partidilla honrada de *truquiflor* y *se-cansa,* interpolada de sendos tragos de lo tinto, y amenizada con el agradable ruido de una alegre conversacion. Admitióse tambien en la rueda con notables muestras de benevolencia al recien-venido Avilés, ayudándole á fuer de franqueza y amistad á desechar el empacho que sin duda debia imponerle aquella nueva sociedad; con que muy luego se olvidó de todo punto que estaba en Madrid, y trasladóse en imaginacion á aquel ameno establo donde sus ojos vieron la primera material luz.

Tan engolfado iba estando en la partida, y tan sin penas ni desconcierto dejaba rodar sobre la mesa las

medallas segovianas, que hubo de llamar la atencion de un viejo provecto y cari-acontecido que observaba aquella escena desde un ángulo de la mesa; el cual viejo no era nada menos que un honrado ordinario de Salamanca, el *tio Faco*, hombre de bien y chapado á la antigua, que solia pasar su vida en el espacio que media entre el Rollo del Tormes y la puente Segoviana; acarreador perpétuo de trigo candeal y de garbanzos de Cuarto de Armuña, de teólogos y filósofos en embrion, grandes guitarristas y futuras notabilidades del púlpito y del foro. Con lo cual y la buena ayuda de su entendimiento, habia llegado á ser un horroroso latino, como que sabia de memoria desde el *Musa Musæ* hasta el X *et Zeta*, y todos teníanle por hombre ademas prudente y sabidor, y aun hubo tiempos en que casi casi se vió espuesto á ser, como quien nada dice, sacristan de Calvarrasa.

Sea de ello lo que quiera, este tal Faco tenia como queda dicho á su cargo hasta un par de galeras que hacian periódicamente el viage de Salamanca á Madrid, y como saben muy bien los que tal viage hubieren hecho, es cosa consiguiente el pasar por la villa de Fontiveros, y siéndolo era preciso que el tio Faco hubiese en ella conocido á nuestro Juan Algarrobo, alias *Cochura;* siendo esto tan cierto, que varias veces se cruzaron en el camino y cambiaron las botas, ó se dirigieron de comun acuerdo á casa del Juan á herrar una mula, ó á arreglar las varas de la galera; razones todas mas que poderosas para tener y sostener una razonable amistad.

Conoció, pues, el viejo Faco que era la ocasion llegada de aventurar algunos paternales consejos á aquel incauto pajaruco caido voluntariamente y por primera vez en las sutiles redes de la corte, y asi llamándole aparte y llevándole á un rincon del zaquizamí, escupió dos veces ó tres, hízole sentar, y le habló de esta manera.

—Amigo Juancho, ya tú sabes las obligaciones que nos debemos, como paisanos que somos y como amigos, y lo mucho que nos queremos tu madre Forosa y yo; asi que no estrañarás que venga aqui á ocupar su lugar y á darte consejos que en esa tu edad y en esta villa, luego luego habrás menester. Escúchame, pues, atento, sin jugar con la faja, ni mirar á los dedos, y clava en el magin todo lo que de mí oyeres, que dia vendrá, y no está lejos, en que lo recuerdes con agradecimiento, y pagues con él al viejo que te está hablando.

Has llegado, Juancho, á un lugar en que la precaucion y el consejo son necesarios para no perder un hombre el juicio escaso que Dios le dió; lugar en cuyas calles se aprende mas ciencia que la que enseñan nuestros doctores salamanquinos á los que frecuentan sus escuelas: lugar en que los chicos son bachilleres, las mugeres lincenciadas, y doctores los hombres, sin mas gramática que la parda, ni otras borlas ni mucetas que un poco de garabato en los ojos y en el pico. Con esto, y un esterior amable y lisonjero, tienen en sí la ciencia suficiente para enseñar al forastero lo que ellos llaman

cortesanía, y hacerle conocer que es á su lado ciencia inútil toda la que contienen sus libros. Pero no creas Juancho, que tan benéfica pasantía se dispensa aqui *gratis et amore* y sin su correspondiente por qué. Colegio es este en que mas que en los *mayores* peligra el bolsillo, y cuenta, si su apetecida beca no nos cuesta tambien la salud de cuerpo y ánima.

Quiérote decir todo esto porque sepas á punto fijo á qué lugar te han traido tus pecados ó tu codicia, que quedará satisfecha si lograres vender algunos reales mas caros esos frutos que acarreas, y no tomará en cuenta los peligros á que te esponen en semejante espedicion tu entendimiento ralo, tu memoria torpe, y lo arriesgado y simple de tu voluntad.

Esto supuesto, desconfiarás, Juancho, de tí propio y de los demas, hasta aquel grado que es lícito desconfiar, no tomándolo todo por el peor lado, ni echando juicios temerarios de que tu conciencia haya de acusarte, sino suspendiendo por lo menos el tuyo hasta cerciorarte de ser verdad lo que se te dice y aun aquello mismo que por tus ojos vieres y palpares con tus manos.

Recelaráste de los amigos fáciles, y que te hallares como suele decirse por bajo del pie, que no es fruta la amistad que nace espontánea, sino á fuerza de cultivo logra estender y hacer frondosas sus ramas. Todos en la corte te harán risueño el semblante; todos llamaránse tus amigos, si te vieren inocente y no poco dadivoso y desprendido; pero á vuelta de tus es-

paldas reiranse muy luego de tu mentecatez, y holgaránse con tus favores para mejor burlarse de tí.

A cada paso que dés hallarás gentes de tu condicion, de tu pais, y aun de tu parentela, que en este laberinto de la corte todas vienen á ser confundidas, por lo que habrás oido decir aquel dicho «*Madrid, patria comun, tierra de amigos.*» Aqui hallarás en efecto muchos ó mas sutiles, ó mas esperimentados que tú, que te brindarán con sus consejos, te darán la mano en tus especulaciones y tratos, y llenarán con nuevos proyectos tu cabeza de dudas, tu pecho de codicia y de ambicion. Huye, amado Juancho, huye esas relaciones peligrosas, y si aprecias tu tranquilidad no des oidos á consejos pérfidos de los que sobre tu ruina piensan levantar el edificio de sus medros.

Ni faltará tampoco á tentar tu flaqueza en esta cueva de los vicios aquella formidable enemiga de los humanos, la lujuria, que aqui en este lugar tiene su principal asiento y trono; y quiérola llamar por su nombre para que no vayas á confundirla, Juancho, con aquel otro amor sencillo y honrado de nuestras aldeas; no, otros son sus colores, y preciso te será aprender á distinguirlos. No fies, por de pronto, en los halagos que alguna de estas encantadoras te prodigue á tu paso; ni escuches sus ruegos; ni creas de sus palabras; pues que ni tu figura está hecha para enamorar de un tiro, ni aunque fueras el mismo Adonis (de lo que distas muy bastante), seríate lícito ni conveniente creerlo asi.

No juegues juegos de azar, que no es bien arriesgar

á una sota el fruto de nuestro trabajo, y si alguna vez lo hicieres, cuenta que no es el azar tu solo enemigo, sino la mayor ciencia de tus compañeros, que en esto del juego los hay grandes profetas en la corte para predecir y acertar á quien le ha de favorecer el albur.

No compres género que no conozcas, ni creas todo lo que vieres, ni te pares en todos los corrillos, ni quieras informarte de lo que nada te importa. Advierte que llevas en el semblante el sobrescrito de la villanesca simplicidad, y que de ella viven muchos de los entonados mercaderes y caballeros de la corte.

Cuando salgas á la calle procura seguir tu camino derecho y sin tropiezos ni atajos peligrosos; no disputes sobre el paso, ni armes quimeras de preferencia ó por consecuencia de tu incivilidad; cuenta que es cierto aquel refran del «gallo que canta en su gallinero,» y tú eres de otro corral, y á cualquiera lance no faltarán gallinas que te desplumen.

No des tu dinero á préstamo por alto que sea el interés, á menos que no te convenga ganarlo en el cielo; ni entres en mas negocios de los que por tí puedas manejar; y advierte que lo que en otros ves motivo de engrandecimiento y riqueza, seríalo en tu nimia comprension de completa ruina; que el talento, Juancho, es el capital mas positivo, aunque á las veces suele ganarle por la mano esto que llaman la fortuna.

Tú, en fin, harás y procederás con buen consejo pidiéndolo al cielo en aquellos casos en que mas te vieres apurado, que el Señor es verdadero amigo que nunca en-

gaña, ni se hace el sordo cuando de buena fe se llega á implorar su auxilio. Y ora callo, aunque mucho mas pudiera decirte, á ley de anciano, y en fuerza del cariño que te profeso; pero veo que perderia el tiempo en esta ocasion, ó acaso acaso la daria para que tú reconciliares mejor el sueño que preparas al arrullo de mis consejos.—

Y asi era la verdad, que el buen Juancho, en quien la voluntad, como queda dicho, era lo mas, escuchó atentamente y sin pestañear la primera parte del discurso de Faco, hasta aquel punto en que remontando este un tanto su vuelo, llegó á oscurecerse del todo á la vista de aquel, por lo cual dando licencia á los párpados, aunque parecia aprobar mudamente con las inclinaciones frecuentes de cabeza, no era otra cosa en realidad sino que á la sazon dormia un sueño mas que medianamente reposado, en tanto que el consejero trashumante esforzaba sus últimas razones para pintarle los peligros de Madrid.

III.

Otro dia por la mañana salió Juancho á acompañar y despedir al tio Faco que regresaba á su tierra, y luego que le hubo dejado mas allá de Aravaca, rico de advertencias y consejos que por el camino le habia ido aquel repitiendo, volvió á entrar en Madrid; deseoso aunque no fuera mas que por curiosidad de conocer y desafiar esos lazos y peligros que su viejo consejero le habia tanto encarecido.

Como era tan de mañana, parecióle bien entrar á misa en la primera iglesia que topara, con lo cual pensaba santificar el dia, y prepararse con nuevas armas á sufrir los combates que ya empezaba á barruntar. Pero el diablo, que no duerme, y por consecuencia madruga aun mas que un arriero, hubo de escuchar este propósito, y prometerse allá en su interior jugar una morisqueta al buen Cochura.

Dispuso, pues, para ello, que el sacristan de Santa Maria (que fue la iglesia á donde aquel se dirigió) se hubiese dormido alguna cosa mas aquella mañana, con que la puerta permanecia aun cerrada; visto lo cual por Juancho, se determinó á esperar hasta que abriesen pa-

ra oir la primera misa. Con esta intencion habíase sentado descansadamente en la escalera de piedra que sube á la iglesia, cuando de allí á un rato acertó á pasar un hombre de equívoca catadura, que fijando sus ojos en aquel descansado villano, como quien queria conocerle, compuso y compungió su semblante, y vínose á él con amabilidad, saludándole cortesmente. Tomando luego la palabra, estrañó que aun no estuviese abierto el templo, y manifestó su intencion, igual á la de Juancho, de escuchar la primera misa, cosa que todas las mañanas hacia, segun dijo. Seguidamente, como reparando en su trage y acento, informóse del forastero de qué lugar era, y luego que hubo dicho de Fontiveros, empezó á contar aventuras que en él le habian acontecido, y á relatar grandezas de aquella tierra, y lo mismo hubiera sido si le hubiesen nombrado la China, puesto que ni una ni otra éranle absolutamente conocidas.

El simple Juancho contestaba á todas las preguntas con gran espontaneidad, en términos que á los pocos minutos sabia el interpelante tanto como él mismo de su objeto en venir á la córte, su condicion, caracter y demas circunstancias. Creció con esto la franqueza y correspondencia entre los dos *paisanos*, que asi se llamaban ya, y tanto se engolfaron en su plática, y tanto por otro lado tardaba en abrirse la iglesia, que el dialogante propuso á Juancho una vueltecita por detras del Consejo, con que harian un rato de ejercicio, y de paso le mostraria aquella parte mas antigua de Madrid que llaman *la Morería*, en donde á la sazon dijo haberse ha-

llado indicios mas que medianos de cuantiosos tesoros alli escondidos por los pícaros moros, en cuyo descubrimiento se ocupaban entonces todos los vecinos de aquel barrio, y quizás quizás pudieran ellos llegar tan á punto que les viniera á tocar una buena tarja en el reparto.

Creyóselo todo el inocente Juan al pie de la letra, con lo cual los dos compadres se dirigieron por aquellos sitios solitarios hácia el punto en donde decian hallarse el tesoro, y en llegando á lo mas apartado y escabroso, —«Esta en que ahora entramos (dijo el madrileño) sepa vuesa merced que es llamada la *Cuesta de los ciegos*; aunque mas de cuatro han visto en ella lo que no querian; y supuesto que á ella hemos llegado, y supuesto tambien que á la ocasion la pintan calva, vuesa merced, señor castellano, se servirá de darme todo aquello que en su cinto le huela á moneda, que estos son los tesoros árabes que en semejantes sitios solemos buscar los inteligentes.»—

Pasmado se quedó nuestro arriero al escuchar aquella apóstrofe inaudita, cuya esplicacion dudosa al pronto, le fue luego mas clara á la vista de una enorme navaja de cachas, desenvuelta en las manos del amigo; conque no tuvo otro remedio sino acudir á las agujetas del calzon y desembarcar de él hasta unos veinte y siete reales que entre plata y cobre, migas de pan y puntas de cigarro, pudo llegar á reunir. Hecho lo cual, el burlador saludó irónicamente á su víctima, y desapareció, dejándole entregado á sus tristes reflexiones.

No era malo el aviso para primero, pero no por eso

Juancho se desanimó, antes bien achacándolo á la casualidad antes que á su propia simpleza, determinó en adelante no andar, sino reunido con los amigos que ya habia grangeado en la posada. Dirigióse, pues, á ella, y les contó su mala andanza, de la que no poco se holgaron, prometiéndose continuar enseñándole á despavilar los sentidos. Propusiéronle trasladarse á almorzar á un famoso figon que estaba allí cerca, y el mas grave se acomodó al lado de Juan como para aconsejarle todos sus movimientos. Comieron y bebieron como era de esperar, á la salud del recien-venido, y luego de satisfechos, fueron desapareciendo, dejándole solo con el ama de la posada, la cual con corteses modales le intimó el pago del gasto que montaba hasta diez y ocho reales y catorce mrs., satisfaccion á que Juancho no pudo negarse, por ser, segun le habia dicho su Mentor, ordinario agasajo y deber prescrito á los forasteros recien llegados, el convidar á los que gustan de acompañarles.

Estando otro dia en el mercado con su saco de garbanzos por delante, llegó á él un caballero bien portado seguido de un mozo, el cual caballero, mirado que hubo en la mano la calidad de los garbanzos y calculado sin duda con la vista la del mozo que los vendia, entró luego en ajuste en que muy pronto se convinieron, diciéndole.—«Déselos á ese mi criado que él los conducirá acompañándole usted á donde le sean satisfechos.»—Acordóse en este instante Juan del lance del tesoro, y cosiéndose de todo punto al lado del mozo conductor, determinó no perder su pista, como asi lo ve-

rificó, hasta llegar á una casa, en que subiendo uno tras otro la escalera, llegaron á un callejon en donde dijo el mozo á Juan que mientras llamaba á la puerta esperase de la parte de afuera. Siguió en esto por el callejon adelante, y pasáronse minutos y minutos, y luego horas y horas, y el mozo ni el dinero no parecian; conque alarmado un si es no es el castellano, siguió por el mismo callejon , y dió consigo en otra escalera que comunicaba á distinta calle; esto le dió sospechas, llamó á todas las puertas, nadie le daba razon, antes bien le tenian por impertinente, y echábanle fuera con malos modos; hasta que tropezó con unos chicos que le dijeron que hacia ya dos horas que habian visto bajar por aquella escalera al mozo cargado con el costal, con lo cual no dudó ya de su mala ventura, y pelóse las barbas, y torcióse los puños, derramando unos lagrimones como nube de agosto, y haciendo unos gestos que dieron no poco que reir á todos los chicos del barrio.

Cabizbajo y meditabundo regresaba nuestro Cochura á la posada, cuando vino á herir sus ojos un objeto que alegró su corazon, hizo nacer su esperanza, y borró con húmeda esponja todos los negros colores de su tétrica imaginacion. Como llevaba fijados los ojos en el suelo, parecióle ver relucir entre las piedras una cosa que primero se le antojó cristal, luego boton, luego medalla, hasta que conoció claramente ser un escudo de á ocho que por acaso alguno debió dejar caer en el suelo.

No salta con tanta rapidez el emboscado gato á la súbita presencia del tímido ratoncillo, como el aventu-

do Juancho se abalanzó con todos sus sentidos á apoderarse de aquel inesperado presente; pero por mucha que fue su prisa, no pudo evitar el que otro hombre (que sin duda estaba alli de intento) adivinando su intencion corriese simultáneamente al mismo punto y pusiese mano á la moneda en el mismo punto en que Juancho la tocaba tambien. Encontráronse, pues, ambas cabezas con un choque nada comun, aunque con pérdida del desconocido, por la mayor solidez de la de Juan; encontráronse los dedos agarrando cada cual por su lado la medalla; encontráronse en fin las malas razones sobre la propiedad respectiva de ella. Cada cual alegaba las suyas, cada cual decia haberla descubierto antes, cada cual lo echaba á mala parte y parecia disponerse defender su conquista. A las voces acuden varios curiosos, y uno de ellos, llamado de encargo, se erige en nuevo Salomon, y oidas las partes manda dividir aquel tesoro; conviénense en ello; dá Juan á su contrario cuatro pesos en plata, mitad del hallazgo, y marcha brincando á su posada con la medalla original. Quiere sin embargo, cambiarla, para atender á sus menesteres, entra en un estanquillo á comprar unos cigarros; el cigarrero la mira y la pesa, la prueba, la ensaya y rasguña, y echando sobre el inocente Juan una mirada de indignacion:—«Pícaro labriego (le dice), ¿á mí me vienes con moneditas falsas? ahora verás lo que hago con ella, y cuenta con tu lengua no la suceda la propio.»—Y sin mas preliminar agarra en una mano un clavo, en otra el martillo, y clava la moneda en el mostrador, á vista y

no con paciencia del desesperado Juan, que hasta entonces no reconoció todo el embuste del hallazgo, de la disputa, y del juicio del reparto.

IV.

Estos y otros semejantes lances enseñaron en fin á Juan á recelar de todos los hombres, en términos que huia de su encuentro y parecíale ver en cada uno un enemigo nato de su bolsillo y seguridad. Pero al fin era un ser humano, hecho para vivir en esta que llamamos sociedad, y no podia por lo tanto pasarse sin el humano trato y comunicacion.

Una tarde entre otras, que se habia engolfado en las vueltas y revueltas del famoso cuartel de *Lavapies*, buscando en la humildad de sus casas alguna analogía con la de su villa natal, vió sentadas á la puerta de una de ellas, dos figuras, aunque de igual sexo, de bien distinto aspecto y catadura.

Era la una, vieja, arrugada y mezquina; con sus tocas por la cabeza, las manos en el rosario, y los ojos clavados en el suelo; parecia la otra moza como de veinte y dos, esbelta y rozagante, con su zagalejo corto, mantilla de tira echada á la espalda, peineta terciada y cesto de

trenzas en la cabeza. Mirando á la primera, enfermára de espanto el pecho mas valiente y denodado; considerada la segunda, tembláran las rodillas mas sólidas y robustas. Juan, como era de pensar, apartó rápidamente los ojos de la vieja, y descansólos un breve rato en la moza, y ya el aspecto de esta iba empezando á obrar una revolucion completa en su físico interior, cuando creció de todo punto su turbacion viéndola dejar su silla precipitada, y correr á él con los brazos abiertos, diciéndole.

—«Juancho, Juancho, el mi borrego, el mi pachon; ¿quién diablos te ha traido por esta tierra de Madril? Mírame bien, ¿no me conoces? ¿no te acuerdas de *Carmela*, la hija de la tia Ursula y del tio Pepon, nieta de *Traga cepillos* el sacristan? ¿Te acuerdas de cuando jugábamos juntos en el corral del tio *Purgatorio*, y aquella tarde que matamos todas las gallinas de la ama del cura? ¿te acuerdas? ¡bobon...!»—

Y dábale cariñosamente en la barba con la punta de los dedos, y Juan con una cara risueña y como burra delante del prado, nada respondia, sino estábala mirando todo embelesado y suspenso, y asi acertaba á hablar como si tuviera pegada la lengua.

La buena vieja que permanecia sentada ocupada con su rosario, hubo de reparar en aquella escena, y sin levantar los ojos del suelo.—«Niña, niña (la decia), cuidado con lo que se hace, que en la calle estamos y casa hay, á Dios gracias, donde no dar que decir: deja, deja á ese mozo, y no le encandiles, que aqui á nadie se

obliga á nada, y únicamente se sirve á los que lo piden, con amor y buena voluntad como Dios manda.»—

—Déjeme V., madre Claudia, decia la muchacha, déjeme V. que le hable, que es muy querido mio y de mi mismo pueblo, para servir á Dios y á mí, y en un tris estuvo el que hubiéramos sido matrimonio, á no ser por aquel pícaro de don Luis el estudiante, que me sonsacó y me llevó consigo á Salamanca.»—

A todo esto ya habia vuelto Juan de su letargo y reconocido puntualmente á su antigua propincua, la que con licencia de la vieja le entró en la casa, donde á vuelta de un par de copas de aguardiente le contó toda su historia, que era por manera entretenida, desde que salió de Fontiveros á cursar á Salamanca, hasta graduarse de doctora en el Lavapies de Madrid.

Y estando en esto entró por la puerta adelante y con determinada franqueza un hombre que luego al punto reconoció Juan por aquel que le habia enseñado el tesoro de la Morería. Empezó á temblar como un azogado, figurándose que ya le veia con la de las cachas en la mano; pero Carmela que conoció su turbacion, mandó al otro con imperio que se saliese á la calle, y que fuese á esperarla á la taberna de enfrente. Hizo ademan de obedecerla, y ya empezaba Juan á respirar á sus anchuras, cuando en esto un «¡*Dios nos asista*!» pronunciado enérgicamente por la vieja que se habia quedado de la parte afuera, vino á interrumpir de nuevo aquel duo casi casi en el momento de empezar el alegro.

—«¿Qué es eso? esclamó rápidamente la moza, asomando la linda faz á la puerta de entrada.

—Nada, nada prenda (dijo un hombre vetusto y cuadrado con su baston de puño blanco en la mano, señal de autoridad); no hay que asustarse que no hay para qué; todos somos conocidos, y VV. muy particularmente de todo el barrio: aqui no hay mas sino venir yo en busca de este pájaro que de aqui salia, y que hace ya dias buscaba la justicia por estafador y bribon de á folio; en cuanto á VV. todo el mal será por de pronto el mudar de habitacion, y seguirme con los demas presentes á la de la villa, en donde podrán á su sabor proseguir la pláctica comenzada.—

Aqui fueron los inútiles gritos de la vieja, las lágrimas poderosas de la moza, los juramentos del galan fantasma, los berridos de Juan Cochura; pero de nada sirvieron; antes bien formando armonioso grupo de vieja hechizera, muger falsa, espia, víctima, corchetes, guardas y acompañamiento propio de un drama romántico, fueron todos conducidos á la casa comun, de la cual á vuelta de algunos meses, sustanciada la causa y desustanciado el Juancho, pudo salir al aire libre y regresar á su pueblo, donde era cosa de oirle contar sus aventuras de recien-venido en la corte, en esta que suelen llamar *la patria comun, la tierra de amigos.*

(Agosto de 1838.*)*

LA ESPOSICION DE PINTURAS.

«Anch' io son pittore.»
Correggio.

Al estampar el título de este discurso, ya veo mentalmente á mis lectores abrirme paso y dejarme marchar delante, con la intencion sin duda, de recorrer conmigo las salas de la Academia, y escuchar benévolamente las observaciones críticas que sobre cada cuadro haya de estampar en mi cartera. Veo tambien á los artistas y aficionados torcer el gesto, y formar corro enfrente de mí, como demostrando desconfianza de mi pobre opinion, y aguardando que la someta á la suya inteligente. Escucho tambien las insinuaciones de los amigos de los enemigos, y de los enemigos de los amigos, que quieren piadosamente intercalar entre renglones de mi discurso los suyos propios, y aspiran á convencerme con el piadoso objeto de que yo convenza á los demas de lo que ellos

no están convencidos... Los unos me intiman magistralmente la superioridad de tal cuadro... los otros me escitan la bilis sobre la incongruencia del otro. . cual quiere que empiece por el orden cronológico ó de antigüedad ; cuál por el de títulos académicos; aquel aboga por las composiciones históricas; este por las descriptivas y pintorescas ; y estotro , en fin, por las comparables, y de *d' apres nature...*

Alto allá, señores mios, que no todo ha de ser para ellos. Vuesas mercedes me perdonarán por hoy, pero no puedo servirles como quisiera , porque no traigo bastante provision de elogios en el tintero. Dia vendrá , y no está lejos, en que componga su licor con arabesca goma y azucar cristalizado , y entonces me tendrán al su mandar para hablar de sus producciones con aquel entusiasmo que es del caso... Lo que es por hoy no vengo á ver la esposicion, sino á tomar parte en ella; quiero decirles que *yo tambien soy pintor* (si no lo han por enojo) y en prueba de ello—zis... zas...—Y abrí mi envoltorio, desarrollé mi lienzo, y se le presenté con el debido respeto á la comision revisora de profesores, permanente en el entresuelo de aquel templo de la inmortalidad.

Y como espero que la decision de aquel artístico jurado habrá sido favorable, y habrá acordado esponer al público la dicha obrilla de mi débil pincel, paréceme del caso dar aquí á mis lectores el testo ó programa de ella, con las convenientes notas y ampliaciones para que los menos inteligentes puedan comprenderla.

Mi cuadro representa el interior de un noble edificio que en tiempos atras construyó un célebre arquitecto llamado *Ribera,* á quien estamos convenidos en apellidar *oprobio del arte,* porque hizo cosas que no estaban escritas en Vitrubio ni en Paladio ; y cuya sombra, picada contra los diarios anatemas que resuenan contra él en aquella casa, responde, no se diga victoriosamente, con la casa misma , y aun se rie de los que se rien de él, y de muchas obras modernas , escondiéndose entre los caprichosos follages de la fachada del Hospicio.

En cuanto al edificio que representa mi cuadro , fue construido con destino á *Estanco del Tabaco* , hasta que el señor D. Carlos III (de gloriosa memoria), dispuso estancar en él cosa de mas interés , reuniendo para ello con la mejor intencion «*naturaleza* y *arte bajo un techo*» como dice la inscripcion de la puerta, con lo cual y desde entonces permanecen allí estancadas , estrechas y sin poder medrar. Pero volvamos á mi lienzo.

Un patio cuadrilátero y á cielo abierto, forma su primer término (porque es de advertir que este mi cuadro no pertenece á la escuela clásica, antes bien es un mosáico de grupos y perspectivas que de término en término le hacen interminable.) Vénse en el dicho patio colocados al aire libre , y como desafiando las iras del cielo, diversas pinturas... pero no; las pinturas de los otros no se ven en la mia , porque de intento he procurado yo estender la sombra, allí donde aquellas deberian estar colocadas. Solo se ve, pues, el piso plano, reflejado perpendicularmente por la luz de mi paleta, y un pueblo nume-

roso, que viene, que va, que entra, que sale, que habla, que mira, que rie, que bulle, que tose, que murmura, que confunde, en fin, y arrebata la vista del espectador. Si éste sigue con ella los demas puntos términos del cuadro, hallaráse alternativamente con los dobles ramales de una magnífica escalera, con pisos bajos y altos, salas estrechas y espaciosas, callejones y galerías al Norte, al Sur, á Levante y Poniente; cuales diáfanas y transparentes; cuales sombrías y misteriosas, segun su respectiva situacion; pero todas ellas cubiertas de pinturas sus paredes, de pueblo numeroso su pavimento.

Supongo al espectador colocado en el sitio que ocupan los cuadros... Es claro que no puede ver estos.—Pues entonces ¿qué es lo que ve?—Ya he dicho que verá el mio.

Abran los ojos y miren, y aunque al principio se ofusquen con la confusion de mi brocha desaliñada, ya irán buscando las luces, y colocándose á la distancia conveniente para abrazar el conjunto.

Ese corro que ven VV. ahí á la izquierda, de figuras llenas de vida y espresion, es el *círculo inteligente;* el mismo que distribuye y niega las reputaciones artísticas. Compónese de maestros jubilados del arte, y antiguos aficionados que acostumbraban á ir con Goya á los toros, y por consecuencia son muy conocedores en pintura: gente vetusta y poco pintoresca en sus personas, malos contornos, peor espresion, y rematado colorido, como que el que menos cuenta seis decenas debajo del peluquin. Si pudiéramos escuchar lo que parecen decir,

verian VV. como luego sacaban la conversacion de Roma y de Bolonia, adonde fueron, y de donde volvieron hechos unos Rafaeles (vamos al decir), y llenas las cabezas de Marco Antonios y Cleopatras, y Danaes y Mercurios, y Rómulos y Coriolanos; con aquellas caras y aposturas de dolor artístico, y de amor ó de alegría arreglados á escala romana; aquellos pliegues cuidadosos como los de sobrepelliz cardenalicia; aquellas cielos en que no es facil averiguar que hora es; aquellos muslos, aquellos brazos contorneados y puestos allí de intento como diciendo «miradme;» aquel colorido arreglado á receta, y en que no se atreveria á entrar un dracma ni de menos ni de mas; aquella accion, en fin, tan única, é indivisible como la república francesa.

Miren VV. allá mas abajo reproducido el mismo grupo, que marcha en convoy, y se ha parado delante de un cuadro nuevamente espuesto, que sin duda debe pertenecer á algun artista de diversa comunion. Ahora ya no hablan de la vieja escuela; hablan, sí, de la nueva, y echan sus ojeadas oblicuas al lienzo, y sonrien y manotean, y señalan con el dedo, y algunos mas decididos hacen como que dibujan ó contornean con él, segun su estilo, lo que le falta ó le sobra á la pintura representada; y otros mas serios suspiran y fruncen el gesto como lamentándose de la profanacion del arte; y por último, aquellos de mas allá parecen contemporizar diciendo—«*Es buen muchacho el autor.... tiene chispa.... promete bastante... sino estuviera viciado...* Y con estas ó semejantes espresiones ábrense paso por en medio

de la concurrencia que se apresura á admirar el cuadro, y dejan escapar sobre aquella y sobre este una mirada alternativa de compasion y de desprecio.

Pues volvamos la cabeza á ese otro círculo mas agitado que observa al primero... Repárenles VV. bien... Sombreritos ladeados, levitines románticos, barbas y melenas... edad entre los veinte y los treinta, fruta de este siglo inquieto y mercurial.... charla sempiterna, mucha espresion de ojos... mucho manoteo... mucha risotada...; pues esa es la España artística del dia, quiero decir, el círculo nuevo, la escuela flamante, idólatra de las almenas y puentes levadizos; de las aceradas cotas y del blanquísimo cendal; que solo acierta á ver á la pálida luz de la luna; que solo sueña escenas terroríficas, combates horribles, adulterios y asesinatos; que ilumina sus cuadros al resplandor de las llamas que consumen la ciudad, del rayo que rasga las nubes, ó á la trémula luz de la lámpara sepulcral. Ellos, esos jovencitos alegres y bulliciosos, son los que nos trasladan al lienzo los rostros patibularios, las sonrisas infernales, *la abominacion de la desolacion*; que gozan y se recrean en colocar la sanguinosa daga en el seno de la inocente virgen, ó salpicar de sangre el desgarrado manto de la matrona; que ponen en las manos del *héroe* el desnudo puñal ó la fatídica pistola, al ave agorera sobre las ventanas labradas del palacio, ó las borrascosas olas batiendo las rotas murallas del castillo feudal.

Pero apartemos la vista de tan singulares escenas, y descendamos á esta sociedad práctica y positiva, prosái-

ca y risueña, bulliciosa y amiga de sensaciones de todos géneros... Busquémosla, por ejemplo, en aquel triunvirato de bellezas que se adelanta de frente, contemplando con igual indiferencia las románticas catástrofes y la clásica beatitud... Para ellas y para el numeroso séquito de apasionados que las rodean, en vano Murillo adivinó la pureza virginal del rostro de la madre de Dios; en vano Velazquez sorprendió el secreto de la naturaleza; en vano Rivera trasladó sus dolores y su mas violento padecer.

—¡Ay Jesus! mamá, qué cuadro tan asqueroso... yo no sé porque le miran tanto... no parece sino que Murillo habia sido practicante de algun hospital (y esto lo dicen tapándose las narices y apartando la vista del magnífico lienzo de Santa Isabel).

—Por cierto, (exclama alguno de aquellos celosos almivarados) que estos españoles antiguos no sabian pintar mas que santos y mendigos.

—Sin duda debian de ser muy feos nuestros pasados (prorumpe otro como creyendo decir un chiste), porque todas las caras que nos representan sus pinceles son tan inverosímiles que hacen horror.

—Si hubieran tenido delante (replica el primero) los modelos que nosotros alcanzamos la fortuna de mirar...

—¡Ah.... ah.... ah....! (interrumpen riendo las señoritas), vaya Carlitos, que no pierde V. ocasion de hacer un agasajo.

(Y el mozo se contonea y se arregla la corbata, y pasa su anteado guante por entre los rizos de sus melenas.)

—A propósito de bellezas (dice otro), y dejando estos santos en su paraiso, vean VV. ese hermosísimo rostro que delante tenemos, trasladado con verdad de un mas hermoso original.... ¿No la conocen VV.? ¡Qué magestad! ¡qué nobleza! ¡qué trasparencia de tez! ¡qué perfeccion de facciones!

—Cierto, don Enrique, (una de las bellezas interrumpe picada al orador) cierto que es muy hermosa; pero lo es mas en el retrato que en el original... ya ve V.... no era el leon el pintor....

—Señorita...

—¿Pues no ve V. esos labios y ese pecho, y...? luego, que yo no me acuerdo de haberla visto ese vestido tan elegante; y ademas que tampoco el peinado está de moda.

—¡Oh! pues entonces no hay mas que hablar, Enrique; Matildita tiene razon, y yo no sé como tú puedos alabar...

—Señoras, no es decir que... pero yo solo hablaba de la pintura.

—Vamos, vamos de aqui, niñas (grita la vieja): ¡ay Jesus! y qué empujones, y qué mal olor... ¿Por qué dejarán entrar á estas gentes en la Academia?

—A la verdad (replica un mancebo), que no será por falta de *originales*.

(Y diríalo sin duda por aquella falange de Alcorconeros que alli aparece, los cuales, como amigos de las artes, han venido á dar un vistazo á la Academia, mientras otros, sus compañeros, arreglan el puesto para la

venta en la feria de sus obras de escultura de cocina.

—«Miala, míala, que garrida y que frescachona está... el dimoño me lleve sino es la virgen.

—La virgen es, que tien una cosa á manera de rosario en el pecho y toa la mano llena de sortijas: ¡ay quien la llevára á nuestro señor cura...

—Calla, bruto, que pue que mos oiga algun alcalde, y luego coja y mos embargue los pucheros, que por menos suelen hacerlo estos señores de Madril.

—Abate el otro que bigotes tiene y que uniforme tan majo y tan... apostaria que es aquel comendante que antañazo pasó por el puebro en busca de las ficciones...

—¡Quia é ser, si aquel corria como un gamo y á estotro no se le ven las piernas!

—¿Y qué hacen ahí esos flaires con sus capuchas... ¿pues no hician que los han distinguio...?

—Calla, tonto, si estos son como aquellos que hay en la igresia del puebro, que se están siempre quietos y no tienen mas que sus presonas... por eso no les han quitao...»

Y por este estilo siguen sus comentarios, marchando en columna cerrada por todas las salas, cogidos de las manos, la nariz al viento, los ojos y la boca de par en par... Lo que mas suele incomodarles es que los celadores de las salas no les dejen tocar los cuadros; pero siempre que miran algun retrato de señora se persignan y dan golpes de pecho y miran en derredor como buscando la pila del agua bendita.

Imposible seria seguir este armonioso cuadro en todos sus infinitos detalles; en el patio como en la escalera, en las salas como en los callejones, la misma animacion, el mismo movimiento, iguales preguntas, respuestas semejantes.

Ya es un honrado mercader con su levita cumplida y reluciente, paño de Tarrasa tinto en lana, fruta del almacen, que se pasma y estasia delante de las miniaturas de la sala baja, y de las infinitas traducciones libres del *Cuadro de las lanzas y el Pastor de la Cabra*, ordinario pasatiempo de los nuevos aficionados; y en tanto que admira el primor imitativo del pincel, no siente ni echa de ver que otro ingenio precoz le saca con mucho cuidado el pañuelo del bolsillo; item mas, la caja del tabaco, y un melocoton que le habian regalado en la feria.

O bien es un abuelo veterano, ex-individuo de no sé que ex-cuerpo, que conducido diestramente por una nietecilla de quince abriles, linda como una esperanza, se pára de pronto sorprendido y petrificado delante de una cabeza da Medusa, dibujada al lapiz, y elegantemente encuadernada en laboreado marco, por bajo del cual se ve esta patética dedicatoria:

A su amado abuelo
dedica esta cabeza de Medusa
su nieta

Fulanita.

Ya se escucha un refuerzo saliente al confuso bisbiseo de la conversacion general, y lo produce el encuentro *casual* dispuesto en la tertulia de la noche anterior, entre dos lindas bailadoras y sus dos parejas de cotillon; los cuales se deshacen á cumplimientos con los esposos respectivos que marchan á distancia; y les hablan con entusiasmo del claro oscuro y de los matices: y los llaman la atencion hácia un cuadro, y miran por detras de él á los originales que delante tienen; y abren paso á estos por entre la inmensa concurrencia; y se precipitan á darlas la mano y sostenerlas en la infinita combinacion de subidas y bajadas de la tal casa; y dicen pestes de sus callejones, entre tanto que debieran bendecirles...

Mas allá es un grupo de futuros ciudadanos, que lloran porque los pisan ó porque los estrujan el sombrero nuevo, y dicen que no ven, y el papá les coge en los brazos y les dice:

—«Ese que allí veis, es Alejandro, un rey muy poderoso que hubo en España en tiempo de los moros, que conquistó la Alemania, y por eso le llamaron el Magno, y cuyo sepulcro se encuentra en las Salesas nuevas al lado de la epístola.»—

Luego se escuchan las risotadas de ciertos mozalvetes que han estado haciendo anatomia de un mísero retrato de vieja, muy grave y muy circunspecto, y cuando vuelven la cabeza echan de ver que tenian por oyente al original.

Ya es un mancebo que se atusa los bigotes y se

coloca en posicion en el quicio de una ventana, procurando conservar la misma actitud que en el retrato que delante tiene, para que todos los transeuntes puedan hacer la comparacion.

Ya, en fin, es un artista que enseña los pies por entre los del caballete que sostiene su cuadro, y escucha allí á su sabor el juicio contemporáneo del pais.

«¿Han visto ustedes á la Fulanita qué bien está?

—De mi cuadro hablan (dice el pintor).

—Admirable, contesta con entusiasmo un apasionado al modelo.

—¡Valiente cabeza! (esclama el artista).

—¿Lo dice usted por mal? (contesta el amante).

—No, señor mio, antes bien digo que es un rostro muy bien pintado.

—Caballero, eso parece tener un doble sentido, y es menester que usted sepa que el rostro en cuestion no se pinta y...

—¡Cómo que no se pinta!

—No señor.

—¡Pues si la he pintado yo!»—

Toca en esto mi cuadro á su estremo término; desaparece prontamente la luz por el sencillo medio de cerrar los balcones; mírase deslizar la concurrencia agolpándose hácia el portal; quedan desiertas las salas, el patio y escalera; suenan llaves y cerrojos, y al bullicio y movimiento sucede un silencio sepulcral... No hay que

estrañarlo; el reloj de la Aduana acaba de dar *las dos*, y los estatutos de la Academia *previenen* que á aquella hora se comia en tiempo del fundador.

Hé aqui mi cuadro. ¿Querrán los señores directores darle un lugarcito en la *Esposicion?*

(*Setiembre de* 1838.)

TENGO LO QUE ME BASTA.

"Le peu qu' on travaille c'est pour parvenir á ne rien faire ne rien faire est ici le bonheur.»

Dupati.

Todos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el caracter nacional. Conviniendo casi todos, por lo regular, en nuestra poca aficion al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron, que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros á la falta de estímulo y galardon; cuál la achacó á orgulloso desden; cuál á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolas bien y combinadas en mi imaginacion aquellas causas, me in-

clino á creer que las que llamamos tales, no son sino efectos, y que este vicio de nuestro caracter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambicion; sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transigir con la obligacion de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambicion en los españoles, cualidad escepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa? ¿Será acaso nacida de virtud ascética que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazon? ¿Será por filosofia práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será, en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situacion que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echaremos de ver que hay algo de todo; de virtud, de filosofia, y de bienestar. Me esplicaré.

Hay algo de virtud, porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una bajeza; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independencia, y nos traba la lengua si intentamos dirigir espresiones de lisonja y sumision á otro ser que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creamos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofia, porque filosofia es la moderacion de los deseos, y la tranquilidad del ánimo, la reduccion de nuestras necesidades al menor término posible, el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro pálido existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y aun la miseria; comer con alegria el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades mas avanzadas ó mas codiciosas, los hombres se agitan continuamente para llegar á aumentar la série de sus goces, que muy luego convierten en otras tantas necesidades. Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla á producir variados frutos con que haga mas regalada su existencia; cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atencion de un público exigente y caprichoso; hay quien mira blanquear prematuramente sus cabellos á impulsos de largas vigilias, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad; hay en fin, quien sueña con la idea de fijar la atencion del pais, dominar su destino, é imponer el sello de su nombre á la época en que vive.

Ninguno allí está satisfecho con lo presente; todos aspiran á mas grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor, el político; todos se sienten aguijonear por una necesidad dominadora, por un ins-

tinto irresistible hácia un *mas allá* que estienda el círculo de sus satisfacciones, que le haga dejar atras á los que marchan á su nivel.

Y de esta agitacion, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales á los ojos de la severa filosofia, vienen á resultar sin embargo grandes adelantamientos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una nacion. A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las ingeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo, que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las ponderosas ruedas á impulso del vapor; la vanidad que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar á las bellas artes, y transforma en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio, y el orgullo que presidieron á las tareas del sabio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, á una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanos, la moderacion y el contento con las mas exígüas necesidades. Veréisla convertir muy luego en un cuerpo raquítico y apocado, en un silencioso yermo en que solo alcance á percibirse de vez en cuando el saludo fatal de los discípulos de san Bruno «*¡ Que morir tenemos !*»

No permita el cielo que yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que mas, trate de

exagerar hasta este punto su indiferente apatia, ni desconozca los agigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos; pero baste para mi propósito sentar que esta indiferencia existe, y existe aun bastante generalizada para que los estrangeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continuen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aqui: á ellos responderá la España moderna con mil acciones generosas, con mil virtudes positivas que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversidad; responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador; responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada dia la puerta á un nuevo artículo de los que antes nos abastecia el estrangero; responderán en fin algunos hombres verdaderamente sabios, á par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir á la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres generales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en solo un dia, reconozcamos como distintivo todavia bastante característico de las nuestras, aquella apatia ó pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filosófica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridículo, si aquellas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras

fuerzas esta exagerada moderacion de deseos, este «*Tengo lo que me basta*» que impide á la mayoría de los españoles trabajar constantemente en mejorar su suerte, en acrecer su fortuna, y prepararse un porvenir mas halagüeño.

¡Tengo lo que me basta! esto dice el mísero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podria doblar su precio, podria habitar una casa mas cómoda; podria abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podria entregarse el dia festivo á un halagüeño recreo; podria resistir con confianza á una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad ó otra cualquiera desgracia.

¡Tengo lo que me basta! esclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldada; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin querer recurrir á su cabeza á buscar los medios de hacerlas valer mas; que reduce todos sus placeres á la ominosa taberna, y mira el término de sus esperanzas en las salas de un hospital.

¡Tengo lo que me basta! prorumpe tambien el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustoso cesion de su albedrío, y desoye la voz de su razon que le grita que por sí propio pudiera acaso proporcionarse una situacion independiente y feliz.

¡Tengo lo que me basta! replica el mezquino mercader, no bien ha dado á su comercio alguna clientela,

que le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus géneros por otros nuevos; por eso no da mayor vuelo á sus especulaciones; por eso en fin no contribuye como pudiera á la riqueza y civilizacion del pais.

¡Tengo lo que me basta! repite el autor á quien sus obras ó sus malos pecados proporcionaron un empleillo ó una herencia regular; y por esto renuncia á la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir á sus semejantes; y deja colgada su péñola, y se envuelve y ofusca en la concha de su egoismo.

¡Tengo lo que me basta! claman en coro el elocuente abogado, el famoso médico, á quienes el trabajo de algunos años ó una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncian por ella á su futura fama, á sus progresivos adelantos, y dejan abandonados á sus clientes, y miran á sus enfermos morir á manos de la ignorancia.

¡Tengo lo que me basta! prorumpen el artista, el poeta, que vieron al pueblo entusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir á renovarlos alguna vez.

¡Tengo lo que me basta! decia, en fin, *don Modesto Sobrado*, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderacion y desdeñosa indolencia castellanas.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Burgos, hubiera trascurrido el resto de sus dias tan

unido á su pais natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se estendia ó no mas allá de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro generaciones anteriores, unas viñas y tierras de pan llevar, un caballejo y cuatro perros para la caza, y los domingos y fiestas de guardar una barra para ejercitar las fuerzas y una bandurria descordada con que llevar el compás á las mozas del pueblo cuando se juntaban á bailar.— Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallábanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto mas, cuanto que ya sus padres, calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, habíanle preparado objeto conveniente y contratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya, de edad proporcionada, y de la misma clase y vecindad.

Quiso, empero, la mala suerte, que no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguíneo, y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in faciœ Eclesiœ* aquella pacífica union; quiso el diablo, vuelvo á decir, que la publicacion de una quinta viniese á interrumpir tan santos proyectos, y á sembrar la consternacion en aquellos corazones que se amaban necesariamente, porque

no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor alcalde para darle á conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viage á la ciudad para consultar con el abogado don Pedancio, é interponer ante la comision de agravios la correspondiente escepcion; no hubo remedio; el abogado cobró sus derechos; la comision hizo su agravio; y su merced el alcalde satisfizo á la pública opinion de los otros tres mozos sorteables del pueblo, incluyendo en el cántaro el nombre de Modesto, quien como era consiguiente, y por ser el que mas falta hacia en su casa, sacó la bola negra, aunque malas lenguas contaron entonces que mas que á su signo lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos á nuestro joven burgalés medido y filiado; ya los físicos han reconocido su persona y declarado solemnemente que es muy á propósito para dejarse matar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleluya, retrato de la magestad reinante; ya en fin, el sargento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fé al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha, y el embarazo y tristura del galan.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con rudos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse despues á las guarniciones y campos de batalla. En todos puntos cumplió sus de-

beres como valiente y como honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luego tan buen lugar en la opinion de sus gefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores llegó á merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitan.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacíanse mas y mas patentes su valor é inteligencia, y ya todos los gefes veian un digno sucesor en el capitan Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe grangearse aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la estremada moderacion de su caracter vino á interrumpir tan brillantes esperanzas, inspirándole un tédio invencible por la agitacion de la carrera militar; despertando sus ideas de reposo, y subyugando su imaginacion con el vehemente deseo de regresar á su pais natal.

«Ea bien (decia contristado en sus frecuentes soliloquios), ya soy capitan; ya conozco lo que valen los agitados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares.... ¿A qué engolfarme mas y mas en este mar proceloso en busca de una felicidad que tal vez me dejo á la espalda, ó á riesgo de una bala que me atraviese el pecho ó de una injusticia que me envenene el corazon? Alto allá, osados deseos, dejad de aguijonear mi dormida ambicion; soy joven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y...

Tengo lo que me basta; dejemos el resto á los que vienen detras.»

Y con asombro de sus gefes y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adaliz en quien reposaba mas de una esperanza solicitó y obtuvo su retiro y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su famiiia. Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos; su futura y ya pretérita esposa, lo era de presente de un hidalguete de las cercanías; y de su escasa fortuna, en fin, apenas quedaba sombra ya.

Reflexionó entonces nuestro héroe, y casi se arrepintió de su resolucion en haber dejado el servicio donde tan prósperamente le sonreia la fortuna. Consideró, sin embargo, que á los 26 años, con buena salud, talento y esperiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquella, por lo que haciendo un esfuerzo su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que muy poco tenian que arreglar), y se trasladó á la corte, donde por sus buenas relaciones y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino su entendimiento despejado y su esquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que muy en breve logró verse ascendido á mayores empleos y propuesto como modelo á los demas empleados del ramo.

Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, allí hizo alto á sus progresos, y descansando apaciblemente en su tranquila posesion, repetia á los que le hablaban de futuros adelantamientos.—«¿Y por qué los he de procurar? Soy feliz, *tengo lo que me basta*, dejemos á los otros que trabajen para sí.»

Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que no es un censo vitalicio, y que son por consecuencia harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo, cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto á dar asalto á la plaza superior y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya. El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la general agitacion, y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo, equivale á quedarse atrás.

Nuestro don Modesto lo era demasiado para seguir tan agitado sistema, y parapetado (pareciale á el) suficientemente en la estricta observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete, ni leia las declamaciones periodísticas, ni daba alguna vuelta por las antesalas de la corte, ni tenia esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vése por lo dicho que nuestro hombre era mas propio para los tiempos añejos y poco ilustrados en que no se habia llevado tan á cabo *la perfectibilidad social*; y déjase inferir que á pesar de sus merecimien-

tos muy pronto habia de ser condecorado con el título de *cesante*, y trasladado como otros miles al inmenso *panteon*.

Cuando esta calamidad llega á los cincuenta ó sesenta de la edad, no tiene cura, y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como aconteció en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavia la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suele mostrarse mas enérgica como para desmentir la paralisis á que quiso sujetarla.

Asi ni mas ni menos sucedió á nuestro joven ex-administador; por lo que en vez de trabajar de nuevo con sus gefes para solicitar una reparacion de aquella injusticia, ó tal vez tomar pretesto de ella para darse á luz como la víctima de un partido, y órgano natural del otro, recurrió únicamente á sus propios medios; entabló un pequeño giro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para estender sus especulaciones; y llegó á conseguir por fin al cabo de algunos años una situacion regular, debida á la fama de su probidad é inteligencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta de sonreir á un genio laborioso y emprendedor, es lo natural que el favorecido mortal se deje arrastrar de la corriente, y crezcan con el suceso las alas de su ambicion, sacrificando á ella su libertad, su reposo y su conciencia misma.

Esto es sin duda un estremo vituperable; nuestro pro-

tagonista inclinaba, como hemos ya visto, al lado opuesto. Establecido una vez con regularidad, y calculando prudencialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo punto en sus trabajos; compró una casita de campo, y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias á sus corresponsales, se despidió cortesmente de ellos para entregarse de buena fe á esta tranquilidad de vida, á este *dolce far niente* á que siempre habia aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increible á mis lectores; pero este hombre, cuya existencia parecen varias diferentes, aunque sometidas á un mismo influjo, habia sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo (libro abierto para todos, aunque muy pocos sean los que alcancen á leer en él), y luego que se vió tranquilo y reposado en el interior de su estudio, tomó la pluma, escribió sencillamente y sin reflexion sus propias ideas; y cuando á empeño de varios amigos dejó salir á luz algunas de sus produciones, el general entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luego entre los primeros escritores del país. Pero en vano el público esperó algunos años á que nuevas publicaciones viniesen á justificar mas y mas su brillante aparicion en el orbe literario; el descuidado autor, constante en su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elogios, recogió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos á la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado, y dijo: «*Tengo lo que me basta*, no quiero ni debo trabajar mas.»

Llegó, sin embargo, un dia en que nuestro hombre hubo de reconocer que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoismo, eran bastantes á llenar un vacío que empezó á sospechar en su corazon. ¿Y dónde dirán VV. que miró escrita esta verdad aquel filósofo práctico, aquel ser aislado é indiferente? Pues fue nada mas que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin de veinte abriles que la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Ademas habiale siempre tenido á las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse á sí propio, recelaba justamente de poder bastar á un capricho ageno. Sin embargo, yo no sé que aguijon que se le habia clavado en el alma, no sé que hastío producido nuevamente hasta de su misma saciedad, pudo mas que todas las misantrópicas reflexiones; y echando, como suele decirse, pecho á la mar, se resolvió en fin á dar su mano á aquella niña sin cuya amable sonrisa no podia ya vivir.

Ligado una vez á ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió á inspirarla sus propias inclinaciones, lo cual no le parecia imposible en una niña casi sin ideas propias, y agena de los caprichos y de la exigencia del mundo. No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso á fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades; y apresurándose á adivinar sus pensamientos para luego satisfacerlos, compró una casa en Madrid y

se trasladó á vivir á ella. Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo; la casa nueva trajo los muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad agena trajo la sociedad al hogar propio; con ella vinieron el lujo y las modas, los caprichos y la vanidad. No paró aqui, sino que el amor, que habia traido á la muger, trajo al fin del primer año á una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otros dos al tercero; y con ella vinieron las nodrizas pasiegas, y las enfermedades y los médicos; y luego los ayos y preceptores; y mas adelante los novios de las niñas y las calaveradas de los muchachos; con lo cual don Modesto, llegado á la edad sexagenaria, reconoció al fin que *no le bastaba lo que tenia*, ó que solo tenia lo suficiente para ofrecer á Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre que con un poco mas de constancia hubiera podido llegar á ser un buen general, un gran funcionario, un poderoso comerciante, ó un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido, cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo. Reconoció la imprudencia con que habia confiado en el porvenir; vió claramente que no habia tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va eslabonando durante su vida, y que no le es lícito desperdiciar un dia solo sin que no haya despues de lamentarle. Por último, de su misma desgracia, y de su triste y miserable fin, dedujo él entonces y reproduzco yo aqui la consecuencia de lo imprudente

que suele ser este «*Tengo lo que me basta*» que hace renunciar muchas veces á los hombres y á las naciones á su vitalidad é inteligencia, condenándoles á una voluntaria paralisis, y acaso acaso á su cierta é inevitable ruina.

(*Junio de* 1838.)

EL MARTES DE CARNAVAL
Y
EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

I.

NOCHE DEL MARTES.

Las locuras del Carnaval tocan á su fin; la hora suprema del Martes ha sonado ya en todos los relojes de la Capital; la poblacion, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte grata y sonora que todo tiene término, que la mano severa de la razon acaba de arrancar la máscara á la locura. Esta, empero, tenaz y resistente, todavía pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas semanas de tolerada adoracion; cambia mil disfraces, y hasta se atreve á profanar el de

la religion misma, para continuar arrastrando en pos de su carroza á los desatentados mortales.

¡Qué horas tan próvidas de sucesos aquellas en que la noche del Martes lucha tenazmente con la aurora del dia santo...! ¡Qué estravagancia de escenas, qué vértigo de pasiones, en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Qué contraste ominoso con la tranquila calma de la religion y de la filosofía! Ellas, sin embargo, vencerán con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma á los sentidos, el bálsamo de la paz á los corazones agitados. Tal la voz pura y sublime del redentor del mundo, cual rayo de viva lumbre penetró en las bacanales del pueblo rey, y á su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imaginacion en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salon, dorado y fulgente á la luz de mil antorchas, sonoro á la vibracion de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras estrañas, que con sus variados ropages, sus difraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matices de la humana sociedad?

Austero filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirige entonces tus severos preceptos al joven animoso que por primera vez se mira en aquel momento coronado con una dulce mirada, con

un *sí* lisongero del envidiado objeto de su amor... Te mirará con ceño ó acaso no reparará en tí; pero si insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razon, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de aquel dulce y halagüeño *sí;* te volverá la espalda, ó frunciendo los labios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa... «*Máscara, no te conozco, déjame bailar.*»

Pura y cándida Virtud, que ceñida de blanco lino, la sien coronada de laurel, apareces de repente á los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y pedrerías apenas acierta á divisarte, por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan á sus pies... Dila entonces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficcion de las grandezas humanas; los cándidos placeres de un corazon sencillo é inocente;—«*Apártate de mi, Beata* (te replicará con imperio), *no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal tono la frescura de las rosas que ciñen mi frente. Ea, márchate...*

Y vosotros tambien, grande y noble Sabiduría, austero Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea en aquellos instantes todo su talento en seducir á una niña inocente ó en dejarse engañar por una astuta cortesana; ante el noble magistrado que trueca la severa toga de la justicia por el callado y maligno *dominó;* ante el marido mundanal, ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven á encon-

trarse á la hora convenida haciendo alarde de su mútua infidelidad. Apareced, digo, entonces de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de improviso sus diálogos animados, reflejaos en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes... Vereis fruncirse sus frentes, despertarse su arrogancia, y pretender arrancaros la careta (que no teneis) diciéndoos con indignacion:—«*¿Quién sois, máscaras insolentes, ó qué venis á hacer aqui?*»

Todo es, en fin, placer y movimiento, y risa y algazara, y cuadros halagüeños, sin pasado y sin porvenir; la capital entera resuena con las músicas armoniosas: por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversacion y de la danza; mil carruages precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir á los respectivos saraos á los alegres bailadores; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro, en las trenzas entretegidas de pedrerías; yacen desocupados los lechos conyugales, el opulento palacio, y el elevado zaquizamí; todos sus moradores déjanlos precipitados, y corriendo en pos del tirso de la locura, acuden de mil partes á las bulliciosas mansiones del placer, á los innumerables templos de aquella Diosa del Carnaval.

¡Qué importa que á la mañana siguiente, el sol terrible alumbre la desesperacion del cortesano, la miseria del indigente, la enfermedad del cuerpo, ó el horrible tormento de un engañado amor...! ¡Qué importa...! Hoy han hecho una tregua los dolores; el hambre y

la guerra han cubierto un instante su horrorosa faz; los recuerdos de lo pasado, los temores de lo futuro, han cedido á la mágica esponja que la locura pasó por nuestras frentes... *¡Se acaba el Carnaval!* ¡Es preciso disfrutarle...! Y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retiemblan las altas columnas, y gimen las modestas vigas, al confuso movimiento que empezando en los sótanos sombríos adonde tiene su oscura mansion el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inestimable valor...

La luz del sol, pura y radiante como en los dias anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matices los empañados cristales de las ventanas, viene á herir las descuidadas frentes, los macilentos ojos de las hermosas; á su terrible y mágico talisman aparecen tambien las enojosas arrugas de los años, los estudiados afeites de la fingida beldad; rásgase el velo de la ilusion á los ojos del amante; hiélanse las palabras en los labios del cortesano; en vano la incansable locura quiere prolongar por mas tiempo su dominio; sus adoradores ven clara á la luz del sol su desencajada y mortecina faz... y envolviéndose avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropages, y ocultando su semblante en el fondo de sus carrozas, tornan á sus respectivas habitaciones donde á la cabecera de su lecho les espera la triste realidad...

II.

EL MIERCOLES DE CENIZA.

Suena cercano el monótono clamor de una modesta campana que llama á los fieles á la ceremonia religiosa que va á empezar en el templo. Cruzan desapercibidas por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, los elegantes carruages, sin que apenas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imaginacion en el saludable aviso envuelto en el sonido de aquella campana... Alguno, sin embargo, ó mas dedichado ó mas prudente, recoge animoso su inspiracion, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que va á principiarse la sagrada ceremonia...

¡Qué apacible tranquilidad, qué solemne reposo bajo aquellas santas y encumbradas bóvedas! ¡Qué misterioso silencio en la piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y magestuoso, con el cansado bullicio, con el mentido aparato de la mansion de la locura...! Los

fieles concurrentes no son muchos en verdad; pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche... Refléjase en los semblantes ya la tranquilidad de una conciencia pura, ya la tregua religiosa de un profundo dolor; ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada espresion de un ardiente y noble deseo...

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atreveis á fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera pretendiendo negar hasta la existencia de la virtud... ¿La habeis buscado acaso en el sagrado recinto de la religion; en el modesto hogar del tierno padre de familias; en el taller del artesano; en el lecho hospitalario del infeliz? ¿O acaso desdeñando indiferentes estos cuadros, reflejais solo en vuestra imaginacion y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros impúdicos gabinetes, vuestras inmundas orgías, vuestros embriagantes cafés..? ¡Y pretendeis ser pintores de la naturaleza, cuando solo la contemplais por su aspecto repugnante...? ¿Creeis conocer al hombre, cuando solo pintais sus escepciones? Os atreveis á retratar á la sociedad, cuando solo haceis vuestro retrato ó el de vuestros semejantes? Temeridad, por cierto, sería la de aquel que pretendiera juzgar de la impureza de las aguas de un magestuoso rio, por las escorias y el légamo que sobrenadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las

menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo mas puro y limpio de su raudal.

Concluido el santo sacrificio, el sacerdote baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, va imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que algun dia han de ser convertidas. Ni un suspiro, ni una lágrima, aparecen á tan fúnebre aviso en aquellos semblantes, en que solo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegría, contraste sublime con la triste señal, sin duda sorprendiera á aquel desgraciado que no siente en su pecho el bálsamo consolador de la religion.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen á la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atencion en este momento... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana ayudado de su muleta, para incorporarse y poner en pie... Sus débiles esfuerzos serian insuficientes si no contase con otro ausiliar mas poderoso... Una figura angelical de muger, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazon tierno é inocente, corre á sostener al impedido, y confundir sus blanquísimas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mírala éste lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas fuerzas á la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo

entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe...

Aquella joven era su hija, aquella moneda el premio mezquino del trabajo de su costura en toda la noche anterior...! ¡Y aquella noche habia sido la noche dichosa del Carnaval...! Y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él á aquella modesta beldad, se detienen un momento, sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, míranse mútuamente prorumpiendo en esta esclamacion: «*¡Qué diablos! ¡y creiamos que habian estado en el baile todas las hermosas de Madrid!*»

III.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

Hay una calle en alguno de los barrios meridionales de esta corte, que encierra en su breve recinto mas aventuras que un drama moderno, y mas procesos que el archivo de la Audiencia. Esta calle, conocida harto

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas re-catadas, viageros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del comun.

No sabré decir á cuántos grados longitudinales se estiende el dominio é influjo de la tal calle, pero bien podremos considerarla como el centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (segun la opinion de los mas acreditados geógrafos), desde las *vistillas de San Francisco* á la iglesia de *San Lorenzo*, comprendiendo en su estenso dominio multitud de pequeños estados mas ó menos independientes ó feudatarios, en que varian tambien las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el deslinde de tan considerable agrupacion de pueblos; y bastará para nuestro propósito suponernos llegados al centro capital (la calle ya referida), en la mañana del Miércoles de ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y nueve.

De contado, podemos asegurar que á la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el *Madrid-Norte* y *Centro-Madrid*, pero vela y pestañea en toda su actividad el *Madrid-Sur;* á la manera de aquel gigante de que nos habla Homero

que mientras dormia con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. A este Madrid, pues, agitado y bullicioso, á este ojo del gigante despierto y animado, es á dònde hoy dirigimos nuestro rumbo, al traves de los vientos y á bordo de un menguado y azaroso calesin.

Fuerte cosa es que la maldita política que todo lo invade (menos mi pluma) nos vaya empobreciendo continuamente el diccionario, ó como decia el médico Bartolo, *secuestrando la facultad de hablar.* Sino fuera por ello, no hubiera salido la voz *programa* de sus modestos límites, de simple anuncio, ó segun la define el diccionario de la academia «el tema que se da para un discurso ó cuadro.»

Pudiera yo entonces á mansalva usar aqui de esta voz, sin riesgo de alusiones de ninguna especie; mas ya que la fuerza de los usos contemporáneos nos traigan á término que sean necesarias estas contínuas salvedades en el lenguage comun, debo decir en descargo de mi conciencia, que aqui solo trato de un anuncio, ó *vademecum* que me entregó el calesero á tiempo de darnos á la vela, y en menguado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un si es no es inesperta y vacilante decia:

Porgrama de la solene juncion y estupenda asonaa que á é celebrarse el miercoles de ceniza de esta corte, como es uso y de-bota costumbre en toa la cristiandá de estos barrios, saliendo la procision den ca el tio Chispas el taernero, crofade mayor de la sardi-

na con el intierro de este animal y too lo demas que aqui se relata.»

Dejo sospechar al piadoso lector lo grato que para un asistente al espectáculo habia de ser encontrarse á dos por tres *formulado* el espectáculo mismo, y tener en la mano sin ulteriores esplicaciones la clave de aquella cifra. Seríalo empero todavia para muchos de mis lectores, si me contentase con estampar aqui punto por coma (ó por mejor decir, sin unos y sin otras, porque de ambos carecia) el tal *programa*; pero en cumplimiento de mi propósito y para edificacion del auditorio, habré de trasladarle del idioma de Germania, al comun castellano; de los límites de letra muerta al animado espectáculo de cuadro en accion.

Esto supuesto, y supuestos tambien los oyentes en el punto término necesario para difrutar de tan halagüeña vista, procederemos en la descripcion por el orden siguiente.

Rompian la marcha bailando hácia atras y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparadas á los pies de las viejas, hasta una docena de docenas de pícaros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del foro funda su futura causa de gloria, y los caminos y canales su inmediata prosperidad.

Seguian en pos otros ciento ó doscientos mozallones, ya mas cariacontecidos y con diversos disfraces, cuáles de ruedos y esteras en forma de monaguillos; cuáles con cabezas postizas de carneros (figurando ir disfrazados);

cuáles de encorozados y penitentes; cuáles de berberiscos y soldados romanos.

Entonaban los unos un cántico endiablado no sujeta su letra á ningun diccionario, ni su música á ningun diapason; mojaban los otros sendos escobones en calderos de vino con que hacian un profundo asperges en la devota concurrencia, y retozaban bestialmente los de mas allá disparando al aire soberbios garrotazos, manotadas y pescozones. Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro ó seis gatazos negros atados por la cola ó por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto á guisa de pendones; cinco docenas de esquilones de todos tamaños, movidos por robustos puños, y en pugna con otros tantos collarines de campanillas y cascabeles puestos igualmente en palos ó en los pacientes cuellos de los hermanos de la cofradía *de S. Marcos*, que en union con la otra *de la Sardina* celebraba igualmente tan estupenda funcion.

Descollaba despues un gran coro de vírgenes desenvueltas, de sonrosadas megillas, ojos rasgados, nariz chata, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hombro, brazos en jarras, y colorado guardapies. Estas tales con aventadores de esparto dirigian sus espresivos saludos á una y otra fila de concurrentes; mascaban higos ó mondaban naranjas, y arrojaban las cáscaras á las narices del mas inmediato; bailaban y se pinchaban con alfileres, ó repicaban las castañuelas y cantaban el ¡*ay ay ay*!

Seguian luego los maestros de la ceremonia; caras

rugosas y monumentales; páginas elocuentes de la humana depravacion; pliego de aleluyas de la *vida del hombre malo; fac simile* de los caprichos de *Alenza;* y original, en fin, de los sainetes de *Cruz.*

Allí, como si dijéramos, se hallaba el núcleo del drama, el primer término del cuadro, el fondo de la cuestion principal. Allí el *tio Chispas*, director de la escena, ostentaba su grande inteligencia ante los taimados ojos de la *Chusca*, moza de siete cuartas, aventurada y resuelta, con mas desenfado de accion que un molino de viento, y mas sal en el cuerpo que la montaña de Cardona. Allí *Juanillo* (alias *Vinagre*) con un pañuelo en la cabeza y una manta pendiente del hombro, miraba á entrambos con ojos amenazadores, y su feroz espresion y su atezado rostro, ofrecian un fiel trasunto del celoso amante de Desdemona. Otros grupos mas ó menos interesantes retrataban todos los grados posibles del amor carnal, desde la primera mirada incentiva, hasta el último desdeñoso puntapié. Allí, en fin, los maridos de aquellas deidades, último término del cuadro, formaban una gruesa falange, y seguian apresurados el trote de los delanteros, todos revueltos, mansos y bravíos, como en el camino de Abroñigal.

Sostenida en hombros de los mas autorizados, y en un grotesco ataud, se elevaba una figura bamboche formada de paja y con vestido completo, el cual pelele era una *vera efigies* por su trage y hasta sus facciones del *señor Marcos*, marido y conjunta persona de la

Chusca, á cuya ventana habia estado espuesto de cuerpo presente en los tres dias de carnes-tolendas; ofrenda dirigida por sus propias manos, en obsequio del faraute de la fiesta, su predilecto y osado *Chirlo*, y emblema harto claro para él y para los circunstantes, y únicamente mudo para el cándido original de aquella ingeniosa mistificacion.

En la boca del pelele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una mísera *sardina* iba destinada á la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras mas importantes, en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedian, seguian, ó esperaban á tan régia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos *Coros* ó estaciones, por lo regular delante de los puestos de licores ó de las calderas de buñuelos, en estos términos.

Coro de doncellas.

Las que envuelven cigarros en la fábrica del Portillo de Embajadores.

Las que pasean entre dos luces desde la red de San Luis á la plazuela de Santa Ana, dedicadas al comercio por menor.

Las que hacian de Madre España, y de Virtudes teologales y de Diosas del olimpo en las funciones de la jura.

Las que venden rábanos en verano, ó avellanas en feria, ó naranjas en primavera, ó castañas en invierno.

Las que vinieron de su pueblo á servir á un amo, y acabó su humildad por servir á muchos, barro frágil de Alcorcon, sujeto á golpes y quebraduras.

Coro de mancebos.

Todos los que asisten al encierro del domingo; los que pueblan la cuerda de la plaza, los que venden bollos ó truecan por vino agua de naranja ó café.

Los que hicieron el paseo de Recoletos, ó prestaron iguales servicios al estado en puentes y calzadas.

Los que forman las diversas comisiones de industria de esta capital; comision de pañuelos; comision de relojes; comision de cuarenta horas; comision de posadas y forasteros.

Los que juegan á la barra en las tapias de Chamberí, ó cantan amores á las ninfas del Manzanares, ó cobran el barato en la virgen del Puerto, ó venden caballos en el portillo de Lavapies.

Todos los estropeados de los ojos ó piernas, que los tienen buenos para huir de S. Bernardino; ó los que rascan guitarras á las puertas del jubileo ó sanan de sus accidentes epilépticos á la vista de un alguacil.

Coro de inocentes.

Todos los que venden fósforos y libritos de papel en la Puerta del Sol y sus adyacentes.

Los que cargan arena en los altos de San Isidro,

ó juegan á las aleluyas en el campo de los Guardias.

Los que arrojan carretillas ó garbanzos de pega á las faldas de las mugeres, ó apalean los perros, ó cogen la fruta de los puestos y echan á correr.

Los que vocean por las calles, «el papel que ha salido nuevo,» ó acompañan á los héroes en sus triunfos y á los reos en su suplicio; órganos destemplados de la pública opinion, fuelles del aura popular.

Todas estas y otras muchas clases que seria harto prolijo enumerar, alternaban confusamente con los enjaezados caballos, las campanillentas calesas, los perros ahulladores, máscaras espantosas, fuegos y petardos disparados al viento.

En tan amable desorden y con la progresion que es consiguiente al continuo trasiego del mosto desde las botas á los estómagos, descendió la imponente comitiva hácia la puente toledana, siguiendo á lo largo por las frondosas orillas del canal, y dándosele una higa asi de la elegante capital que dejaba á la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba á su frente.

La burlesca y profana parodia se verificó en fin con toda solemnidad; ni se economizaron los cánticos burlescos, ni las religiosas ceremonias; el mísero pececillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de turron: el pelele tio *Marcos* ardió ostentosamente encima de una elevada pira; y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, agitáronse mas y mas los áni-

mos, callaron las lenguas, hablaron los garrotes, y para que nada faltase á la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes á la luz de las llamas se entregaban mútuamente á la mas encarnizada pelea...

A la mañana siguiente la gente se agrupaba á mirar por la reja que hay debajo de la escalerilla del hospital... Dos cadáveres mutilados y desconocidos, espuestos hasta que algun pasagero pudiese declarar sus nombres y la causa de su muerte... ¡Sus nombres!... ¡la causa de su muerte!... la Chusca los sabia, y todo el barrio, menos el tio Marcos, los adivinó.

(*Marzo de* 1839.)

LA POSADA

ó

ESPAÑA EN MADRID.

«La patria mas natural
es aquella que recibe
con amor al forastero;
que si todos cuantos viven
son de la vida correos,
la posada donde asisten
con mas agasajo, es patria
mas digna de que se estime."
El Maestro Tirso de Molina.

I.

No hace muchas semanas que en el Diario de Madrid y su penúltima página, en aquella parte destinada á las habitaciones, nodrizas, viudas *de circunstancias*, y demas objetos de alquiler, se leia uno, dos, y hasta tres dias consecutivos el siguiente anuncio:

«Se traspasa la posada número de la calle de To-»ledo, con todos los enseres correspondientes. Es esta-»blecimiento conocido hace mas de cien años bajo el »nombre del *Parador de la Higuera.* Su parroquia se »estiende mas allá de los puertos, y sirve de posada á »los ordinarios mas famosos de nuestras provincias. En »cuanto á instruccion sobre precio y condiciones, el »mozo de paja y cebada dará uno y otro á quien le con-»venga; teniendo entendido que el miércoles 9 del cor-»riente á las 10 de la mañana se adjudicará al mejor »postor.»

No fue menester mas que estas cuatro líneas para que todos los tragineros y especuladores provinciales, estantes y transeuntes, que de ordinario asisten en esta muy heróica villa, acudiesen al reclamo en el dia y hora señalados, como si llamados fueran á son de campana comunal.

Y el caso, á decir verdad, no era para menos. Tratábase (como quien nada dice) de aprovechar la mas bella ocasion de echar los cimientos á una sólida fortuna; de arraigar en un suelo fructífero y sazonado; de continuar una historia y fama seculares; y dar á conocer á la corte y á la villa; á las provincias de aquende y allende puertos, que el famoso parador de *la Higuera* habia variado de dueño, y lo que el pais podia esperar de su nueva administracion.

Nacia tan importante como súbita variacion, de un suceso de aquellos grandes, y para siempre memorables, que marcan la historia de los imperios y de las posa-

das; y este suceso que iba á formar época en la del establecimiento que hoy nos ocupa, era la abdicacion espontanea y espresa del *tio Cabezal II*, anciano venerable de los buenos tiempos, hijo y sucesor de *Cabezal* I, fundador que fue del parador de la Trinidad en los arranques del puerto de Guadarrama; ascendido despues á uno de los centrales de la carretera de Andalucia, en el Real sitio de Aranjuez; y dueño, en fin, hasta su muerte del gran parador de *la Higuera*, cuya sucesion trasmitió naturalmente á su hijo primogénito, el mismo que hoy fijaba sobre sí la atencion de la posteridad por su espontánea y magnánima resolucion.

No era esta hija de un momento de irreflexion ni de un capricho pasagero, como es de suponerse, sabiendo que nuestro tio Cabezal frisaba ya en los ochenta eneros, y podia alcanzar todo el grado de madurez de que era capaz su organizacion cerebral. Pero hay sucesos en la vida que dan origen á aquellas peripecias que marcan sus diversas fases, y hay objetos, que por separados que aparezcan entre sí, mantienen con nuestro espíritu cierta oculta relacion que una grave circunstancia viene tal vez á descubrir. Aquel suceso, pues, y aquel objeto, ligados tan estrecha é indisolublemente con el ánimo del tio Cabezal, era la muerte del *Endino*, soberbio macho, natural de Villatobas, que prematuramente y á los treinta y siete años de su edad, habia dejado de existir, privando de su motor agente é inteligente á la noria del parador; porque conviene á saber, que el parador tenia noria, en uno como patio,

que en los tiempos atras sirvió de huerta, de que aun se conserva una higuera, por donde le vino el nombre al establecimiento.

En esta circunstancia desgraciada, en esta muerte natural, *lógica*, y consiguiente, que cualquiera hubiera tomado bajo el punto de vista material, vió nuestro Cabezal esplicado el fin de una emblemática parábola, que de largos años atras gustaba esplicar á sus comensales; á saber: que la noria era su posada; el macho su persona; los arcaduces los tragineros que venian á verter en su regazo el fruto de sus acarreos; y que en el punto y hora en que el macho dejase de existir, la noria dejaria de dar vueltas, el agua de llenar los arcaduces, el pilon de recibir su manantial. Y llegaba á tal estremo su supersticiosa creencia, y de tal suerte creia identificada su existencia con la existencia del macho, que le mimaba y bendecia con mas celo que el hechizado D. Claudio á su *lámpara descomunal*; y faltó poco para que realizando su profecía le ahogase su dolor á la primera nueva de la muerte de su compañero. El ánima, empero resistió á tan violenta comparacion, y pudo sobrevivir á aquel terrible impulso de pesar; pero agotadas por él todas las fuerzas de la resistencia, cortó las alas al albedrío, y dejó al infeliz Cabezal condenado á vegetar estérilmente y sin amor á la gloria, ni esperanza en el porvenir. Esta fue la razon por que desengañado del mundo, determinó poner un término á sus negocios, y dejar las riendas de aquel gobierno á manos mas ágiles y bien templadas.

II.

A misa mayor repicaban las campanas de San Millan, cuando por la calle abajo de Toledo, entre el tráfago de carromatos y calesas, tragineros y paseantes, veíanse adelantar agitadamente y con rostros meditabundos, reveladores de una preocupacion mental mas ó menos profunda, diferentes figuras, cuyos trages y modales daban luego á conocer su diversa procedencia. Y puesto que la relacion haya de padecer algun estravío, no podemos dispensarnos de hacer tal cual ligero rasguño de las principales de aquellas figuras, siquiera no sea mas que por poner al lector en conocimiento de los personages de la escena, dándole de paso alguna indicacion sobre las diversas inclinaciones y peculiar modo de vivir de los naturales de nuestras provincias en este emporio central de España, á donde vienen á concurrir en busca de mas próvida fortuna.

El primero que llegó al lugar de la cita fue, si mal no recordamos, el señor *Juan de Manzanares* (alias el tio *Azumbres*), honrado propietario y traficante de la vi-

lla de Yepes, ex-cuadrillero de la ex-santa hermandad de Toledo, arrendador de diezmos del partido, y persona notable por su buen humor, por el nombre de sus bodegas, y por los catorce pollinos que le servian para el acarreo.

Este tal, montado en ellos, y en las nueve leguas que dista de Madrid, su villa natal, habia hecho el camino de la fortuna, con mejor resultado que Sebastian Elcano dando la vuelta al globo, ó que Miguel de Cervantes encaramado sobre los lomos del Pegaso; y era porque no habia tenido la necia arrogancia de echarse como aquel á descubrir mares incógnitos, ni como este á proclamar verdades añejas; sino que dejando á un lado la region de las ideas, se habia internado en la de los hechos, limitándose á establecer una sólida comunicacion entre sus tinajas y las ochocientas y diez y seis tabernas públicas que cuenta nuestra noble capital. Por lo demas, eso le daba á él de los tratados de los economistas célebres sobre las relaciones de los productos con el consumo, como de la guerra próxima del Sultan con el virey de Egipto; y asi entendia la teoría de la sociedad de templanza de Nueva-York, como el alfabeto de la China; sin que esto sea decir tampoco que en punto á alfabeto conociese siquiera el vulgar castellano, y con respecto á aritmética tuviese otra tabla pitagórica que los diez dedos que en ambas manos fue servido de darle el Señor, con los cuales y su natural perspicacia tenia lo bastante para arreglar sus cuentas con sus infinitos comensales, y era fama en el pueblo que todavia no

habia ninguno conseguido eludir ni burlar su vigilancia.

La idea de un establecimiento en Madrid á cuyo frente pensaba colocar á su yerno *Chupa-cuartillos*, recientemente enlazado con su hija única (alias la *Moscatela*), habia hallado acogida en el bien templado cerebro de nuestro Azumbres, y en silencioso recogimiento meditó largo rato sobre ella, la una mano en el pecho, la otra á la espalda, sostenido en un pie sobre el suelo, y el otro casi reposando encima de uno de los pellejos, símbolo de su gloria y prosperidad; hasta que por fin se decidió á acudir al remate del parador, seguro de que sus antiguas relaciones con el poseedor dimisionario, y mas que todo, la fama de su gran responsabilidad y gallardía, le daba de antemano por vencidas todas las dificultades que pudieran oponérsele.

Contraste singular y antítesis verdadera del ricachon de Azumbres, formaba el mísero *Farruco Bragado*, hijo natural de la parroquia de San Martin de Figueiras, provincia de Mondoñedo, reino de Galicia. Este infeliz ser casi humano, en cuyo rostro averiado del viento y ennegrecido del sol no era fácil descubrir su fecha, hacia tres semanas que habia arribado á estas cercanías de Madrid, á bordo de sus zuecos de madera, y en compañia de una columna de compañeros de armas que con sus grandes hoces, y el saco al hombro suspendido de un respetable palo, venian desde 100 leguas al son de la *muñeira* á brindar su indispensable ministerio agostizo á todos los señores terratenientes y arrendatarios de nuestra comarca; escepto, empero, el término del

lugar de Meco, á donde ningun gallego honrado segaría una espiga, siquiera le diesen por ello mas oro que arrastra el Sil en sus celebradas arenas.

Mas la señora fortuna, que á las veces tiene toda la maliciosa intencion de una dama caprichosa y coqueta, quiso probar la envidiable tranquilidad de nuestro segador, y permitió que guiado de aquel instinto con que el gato busca la cocina, el raton el granero, el mosquito la cuba, y el hombre la tesorería, reparase nuestro Farruco en una puerta de cierta tienda de la calle de Hortaleza, á cuya parte esterior alumbraban dos reverberos, con sendas letras, que aunque para él eran griegas, bien pronto fueron cristianas, oyendo pregonar á un ciego, que sentado en el umbral de la dicha puerta esclamaba de vez en cuando: — « *La fortuna vendo; esta noche se cierra el juego; el terno tengo en la mano; á real la cédula.* »

Farruco á la vista de la fortuna (porque la vió, no hay que dudarlo, la vió, fantástica, aérea y calva por detrás, como la pintaban los poetas clásicos), hizo alto repentino como acometido de súbita aparicion. Miró al ciego chillador; miró á la puerta; escudriñó el interior de aquella mansion de la deidad; vió relucir el oro sobre su altar; clavó los ojos en el suelo; y sin ser dueño á contenerse, metió dos largas uñas en el bolsillo, y con heróica resolucion y no meditado movimiento, sacó uno á uno hasta ocho cuartos y medio que dentro de él habia, entre diversas migajas de pan y puntas de cigarro, y los puso sobre el mostrador á cambio de una

cédula incorpórea, fugaz, transparente, al través de la cual vió con los ojos de la fe un tesoro de veinte pesos.

Pero no fue esto lo mejor, sino que Farruco habia visto bien, y al cabo de los pocos dias llegó un lunes, ¡dichoso lunes! en que la fortuna acudió á la cita; quiero decir, que los números del billete respondieron exactamente á los que proclamaban los agudos chillidos de los pilluelos de Madrid. Con que mi honrado segador por aquella atrevida operacion, se vió, como quien nada dice, al frente de un capital de cuatrocientos reales; desde cuyo punto empezó para él una existencia nueva, que si no mas feliz, era por lo menos mas interesante y animada.

Altos y gigantescos proyectos eran los que habian despertado en la imaginacion del buen Farruco aquellos veinte pesos, inverosimil tesoro, superior á sus mas dorados ensueños. Con ellos y por ellos creíase ya señor de la mas alta fortuna, y ni los elevados palacios, ni las brillantes carrozas, parecíanle ya reñidas perpetuamente con su persona.

Bien, sin embargo, echó de ver que le era forzoso buscar con el auxilio de su ingenio, útil empleo y provechosa colocacion á aquella suma; y aqui de los desvelos y cavilaciones del pobre segador que estuvieron á pique de dar con él en los orates de Toledo. ¡Trabajo ordinario y pension obligada de las riquezas, el venir acompañadas de los graves cuidados que alteran la salud y quitan el sueño!

Parecióle primero, como la cosa mas natural, el regresar á su pais natal, donde compraria algunas tierras, prados y bacorriños; item mas, una moza garrida que sirvió tres años de doncella al cura de la parroquia, y que era la que le sujetaba el ánima y hacia darle brincos el corazon. Pero el miedo natural del largo camino y peligros consiguientes le detenian en su resolucion. Hubo, pues, de tratar de asegurar su capital por estos contornos, y como nada le parecia demasiado para aquel tesoro, todo se le volvia informarse con reserva de si estaban de venta la Casa de Campo ó los bosques del Pardo; otras veces hallábase inclinado al comercio y queria tomar por su cuenta el Peso Real, ó el nuevo mercado de san Felipe. En vano su amigo y compatricio Toribio Mogrobejo, alumno de Diana en la fuente de Puerta Cerrada, hacíale ver las ventajas del oficio, la solidez y seguridad de sus rendimientos, el líquido producto de la cuba, y el sólido de la esportilla ó del carteo; y ofrecíale asegurarle media *plaza* (1) y salir su *responsable* para el pago de la *cubeta*. Farruco sonreia desdeñoso como compadeciendo la ignorancia en que suponia á Toribio de su nueva fortuna, y proseguia sus castillos en el aire, hasta que teniendo noticia del arriendo del parador de la Higuera, parecióle que nada le iria tan bien como emplear en esto sus

(1) Nombre que dan los aguadores de Madrid al derecho que compran ó trasmiten de unos en otros, de llenar sus cubas en ciertas fuentes; derecho que muchas veces hacen subir hasta diez, doce y mas onzas de oro.

monedas, y para ello acudió á la cita á hora prefijada.

En pos de él se descolgó un valenciano ligero y frescachon, con sus zaragüelles y agujetas, manta al hombro izquierdo y pañuelo de colores en la cabeza. Llamábase *Vicente Rusafa*, y era natural de Algemesi, camino de Játiva. Inconstante por condicion, movil por instinto, agitado y resuelto por necesidad; una mañanita de mayo por no sé que quimeras, de que resultaron dos *cruces* mas en el camino de la Albufera, abandonó sus pintados arrozales por estos secos llanos de Castilla, dijo «á Dios» por un año al *Miguelete,* y se vino á colocar un puesto de horchata de chufas por bajo de la torre de Santa Cruz. Pero pasó el Estío y pasaron con él la horchata de chufas, y las elecciones; y vino el Otoño, y con él vinieron los frios y los muñecos de pasta; y nuestro industrial tuvo que acogerse á vender sandías por las calles hasta que ya entrado el invierno se colocó en un portal donde estableció su depósito de estera de pleita fina, que le produjo lo bastante para abrir en la primavera comercio de loza de Alcora, y pan de higos de Villena.

Detras de él, y por el mismo camino se adelantó un robusto mancebo, alto de seis pies, formas atléticas, facciones ásperas, gruesas y pronunciadas, voz estentórea, y desapacible acento gritador. Su nombre *Gaspar Forcalls*; su patria Cambrils; su acento provenzal; su profesion traginante carromatero. Llevaba alpargates de cáñamo y medias de estambre azul, calzon abierto de pana verde, y tan corto por la delantera que á no ser por la

faja que la sujetaba, corria peligro su enorme barriga de salir al sol. La chaqueta era de la misma pana verdosa, y el gorro de tres cuartas que llevaba en la cabeza, de punto doble de estambre colorado; ocupando ambas manos, una con un látigo que le servia de puntal, y la otra con una pipa de tierra en que fumaba negrillo de la fábrica de Barcelona.

Este tal, mayoral en su tiempo de la diligencia de Reus á Tarragona, ordinario periódico despues de aquella capital á Madrid, habia calculado lo bien que á sus intereses estaria el establecer en esta un depósito de mensagerias con que poder abarcar gran parte del comercio de Madrid con el Principado; y parapetado con buenos presupuestos, y con no escasa dosis de inteligencia y suspicacia, se presentaba al concurso á la hora prefijada.

Del género trashumante tambien, y ocupado igualmente en el trasporte interior, aunque por los caminos de herradura, el honrado *Alfonso Barrientos*, natural de Murias de Rechivaldo en la Maragatería, se presentó tambien con sus anchas bragas del siglo XV, su sombrero cónico de ala tendida, su coleto de cuero, y su fardo bajo el brazo. Hábil conocedor de las necesidades mercantiles de Madrid, relacionado con sus casas de comercio principales, que no tenian reparo en fiar á su honradez la conducta de sus caudales, gefe de una escuadra de parientes, amigos y convecinos, que desde los puntos de la costa cantábrica sostenian hace veinte años la comunicacion regular con la capital, hallábase el buen

Alfonso en la absoluta necesidad de establecer en esta una factoría principal donde espender sus lienzos Viveros, jamones de Candelas, y truchas del Barco de Avila, amen de las espediciones de caudales de la hacienda pública y particulares, víveres de los ejércitos, y provisiones de las plazas; y estaba seguro de que con su presencia y antigua fama, no podia largo tiempo disputarle la preferencia ningun competidor.

Alegre, vivaracho y correton, guarnecido de realitos el chupetin, con mas colores que un prisma, y mas borlas que un pabellon, *Currillo el de Utrera*, mozo despierto y aventajado de ingenio, rico de ardides y de esperanzas, aunque de bolsa pobre y escasa de realidades, se asomó como jugando al lugar del concurso, con la esperanza de que acaso le fuera adjudicada la posada, bajo la palabra de fianza de un sobrino del compadre de la muger del cuñado de su mayoral; y todo con el objeto de dejar su vida nómada y aventurera, porque se hallaba prendado de amores por una mozuela de estos contornos, que encontró un dia vendiendo rábanos en la calle del Peñon, con un *aquel*, que desde el mismo instante se le quedó atravesada en el alma su caricatura y no acertó á volver á encontrar otro camino que el del Peñon.

La nobilísima Cantabria, cuna y rincon de las alcurnias góticas, de la gravedad y de la honradez, contribuyó tambien á aquel concurso con uno de esos esquinazos móviles, á cuyos anchos y férreos lomos no seria imposible el trasportar á Madrid la campana toledana ó el

cimborrio del Escorial. Desconfiado, sin embargo, de sus posibles, mas como espectador que como actor, se colocó en la puja con ánimo tranquilo y angustiado semblante, como quien estaba diciendo en su interior—*¡Ah Virgen! Si no custára mas de dus riales, eu tamen votaba una empujadura!*

«A los ricos melocotones de Aragon, de Aragon, de Aragon»—Venian gritando por la calle abajo *Francho el Moro y Lorenzo Moncayo*, vecinos de la Almunia, y abastecedores inmemoriables de las ferias matritenses. La rosada y rotunda faz del primero, imagen fiel de la fruta que pregonaba, su aspecto marcial, su voz grave y entera, su risa verdaderamente espontánea, y el grave aspecto y la formal arrogancia del segundo, inspiraban confianza á los compradores y brindaban de antemano al paladar la seguridad de los goces mas deliciosos. Colocados muchos años á la puerta de la posada de la Encomienda, calle de Alcalá, ó caminando á duo por las calles con su banasta á medias agarrada por las asas, habian logrado establecer tan sólidamente su reputacion, que estaban ya en el caso de aspirar á mayor solidez, teniendo en esta un depósito central donde poder recibir sus variadas cosechas y hacer su periódica esposicion. . . . .

Si no dulces y regalados frutos naturales, por lo menos picantes y sabrosos artificios era lo que ofrecer podia en el nuevo establecimiento el amable *Juan Farinato*, vecino del lugar de Candelario en Estremadura, célebre villa por los esquisitos chorizos que desde la inven-

cion de la olla castellana han vinculado á su nombre una reputacion colosal. Farinato, descendiente por línea recta del inventor de la salchicha, y vástago aprovechado de una larga série de notabilidades de la tripa y del embudo, habia traido por primera vez á Madrid á su hijo y sucesor, verdadera litografía de su padre en facciones, trage y apostura, y despues de introducirle con el sin número de amas de casa, despenseros y fondistas, de cuyos mas picantes placeres estaba encargado, pensó en fijar en esta su establecimiento, dejando al joven Farinatillo el cuidado de ir y volver á Candelario por las remesas sucesivas.

Por último, para que nada faltase á aquel general é improvisado cónclave provincial, no habian sonado las diez todavia, cuando espoleando su rucio, compungida la faz, la nariz al viento, y las piernas encogidas por el cansancio, llegó á entrar por la posada adelante el buen *Juan Cochura*, el castellano viejo, aquel mozo cuitado y acontecido, de cuyas desgraciadas andanzas en su primer viage á la corte tienen ya conocimiento mis lectores (1). Con que se completó aquel animado cuadro, y pudo empezarse la solemne operacion del *traspaso;* pero antes que pasemos á describirla, bueno será pasear la vista un rato por el lugar de la escena, si es que lo desabrido de la narracion no ha conciliado el sueño de los benévolos lectores.

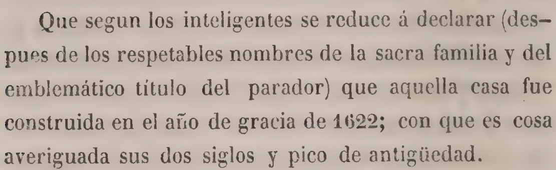
(1) Véase el artículo titulado El Recien-venido.

III.

En el comedio del último trozo de la calle de Toledo, comprendido entre la puerta del mismo nombre y la famosa plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de los dramas mas románticos, ahora *de las musas* mas clásicas y pedestres, conforme bajamos ó subimos (que esto no está bien averiguado) á la izquierda ó derecha, entre una taberna y una barberia, álzase á duras penas el vetusto edificio que desde su primitiva fundacion fue conocido con el nombre del *Parador de la Higuera*, el mismo á que nos dejamos referidos en la narracion anterior.

Su fachada esterior, de no mas altura que la de unos 30 pies, se ve interrumpida en su estension por algunos balcones y ventanas de irregular y raquítica proporcion faltos de simetría y correspondencia, y ofrece como es de presumir, pocos atractivos al pincel del artista ó las investigaciones del arqueólogo. Su color primitivo, oscuro y monótono, la solidez de su construccion de argamasa de fuerte pedernal y grueso ladrillo, las mezquinas proporciones de los arriba nombrados balconcillos, el enorme alero del tejado, y la altísima puerta de entrada, cuyas jambas de silleria aparecen ya un sí es no es

desquiciadas, merced al contínuo pasar de carromatos y galeras, dan á conocer desde el primer aspecto la fecha de aquel edificio, si ya no la revelase espresamente una inscripcion esculpida en el dintel de la dicha puerta; la cual incripcion alternada con la que sirve de insignia al Parador, viene á formar un todo bastante heterogéneo y dificil de comentar; dice pues asi.



PARADOR.
JHS. 16. MRA. 22. JHE. DE LA
Se yerra á fuego y en frio.

Que segun los inteligentes se reduce á declarar (despues de los respetables nombres de la sacra familia y del emblemático título del parador) que aquella casa fue construida en el año de gracia de 1622; con que es cosa averiguada sus dos siglos y pico de antigüedad.

En el ancho y cuadrilongo vestíbulo que sirve de ingreso, no se mira cosa que de contar sea, supuesto que á aquella hora todavia no trabajaba el herrador de la parte afuera de la calle, y los mozos y ordinarios no habian colocado aun el banco temblador sobre que suelen pasar las siestas jugando al truquiflor y á la *se-cansa.*

Pásase desde el citado ingreso á un gran patio cuadrilátero cercado por su mayor parte de un cobertizo que sirve para colocar las galeras y otros carruages, y sobre el que sustentan los pasillos y ventanas de las habitaciones interiores de la casa. A su entrada el in-

dispensable pozo con su alto brocal y pila de berroqueña, y en ambos lados, por bajo del cobertizo, las cuadras y pajares con la suficiente comodidad y desahogo.

La habitacion alta está dividida en sendos compartimentos, adornados cada uno con su tablado de cama verde, jergon de paja, sábanas choriceras y manta segoviana; su mesilla de pino, con un jarro y candil y una estampa del Dos de mayo ó del Juicio final, pegada con miga de pan en el comedio de la pared; amen de los diversos adornos que alternativamente aparecen y desaparecen, tales como albardas, colleras, esquilones y otros, propios de los traginantes, que suelen ocupar aquellos aposentos.

Unicos habitadores permanentes de tan estenso recinto, y ruedas fijas de su complicada máquina eran: primero, el dueño propietario *Pedro Cabezal*, anciano respetable de que queda hecha mencion; cuya estampa lozana y crecida en sus años juveniles, aparecia ya un si es no es encorvada por el transcurso del tiempo y los cuidados que pesaban sobre su despoblada frente; segundo, *Anselma Ordoñez*, hija putativa de Diego Ordoñez, difunto mozo de mulas, mayordomo y despensero que fue de la casa en los primeros años del siglo actual, y esposo de Dominga Lopez, tambien difunta, ama de llaves del Cabezal. Esta tal Anselma era una moza rolliza de veinte abriles poco mas ó menos, cuya fecha no muy conforme con la muerte del padre Diego, que falleció heróicamente de hambre en el año 12, se esplicaba mas naturalmente por las ma-

las lenguas que atribuian al tio Cabezal algunas relaciones en su tiempo con la viuda Dominga, y creian descubrir entre las facciones de aquel y las de la moza, mayor relacion y concomitancia que con las del difunto mozo de mulas. Pero sea de esto lo que quiera, y la verdad no salga de su lugar, es lo cierto que el famoso dueño del parador de la Higuera la tenia por ahijada, y en los últimos años de su edad, desprovisto como estaba desgraciadamente de sucesion directa, varonil y ostensible, manifestaba cierta predileccion y deferencia hácia la muchacha, y aun daba á entender claramente que aquel feliz mortal que lograse interesar su aspereza, seria dueño de su mano, item mas, del consabido parador con todas sus consecuencias. Razon de mas para atraer á su posada crecido número de parroquianos gallardos y merecedores.

El tercer personage de la casa era *Faco el herrador*, poderoso atleta de medio siglo de data, cojo como Vulcano, y señalado en la frente con una U vocal, insignia de su profesion, que le fue impuesta por un macho cerril de Asturias con quien habrá quince años sostuvo formidable y singular combate. Gesto duro y avinagrado; manos férreas y cerdosas; alto pecho; cuello corto, y cabeza bien templada. Este tal era el consejero áulico, el amigo de las confianzas del Cabezal; era el que imprimia, digámoslo asi, *su sello*, á todas las determinaciones de aquel, que no tenian, como suele decirse, fuerza de ley, hasta despues de bien claveteadas por el señor Faco, y pasadas por el yunque de su criterio.

Ultimo miembro de aquella cuádruple alianza venia á ser *Periquillo el Chato*, joven alcarreño hasta de diez y nueve primaveras, mozo de paja y tintero, que asi enristraba la pluma como rascaba la guitarra; mas amigo del movimiento rápido y de la vida nómada, propia de su antiguo oficio de acarreador de yeso, que del quietismo y trabajo mental á que le obligaba el arcon de la cebada y el grasiento cuaderno de la paja, de que estaba hoy encargado, gracias á su notable habilidad para trazar algunos rasgos, que segun el maestro de su pueblo podian pasar por letras y por guarismos siempre que abajo se esplicase en otros mas claros lo que aquellos querian decir.

IV.

Sentados, pues, magestuosamente en un ancho escaño, colocado á la espalda del vestíbulo de entrada, el famoso Cabezal y su adjunto el herrador; aquel á la diestra mano, y este al costado izquierdo; el primero embozado en su manta de Palencia y el segundo apoyado en su baston de fresno con remates de Vizcaya; colocados en pie en respetuoso grupo circular todos los as-

pirantes y mantenedores de aquella lid, y asomando, en fin, por el balconcillo que daba encima del cobertizo la rosada faz de la jóven Anselma, premio casi indudable y última perspectiva del afortunado vencedor, déjase conocer la importancia del acto, y su completa semejanza con los antiguos torneos y justas de la edad media, en que los osados caballeros venian desde luengas tierras á punto donde poder manifestar su garbosidad y arrojo ante los ojos de la hermosura.

Dió principio á la ceremonia un sentido razonamiento del buen Cabezal, en que hizo presentes las razones que le asistian para retirarse de los negocios públicos, y envolverse en la tranquilidad de la vida privada, con todos aquellos considerandos que en igualdad de circunstancias hubiera esplanado un Séneca, y que nuestras costumbres político-modernas suelen poner en boca de los magnates dimisionarios, y que quieren ser reelegidos. Con la diferencia de que el honrado Cabezal, que ignoraba quien fuera Séneca, asi como tambien el lenguage político cortesano, procedia en ello con la mayor sinceridad, siguiendo solo los impulsos de su conciencia, y bien convencido de que desde la muerte del *Endino*, sus débiles manos no eran ya á propósito para regir debidamente las riendas de aquel estado.

Seguidamente el herrador Faco, en calidad de superintendente y juez de alzadas del establecimiento, dió cuenta á la junta de su estado *financiero*; del presupuesto eventual de sus beneficios y gastos, y del *balance* de sus almacenes, y moviliario; no tratando, empero,

de la propiedad de la finca, cuyo dominio se reservaba Cabezal, y concluyendo con animarles á presentar incontinenti sus proposiciones de traspaso, á fin de proceder en su vista á la difinitiva adjudicacion.

Aqui del rascar de las orejas de los circunstantes; aqui el hacer círculos en la arena con las varas; aqui el atar y desatar de las fajas y de los botones de la pretina; aqui el arquear de las cejas, tragar saliva, mirar á un lado y á otro, como tomando en cuenta hasta las mas mínimas partes de aquel conjunto; aqui el mirarse mútuamente con desconfianza y aparente deferencia, instándose los unos á los otros á romper el silencio, sin que ninguno se atreviese á ser el primero. Aqui, en fin, el balbuciar algunas palabras, aventurar tal cual pregunta, rectificar varias indicaciones, y volverse á recoger en lo mas hondo de una profunda meditacion.

Por último, despues de media hora larga de escena muda, en que solo se oia el pausado compás de las campanillas de los machos que retozaban en las cuadras, y el silbido de Periquillo que servia de reclamo para atraer á la puerta del parador algunas aves trashumantes de las que tienen sus nidos hácia la calle de la Arganzuela, se oyó en fin entre los concurrentes un gruñido semejante al último *¡ay!* del infeliz marranillo cuando cede la existencia al formidable impulso de la cuchilla. Y siguiendo acústicamente la procedencia del tal sonido, volvieron todos los ojos hácia un estremo del círculo, y conocieron que aquel habia sido lanzado por la agostada

garganta del segador Farruco, quien alzando magestuosamente la cabeza, y como hombre seguro de sostener lo que propone, esclamó:—

—«En Dios y en mi ánima, iba á decir, que si vustedes non risuellan, yu risullaré.»—

—«¡Bravo, Farruco, bien por el segador,!» esclamaron todos, como admirados de esta brusca interpelacion de parte de quien menos la esperaban.

—Silencio, señores (dijo el herrador); Farruco tiene la palabra.

—Es el casu (prosiguió Farruco), que yo non sé comu icirlu; peru, si ma dan el edificiu, y toudo lu que en él se contien, ainda mais, la moza, para mí sulitu, pudiera ser que yu meta de traspasu hasta duscientus riales, pagadus en cuatru plazus dende aqui hasta la virgen del outru agostu.—

—Bravo, bravo (volvió á resonar por el concurso en medio de estrepitosas carcajadas); bien por Farruco el segador. ¡Doscientos reales en cuatro plazos! Vamos, señores, animarse, que si no queda el campo por Galicia. ¡Viva Santiago! ¡uff...!—Con otros alegres dichos y demostraciones que para todos eran claras menos para el honrado y paciente segador.

Ira de Deu (gritó á este tiempo el catalan, blandiendo el látigo por encima de las cabezas del amotinado concurso). ¿Será ya hor que nos antandams en formalidat, y prudensia? ¡Les diables carguen con este Castilla en que tot se hase riendo como les carrers de Hostalrich! Poqs rasons, pues, y al negosio, que se va hasiendo

tard, y á mí me aspern mis galers á les ports de la siudat. Vean ells si les acomod trasients librs per tot, pagaders en Granollers, en cas de mi sosio Alberto Blanquets de la matrícula de San Feliú de Guixols.

—Otra, otra (dijo gravemente el aragones); aguarda, aguarda, con lo que sale media lengua. Yo adelanto trescientos pesos mondos y redondos; con mas, toda la fruta que gaste el señor amo, y la estameña franciscana que necesite para la mortaja; y ofrezco icir tres misas á las ánimas por mor de la señá Cabezala que Dios tenga allá abajo; y endiñale un risponso en el Pilar, que la virgen se ha é reir de gusto.—

—«¡Que viva el aragonés!» (gritó el concurso alborozado), y á los ojos del anciano Cabezal se asomó una lágrima tributo del amor conyugal, cuyo recuerdo habia despertado Francho *el moro*.

—A que si valen seis taullas de tierra de buen arros, orilla del Grao, y como hasta dies libras de seda en el Cañamelar para la próxima cosecha, aqui hay un valensiano que dará todo esto y las grasias si el señor amo quiere sederle el parador.—

—¿Qué eztan uzteez hablando ahí, compaez? Aqui hay un hombre, tio Cabesal; y detraz dezte hombre hay un compae que zale por mí, y ez primo der cuñao de la zobrina der regidor de Moron, que tiene parte con otros sinco en er macho conque trage la carga de aseite pa el compae Cabesal en la pazcua anterior; el cual zi zale (que zi zaldrá), por mi honor y juramento, esde luego pedirá á zu prima que le diga ar cuñao, que

pia á la sobrina der regidor que haga que zu tio ponga por hipoteca la parte trazera der macho, pa servir ar señor Cabesal y á toda la buena gente que moz ezcucha.

—¡Que viva Utrera! (esclamaron todos con algazara) y arriba Currillo que nos ha ganado la palmeta prontito y bien; ¡dichoso el que tiene compadres para sacarle de un ahogo! ¡que viva Curro y el cuarto trasero del macho de su compadre, que son tal para cual!

—Grazias, señorez (repetia Curro); pero bien zabe Dioz que no lo desia por tanto.—

—Basta ya de bromas, señores, si ustedes gustan, que la mañana se pasa, y todavia tengo que llegar á Valdemoro á comer. Veo por lo visto que aqui todo son dimes y diretes, y el amo, á lo que entiendo, no nos ha llamado para oirnos ladrar.—Esto dijo con importante gravedad el manchego, y adelantándose un paso en medio del corro:—Yo (continuó con valentia) voy á tomar la gaita por otro lado, y creo que vuesas mercedes habrán de llevar el paso con el sonsonete. Aqui mismo, al contado, todo en doblones de á ocho, corrientes y pasados por estas manos que se ha de comer la tierra, aqui está mi argumento, y mi elocuencia está aqui. (Y lo decia por un taleguillo de cordellate que alzaba con la diestra mano.) A ver, á ver, si hay alguien que me le empuje, porque sino mio queda el parador; y cuenta, herrador, á ver si me equivoco; mil pesos dobles, justos y limpios, hay dentro del taleguillo; esos doy, y pues que no hay ni puede haber competencia, señores, pueden vuesas mercedes si gustan llegarse á oir

misa, que ahora poco estaban repicando en San Millan.–

Un confuso rumor de desaprobacion, y algunas interjeciones espresivas dieron á conocer el enojo que semejante arrogancia habia inspirado á la asamblea; el opulento Azumbres no por eso desconcertó su continente, antes bien sacando pausadamente la vara del cinto tomóla con la diestra mano, y pasando á la izquierda el taleguillo de los doblones, paseó sus insultantes miradas por toda la concurrencia, como aquel que está seguro de no encontrar enemigos dignos de combatir con él.

Sin embargo, no habia calculado con la mayor exactitud, porque adelantándose al interior del círculo el honrado maragato, hecha la señal de la cruz, como aquel antiguo paladin que se disponia á temerosa liza, tosió dos veces, escupió, miró en derredor, y quitándose modestamente el sombrero, prorumpió en estas razones.

—Con el permiso del señor manchego y de toda la honrada concurrencia; yo Alfonso Barrientos, natural y vecino de Murias de Rechivaldo, en el obispado de Astorga, parezco de cuerpo presente y digo; que aunque no vengo tan prevenido para el caso como el señor que acaba de hablar, todavia traigo, sin embargo, otro argumento que no le va en zaga á su saquillo de arpillera; y este argumento, y este tesoro, que no le cambiaria por toda la tierra llana que se encuentra comprendida entre la mesa de Ocaña, y las escabrosidades de Sierra Morena, es mi palabra, nunca desmen-

tida ni desfigurada; es mi crédito, harto conocido entre las gentes que se ocupan en el tráfico interior. Saque el señor herrero un papelillo de los que le sirven para envolver su cigarro, y déjeme poner en él tan solo mi rúbrica, y ella acreditará y hará buena la palabra que Alfonso Barrientos da de entregar mil y doscientos pesos por el traspaso del parador.—

—¡Viva el reino de Leon! ¡viva la honradez de la Montaña! (esclamaron estrepitosamente todos los concurrentes); y al diablo sea dada la arrogancia de la tierra llana!—

—Que me place (replicó sonriéndose el manchego), encontrar con un competidor digno por todos títulos de habérselas con Azumbres, el cosechero de Yepes; pero como no es justo darse por vencido á la primera vuelta, y como tampoco soy hombre á quien asustan todas las firmas leonesas, aqui traigo prevenidas para el caso nuevas municiones con que hacer la guerra á todos los créditos del mundo, aunque entren en corro los billetes del tesoro y las sisas de la villa de Madrid.—Sepan, pues, que en este otro saquillo (y esto dijo sacando á relucir del cinto un nuevo proyectil de mediano volumen) se encierran hasta doscientos doblones mas, los mismos que ofrezco al señor Cabezal por su traspaso, y punto concluido, y buena pro le haga al rematante.—

—Apunte vuesa merced, señor herrador (dijo con calma el maragato), que Alfonso Barrientos da dos mil pesos fuertes, si no hay quien diga mas.—

Aqui la algazara y el entusiasmo de los concurrentes llegó á su colmo, viendo embestirse con áquel ahinco á

los dos poderosos rivales, que mirándose recelosos á par que prevenidos, como que dudaban ellos mismos toda la estension de sus fuerzas y el punto término á que los llevaria el combate. Pero la mayoria de los pujadores, que conocian muy á su pesar, que solo podian servir de testigos en lucha tan formidable, iban descartándose del círculo, y abandonando con sentimiento el palenque. De este número fueron el choricero Farinato, el gallego y el asturiano, los aragoneses y el andaluz, los cuales sin embargo se mantenian á distancia respetuosa, como para mejor observar el efecto de los golpes y los quites respectivos.

Uno solo de los concurrentes no habia dicho aun «esta boca es mia,» y parecia como estraño á aquel movimiento, sin duda midiendo en su imaginacion la pequeñez y mal temple de sus armas para tan lucido y árduo empeño; y este ser infeliz y casi olvidado de los demas, no era otro que nuestro *Juan Cochura*, el castellano viejo, el cual con aparentes señales de distraccion, paseaba sus miradas por las alturas, como quien busca y no encuentra inspiracion ni mandato á su albedrío. Pero á decir verdad, si nuestro anteojo escudriñador hubiera podido penetrar en aquel recinto, no hay duda que muy luego hubiera observado que lo que aparecia desden é indiferencia de parte del Juan, no era sino cálculo refinado, y que sus miradas, al parecer estúpidas é indecisas, no iban dirigidas nada menos que á otro traspaso que le pusiera en posesion omnímoda y absoluta del parador.

Tal vez nuestros lectores habrán olvidado en el curso de esta estéril y cansada relacion, que sobre el círculo de los famosos mantenedores del torneo, y asomada en un balconcillo de madera que apenas se distinguia, ofuscado entre el humo que salia de la cocina inmediata, se hallaba presenciando aquella animada escena la robusta Anselma, la hija adoptiva del señor del castillo, la estrella polar de aquellos navegantes, y el puerto y seguro término de sus arriesgadas aventuras. Verdad es (sea dicho de paso) que casi todos ellos navegaban como Ulises sin saber por donde, ignorantes del faro que sobre sus cabezas relucia, y á merced de los escollos é incertidumbres de tan dudoso mar; mas por fortuna nuestro Juan Cochura tenia un amigo... ¡y qué amigo!... práctico y conocedor de aquel derrotero, playa saludable en medio de tan intrincado laberinto; el cual amigo no era otro que Faco el herrero, quien por un movimiento indefinible de simpatía hácia nuestro mozo castellano, le habia secretamente instruido sobre el rumbo cierto que tomar debia, diciéndole que si lograba interesar el amor de la joven Anselma, él y no otro seria el dueño del parador.

La gramática de Juan, parda como su vestido, no hubo menester mas reglas para comprender aquel idioma; y asi desde el principio de la refriega dirigió sus baterías al punto mas importante y descuidado del combate; hasta que viendo que este se empeñaba con la artilleria gruesa, y escaso él de municiones para sostener con decoro el castellano pendon, apeló á la estratage-

ma de la fuga; pero fuga armónica, cadenciosa y bien entendida, que ni el mismo *Bellini* hubiera ideado otra mejor.

Echó, pues, sus alforjas al hombro, y confiado en su buena estrella y en sus gracias naturales, de que ya tiene conocimiento el lector, subió poquito á poquito la escalera de la cocina; se llegó al balconcillo; tiró del sayal á la moza, como quien algo tenia que pedirla, y ella le siguió, como quien algo le tenia que dar.

Lo que al amor de la lumbre pasó, los coloquios y razonamientos que mediarian entre ambos, en los pocos minutos que inadvertidamente desaparecieron de la vista del concurso, son cosas de que solo los pucheros que hervian y el gato que dormitaba á la lumbre pudieran darnos razon; y es lástima sin duda que no quieran hacerlo, pues acaso por este medio vendriamos en conocimiento de una de las escenas de mas romántico efecto que ningun dramaturgo pudiera inventar.

Ello es lo cierto, que por resultas de este desenlace de bastidores (muy conforme tambien con la escuela moderna), dió fin el drama, volviendo de allí á poco á salir la dueña y el mancebo al balconcillo, asidos de las manos, y con los ojos brilladores de alegria; y oyéndose prorumpir á la heróica Anselma en estas palabras:

—«Padrino, padrino, que se suspenda el remate, que ya queda concluido el *traspaso*. Juan Algarrobo (alias Cochura), natural de Fontiveros, ha de ser mi esposo, que asi lo ha querido Dios.»—

Alzaron todos la vista con estrañeza al escuchar es-

tas razones, y el anciano Cabezal hizo un ademan violento que parecia como preludio de alguna gran catástrofe. Miró al balconcillo con ojos encendidos, y alzándose de repente, y desembozándose de la manta;—«¡Ah perra!» (esclamó); y ya se disponia á asaltar la escalera, cuando el buen Faco el herrador, el alma de sus movimientos, le detuvo fuertemente, trató de desarmar su cólera, y en pocas y bien sentidas razones, le hizo ver la alcurnia del mozo, y lo bien que le estaria admitirle por marido de su ahijada.

Todos los concurrentes conocieron entonces que habian sido víctimas de una intriga concertada de antemano, y dieron por de todo punto perdido su viage, con lo cual fueron desapareciendo uno en pos de otro, despues de felicitar al Cabezal por la astucia de los novios.

Estos, pues, despues de solicitar la bendicion paternal, quedaron instalados en sus nuevas funciones; y nuestro Juan Cochura, á quien en su primer viage á Madrid vimos burlado, escarnecido y preso por su ignorancia, llegó en el segundo á ser burlador ageno, y á ponerse al frente de un establecimiento respetable.

La fortuna es loca, y gusta las mas veces de favorecer á quien menos acaso es digno de ella... ¿Quién sabe...? Todavia quizás le reserva una contrata de vestuario, ó una empresa de víveres, y al que vimos entrar ayer cruzado en un pollino, preguntando los nombres de las calles, tal vez le miraremos mañana pasearlas en dorada carretela, y adornado su pecho con bandas y placas que nos deslumbren y oculten á nuestros ojos

la pequeñez del origen de su posesor. Espectáculo frecuente en el veleidoso teatro cortesano, y grato pasatiempo del observador filósofo que contempla con sonrisa tan mágico movimiento.

(*Julio de* 1839.)

EL ESPÍRITU DE ASOCIACION.

El siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no es ningun rapaz que digamos, sino antes bien entrado en años, como que para la próxima venitura ha de contar, si no miente el calendario, sus cuarenta navidades debajo del peluquin; pero él siempre tieso y rozagante, como aquellos señores mal criados, que empezaron á los doce años á hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavia su juventud á despecho de las arrugas que vienen á sorprenderles sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar á decir *esto me está bien.*

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años, lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviesos y vivarachos, que no bien se les ve inclinados á jugar con el tambor, luego al punto suelen calificarlos de futuros héroes; y si tal vez aciertan á aprender de memoria y á recitar con desparpajo una fá-

bula de Iriarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sabios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion; en sus primeros hervores hubo quien al verle quimerista y pendenciero profetizó de él jigantescas empresas y asombrosas hazañas; y luego vimos que todo era puro ruido y nada mas. Asi que mas grandecito le miramos recitar coplas, y manotear fuerte, le apellidamos el siglo *de las luces* y de la filosofía. Aficionóse despues á las cosas sólidas, como los caminos de hierro, y las monedas de oro, y luego le bautizamos de siglo material y amigo de la *positividad*. Pero en seguida le dió por aplicarse al gas y á las cerillas fosfóricas, y héteme aqui á mi siglo calificado de inflamable, volátil y fantástico; siglo de la poesía craneoscópica y de las cartas de pega.

¿Quién, pues, no se ha dado de calabazadas por comprender y fijar el verdadero espíritu de este siglo proteo, indefinible, incomparable; tronera de niño, pausado de joven, y mas entrado en años saltarin y brincador? Muchas y muy buenas obras se han escrito para definirle; muchos y buenos pinceles se han empeñado en dibujarle; pero él á lo mejor se ha tornado de espaldas al retratante, ó hale dejado caer el tintero encima al atareado escritor.

Váyanle VV. con estos ejemplitos al margen á tomar la medida al tal nene; quiero decir, á ponerle apellido que bien le cuadre, y hacer colar por esclusivamente suya cualquiera de las infinitas cualidades que adornan á este autor de *remedion*, á este cómico de la legua. No,

sino llámenle negro al mancebo, y en aquel punto y hora dará una voltereta, y veréisle tornado en blanco como un armiño.

Pero nadie podrá negarme que hay siempre en toda época alguna ó algunas cualidades mas especiales que otras; sin que al reconocerlas hayamos por eso de creerlas esclusivas ni echarlas, como quien dice, á reñir con las demas. Del mismo modo que en cada semblante humano se advierten una ó mas señales que le distinguen de los otros; como por ejemplo; una berruga en la nariz; lo cual es suficiente para poder apellidar á su dueño *el hombre de la berruga*; sin que esto sea decir que aquel hombre sea todo berruga, sino es ya que la berruga existe en el hombre aquel.

Pues bien; entre estas cualidades fisionómicas (no la berruga) de nuestro siglo, coloco yo, y otros habian adivinado antes, la mancomunidad en las ideas y en las acciones de los hombres, ó para hablar en términos mas cultos, *el espíritu de asociacion.*

Con efecto, por poco que observemos, veremos luego que esta es la cualidad primordial, el humor dominante de nuestra época; y asi como en otras se han refundido y representado, digámoslo asi, en un solo hombre, esta se multiplica y subdivide por millonésimas partes, átomos imperceptibles, entre todos los seres contemporáneos; de suerte que no parece sino que todos nacemos faltos de alguna cosa, y que nos buscamos é incorporamos por instinto, para formar entre todos un juicio completo, ó una verdadera y sólida voluntad.

De aqui tantas asociaciones políticas, científicas y literarias; de aqui tantas discusiones y controversias; tantas obras enciclopédicas; tantas compañías de seguros mútuos; tanta gloria por acciones; tanto matrimonio á partir gastos.

«Cuatro ojos ven mas que dos» dice un refran.—Refranes hay para todo; y tambien otro que dice, «A menos bultos mas claridad.» Si lo que han de ver los cuatro ojos es una cosa sola, y en un punto fijo, claro es que los cuatro verán la misma cosa que los dos.—Ejemplo. —Reunan VV. muchos sabios en una junta, y sumen luego las cantidades de sabiduria... ¿Cuánto me dan VV. si sacan menos que la que solia tener un sabio solo?

—«Dispare V. una bala á ese buque, señor sargento.»

—«El buque no está á tiro, mi general.»

—«Pues dispare V. toda la batería.»

No es esto decir que el espíritu de asociacion no tenga y mucho de bueno; no señores: esto lo que quiere decir es que la asociacion suele á veces estar reñida con el espíritu; por lo demas, ¿quién niega que es susceptible de mil aplicaciones á cual mas importantes? — Por ejemplo.

Llega en estos afortunados tiempos á cumplir catorce abriles un mancebo... ¿A qué se ha de aplicar? ¿Ha de ir á llenarse las manos de callos para aprender un oficio mecánico con que ganar su subsistencia...? ¿Atestará su calletre de *infolios* para adquirir una profesion honrosa...? ¿O viajará, y revolverá mares y tierra en busca é investigacion de la verdad?

Nada menos que eso; reúnese con otros compañeros todos de su edad, y declárase como ellos sabio y literato. (Esto es ya de cajon, y literato en el lenguage moderno quiere decir que conoce las letras, ó sea el alfabeto; la poesía es una planta natural de suyo que crece con las barbas.)

Reunidos *en comandita* traducen entre seis ó siete una comedia en un acto, ó disuelven sus ideas en un periódico por *tomas* semanales, ó bien cortan trozos y páginas enteras de acá y acullá, y lo zurcen y planchan de nuevo en su laboratorio, y hágote original. Y los que no estan de servicio, fórmanse en comision de aplausos, y repiten en coro las glorias del compañero, y chillan y rabian, predicando su entusiasmo al pobre público, que en todo habia pensado menos en sospechar que tenia un genio mas á quien adorar; y le mira y remira, y abre tanta boca, y dice como sorprendido. —«¡Vean VV., quien lo habia de decir! ¡y le teniamos por un fátuo!»—Hé aqui el espíritu de asociacion útilmente aplicado al ingenio.

Sueña un pobre tendero que su vara se ha convertido en la de Moysés, que hacia saltar torrentes de gracia de las duras peñas; mira á su paisano y antiguo compañero manejando grandes capitales, y dando la cara á formidables empresas. Hay, sin embargo una diferencia; y es que el tal paisano es efectivamente poderoso, mientras que nuestro hombre no tiene mas capital que su activa imaginacion... No importa... ¿Quién dijo miedo?—Asóciase para esplotar aquella con un tonto (que

nunca faltan para bien de la humanidad), y á dos por tres da con él en tierra, y luego con otros y otros, y salta por encima de todos, y se va elevando, elevando, hasta que de asociacion en asociacion, pára en asociarse con un magnate; y luego con un ejército; y despues con un gobierno; y alza y baja los fondos del estado; y hace y deshace paces y guerras; y forma oposiciones; y levanta ministerios y... vayan VV. á decirle al tal que el espíritu de asociacion no es cosa buena.

¡Pobra viuda! tu contabas con el dia treinta del mes, y hace muchos ya que los meses en España no tienen treinta; llamaste á la tesoreria y la tesoreria te respondió en hueco; hasta el perro guardador dejó de ladrar por falta de motivo; no tienes mas remedio, pobre viuda, que arrimar tu lumbre á la de tu vecino el cesante, ó traerte á tu celda al exclaustrado, ó rezar con las monjas por vuestros difuntos bienes; y aplicar á la puchera el espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion.*

Otra de las mas ingeniosas aplicaciones de esta *sociabilidad* es la que suelen hacer los inquilinos con sus caseros, declarándose dueños *in partibus* de la finca alquilada y usufructuarios *in integrum* de su propiedad.

Las damas de gran tono suelen celebrar tambien esta especie de *contrato social* con los mercaderes de calle Mayor, pagándoles en sonrisas y amabilidad las blondas y rasos con que aquellos cuidan de proveerlas.

Los elegantes rigoristas tienen por *asociado* al sastre, y abierto permanentemente en su libro el registro de la sociedad; y los parásitos y aduladores de pandilla, se

asocian á los poderosos, poniendo en fondo comun sus loores y simpatías, mientras que por la contraria se ofrecen los palcos abonados, las doradas carretelas, y las sasas del cocinero.

Pero el adelantamiento mas positivo, lo que califica de grande al espiritu de asociacion de nuestro siglo, es su aplicacion al matrimonio; á este doble contrato de nuestra santa madre Iglesia, ya convertido en triple por la moderna filosofía.

Con efecto, desde que todos los galanes se han vuelto barbas, ya no hay drama posible; desde que los poetas modernos han renegado de la mitología, huyeron de su imaginacion todas las deidades imaginarias, y en la muger no miran mas que un mueble de uso comun, y en el amor nada mas que un sentimiento de orgullo ó de comodidad. En vez de pintarle niño y alado, hácenle marchar barbudo y con pies de plomo; quitáronle la venda de los ojos, y aplicaron á ellos el catalejo de la investigacion y del cálculo; arrancáronle de las manos el arco y las flechas, y pusiéronle en su lugar un bolsillo y una pistola.

Vayan VV. con anacreónticas y cartas en vitela á estos señores *amargos*, que á los veinte años tienen ya *carcomida la existencia;* que no hallan posible el amor sin el ribetito del crimen, ó por lo menos sin peligro de muerte; que entienden, por otro lado, que los sentidos pueden marchar muy bien sin el auxilio del corazon, y que el suyo, en fin, vale mucha plata para entregarle á dos por tres.

Váyanles VV., digo, señoras doncellas, con las indirectas que antes eran de uso comun entre vosotras de... *¡Qué malo es V...! ¿Quién le creyera...? ¿Lo dice V. de veras...? Dígalo V. á mamá...* A ellos, que no reconocen intimaciones ni proclamas, ni hijos ni padres posibles; ni categorías ni fórmulas; que empiezan por apear el tratamiento á la persona á quien se dignan dirigirse, y por llamarla *Muger* á secas, como en otro tiempo decian los patriarcas de la ley antigua á la primera moza garrida que encontraban espigando en el desierto. «*Muger, vente conmigo, y partirás mi tienda y mi lecho,*» y ellas cogian el cántaro bajo el brazo y echaban á andar tras ellos á partir lo arriba dicho.

Pero ellos (los nuestros) ni siquiera hacen caso de vosotras, espigaderas virginales, que salís á espigar en el campo de la sociedad; y si os dicen por acaso que les sigais, cuenta, que no es la tienda lo que quieren con vosotras repartir.

Pero no; en vano sois sus sombras; en vano os les presentais á todas horas, y bajo las formas mas fantásticas y análogas á su indefinible voluntad; en vano seguis sus gustos, sus inspiraciones, sus manías; en vano remedais sus acciones y apostura; y si ellos dejan crecer sus cabellos hasta la espalda, vosotras los dejais colgar hasta la cintura; y si ellos procuran *triangulizar* su frente, vosotras seguis en la vuestra la misma geométrica proporcion; en vano palideceis como ellos; en vano sonreis amargamente; en vano cantais llorando, y bostezais en el baile; en vano quisiérais morir para pare-

cerles mejor. Ellos ni os reparan siquiera, porque su corazon... ¡oh! su corazon está *lanzado en las etéreas é insondables ilusiones de un fatídico porvenir,* y ni han observado vuestras lágrimas, ni vuestras ardientes ojeadas, ni vuestras gracias seductoras, ni vuestro trage sentimental.

Pero al fin son hombres, y al traves de esta fantástica existencia, tienen sus horas de *positivismo*; horas en que la materia se revela contra el espíritu, y lo deja como quien dice arrinconado y sin poder chistar; y en estas horas y en estos dias (ó sean noches) en que la flaca humanidad llama á la puerta, es cuando recuerdan que les falta una cosa.—¿Qué cosa es esta?—*La muger.*—Y échanse por esos salones á buscar las mugeres del prójimo, con una seguridad que no parecen sino hermanos de la Mesta que dan suelta al ganado en cualquier prado concejil.—

Porque pensar que estos señores *escépticos* han de dudar de que las doncellas no les convienen, es pensar en lo escusado; y las razones son claras; 1.ª porque las doncellas se pagan mucho de esto del corazon, y el suyo ya queda espresado que es inenagenable; 2.ª porque ellas (las muchachas) si se las da un pie, luego piden la mano, y ya queda dicho arriba que su mano está armada para estos casos de un agudo puñal; 3.ª porque una soltera es una muger completa, y á ellos para su objeto les basta con un *fragmento*; porque aquellas en fin aspiran á un lazo terrible y duradero, y ellos no á otra cosa que á un desenlace pronto y feliz.

Por estas razones y otras muchas que yo me sé, igualmente materiales y tangibles, dijeron y dicen para su capote.—¿Muger?—La del prójimo.—Uno... dos... tres... trinidad perfecta.—¡Ah del espíritu del siglo!—Y aparecióseles el *espíritu de asociacion.*

Y el *marido* desde entonces tuvo un esclavo mas á quien mandar, y la muger un dueño mas á quien servir.

Aquel dijo:—«Quiero ser ministro,» y su siervo se constituyó en adulador.—«Quiero ser diputado;» y su cliente se convirtió en candidatura ambulante.—«Quiero ser periodista;» y el amigo colaboró con él la pública opinion.—«Quiero ser poeta;» y el amante se obligó á entusiasmar al patio.—«Quiero ser tonto;» y el tercero en concordia fue tonto como él.—«Quiero ser pobre;» y el protector se encargó de pagar al casero.

En cambio de todos estos servicios, por premio de tantos sinsabores el vice-marido pudo contar... ¡ahí que no es nada! ...*¡con media muger!*...—¡Y qué muger!... ¿Y habrá todavia quien se ria de los maridos?

No hay, pues, que estrañarse de que en el estado actual de nuestras costumbres, el matrimonio, sagrado vínculo que en tiempos atrasados confundia en uno dos corazones, se haya convertido en un triángulo equilátero, y que sean homogéneos el marido y el amante. Ambos tienen á la muger; ambos la engañan, ambos la desprecian. El ídolo dorado se derritió, y quedó el barro tosco y material: lo que antes exigia justa adoracion, es ya por su culpa objeto de burla y menosprecio.

Tal sin duda es el raciocinio de muchos maridos, y

tal era tambien el que formaba respeto á su esposa el joven don...

Pero respetemos la memoria de un desgraciado; y hagamos gracia á nuestros lectores del ejemplo práctico; basta por hoy haberles impuesto en la teoría del espíritu del siglo, el *espiritu de asociacion.*

(*Diciembre de* 1839.)



UNA JUNTA DE COFRADIA.

UNA JUNTA DE COFRADIA. (1)

Ne sutor ultra crepidam...

Al glorioso San Crispin,
protector de la *obra prima*,
consagra solemnes cultos
su devota cofradía.
Por cédulas *ante diem*
y á la hora *de nocte prima*,

(1) El objeto de esta composicion déjase ver que es atacar el abuso que en reuniones insignificantes y para tratar los asuntos de menos valía, suele actualmente hacerse del lenguage y fórmulas parlamentarias. Bajo tal aspecto, entra este ridículo en la jurisdiccion del escritor que festivamente y sin acrimonia pretende corregir pintando las costumbres de la sociedad contemporánea. Este es, pues, su verdadèro punto de vista, y por lo tanto, trabajo será escusado el de aquel lector suspicaz que intente andar buscando en este escrito alusiones mas hondas. El autor protesta de antemano contra toda maligna aplicacion y repite aqui lo que varias ocasiones ha dicho en los ocho años que hace que escribe de costumbres, á saber: que *no es política su mision sobre la tierra.*

todas las capacidades
guarda–piernas de la villa,
  Convocados á este fin,
ocupan bancos y sillas
en un honrado desvan
con honores de buhardilla.

  De la sala en el comedio
y pendiente de una viga
campa al aire el oriflama,
del santo patrono insignia;
  Y encima de una gran mesa,
alhaja de sacristía,
lucen un candil y un jarro
que alegran ojos y tripas.
  Tras la mesa, en un sitial
de baqueta moscovita,
con mas clavos que una rueda
y mas años que una encina,
  El cofrade mas antiguo
por derecho de conquista
se encarama y se sepulta,
diciendo: «Ya hay quien presida.»
  Con esto, y un avechucho
entre mico y sabandija
que ocupa el siniestro lado
y el candil y el jarro atiza,
  Los restantes pies-de-banco
á sus puestos se retiran,

ya que vieron que dejaban
la mesa constituida.

«Escomienzá lá sesion,»
grita el presidente *Blas*;
y reclama la atencion
con un enorme esquilon
que le sirve de compas.

Tose y bebe el secretario,
y bebe y vuelve á toser,
y sacando del armario
un roñoso formulario
que apenas sabe leer,

Toma á todos juramento
por el jarro y el candil,
de que beberán con tiento,
mirando por el aumento
del gremio zapateril.

En relacion nominal
de todos los congregados
va llamando á cada cual;
y todos hacen señal
de saber que son llamados.

«*Perico Cerote negro.*»—
—«Despacio, voto va Dios,
que ese mote es de mi suegro,
y digo que no me alegro
de responder por los dos.»—

«*Juan Lesnas.*»—«Presente soy
para mal de algun endino
que habrá de escucharme hoy;
y declaro que me voy
si no se escomienza el vino.»—

«*Diego Punzon Cabritilla.*»—
«De cuerpo presente está.»—
«*Domingo Cachas.*»—«Cuchilla
me llamo en toda la villa,
que bien me conoce ya.»—

«*Benito Chanclas.*»—«Amen.»
«*Dionisio Correa.*»—«Soy.»
«*Leonardo Mandiles.*»—«Bien.»
«*El hijo del Cacho.*»—«¿Quién?»
«*El Cacho del hijo.*»—«Voy.»

Prosigue asi relatando
otros nombres mas de mil,
y su blason escuchando
van respondiendo y jurando
los cofrades del mandil.

Por último, el presidente
meneando el esquilon,
grita con voz de aguardiente:
—«El que esté en pie, que se siente;
ábrese la discusion.»

«Al fin, ilustre asamblea,
restablecido el silencio,
improvisaré el discurso
que hace tres meses y medio
me está enseñando don Braulio,
el dómine de Toledo.
Prestadme, pues, atencion,
y no os durmais por lo menos,
que es música celestial
cuanto deciros intento.

Señores... (aqui me dijo
que hiciera pausa, el maestro)
Señores... (vuelvo á decir
si no lo dije primero)
Señores... (y va de tres)
¡Qué espectáculo tan bello,
qué cuadro tan animado
ante mis ojos contemplo!

Todas las capacidades
de la hermandad del becerro
pendientes de mi discurso...
(ya he dicho que es del maestro)
Y yo, el último de todos
los que ilustran este gremio,
colocado á su cabeza
en el encumbrado puesto
Donde, ayudándome yo,
vuestros votos me ascendieron.
Tiempo es ya que dominando
mi modesto atrevimiento,
Os haga escuchar mi voz,
y que repitan sus ecos
las tapias de este Santuario
y las vigas de estos techos.
La Europa, que nos contempla
atónita, cuando menos,
espera, escucha, medita
nuestras palabras y gestos,
Y prepara á nuestras sienes
el merecido trofeo
en cien tempranas coronas
de achicorias y de berros.
Señores... ¿de qué se trata?
vengamos á mi argumento,
antes que alguno de Usias
me diga que soy un necio.
Se trata pues... ¡friolera!

en esta junta modelo,
de abortar alguna cosa,
de reconstruir el gremio,
  De reformar la Ordenanza
que hicieron nuestros abuelos,
y tornar su gloria antigua
al nombre de zapatero.
  Largos años de desdichas
tal, señores, nos han puesto,
que lo que antes fue *obra prima*,
obra póstuma se ha vuelto.
  Yacen por tierra olvidados
nuestros magníficos fueros,
usos, armas, regalías,
imprescriptibles derechos.
  ¿Quién hay que al ver este cuadro
horrisonífico, negro,
no sude ardiente betun,
no se le curta el pellejo?
  Nosotros, con cuyo auxilio
corren y marchan los pueblos,
y de civilizacion
somos la causa y efecto;
  Nosotros, cuya prosapia
data de Adan cuando menos,
que segun varios autores
fue el que inventó andar en-cueros;
  Nosotros, que por capricho
al hombre mas altanero

metiéndole en un zapato
aplicamos el tormento;
Nosotros, que á la beldad
de rodillas ofreciendo
adoracion y medida,
qué puntos calza, sabemos;
Nosotros, que de los héroes
somos sólido cimiento,
testigo el gran Federico,
y el héroe de Marengo;
Nosotros que... pero callo
porque desde aqui estoy viendo
mil señales de impaciencia
que espresan vuestro ardimiento.
Ello, en fin, es cosa clara
que somos un noble cuerpo,
y que debemos osados
conquistar nuestros trofeos.
Cuarenta siglos nos miran,
y aunque diga mas de ciento,
flechándonos el anteojo
para observar lo que hacemos.
Y lo haremos, sí señores,
y sabrán los venideros
que fuimos hombres de pró
y gente de pelo en pecho.
Jurad conmigo entre tanto
de este sitio no movernos
hasta haber consolidado

nuestra Ordenanza.»—
—«Juremos.»—

Y al pronunciar esta voz
entre gritos y reniegos,
todos se estrechan las manos
hasta quebrarse los huesos.

—«Pido la palabra, hermano.»—
—¿Y para qué?
—«Para hablar.»
—«*Juan Lesnas* tiene el embudo:»
dijo el presidente Blas.

Juan Lesnas estornudó;
miró adelante y atras,
púsose sobre el pie izquierdo
y dijo: «Voy á empezar.»
«Protesto ante todas cosas
que mi discurso será
de poco mas de tres horas,
pues me habré de concretar.
Digo tambien que no haré
la *oposicion* al tio Blas,
pues reconozco sus prendas,
talentos y probidad,
y fuimos catorce meses

compañeros de hospital.
Pero al fin ¿quién le ha metido
en venir á predicar
y echárnosla de doctor
á los que sabemos mas?
Y sino, vamos á cuentas.
¿Sus señorías podrán
decirme qué es lo que dijo
con tanto disparatar?
Dijo que estamos en junta....
dijo la pura verdad;
pero despues se perdió,
y olvidó lo principal.
Porque la junta solene
que hoy vamos á celebrar,
está, señores, prescripta
en nuestro ceremonial,
Ni tiene otros tiquis-miquis
que el haber de celebrar
la funcion de san Crispin,
que presto se acerca ya:
Yo que he sido mayordomo,
mandadero y sacristan
de esta santa Cofradía
diez y siete años y mas,
Os propondré mi *programa*,
que pienso habrá de gustar;
y á fin de llevarlo á cabo
me concedereis no mas

Que un *voto de confianza*
Para que pueda gastar
cuanto juzgue conveniente,
y no esté gastado ya.
Esto es, pues, lo mas sencillo...»

—«Pido la palabra, Blas.»—

—«Perico Cerote negro
hable, y que se siente Juan.»—

«El señor preopinante
preopina ¡ya se ve!
que se le de á su mercé
licencia de echar el guante;
Pero falta averiguar
con qué títulos la pide,
y al hermano que hoy preside
intenta asi destronar.
Porque segun yo me fundo,
los notables que aqui estamos
creo que representamos
los zapateros del mundo;
Y por mas que un animal
se oponga aqui, es cosa clara...»
—«Pido la palabra, para
una alusion personal.»—

«Consigno, en fin, mi opinion
contra todo gatuperio;
y al que haga de menisterio
yo le haré la oposicion.
De la cuestion en el fondo
pudiera estenderme mas;
pero pues lo dijo Blas,
hagamos punto redondo.
Guerra, señores, al bicho
que siempre quiere bullir;
mucho pudiera decir...
pero... Señores, *he dicho.*»

—«Mi digno amigo *Cerote*
ha dicho, si mal no oí,
que yo soy un animal,
yo respondo que es un ruin,
y quedamos tan amigos
y podemos proseguir.
Voy á hacer la descripcion
de la fiesta, y podrá asi
la asamblea conocer
si es merecimiento en mí
el ser ministro perpetuo
del glorioso san Crispin.

Lo primero que prevengo
es, señores, un pernil
asado por estas manos
que la tierra ha de cubrir.
Vendrá luego de callos
la fuente Geronimil,
y el inevitable arroz
con guindilla y con anis.
Aquestos son mis *principios*,
y los sostendré hasta el fin,
con los consabidos *medios*
del tintillo y chacolí,
Hasta que todos usías
queden hartos de engullir,
y puedan cantar los gozos
del invicto san Crispin.»

—«Bien, por Juan el mayordomo.»—
—«Bravo.»—(Aplauso.)—(Sensacion.)—
—«¡Escuchad!»—«¡Oid!»—«Ya basta.»—
—«Yo pido la votacion.»—
—«Que se vote.»—«La palabra.»—
—«No hay palabra.»—«¿Y por qué no?»—
—«¿Para que?»—«Para el almuerzo.»—
—«Yo para la procesion.»—
—«Y yo para el juramento.»—
—«Para la Ordenanza yo.»—

—«Que diga.»—»Que calle.»—«Fuera.»
—«Orden, hermano mayor.»—
—«Su señoria es un burro.»—
—«Su señoria un lechon.»—
—«Que se lea el reglamento.»—
—«Orden, señores, por Dios.»—

Y el jarro de mano en mano
corria que era un primor,
y el esquilon á todo esto
sonaba *dilin,-dolón.*

«Hable el presidente.»
—«Hablo,
si me dejan, pues ya veo
que aqui á fuerza de pulmones
se hace bueno el argumento.
Por desgracia me persuado
de que no entendió el concejo
la intencion de mi discurso
monumental, *deletéreo*;
(Dos palabrillas de moda
que me encargó con empeño
la *practicabilidad*
del dómine de Toledo.)
Quise, pues, decir...
—«Tio Blas,

lo que quiso lo sabemos,
Quiso echarla de leido
porque es suscritor al Eco.»—

—«Quise hablar de la Ordenanza.»—
quise...
—«Bien está todo eso,
pero Juan tiene razon,
lo primero es lo primero.»

—«Entonces es otra cosa;
señores, vamos con tiento;
¿se trata de san Crispin
ó se trata del almuerzo?

—«Del almuerzo, si señor.»—

—«Pues voto por los torreznos,
y dejemos la Ordenanza
que la masquen nuestros nietos.»

—«¡Viva el presidente!»
—«¡Viva!»—
—«¡Y viva Juan!»—
—«Me enternezco
de ver, señores, las honras
que me haceis sin merecerlo.»—

—«Vámonos, que son las diez.»—

—«Es preciso que acordemos.»—

—«¡Qué acordar ni qué demonios!»—

—«A mí me espera mi suegro.»—

—«Y á mí la Paca.»—

—«Pues yo
estoy de hambre que no veo.»—

—«¿Con que estamos?»—
—«A la calle.»—

—«Cuidado con el almuerzo.»—

Juan subió á la presidencia
y en un programa verbal
dió una práctica señal
de su grande inteligencia.
Y dijo con entrecejo
meneando el esquilon:—
«Se levanta la sesion
que va á dormir el concejo.»

(*Marzo de* 1839.)

LOS JARDINES DEL RETIRO.

La primera época del reinado de Fernando VII, á contar desde su regreso de Francia en 1814 hasta la muerte de su segunda esposa doña María Isabel de Braganza a fines de 1817, fue señalada para Madrid por una predileccion singular que tanto el rey como la reina mostraban hácia su heróica capital; complaciéndose en permanecer constantemente en ella, visitando todos los establecimientos públicos y particulares, pasando revistas lucidísimas, asistiendo á pie y sin ceremonia á los teatros, paseos y demas puntos de reunion, y poniendo, en fin, especial cuidado en reparar los deterioros que la guerra con los franceses habia originado en la villa del *Dos de mayo*. Especialmente el breve tiempo que duró el reinado de doña María Isabel, se distinguió notablemente por aquella predileccion á Madrid, datando de dicha época muchos proyectos para su embellecimiento, de los cuales el mas útil fue el de la

reparacion del Museo del Prado, y su destino á galería de pintura y escultura; proyecto que seguido despues con el mayor teson por Fernando, forma hoy sin duda alguna la mas bella página de su reinado.

Los monarcas anteriores habian cada cual manifestado alternativamente su inclinacion y cariño á uno de los sitios reales ó residencias campestres donde suelen retirarse durante la buena estacion. Cárlos I de Austria dió el primer impulso al embellecimiento de Aranjuez, y renovó el palacio de los Maestres de Santiago. A la severa y poderosa voz de su sucesor Felipe II se elevó el soberbio monumento del Escorial. El poderoso valido conde duque de Olivares supo aprisionar en su capital á Felipe IV, haciendo desplegar dentro de su recinto los magníficos jardines, las encantadas fiestas del Buen-Retiro. Felipe de Borbon, siguiendo su antipatía á su antecesora la casa de Austria, alzó sobre las ruinas del antiguo alcazar de Madrid un nuevo y magnífico palacio, y huyendo de los recuerdos de Aranjuez, el Escorial y Buen-Retiro, hizo aparecer por encanto á la falda de las escabrosas sierras carpetanas un nuevo Eden en los jardines de San Ildefonso. Su hijo y sucesor Fernando VI volvió á renovar el perdido entusiasmo por Buen-Retiro. Carlos III generalizó á Madrid y todos los sitios reales las grandiosas muestras de su proteccion; y Carlos IV continuó embelleciéndolos, hasta que á su caida del trono vino la guerra de los franceses, y todas aquellas reales mansiones tuvieron mucho que padecer. Pero ninguna en los términos que

el Buen-Retiro, que constituido por su situacion en una especie de ciudadela para tener en respeto al arrogante pueblo de Madrid, perdió de tal modo su caracter de sitio de recreo, que á la salida de los franceses, solo presentaba, donde antes sus vistosos palacios, sus jardines bosques y paseos, una inmensa multitud de escombros, parapetos, zanjas, parques de artillería, y efectos de guerra.

Fernando, á su regreso al trono, proyectó restaurar aquel hermoso recinto, y restituirle su pasado esplendor; mas desgraciadamente no se pensó en volverle su caracter de sitio real, con su animada poblacion, sus fábricas, palacio, teatro, y demas circunstancias que le dieron aquella vitalidad que disfrutó en los siglos anteriores; y guiado mas bien de consejos apocados, prefirió dividirle en dos partes; una destinada esclusivamente á paseo público; y la otra á jardines *reservados* para recreo de la familia real.

Los jardines *reservados* de S. M. se estienden desde la puerta de Alcalá hasta la esquina de la tapia sobre la que se eleva la *montaña artificial*, y luego siguiendo por la derecha todo el espacio comprendido entre dicha tapia y el estanque grande hasta la *casa de fieras*; lo cual viene á ser casi una mitad del Retiro; hallándose dividido tan dilatado espacio en varios trozos de jardin de diversos gustos, bosques, paseos y huertas, todo bastante frondoso para la escasez de aguas que esperimenta este real sitio.

Hállase ademas adornado todo ello con diferentes objetos de recreo, tales como fuentes, cascadas, grutas, montañas y templetes, en lo que se han invertido cuantiosas sumas y desplegado un lujo de decoracion, á par que una puerilidad de ideas, que entretiene agradablemente, sin causar en el ánimo del observador sentimientos mas elevados; de suerte que dificilmente podria lucirse mayor empeño en sembrar el oro para dar por resultado una cosecha igual de magníficas superfluidades.

Con efecto, al ver al poderoso monarca de España é Indias (porque entonces lo era), al poseedor de los magníficos vergeles de Aranjuez y san Ildefonso, de los palacios de Madrid y el Escorial, de la Alhambra de Granada y de los alcázares de Sevilla y de Toledo, dispensando sus tesoros en manos de sus aduladores, para que estos á fuerza de diligencia improvisasen una cabaña rústica, ó una cascadilla de nacimiento; una montaña de algunas toesas de altura, ó un templete sin caracter arquitectónico; una miserable parodia de un salon oriental, ó un estanque *soi disant* chinesco, no sabe uno si reir irónicamente de los raquíticos esfuerzos de la adulacion, ó llorar con amargura la malversacion de tantos capitales en una nacion pobre y desgraciada.

«Los pueblos y los reyes (dice Victor Hugo) escriben en piedra la historia de su civilizacion, y consignan los adelantos de su época.» Carlos III la dejó sin duda impresa en los magníficos caminos de Sierra Morena, en los suntuosos edificios de Madrid. La época á que ahora nos referimos quedó escrita en el Retiro, en

techos de caña pintada, en torrecillas de cascabeles, en piedras y corales imitados, en gabinetes de talco, y en una casa de fieras.

Los forasteros provincianos, sin embargo, no dejan de contar á los jardines reservados del Retiro entre las maravillas del mundo, y acometen con ánimo sereno y decidido las mil y una diligencias indispensables para proporcionarse una targeta de entrada en aquel recinto de Armida, en aquel Oasis encantador.

Empeñarán (por ejemplo) al diputado de su provincia, para que hable al ministro, á fin de que este se interese con el mayordomo mayor, el cual dará una carta para que el gentil-hombre interponga su influjo con el conserge, con el objeto de que espida una papeleta de entrada á la orden del portador.

Madrugarán luego una mañanita, y previa la convocacion de todos sus parientes, amigos y allegados, marcharán en columna cerrada hácia el Retiro, presentándose humildemente á uno de los guardas del Santuario, el que (cumplidos que sean los requisitos del visto bueno y demas necesarios para tan solemne acto) empezará á conducir á aquel pasmado grupo por tan bello laberinto, dirigiendo su especial solicitud á las señoras mamás y hermanas de aquellos Anacharsis, las cuales no dejarán de corresponder con sus gritos y ademanes de sorpresa y satisfaccion, cada vez que el guarda les diga que en aquel banquillo acostumbra S. M. sentarse de vuelta de paseo; que en aquella piedra tropezó un dia el infantito don Tal; ó en aquel arbolito cogió un nido de gor-

riones su augusto papá. Luego dará cuerda á una fuentecilla de conchas que hay á la entrada ó á la cascadita del rincon, y retrocederán con gran algazara todos los honrados espectadores, al ver saltar el agua en direccion de sus sombreros; y los mas pequeñuelos correrán y gritarán alborozados, preguntando por donde sale el chorro, y como es que se han mojado; con otras varias interpelaciones que no podrán menos de lisongear la vanidad de los directores de aquella magnífica sorpresa. Mas adelante entrarán en las grutas silvestres, y encontrarán grandes simpatías con su rústica naturalidad; ó alargarán los juncos y bastones por entre las rejas de la pajarera, admirándose de ver como vuelan todos los pajaritos, ó echarán miguitas de pan á los cisnes del charco, y al escuchar su graznido, bajo la fe de los poetas, creerán oirlos cantar.

A todo esto el guarda encargado de la enseñanza, habrá ya endosado como letra de cambio á nuestro grupo provincial, poniéndolo á la orden de otro segundo guarda para continuar su curso, y recibiendo á su despedida una moneda argentada por via de quebranto; el segundo guarda les continuará la esplicacion otros cuantos pasos mas, y despues la misma operacion de trasiego, el mismo endoso á un tercero; y luego este á un cuarto; y luego á otro y á otro; todo con una precision de movimientos admirable, aunque no sin grave deterioro de las bolsitas de seda ó de abalorio de los señores visitantes.

De vez en cuando se interrumpe la monotonia de los jardines por algunos edificios aislados, reducidos por la

mayor parte á gabinetes de descanso, en todos los cuales se echa de ver la predileccion que el director de la obra (que sin duda debia de ser romántico) tenia por los contrastes; pues todo se reduce á cabañitas rústicas de troncos y peñascos por fuera, y que en su parte interior se convierten en lindos retretes alhajados con todos los adornos y menesteres necesarios para descansar agradablemente del paseo, y... ¡oh prevision admirable!... hasta para pagar tributo (si necesario fuese), á una facil y terminada digestion.—Recintos misteriosos y fatídicos, que reproducidos con profusion en semejantes sitios y destinados á tan elevados personages, vienen á ser, á pesar de sus primores en espejos y argenteria, un recuerdo contínuo de su flaca naturaleza, un *Memento homo*, muy filosófico, aunque no del mejor olor.

Preciso es hacer un grato descanso en el bello *salon oriental*, que siguiendo el mismo sistema de contraste ofrece en su esterior un tosco edificio de troncos y cañas, al paso que en su interior ostenta una elegante decoracion al gusto persa; que aunque pudiera achacarse de algo hiperbólica en sus detalles (puesto que no hayamos estado en Ispahan para saber si los salones del Shaa se hallan revestidos de perlas como nueces, ó de rubíes como melones), sin embargo, produce un conjunto verdaderamente alhagüeño, original y sorprendente. Tiene ademas este salon un tanto mas de comparacion con las pirámides de Egipto; y es que á pesar de las eruditas controversias, todavia no se ha podido averiguar de cierto cuál fue el objeto de su construccion.

Al menos, en la *montaña artificial* que se mira de alli á algunos pasos, ya se infiere que el levantar allí á costa de espuertas de tierra y de onzas de oro una elevacion semejante, fue con el objeto (á todas luces razonable) de cubrir con una bellísima bóveda una noria (que por mas señas se hundió á poco tiempo) y elevar sobre su altiva cresta una especie de mirador de forma ambigua, desde donde se dominan los tejados de Madrid y las deliciosas tierras de pan llevar del camino de Alcalá.

Esta montaña que por entonces hizo mucho ruido sobre cuál seria su objeto, suponiendo algunos nada menos que la edificacion de un castillo ó ciudadela inespugnable donde poder retirarse en caso de ataque toda la poblacion de Madrid y sitios reales, quedó desde entonces conocida por el nombre de la *montaña rusa*, y á la verdad que ignoramos la razon, pues que mas que de Rusia tiene cierto sabor de la Alcarria; y nadie hasta ahora que sepamos ha pretendido resbalarse por ella en *treneaux*. En cuanto al edificio que la corona, la opinion general ha sido mas justa, y ya que no ha podido hallarle objeto, se ha atenido á la forma, cometiendo una figura retórica que llamamos comparacion, y apellidándole por simil *La Escribania*.

Hay otra *casita de pescador* con su pequeña ria, bastante pintoresca; otra *del pobre*, con sus diversos compartimentos, lindamente imitados á la verdad, alhajada con rústicos utensilios, y hasta con rústicos dueños, figuras graciosas de movimiento, que consisten en

una muger que hila y mece la cuna donde duerme un chiquillo, y un pobre enfermo en su cama; los cuales saludan cortesmente al que entra á visitarlos, no sin asombro de nuestro ya olvidado grupo recien venido, que no puede comprender que todo aquello no sea arte del diablo. En otro tiempo estaba aumentada esta pobre familia con un bello granadero de realistas, hijo de la casa, el cual sin duda marcharia á batirse á las facciones, y sabe Dios cuál habrá sido su suerte, si no se ha dado prisá á convertirse en patriota.

El *embarcadero* chinesco al frente del estanque grande, es de lo mas bello y digno de elogio, no solo por su linda proporcion y elegante adorno, sino porque al fin tiene su objeto; si bien no ha cumplido *su mision sobre el agua*, sino alguna que otra vez, y eso hace muchos años, y solo en la época á que nos referimos, cuando Fernando VII y su esposa doña Isabel se andaban surcando las pacíficas ondas del estanque en una bella góndola, que se conserva en el astillero, como testimonio de la última de nuestras glorias marítimas.

Frente por frente, ó por mejor decir, frente de las espaldas del embarcadero, al fin de una hermosa calle de álamos, se estiende una placeta en cuyo término medio se halla colocada sobre un mezquino pedestal la magnífica estátua ecuestre de Felipe IV conocida en el pueblo de Madrid un poco prosáicamente con el título de *El caballo de bronce.* Todo el mundo sabe, y por si acaso no, se lo diremos ahora, que esta hermosísima estátua, una de las primeras de su género en Eu-

ropa, fue ejecutada por el célebre escultor florentino Pedro Tacca, con arreglo al dibujo que de orden del rey le envió su primer pintor de cámara don Diego Velazquez. La actitud del caballo en situacion de hacer una corbeta, y sosteniéndose sobre sus dos pies, ofrecia una inmensa dificultad que parecia imposible de combinar con el enorme peso y volumen de la estátua; pero el escultor supo vencerla, con asombro de los inteligentes, dando al caballo todo el brio de que es susceptible, y al ademan del rey la mayor magestad y nobleza, y no descuidando ninguno de los detalles. Esta magnífica estátua, que tiene pocas semejantes, es colosal, pesa 18000 libras, y está estimada en 40,000 doblones. En lo antiguo estuvo colocada á la entrada del Retiro; hasta que luego lo ha sido á donde se halla, siendo de lamentar que tan bella obra no se halle en un sitio mas frecuentado, ofrecida á las miradas del público, y á la admiracion de los inteligentes.

Concluye la parte reservada con la *casa de fieras*, último término del visitador, y *non plus ultra* de su entusiasmo y admiracion. El edificio es bello, elegante y bien dispuesto para el objeto, y no tendrán motivo de quejarse los exóticos huéspedes de este filantrópico establecimiento, de que se haya escaseado aquella comodidad conciliable con su áspera y desabrida condicion. Espaciosas y cómodas jaulas, bien ventiladas y cerradas con dobles y fuertes rejas y trampas; largos y hermosos corredores; guardas diligentes y serviciales; comida abundante y grata; baños para la salud, y un sa-

lon ó enverjado de recreo (sala de compañia). Todo esto y mas tienen las señoras fieras; y ¡ojalá pudieran decir otro tanto los muchos desgraciados acogidos á los establecimientos de mendicidad en nuestra heróica capital!

Los susodichos huéspedes fueron comprados *ex profeso* para dotar esta casa, y traidos, no sin compromiso y grandes costos, de lueñas tierras; y aunque eran en mayor número, ya por efecto del clima, ya por el trascurso de tiempo han desaparecido en gran parte, ó se ostentan inmóviles en los salones del gabinete de historia natural. Quedan todavia para consuelo de los aficionados, diversos animales de distintas formas y condiciones, aunque todos comprendidos bajo el nombre un poco poético de *fieras;* por ejemplo:—Primera fiera;—un *avestruz* raquítico y cascado que huirá de un raton si le ve pasar á cien varas.—Segunda fiera;—un *dromedario* que apenas puede moverse con el peso de los años.—Tercera fiera;—un *mandril* jugueton y revoltoso que todo se le vuelve saltar y jugar con la cola. Hay ademas un *elefante*, un *leon* y una *leona*, varios *osos* estrangeros y del reino, una linda *zebra*, una *hiena*, una *pantera*, y algunas aves de rapiña, un *águila*, un *casuario* &c. &c. &c. Vése por lo dicho que no somos tan pobres como era de suponer en fieras y estrañas alimañas; y esto siempre es un consuelo para los amantes de las glorias del pais.

(*Julio de* 1840.)

UNA BELDAD PARISIENSE. (1)

En la plaza de la Bolsa
de la tarde entre una y dos,
salon de públicas ventas,
del comisario á la voz;

Una de aquestas *figuras*
que de retórica son,

(1) Este juguete satírico, que no tiene de comun con las *Escenas Matritenses* mas que ser del mismo autor y pertenecer al mismo género, aunque aplicado á distinta sociedad y pueblo diverso, se inserta aqui por marcar con su fecha la laguna que resulta en esta obrita, de un año, empleado por el autor en un viaje cuyos *Recuerdos* ha publicado por separado.

hipérboles por su adorno,
síncopes por su valor;

En banquillo de justicia
y pública esposicion
se resigna á la sentencia
que ha pronunciado el Prebost.

—

«En la villa de Paris
»y en el año del Señor
»mil ochocientos cuarenta,
»se ha presentado ante nos
»Mademoiselle *Heloise*
»de *Sans-devant et Sans-dos*,
»hija de padres anónimos,
»natural de *Cote d' or*;
»y vista la insuficiencia
»en que el tribunal la halló
»para pagar sus empeños
»con el concurso acreedor,
»el tribunal la declara
»insolvente, y ordenó
»que reunida la junta
»y previa declaracion,
»se proceda al inventario

»de los restos de valor
»para entregar á sus dueños
»por via de transaccion.»

Empieza la diligencia...
«*A la una. . á las dos...*
á las tres...»—y el martinete
á este tiempo resonó.—

—

Un schal dicho de las Indias
y en el hecho de Lyon,
que ha reclamado en su tiempo
monsieur *Gagelin* mayor.—

Un albornoz africano
con patente de invencion,
que falto de pagamento
reclama *La Barbe d' or*.—

Un sombrero *fantasia*
y un vestido *satin gros*,
que á madama *Alexandrina*
deben la tela y *façon*.—

Gruesas perlas de Ceylan
en figura y en color,
un camafeo egipciaco
premiado en la esposicion,

Peines de concha... de ciervo,
diges, marfil... de *mouton*,
y otras diversas preseas
de tan sólido valor,
adjudícanse á su dueño
el joyero *Bourguiñon*.—

Diez encajes de Bruselas
tejidos en Charenton;
ricas camisas de Holanda
con la marca de Cretonne;

Abanicos de la China
inventados por *Giraud*;
pieles de marta y armiño
cazados en Montfaucon;

Indianas pañolerías
de la fábrica de Sceaux;
aderezos de oro-simil;
sederías de algodon;
y anascotes, con el nombre
de *merinos* español;

Con otros muchos objetos
de equívoca produccion
que forman el moviliario

de *mademoiselle Sans-dos*,
entréganse y se adjudican
al respectivo acreedor:
si hubiese quien mas reclame,
que se presente ante nos.—

—

—Yo reclamo de Madama
(saltó á este punto una voz)
el zapato de dos metros
brodequin de pied mignon.—

El *fourniseur* de la ópera
reclama *les mollets faux*
(en español *pantorrillas*)
con tres libras de algodon.—

Guantes pide monsieur *Mayer*
y pellizas *Pellevreault*,
falsas flores *Constantino*,
rasos bordados *Chapron*.—

Mademoiselle *Victorina*
pide el corsé *juste-corps*,
con mas hierro en su armadura
que la del Cid Campeador.—

La *tournure* voluptuosa

que á tanto necio embaucó
obra es de mi *Crinolina*,
replica monsieur *Oudinot*.—

El director del gimnasio
el coronel *Amorós*,
reclama de aquellos miembros
la ortopédica leccion;

Item mas; diez almohadillas
que oportunas colocó
para llenar diez vacíos
que no negará Newton.—

Esos dientes no son suyos,
(esclama *Desirabode*),
que se los he colocado
con mis propias manos yo.—

Pido á mi vez, (dijo entonces
el perfumista *Defaux*)
cuatro libras semanales
de blanquete y bermellon,

Espuma de Venus, parches,
esencias de coliflor,
y *¡el prodigio de la química
la pomada del leon!*

Ademas traigo una nota
de bucles, trenza y *bandeaux*
que dice haberla fiado
el segundo *Michalon* (1).

—

—Llegamos á los cabellos
Y la dama se acabó.
¿Hay quien pida mas? pregunta
el juez adjudicador.—

—

—Sí señor (responde al punto
una hermafrodita voz,
con su cigarro en la boca
y abanico en el bolson).—

Yo reclamo las ideas
que esa dama prohijó
y son de una cierta LELIA
de que soy madre y autor.—

Vayan tambien las ideas,
y hasta el metal de la voz,

(1) Este peluquero encabezaba asi sus anuncios «*Michalon II, hijo y sucesor de Michalon I, tiene el honor de ofrecer á V.* &c.

que creo le han reclamado
la Dorus-Gras ó la Nau.

—

Solo queda el esqueleto...
—Ese le reclamo yo,
Dijo el español *Orfila*
para hacer la diseccion.

—

De esta atmósfera mentida
en donde no es dia el sol;
donde la verdad se viste
para parecer mejor;

Donde lo blanco no es blanco;
donde el cuerpo es ilusion;
donde el alma una mentira,
y la palabra un error;

Donde el engaño preside
y reina tan solo el *yo*;
donde el que no es instrumento
por fuerza es contradiccion;

Donde obliga el *s'il vous plait*
para mandaros mejor;
donde el interés os pisa
y luego os pide *pardon*;

Donde el amor va sin venda

delante del amador,
y con billetes de banco
hace su declaracion;
Donde la fachada es todo;
donde nada el interior;
donde reina la cabeza
y obedece el corazon;
¡Cuántas y cuántas bellezas,
cuantos autores de pro,
cuántas famas prestameras,
cuánto heroismo ficcion,
En la plaza de la bolsa,
de la tarde entre una y dos,
salon de públicas ventas
y ante el concurso acreedor,
En míseros esqueletos
transformados á su voz,
para hacer la anatomía
reclamará otro Español!

(Paris enero de 1841.)

AL AMOR DE LA LUMBRE,

ó

EL BRASERO.

Hé aqui un objeto puramente español, y para hablar del cual de poco nos serviria tener á la mano los diccionarios de Taboada ó Newman. Afortunadamente somos poco diestros en achaque de traducciones, y aspiramos mas bien al título de originales, aunque indignos. Verdad es que segun van las cosas en la patria del Cid, dentro de muy poco tiempo acaso no tengamos ya objetos indígenas de que ocuparnos; cuando leyes, administracion, ciencias, literatura, usos, costumbres y monumentos que nos legaron nuestros padres, acaben completamente de desaparecer, que á Dios las gracias, no falta mucho ya.

Entonces desaparecerá tambien *el brasero*, como mueble añejo, retrógrado y mal sonante; y será sustituido por la *chimenea* francesa, suiza ó de Albion; y la badila

dará lugar al fuelle, y soplaremos en vez de escarbar.

Pero mientras esto sucede (y por si acaso succediere mañana) no nos parece fuera del caso dejar aqui consignado un uso próximo á huir con tantos otros; á la manera que el diestro escultor imprime en cera (ó sea en yeso) la mascarilla del cadáver que va á desaparecer de la superficie de la tierra para ocultarse en su interior.

Si fuéramos etimologistas ó rebuscadores de alcurnias, meteriamos el montante entre Cobarrubias que quiere que *brasa* y por consecuencia *brasero* vengan del griego *Bras*, que equivale en latin á *Ebullio* y *Efervio*; y los otros autores heráldicos, que creen buenamente que la voz española *brasa* sea hija legítima y de legítimo matrimonio de la latina *Urasa*, descendiente línea recta del verbo *Urere*; pero como á Dios gracias estamos lejos de estas (como decia el buen Sancho) sotilezas, y nos inclinamos mas bien á las demostraciones materiales y tangibles, suponemos que el brasero reconoce por causa y origen la notoria costumbre del frio, y por consecuencia creemos y confesamos por cosa cierta, que si no hubiera invierno, regularmente no se hubieran inventado los braseros.

Ahora bien,—¿quién los inventó?—se nos preguntará: y nosotros responderemos cándidamente.—El primero que tuvo frio.—Echarémosla aqui de escolásticos, y continuaremos el argumento.—Es asi, que Adan en cuanto hombre quedó sujeto á todas las miserias humanas, desde aquella desgraciada golosina que compartió con Eva; es asi, que una de estas miserias fue sin duda el

frio, *ergo* nuestro padre Adan, el primero que tuvo frio, fue, sin género de duda, el inventor del brasero.

Este descubrimiento, como todos los demas, tuvo despues su sucesivo desarrollo, y asi como vemos la hoja de parra y la piel de leon de aquel hombre primitivo, transformada despues en la púrpura romana, ó la casaca francesa; del mismo modo el brasero, que empezaria por ser probablemente una piedra agujereada ó cosa tal, acabó por ser un mueble de elegante forma; y tanto, que ya en el siglo XVI hay una ley española que salia al encuentro de este abuso diciendo. «Mandamos »que de aqui adelante no se pueda labrar en estos nues»tros reinos brasero ni bufete alguno de plata de ningu»na hechura que sea.» (Recop. lib. 7, tít. 12 l. 2.) Esta ley por supuesto ha caido en olvido por haber cesado el motivo que la causó.—No está en el dia el alcacer para zampoñas; quiero decir, que no se halla hoy la plata tan de sobra para hacer de ella braseros.

Andando, pues los tiempos, esta primitiva costumbre se subdividió, y varió hasta lo infinito, segun los diversos paises, clima y leyes que disfrutan los hombres; pero en el fondo siempre fue la misma la verdad reconocida en ella, esto es; que para no sentir el frio, nada hay tan seguro como quemar combustible de esta ó la otra manera. En esto todos estaban conformes; pero en cuanto á la aplicacion variaron infinito, quemando los unos ramas de encina, los otros los troncos; cuáles leña carbonizada, cuáles el carbon mineral; en fin, cada uno quemó lo que tenia á mano, desde Neron que quemó á

Roma para templarse al calorcito, hasta el labriego de nuestros dias, que quema estiercol y retama con un olorcillo que déjelo usted estar; desde los Numantinos que incendiaron á su ciudad por no enfriarse, hasta el secretario del concejo ó el fiel de fechos que á falta de otro combustible queman las candidaturas venidas por el correo, las alocuciones estereotípicas de los gefes políticos, ó la coleccion inmaculada del Boletin oficial.

Esto en cuanto á la materia; por lo que dice relacion á la forma, seria cuento de nunca acabar el intentar describir las infinitas que tomaron los caloríferos; pero de ellas las mas principales pueden reducirse á cuatro, á saber; *el fogon*, *la chimenea*, *la estufa* y el *brasero*.

Si nos hubiéramos propuesto abrazar la fisiologia de estos cuatro medios de calefaccion, seguramente que necesitábamos enviar por otro cuadernillo de papel al almacen de la esquina; pero desgraciadamente no contamos mas que con las cuartillas necesarias para tratar del último de aquellos menesteres, esto es, del *brasero*. Esto no obsta para que asi, como por incidencia, demos un vistazo sobre los demas, y los saquemos á colacion como por via de coro ú acompañamiento de nuestro héroe principal.

El Fogon,—la Chimenea,—la Estufa.—Hé aqui tres voces que seguramente se avergüenzan de verse juntas, perteneciendo á tan diversas clases y gerarquias, á tan opuestos polos, á tan sucesivas *civilizaciones*, como ahora se dice.

El humilde fogon, propiedad del gato y de la cocinera, laboratorio estomacal de la familia, abeja obrera de la casa, arrastrando por el suelo su baja condicion en las sencillas aldeas, levantando tres palmos en la ciudad, á la altura del brazo de la criada ó del pinche. Pero aqui no hablamos del fogon como oficina de las salsas alimenticias; ni tenemos nada que ver con los gorros blancos, ni con las ollas humanitarias. Aqui solo miramos el fogon bajo su aspecto puramente calorífero; como el emblema patriarcal de la familia; como el *coin du feu* (diremos en frances para que nos entiendan); como el *hogar doméstico*, que diriamos cuando éramos españoles.

¡Qué cosa mas pintoresca que un hogar ó fogon castellano ú andaluz, colocado en el mismo suelo, sin mas artificio que el que forman los robustos troncos de encina que arden y chisporrotean; la formidable campana de mampostería que le asombra y recoje los humos; el caldero de agua hirviendo pendiente de una cadena; el armonioso grupo de ollas y sartenes; y los dos bancos laterales, ocupados por el alcalde y el señor cura, el escribano y el barbero, la tia Perejila y el tio Yerbabuena, el comandante del resguardo y el estanquero, el gitano y el contrabandista! Pero esto se quede para cuando dé de mano á una obrilla que me anda saltando en las mientes bajo el modesto título de «CRÓNICAS DEL FOGON.»

Si por una transicion brusca, saltamos desde aquel humilde sitio al suntuoso salon ó primoroso gabinete, veremos la misma necesidad, la necesidad de calentarse

y de reunirse; pero allí la hallaremos ataviada con ricos adornos de mármoles y bronces, relieves de estuco, y grupos de entalladura, con relojes y floreros, muebles y figuras doradas por acompañamiento; decorada con el nombre de *chimenea*, y servida y mimada por vaporosas damas y galantes caballeros.

O bien si penetramos en la callada oficina del funcionario, ó en el estudio del letrado, hallarémosla disfrazada con una forma mas ó menos monótona y sombría, en un tubo de hierro que asciende hasta el techo, y penetra las paredes, y sube á los tejados, y busca salida al humo por encima de las buhardillas. La *estufa*, pues, es un método de calefaccion estúpido, y carece de todo género de poesía.

Dénme el *brasero* español, típico y primitivo; con su sencilla caja ó *tarima*; su blanca ceniza, y sus encendidas ascuas; su badil escitante, y su tapa protectora; dénme su calor suave y silencioso, su centro convergente de sociedad, su acompañamiento circular de manos y pies. Dénme la franqueza y bienestar que influye con su calor moderado, la igualdad con que le distribuye: y si es entre dos luces, dénme el tranquilo resplandor ígneo que espelen sus ascuas, haciendo reflejar dulcemente el brillo de unos ojos árabes, la blancura de una tez oriental.

La aristocrática chimenea, es cierto, contribuye mas al adorno del magnífico salon; acaso estiende por todo él un temple mas subido, y no hay duda tampoco en que su llama animada, inquieta, fantástica, chispeante,

entretiene agradablemente, y alegra la vista del reposado espectador. Pero en cambio, ¡qué cansado reflejo en los ojos! ¡qué ardor desentonado en las megillas! ¡qué frio desconsolador en el espaldar! ¿Y cuándo hace humo? (que es las mas veces) ¿y cuándo baja el viento ó la lluvia por el cañon? ¿y cuándo atrapa la llama las faldillas del frac, ó las guarniciones del vestido? ¿y cuándo alarma y compromete á la vecindad, subiéndose por el ollin conductor á visitar las crujías de los tabiques, ó la armadura del tejado?

Ademas ¿cómo comparar á la chimenea con el brasero bajo el aspecto social, quiero decir, *sociabilitario* ó *comunista*, para que nos entendamos?

En primer lugar la chimenea es injusta y amante del privilegio, y brinda todos sus favores á los dos afortunados seres que la flaquean inmediatamente, al paso que solo envia un escaso saludo á los restantes acreedores; el brasero es Furrierista ó Sansimoniano, y distribuye por igual porcion su benéfico influjo á todos sus asociados.—La chimenea es semicircular y lunática; el brasero circular y eterno como todo círculo sin principio ni fin; la chimenea abrasa, no calienta; el brasero calienta sin abrasar; aquella necesita de todo el cortejo de los tronos modernos; con sus ministros responsables de pala y tenaza que recoja y agarre, escoba que barra, morrillos que defiendan, cañon por garantía, opinion pública que sople y atice por el órgano del fuelle, y responsabilidad que se evapore en humo; el brasero patriarcal reina y gobierna solo, ó lo mas mas con un simple

badil. Al poco mas ó menos como gobernaban Licurgo y Solon.

Aunque solo fuera mirándolo bajo el aspecto de la confianza amorosa, habria que dar, no hay duda, la preferencia al brasero.

Porque figurémonos á dos amantes en flor (quiero decir, en la primer germinacion del interés dramático), sentados el uno enfrente del otro, y ambos al lado de la reluciente chimenea; en primer lugar distan dos varas entre sí, lo cual no es lo mas cómodo para decir un secreto (y quítenle ustedes al amor el secreto, y es lo mismo que si quitaran la sal á la olla). En segundo lugar ambos se hallarán profundamente sentados en sendas butacas ó enormes sillones inamovibles (que es como si dijéramos meterse en un simon á correr liebres). En tercer lugar sus semblantes, no pudiendo sufrir el vivo reflejo de la llama, se ocultarán probablemente en la sombra de la pantalla ó á favor de la repisa de mármol; y el quitar al amor el semblante, es quitarle la mas sólida garantía, porque el semblante es el editor responsable del amor.

Luego, si hay que hincar una rodilla en tierra, peligra el pantalon con el contacto de la plancha de plomo; si hay que sorprender una mano descuidada, tropieza la propia con las tenazas ó el fuelle; si hay que dar un billete, ó leer unas coplas de atahud, la llama inmediata es una fuerte tentacion para el desden.

En derredor de un brasero, al contrario, no hay desdenes posibles, ni posturas académicas, ni preten-

siones exageradas: allí un pie de once puntos dista de otro pie de cinco no mas que una pulgada; ¡y es tan facil saltar esta pulgada!... dos manos de nieve (estilo clásico) estendidas sobre la lumbre, estan en correcta formacion con otras dos de cabretilla anteada, ¡y es tan natural estrechar las distancias! y luego examinar la calidad de los guantes, la hechura de una sortija, una raya simbólica; ¡qué sé yo! cualquier otro pretesto plausible, y... ¡adios mano de nieve derretida al calor braseril!

El mágico influjo de este mueble que enciende y carboniza las pantorrillas y los corazones, tiene tambien de bueno cierta dósis de calidad soporífera, que obrando inmediatamente sobre las cabezas de las guardas y tutores, les fuerza é impele á reconciliarse con el dios Morfeo; y si al dicho influjo se añade la lectura de un drama venenoso, ó de las felicitaciones de la gaceta, entonces el efecto es seguro, y duermen desde la vieja abuela hasta el gato roncador.—En estos casos la labor de la almohadilla *no cunde*, las desdichas del drama ó las glorias de la gaceta *no marchan*, y los que duermen son regularmente los que mas ruido suelen hacer.

Todas estas y otras escelencias posee el brasero nacional; verdad es que nos hablan los políticos de grandes tratados y protocolos ajustados á la chimenea entre dos reverendos diplomáticos; pero á fé que no son menos importantes los planes del gefe de oficina ó los cálculos del longista, arreglando en figura piramidal las ascuas del brasero, ó pasando amorosamente el badil por sobre la ceniza; y si es un tributo de atencion entre los

pueblos de estrangis el añadir un trozo de leña á la chimenea á la llegada del forastero, el brasero tambien tiene su formulario de etiqueta, previniendo en igual caso *echar una firma*, ó digamos macarrónicamente, escarbar.

Vemos, pues, que ni social, ni política, ni humanitariamente hablando, puede compararse la benéfica influencia del brasero con la de la gálica chimenea.—En cuanto á lo económico, seguramente que tambien tiene la preferencia, por mas accesible y de mas seguro efecto; y por lo que dice relacion á la forma, tampoco teme la comparacion.

Y sin embargo de todas estas razones, el *brasero se va*, como se fueron las lechuguillas y los greguescos; y se van las capas y las mantillas, como se fue la hidalguía de nuestros abuelos, la fé de nuestros padres, y se va nuestra propia creencia nacional.—Y la chimenea estrangera, y el gorro exótico, y el paletot salvage, y las leyes, y la literatura estrañas, y los usos, y el lenguage de otros pueblos, se apoderan ámpliamente de esta sociedad que reniega de su historia, de esta hija ingrata que afecta desconocer el nombre de su progenitor. Asistamos, pues, al último adios del brasero; pero antes de despedirle tributarémosle un ligero panegírico, como es uso y costumbre de los que llevan á enterrar.

SÉALE LA CENIZA LEVE.

(*Diciembre de* 1841.)

INCONVENIENTES DE MADRID.

«¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!»
Argensola.

El fecundo é ingenioso poeta dramático, mi amigo el *Sr. Breton*, dió al teatro en 1828 una de sus mas aplaudidas comedias, bajo el título de *A Madrid me vuelvo*, y posteriormente, como para formar el contraste, escribió tambien otra no menos apreciable, titulándola *Me voy de Madrid.* En una y otra composicion desplegó el autor los recursos de su amena fantasía, y en ambas tocó ya de frente, ya por incidencia, las contrariedades y peligros de la vida matritense.

Pero la época en que escribia el *Sr. Breton* aquellas comedias, tan diversa de la actual, y la combinacion es-

pecial de su plan dramático, no le permitieron sin duda tomar en cuenta muchos y graves accidentes que ofrece la corte, y que por estas ó semejantes razones tampoco pudieron prever en sus tiempos los críticos Juvenal, Boileau, Quevedo, Argensola, y otros infinitos que trataron magistralmente este argumento.

Hay, sin embargo, circunstancias especiales á Madrid, circunstancias propias de la época, condiciones anejas á la generacion actual, que dan nueva vida y prestan interés de actualidad á un cuadro ya trazado de antemano por tan hábiles pintores; y en este solo sentido, permitiráseme que, á fuer de cronista de las costumbres contemporáneas, cruce mi debil pincel, ensaye mis pálidos colores, en el lienzo que representa la vida animada de nuestra noble capital.

De contado hago abstraccion de las circunstancias físicas de su clima, y de muchas de las generales inherentes á toda gran poblacion. El poder divino es inviolable, y no está sujeto á responsabilidad. Por esta razon, cuando le place enviarnos un norte mortífero, que combinado con la blanca nieve de Guadarrama, hace bajar el termómetro y subir proporcionalmente la poblacion del cementerio, no tenemos mas derecho á oponernos, que cuando tiene á bien regalarnos con una de estas semanas de enero, claras, serenas y brillantes, peculiares del hermoso cielo madrileño, y tan espléndidamente celebradas en el salon del Prado ó en los jardines del Retiro. Por eso, cuando en el segundo término de julio tuesta y achicharra nuestras débiles ca-

bezas, no le hemos de interpelar, sino aguardar humildemente á que pasada la canícula, y entrado el sol en el signo de la balanza, mida por iguales partes el término del dia, y dispense con equidad su templado ardor; estacion verdaderamente modelo, bello ideal de la atmósfera, que aprovechan y benefician las hermosas con sus galas y atractivos, los mercaderes con sus ferias, y los farsantes políticos con sus dramas *á grande espectáculo.*

Respetemos, pues, la Omnipotencia divina, que reina y gobierna, como en todos, en este pueblo pecador; suframos con paciencia las escarchas de enero y las tormentas de agosto; las aguas de abril y los aquilones de noviembre; y en medio de todo, demos gracias á su Providencia, porque le plugo colocarnos bajo un cielo puro, en una atmósfera halagüeña, que lleva considerables ventajas á casi todas las capitales de Europa.

Mas dejando á un lado estas circunstancias, y tomando como base de partida la de habitar constantemente en este emporio de la hispana monarquía; suponiendo á un ciudadano español, honrado vecino de ella, y en el uso de todos sus derechos naturales (incluso el de pagar los de puertas y la contribucion de frutos civiles), entremos á examinar la cuestion de si es tan envidiable su existencia como debe creerlo la inmensa falange de aficionados que de todos los ángulos de España vienen á fijar sus lares en el inmediato radio de la famosa Puerta del Sol. Cuestion eminentemente social, que nos ayudará á resolver la práctica no interrumpida de nuestro propio vivir.

Damos por sentado que el tal ciudadano, en usufructo de un empleo ó de una renta conveniente, puede soportar sin estorsion el gasto mas que mediano de su alimento, habitacion, y demas necesidades humanas. Queremos suponer que no le hace perjuicio el pagar cuatro por lo que en toda tierra de cristianos vale dos; ni el vivir reducido á los estrechos límites de un nicho poco mayorcito del que le reserva la iglesia para despues de su jornada; ni el comprar á toda costa cólicos y demas tropiezos intestinales, disfrazados con el nombre de besugos, *vivitos de hoy;* de aves y cuadrúpedos embalsamados y en conserva; de deliciosos vinos *legítimos* de Valdepeñas; de frutas regaladas *originales* de Aragon.

Todos estos son pequeños incidentes que, aunque reunidos forman la segura base de la escena matritense, quedan como eclipsados y escondidos entre telones, y aun se dan por supuestos y conllevados en gracia del interés principal.

A bien, que en cambio de estas contradicciones, tenemos el derecho de privarnos de ellas; y si queremos, por ejemplo, no adquirir un entripado con salmon *fresco* de Laredo á 30 reales la libra, nadie nos quita la facultad de no poder comprar el tal salmon; y esto entra por algo en el sistema de las compensaciones.

—Pero, aunque la vida material (se dirá) no ofrezca en la corte los mayores atractivos; aunque encerrados sus habitantes en los límites de sus muros, hayan de renunciar á los goces y placeres que por do quiera nos brinda

la naturaleza; por lo menos no puede negarse que la sociedad les ofrece un ancho campo de placeres intelectuales, y de positivas ventajas que constituyen un segundo natural.

—*¡La sociedad!*... ¿Y qué llaman VV. sociedad, señores entusiastas? ¿Acaso lo será el vivir aislado é incógnito en una vigésima parte de casa, que aunque formada con débiles tabiques, no establece menos incomunicacion entre sus habitantes que las inmensas masas de hielo entre las islas del polo?

¿Estiman VV. por sociedad el saludar en la calle á un millar ó dos de personas múltiples, que llenan todos los paseos, todos los espectáculos, todas las tertulias, é ignorar por la mayor parte sus nombres y cualidades, ó solo tenerlas consignadas en sendas cartulinas, recíprocamente cambiadas en algunos dias del año?

Tal vez apreciarán algunos bastante comunicacion social la que proporcionan nuestros *Liceos* y *Academias*, nuestros altos círculos y periódicas diversiones, en que reunidos algunos centenares de personas (siempre las mismas, y con la única variedad del salon) ostentan ampliamente sus gracias, su talento, sus riquezas, ó su amabilidad.

Pero no se hacen cargo los que tal aseguran, que en semejantes públicas esposiciones, cada cuadro animado busca la luz conveniente para aparecer con el colorido que le va bien; cada autor lleva naturalmente estudiado su papel para darse al público; cada intriga ú argumento estan ya preparados de antemano con todas las reglas del arte.

Vaya un ejemplo.—Pregunten VV. á mi vecino don Protasio ¿quién vive al lado, encima, ó debajo de su aposento? y se encogerá de hombros, y fruncirá el lábio como si le prguntáran donde está el imperio del Mogol. Lo propio nos sucede á los demas vecinos respecto á él mismo; y sin embargo, don Protasio es la flor y nata de la sociedad madrileña; y reina en los círculos elegantes; y lee versos en el Liceo; y canta en la Filarmónica; y discute en el Ateneo; y representa en el Instituto; y juega en el Casino; y tiene traducidos cincuenta dramas á *cuadros* para írnoslos dando por entregas semanales en ambos teatros del Príncipe y de la Cruz.

Don Protasio de vuelta á casa, pasada la media noche, lleno el pecho de fuego poético, cubierta la frente de coronas inmortales de papel, abre modestamente la puerta con la llave que lleva en el bolsillo, enciende el fósforo humanitario, deposita sus laureles en una alacena, y se estiende en su no mullido y sí solitario lecho, hasta que á la mañana siguiente venga á despertarle la voz cascada y faz angustiosa de la vieja que le sirve, ó del cuervo asturiano que le lleva la acostumbrada racion.

Pues supongamos por un momento que nuestro héroe matritense, de vuelta de alguna de aquellas ovaciones, pilló una calentura, que con el auxilio del facultativo y de la vieja asistenta, llegó á ser delicada, y le obligó á guardar el ya dicho lecho por el espacio de un mes; ó que, sin cansar tanto, dió con él á los quince dias en el rellano que se forma entre las puertas de Bilbao y la de Fuencarral. Pues en aquel mes, ó

en estos quince dias, la sociedad (que tanto le envanece) ni siquiera echó de ver su falta; y ni se tomó la molestia de preguntar por él ni de hacerle compañía; y la primera noticia que tuvo de su muerte, fue por el anuncio que un pariente puso en el *Diario* convidando á su entierro. Verdad es que en justa compensacion de aquel olvido, quizas le condujeron al cementerio en gran aparato y al son de una marcha triunfal (letra y música de los primeros literatos y artistas); que hubo sobre su tumba discursos y endechas (en vez de responsos y oraciones), y que aun se habló de poner su nombre en la casa que nadie sabia que habitaba mientras vivió; pero al siguiente dia todo estaba olvidado, y nuestro hombre formaba ya parte de la antigüedad; con que el hablar de él era cosa de gusto añejo, clásico y mal sonante.

Pues bien; no sean VV. ninguna de estas celebridades fosfóricas, ni hagan coplas, ni traduzcan dramas (únicas habilidades que en este siglo prosáico conducen por lo visto á la inmortalidad), sino envuélvanse en una de estas modestas individualidades, cantidad insignificante acumulada como simple fraccion al capital social; avo incógnito, quebrado inapreciable de toda suma ó agregacion de personas; carta blanca en la baraja madrileña; tres de bastos que sobra en todas las manos, y que en todas las manos se encuentra; ó simple vocal honorario de toda comision de aplausos; sombra inevitable de todo cuadro, y comparsa figurante en toda escena teatral. Y mediante la modesta retribucion de 5 reales

semanales (ó sean unos seis cuartos diarios), y un frac negro ó de color indirecto, un pantalon idem, y unos guantes de estado honesto, adquieran VV. el derecho de asistir á alguno de aquellos grandes círculos, y de disfrutar por milésimas sus gratos espectáculos y su apacible reunion.

Ahora bien; ¿qué buscais en ellas, hombres y mugeres, no humanistas, sino amantes de la humanidad, cuando sin temor á las escarchas de enero, ni al sofocante ardor de la canícula, dejais vuestras templadas habitaciones, vuestras cariñosas familias, vuestro modesto espectáculo interior; y perfumados de mil esencias, cubiertos de sedas, diges y chucherías, marchais periódicamente á ocupar vuestros asientos en aquellos salones que os alegran y seducen con su magnífico resplandor?

¿Buscais por ventura el entretenido interés del drama que se representa, la armonía del canto, el poético sonido de la lira, ó los prodigios del pincel?—Nada menos que eso; porque todo ello lo mirais como un simple episodio de vuestra accion; como un pretesto para reuniros; como un mal inevitable que os resignais á tolerar.

Y no hay que estrañarlo tampoco, señores artistas y poetas; porque no á todos es dado compartir el entusiasmo por vuestras admirables producciones; porque no todos participan de vuestras magnánimas ideas; y aquellos ciudadanos y ciudadanas de que ibamos hablando, profesan otras mas positivas ó materiales; y en

tales sociedades solo buscan la sociedad, ó sea comunicacion de los seres, prosaica y menguada si VV. quieren, pero natural, necesaria y evangélica. Y como en el estado actual de nuestras costumbres, la sociedad pública ha acabado con la privada; como la *soiree* ha enterrado á la tertulia, por eso van á aquella, como antes á esta; por eso piden al salon los mismos goces sencillos que antes les brindaba el modesto gabinete; esto es,—techo,—luz—y pareja á quien hablar.

Pero ¡insensatos! que no advierten que entre ambas sociedades, la privada y la pública, existe una gran diferencia; no sospechan siquiera que el teatro en esta empieza desde el umbral de la puerta, y que mal grado suyo, en el momento en que pisan aquel, ya se hallan constituidos en escena, ya tienen necesariamente que representar.

En estos cuadros de colosales dimensiones no hay ni puede haber unidad de interés dramático; la accion se subdivide allí en cien episodios; la individualidad desaparece en el conjunto, y la verdad de los caracteres, el tipo peculiar de cada interlocutor, queda envuelto en el misterio, ó se disfraza á la entrada por medio de una contraseña, que el amor propio cuida de repartir.

Pero basta ya de comunicacion social, que segun queda esplicado entra por tan poco en los goces positivos del vecino de Madrid; la verdadera y franca amistad, el amor sólido y duradero, huyen á la luz de mil bujías, se esconden al ruido del sarao, y tienen naturalmente que ceder el puesto á los artificiosos cálculos, el sórdido

egoismo, y la exigente vanidad. Todo en semejante sociedad tiene que ser valor convencional: talento, amabilidad, gracia, riquezas, elegancia, hermosura; todo está realzado por el lente mágico del entusiasmo, todo fuera de aquel recinto aparece diverso; ó mas pálido si allí mas brillante, ó mas luminoso si allí se eclipsó mas.

Otro de los inconvenientes de esta sociedad negativa, otra de las ilusiones perdidas que limitan los goces de nuestra imaginacion, es el roce y trato continuado que ofrece la corte con las grandes notabilidades históricas, que consideradas de lejos aparecen cual astros resplandecientes, y apenas tocadas se evaporan en fuego fátuo de dudoso y pálido luminar.

Esta es, á no dudar, una de las contrariedades de la vida cortesana, la de reducir á *copelacion* (término de moda) los diversos metales argentíferos estraidos de los ricos mineros de nuestros círculos provinciales; la de ofrecer en su forma carnal, ostensible y palpable, tantas reputaciones mónstruos, tantos ídolos colosales, y descubrir sus pies de barro, su cabeza de viento, su cuerpo de paja ó algodon. En presencia de ellos no hay ilusion posible, y la fé y la esperanza desaparecen del pecho dotado de la mas ardiente caridad.

Como por incidencia me asalta aqui la idea de otro de los inconvenientes de Madrid, y es, que siendo la capital el gran laboratorio de la historia contemporánea, el arsenal de la política palpitante, por muy impolítico que un hombre haga profesion de ser, es imposible dejar de descuidar algunas horas sus negocios propios

por ocuparse en los públicos, ya leyendo los periódicos, ya asistiendo á una tribuna, ya conversando en un café. Y luego que, triste ha de correr su suerte (siquiera sea un memorialista de portal, ó un vendedor de fósforos) si no cuenta entre sus parientes, amigos ú allegados, uno ó mas ministros ó grandes funcionarios, de estos que se remudan á cada estacion; y basta con que un hombre haya saludado á alguno de ellos una sola vez en su vida, para que luego los del contrario bando le clasifiquen y apunten como enemigo... ¡Ahora, vayan ustedes á no saludar á un ministro ó á un *ex* por lo menos, en un pueblo cuyos habitantes la mitad lo han sido, y la otra mitad lo aspiran á ser!

Pues tocando ahora el punto de las *aspiraciones*, ¿y á dónde me dejan ustedes el inconveniente grave de esta terrible mansion de la corte, que es la ambicion fatídica, el orgullo insensato, que sin voluntad propia siente cada cual inocularse en el alma, á la vista de tantas nulidades encumbradas, de tanta fantasmagórica transformacion? ¿Quién es el que permanece tranquilo observador de esta mágica linterna? ¿Quién el que se contenta con ser indiferente espectador de esta lid, cuando ve que con un poco de audacia, ¡un poquito no mas! puede ascender y brillar, y llamar por un momento hácia sí la atencion de la corte, y de la hispana monarquía?

Ni sirve encerrarse en el modesto recinto de su casa, y procurar olvidar las ascensiones improvisadas, las riquezas fingidas, las súbitas y generales transformacio-

nes, vuelos y hundimientos de esta escena cortesana; porque por muy sordo que el tal sea, alguna vez ha de interrumpir su reposo el sonoro ruido de las carrozas del magnate; alguna vez ha de detener su marcha el elegante tilburí del especulador afortunado; alguna vez ha de suspender su vista la hermosura de la muger á la moda; ó han de venir á su memoria los laureles del orador tribuno, ó del autor popular.

Pero supongamos que nuestro tipo madrileño no está unido á la corte mas que por los vínculos de vecindad; y que tranquilo en su casa, cuidando de sus negocios ó intereses privados, y aun saboreando las dulzuras de la paz conyugal, puede ver con faz serena el aparato teatral de la historia contemporánea; puede presenciar con indiferencia una discusion diaria, un ministerio al mes, una revolucion anual. Figurémosle muerto para la política, muerto para las letras, muerto para los amores, muerto en fin para la sociedad. Supongámosle la fortuna de no conocer á ningun personage; la dicha de no saber el nombre de ningun autor; la suprema felicidad de no hallar belleza comparable á la de su propia muger. Concedamos, por último, que todas sus sensaciones, todos sus placeres se reconcentren en los legajos de sus procesos, si es abogado; en el libro de caja, si es negociante; en las enfermedades de sus clientes, si es médico; en el cacao y el añil, si es mercader.

Pero este hombre inalterable, este hombre modelo, no por eso dejará de pertenecer al género humano por relaciones consanguíneas ó amicales; esta planta exótica

no podrá menos de haber dejado raices en su suelo natal; este ingerto en la corte habrá pertenecido antes á otros climas, y será andaluz ó vascongado, catalan, aragones ó castellano, estremeño, gallego ó noble astur.

Pues no necesita mas para su diversion.—Porque en el mero hecho de ser oriundo de alguna otra provincia, ó tener simplemente cualquiera relacion en ella, el habitante de Madrid es representante nato de las necesidades de sus paisanos en la corte; corresponsal obligado de todo el que necesite su favor.

En su consecuencia, tendrá que visitar cada semana á un ministro nuevo, de parte de un cuarto primo que jugaba con él al escondite en las eras del pueblo; ó del marido de su primera querida, que arrastraba bayetas con su escelencia, cuando no era escelentísimo, ni aun mediano siquiera.

Tendrá que alhajar el cuarto, ó contar con alguna huéspeda, para recibir y colocar en su habitacion á los diputados de la provincia, que vienen por la primera vez á la corte á fabricar leyes, á razon de cuatro horas diarias;—tendrá que frecuentar las antesalas de las secretarías, para solicitar la colocacion del hijo de su antiguo convecino, ó reclamar en los tribunales el derecho del pueblo al prado concejil;—tendrá que suscribirse á las obras nuevas y estar pendiente de cuando salen las entregas, ó reclamar los periódicos que se evaporen en el correo;—tendrá que llevar una activa correspondencia para todos estos negocios, franca de lenguaje aunque no de porte;—tendrá que acompañar

al hijo de su madrina, que viene á Madrid á recibirse de literato en el café del Príncipe, ó á la familia de su compadre que conduce á las ferias á tres niñas casaderas, y de no mal parecer. Y solo esta obligacion le pondrá en el caso de visitar, por lo menos una vez dentro del año, el gabinete de Historia Natural, y la Armería, y la Casa de las fieras, y el Casino de la reina, y los jardines del Retiro, y el Museo de artillería; y solicitar esquelas para ver estos establecimientos; y pagar las propinas; y llevar luego al teatro á sus huéspedes; y tenerlos en casa un par de meses, á pretesto de no sé qué cajas de pasas, ó cantarillas de miel.

Pero aun hay en Madrid otro inconveniente todavia mayor que el de tener relaciones en provincias; y este inconveniente, ¿á que no adivinan mis lectores cuál es?—Pues es el de *ser hijo de Madrid*.

Hay un refran español que dice que «Cada gallo canta en su gallinero,» lo cual (perdóneme el refran) es una solemne falsedad, aplicado á los hijos de la imperial, ó sea heróica, corte Matritense.

Y si no échense ustedes á escuchar noche y dia, y verán quién canta aqui.

Recorran esos bancos ministeriales, esos salones legislativos, esos círculos políticos, literarios, artísticos ó financieros; escuchen la armónica algarabía de todos esos gallos humanos (*implume bipes*, que dijo Platon), y siempre que me saquen entre todos media docena de individuos indígenas, yo me encargo del gasto de la manutencion.

En su lugar verán á los naturales de las provincias ocupar esclusivamente los altos puestos de la administracion y de la magistratura, el palacio, la iglesia, los empleos segundarios, la curia, el comercio, la industria, las ciencias, la literatura y las artes.

A escepcion de S. M. la reina, apenas hay en el alcázar real ningun hijo de Madrid; en Congreso y Senado siempre estan, con muy ligera escepcion, representados los madrileños por naturales de otras provincias. Abogados gallegos, estremeños y montañeses; médicos catalanes; comerciantes idem; oradores andaluces; poetas de todas partes; artistas meridionales y levantinos; criados asturianos; sastres, peluqueros, modistas, guanteros, tahoneros franceses; músicos y danzantes italianos; taberneros manchegos; tenderos castellanos; criadas y libreros alcarreños; mercaderes ambulantes valencianos y aragoneses; y pretendientes de todas las ciudades, villas, lugares y caserios del reino. Tales son los diversos elementos de que se compone la poblacion de Madrid.

Ahora bien, ¿dónde se esconden los 6000 infantes, que año bueno con malo reciben el bautismo en las diversas parroquias de nuestra capital?—Dificil es responder.

Una buena parte, hijos acaso de la desgracia, recogidos por la caridad, llega rara vez á tocar en el segundo lustro.—Otros, nacidos en la miseria, educados con el ejemplo del crimen; alcanzan cuando mas á ser operarios en un oscuro taller, si antes no les enervaron

las fuerzas ó alteraron su caracter los placeres y seducciones de la córte que á tantos conducen á la casa comun, al hospital.—En las clases medias y elevadas suele tambien esperimentarse el funesto influjo de una educacion viciada, y malograr las ventajosas disposiciones de los jóvenes, que brillando un momento por su delicado ingenio, su viva sagacidad, por su nobleza de caracter y elegancia de modales, van á eclipsarse luego en los últimos bufetes de una oficina, ó en el perfumado gabinete de una beldad.

Pero el mal principal no está en los madrileños, ni en su caracter, ni en sus medios, ni tampoco (para hablar á la antigua) en el *sino* que influye á este pueblo. Y si á sino fuera, feliz y privilegiado deberia llamarse el de un pueblo que vió nacer en su recinto á Alonso Ercilla y á Giron; á Antonio Perez, á Zapata, Ramirez de Orena, Chumacero, y Vargas; á Lope de Vega, Calderon, Montalvan, Tirso de Molina, Quevedo, Moratin y Quintana; á Rici, Carreño, Pantoja, Toledo, Mora y Villanueva. No, no está el inconveniente en el sino de cada pueblo; el mal está en la misma sociedad.

«Nadie es profeta en su patria»—dice otro adagio algo mas exacto que el anterior. Y esto consiste, en que para figurar entre los demas hombres, es preciso cierto prestigio que rara vez conceden á aquel que vieron nacer. En la córte, ademas, es preciso dominar las inclinaciones, plegar los caracteres, hacer sacrificios de amor propio; y pocos son los hombres que se acostumbran á estos sacrificios en el mismo teatro en que han nacido.

Los hijos de Madrid, educados en el regalo de sus casas, acostumbrados á la vida halagüeña y al ambiente de los salones, no pueden luchar en perseverancia ni en intencion con los infinitos contendientes que de todas partes vienen á disputar un poder que ellos estan acostumbrados á mirar sin ilusion y sin deseos; poder efímero que les ofrece tan repetidas peripecias, y que suelen contemplar con la sonrisa de la sátira, ó con la mas desdeñosa indiferencia. Por eso no es de estrañar que rehuyan en general la lucha, que por otro lado les ofrecería mucha duda, como que habrian de sostenerla con los mas valientes campeones de las provincias, que á su mérito individual reunen la ventaja del interes que inspira el forastero.

Con que vemos que uno de los mas grandes inconvenientes de Madrid es el ser madrileño.

Quedan, pues, ligeramente apuntadas algunas de las principales contradicciones de la vida de la córte; tales como la escasez de la sociedad íntima y privada;— la exagerada pretension y la falsedad de la pública;— el desencantamiento de las ilusiones;—la imposibilidad del entusiasmo y aun de la fé;—el peligro inminente de la ambicion, por el ejemplo y el roce continuado con las personas influyentes;—la turbulencia de la atmósfera política;—y la necesidad de servir de patrono á los ausentes, de solicitar favor de los poderosos, de servir de timon al forastero que viene á surcar este proceloso Occéano.

Muchos y muchos mas inconvenientes subalternos

pudiera aqui añadir; pero me he dilatado mas que de costumbre; y eso que no he hablado ni de los proyectistas, ni de los humanitarios;—ni de los tribunos, ni de los periodistas;—ni de los contratistas de víveres, ni de los especuladores en bolsa;—ni de los poetas barbudos, ni de los curas lampiños y galantes;—ni de los empleados cesantes, ni de los empleados para cesar;—ni de las víctimas, ni de los sacrificadores;—ni de las pulmonías, ni de los médicos;—ni de las simples coquetas, ni de las coquetas simples;—ni de los caseros que piden, ni de los inquilinos que no pagan;—ni de los pobres vergonzantes, ni de los petardistas sin vergüenza;—ni de los amigos *omnibus*, ni de los enemigos *pluribus*;—ni de las mugeres pintadas por ellas mismas, ni de los hombres que no se pueden pintar;—ni de las criadas saltarinas, ni de los criados fósiles;—ni de los prospectos de periódicos imparciales, ni de la parcialidad de los periódicos;—ni de los remedios públicos de las enfermedades secretas;—ni de los géneros de balde á precios convencionales;—ni de los jóvenes escépticos, ni de las mugeres comunistas;—ni de los genios no comprendidos, ni de las traducciones que nadie puede comprender.—Ni de otras mil y mil plagas, y á cuyo lado serian llevaderas las que inventó Moisés para castigar al pueblo de Faraon.

LA GUIA DE FORASTEROS.

Casi simultáneamente con este artículo verá la luz pública el libro oficial que lleva el mismo título, y que á la hora en que escribimos se hallará, á no dudarlo, tomando forma y consistencia en manos del encuadernador, especie de comadron literario, que faja y envuelve al infante recien-nacido.

Los habitantes de todas las Españas van, pues, á tener el indecible placer de saludar su aparicion, y saber á punto fijo, por sendos veinte reales, la larga nomenclatura de sus gobernantes en el año de gracia 1842; pero tate; que punto es este que, aunque consignado especialmente en la portada del tal librito, merece muy bien alguna reserva y un sí es no es de rápida discusion.

Decia Fontenelle que el *Almanak real* de Francia era el libro que mas verdades contenia; pero Fontenelle no era español ni vivia en estos tiempos; si asi fuera, ya se hubiera guardado muy bien de decir semejante

despropósito respecto de nuestro Almanak real, ó sea *Guia de Forasteros.*

¿Pues qué, no hay en ella verdades?—Distingo.—Si se trata de la autenticidad de los nombres y empleos respecto á la época de la impresion (1841), no hay mas que hablar, y todos son hechos consumados; pero si se la juzga respecto á la época en que ha de regir (1842), perdóneme la indiscrecion, pero maldita la fé que merece. De este modo diremos que se compone, ó todo de verdades, ó todo de erratas; ó para esplicarlo mejor, de una sola verdad, ó de una errata sola. Esta errata es la portada. Donde dice 1842, *léase* 1841, y está salvado el resto.

Si la república periodística fuera monarquia, no hay que dudar que el cetro correspondia de derecho á este periódico anual, que se presenta al mundo con todo el aparato de la magestad, y dictando sus leyes desde el Sinaí de la Imprenta Nacional.

Su origen se pierde en la noche del siglo pasado, cuando menos; y escelso é inviolable por sus opiniones y sus actos, ha dado en sus páginas (ó sean tablas) sucesiva acogida á todos los colores políticos en las personas de sus mas aventajados representantes; desde Felipe V hasta Isabel II; desde los empolvados pelucones de los gobernantes de antaño, hasta las rasas molleras de los del dia; desde la guerra de sucesion, hasta la sucesion de las guerras; desde la monarquia fanática, hasta la fanática popularidad.

En los principios de su periódica aparicion (1737), se

presentó raquítica y mezquina, y al reves que toda humana criatura, que pierde sus fuerzas y enerva su valor á impulsos de la edad, un siglo y pico de vida ha bastado á esta para su desarrollo, en términos que hoy se ostenta medrada, coqueta y esplendente, conteniendo en sus páginas cuatro tantos mas de sustancia que en el siglo anterior.—Verdad es que el coste de su encarnamiento ha crecido proporcionalmente; ¡y en qué proporcion! Los periódicos plebeyos, por ejemplo *el Diario de Madrid*, inserta sus anuncios á razon de 12 maravedís línea. Pues cada una de la Guia puede calcularse chicha con grande en 40,000 reales; ¡y tiene 176 páginas, y cada página 48 líneas!... Hablamos de la del año que acaba, porque la del que empieza (que aun no hemos saludado), tendrá probablemente mas. *Et sic de ceteris.*

Pero dejemos ya las cuestiones preliminares, y asistamos (si no lo ha por enojo el lector) á la magnífica aparicion de este astro luminoso, á la ostentosa esposicion de esta industria nacional. Nosotros los profanos espectadores de tan mágico espectáculo, los asistentes paganos del patio y la cazuela, las masas informes, vamos al decir, que, gracias á la módica retribucion de sendos 50 por 100 de nuestras fortunas ó nuestra industria, tenemos el derecho de asistir á él, y entusiasmarnos anualmente, no dejaremos por tristes 20 reales de usar de este derecho; quiero decir, de acercarnos á la reja del despacho nacional por un ejemplar del libro venerando; y cuenta, que sea vestido con pobres pañales, y

asi como quien dice de plebeyo, no como los que en tafilete y estampados de oro por *Ginesta* se reparten *gratis et amore* á los nobles funcionarios en él contenidos.

Prévia esta indispensable diligencia, lo primero que nos saldrá al paso es el *Calendario Manual* con su creacion autógrafa del mundo; su diluvio universal de tal fecha; su poblacion de España pocos dias antes, y de Madrid unas semanas despues; y demas épocas *notables*, todas sólidamente averiguadas por testigos de vista; sus cómputos eclesiásticos, sus fiestas movibles, témporas y estaciones, dias y santos del año. Estos nombres sagrados son los únicos que no cobran del presupuesto, y no cuestan dinero al Estado; antes bien por el derecho de ponerlos pagaba anteriormente algunos miles de reales la tal Guia; porque el postor del Calendario los compraba y los compra aun por junto, para venderlos luego á la menuda.

Despues de la nota de las cuarenta horas (nota escusada para los tiempos que corren, y que sin duda se ha conservado por la forma como acompañamiento de la corte celestial), empieza el magnífico desfile ó sea evocacion de las augustas sombras de nuestros ínclitos monarcas, á contar desde Ataulfo, su decano, hasta el actual, que siempre (segun la Guia) reina *felizmente*.... ¡Y lo mismo diria la picaruela en la que hoy se llama ominosa década!—De aqui toma luego pretesto para hacernos una espléndida esposicion de todas las familias reinantes, con el nombre, apellidos, edad, patria, estado y años de servicio de cada cual; sin hacernos gra-

cia del mas mínimo principículo de *Anhal-Cohetem*, ni de la mas oscura y remilgada Canonesa de *Schwarzbourgo-Rudólstad ;* todo para entretenimiento de los lectores, los cuales no podrian dormir seguramente, si no supieran que al Elector de *Hesse* le habia nacido un tercer sobrino el año pasado, ó que la viuda de *Holstein-Augustembourgo* habia pasado á segundas nupcias con el *Margrave de Meklembourg-Strelitz.*— Verdad es que no hay que tomarlo tan á pechos; pues margrave y elector hemos visto presentar con desfachatez en la Guia su fé de vida, como si fueran viudas de Monte pio, cuando sabiamos de muy buena tinta que hacia largos años que estaban bajo de tierra; y tierno infante se nos ha dado á luz en años anteriores, que ya peinaba canas ó gastaba peluca á las orillas del Don.

A continuacion de esta monárquica nomenclatura, van tomando lugar las repúblicas americanas, que en tiempos en que no estaba tan bien impresa la Guia, ocupaban un sitio mas de casa, en la parte de ella que hacia relacion á los gobiernos de Ultramar.

Viene despues un poquito de estadística (como quien dice, para cumplir con este siglo numérico), y como hay que hablar de España, la Guia oficial, para evitar el compromiso de opinion propia, coge la primer nacion que encuentra al paso, y dice:—«*Poblacion de España*» «*segun Hassel* 10.373,000 *almas*» «*segun Balbi* 13.500,000;»—ustedes escojan lo que les parezca, que por tres millones mas ó menos no hemos de regañar.

Entretiénese despues en recordarnos los dias en que

se viste de gala... ¿quién?—La corte.—¡Serán los cortesanos...!—Y los dias en que la miseria se viste de luto, ¿cuántos son?—*Vide Calendario*, unas hojas mas atras.

Aqui por el orden de procesion vienen las cruces y mangas bordadas, las mitras y capisayos, los cuerpos legislativos, los ministerios, diplomáticos nacionales y estrangeros, tribunales supremos, audiencias y jueces, los directores y gefes de administracion y de hacienda. Para mayor orden de esta magestuosa falange, forma en seis grandes divisiones con la denominacion y bajo el patrocinio de otros tantos ministerios, en que el de la Gobernacion del reino es el último, y el de los negocios esteriores el primero; y bajo sus respectivas enseñas despliegan su formidable aparato, estienden sus asombrosas filas, y muestran sus magníficos blasones, tantas juntas y asambleas, tantas direcciones é inspecciones, tantas secretarías y contadurías, tantas administraciones, conservadurías, comisiones, juzgados, gefaturas y dignidades, que seria imposible seguirlas con la vista ni abarcarlas con el pensamiento.—¡Ah! se me habia olvidado. Tambien hay su poquito de seccion de *Beneficencia*; pero esta aparece mas modesta, sin bordados ni relumbrones, vestida de simple frac negro como un hermano de la Paz y caridad; y coge la tal seccion por lo menos... una página, que no quiero decir cuál es.—Ella, y algunos grupos ó pelotones de paisanos mondos y lirondos con el modesto título de tal cual academia ó asociacion literaria vergonzante y gratis-data, son, co-

mo si dijéramos, la sombra, y forman el claro oscuro de la tal Guia. En otros tiempos terminaba la parte política de ella con varios estados demostrativos de los establecimientos de Caridad; «pero nosotros (como decia Bartolo el médico) lo hemos arreglado de otra manera» y desechado esas superfluidades.

Del estado militar que sigue despues, nada hay de nuevo, puesto que ya sea antiguo el ver en él la larga lista de 617 generales y brigadieres que, suponiendo compuesto el ejército español de 150,000 hombres, tocarian á 243 hombres á cada general; sin contar la marina, en que puede calcularse á 14 generales para cada buque.

Para todo hay gustos en este pícaro mundo; los hay bastante fuertes para digerir todas las mañanas el eterno diálogo del *Eco* con el *Correo*, ó asistir por las tardes al obligado duo del *Patriota* y el *Corresponsal*. Los hay capaces de tragarse todas las noches un drama envenenado, ó embelesarse todas las semanas con las habilidades estereotípicas de los volatines del Circo. Cuales estan por las *églogas* que huelen á requeson, y cuáles por los *fragmentos* que apestan á pólvora y cera amarilla; los unos se inclinan á los libros en fólio, los otros á las enciclopedias homeopáticas, que pueden ir en carta; y hasta hay quien goza con las novelas traducidas en 365 tomas al año, que nos suelen dar los periódicos por via de folletin. ¿Por qué, pues, estrañar que haya tambien quien encuentre el complemento de su fruicion voluptuosa en hojear y repasar, estudiar

y comentar á su modo las sustanciosas páginas de la Guia de Forasteros?

Por de pronto la parte mas sabrosa de todo escrito moderno, quiero decir, la personalidad, no ha de faltarle: porque siendo este libro compuesto todo de personalidades, es natural que escite hasta el mas alto grado el interés del lector. Añádase á esto que alli no hay artículos de fondo sin fondo, ni polémica clara como su nombre, ni principios para disfrazar fines, ni profesion de fé espontánea, ni demas tiramira de los publicistas del dia. Nada de eso; hechos, no opiniones; cosas, no palabras; resultados, no premisas; axiomas, no problemas;... ahora vayan ustedes á buscar un libro que le haga pareja.

Pero no hay que creer que es solo la curiosidad lo que trata de satisfacer el lector en la meditacion y el estudio de aquella veneranda nomenclatura; motivos mas positivos le inclinan sin duda á pasar largas horas de la noche engolfado en tan suave entretenimiento.

—«Mi hijo no tiene talento para abogado» (decia una dama de buen parecer á cierto ministro).—«Vaya (replicó este) pues le haremos consejero.»

La lectura de la Guia, la magnífica perspectiva del coro gubernamental, es el objeto de la esperanza; la ráfaga luminosa de todo viandante, que no sabe por donde caminar.—Alli están las asesorías, las protecturías, las conservadurías, las consultas; alli las togas y judicaturas para los letrados titulares; alli las embajadas, secretarías y consulados para los legos; alli las intendencias y gefaturas para los políticos; alli las fajas y entorchados

para los militares; alli los báculos y mitras para los eclesiásticos; alli las bandas y cruces para todo el mundo sin distincion de sexo ni edad.

El abogadito mancebo, que no gusta de hacerse oir en la audiencia, busca una plaza de oidor en ella, mientras que su concólega el vetusto don Pedancio, el *fac simile* de una particion testamentaria, echa el ojo á una protecturía que tenga rentas que proteger. El tonto de sentidos y potencias aspira á ser director, y el miope sin anteojos, nada halla mas apetitoso que una plaza de Vista. No hay cura de aldea que no rece todas las noches por verse en las páginas de la Guia que dicen relacion á los ilustrísimos; ni cadete del colegio que no se crea destinado á figurar en las primeras del estado militar.—«¿Por qué no me han de dar unos honores?» dice á sus solas el que toda su vida estuvo reñido con el honor.—«¿Por qué no he de ser yo secretario?» esclama el que jamás pudo guardar un secreto.

Hay seis líneas en la Guia, con las que sueñan, en primer lugar todos los hombres políticos; en segundo todos los militares; en tercero todos los eclesiásticos; y en cuarto y último todos los demas que nada son.—Y estas líneas (ya lo habrán adivinado mis lectores) son las seis que ocupan los secretarios del Despacho, ó sean gefes del Gobierno y de la administracion. Hé aqui el término luminoso de las oscuras intrigas, la meta ostensible de los públicos combates, en el campo de batalla, en el parlamento, en la prensa, en los círculos y hasta en las plazas y cafés. Ellas son el punto culminante de la pi-

rámide gubernamental; punto á la verdad tan estrecho é inseguro, que ninguno de los que á él llegan puede sostener largo rato el equilibrio; y falto de fuerzas y turbado de razon, bambolea luego, y cae entre los chillidos y algazara de la multitud agolpada á la base.—Y sin embargo todo es agitarse y bullir, y trabajar para encaramarse; y sudar y adelantar y escurrirse y retroceder; y llegar á la cúspide; y rodar estrepitosamente al panteon.

A la verdad que no hay espectáculo gimnástico mas divertido que el que forman los Aurioles políticos, reuniendo sus esfuerzos en torno de la cucaña ministerial.

¡Qué triunfo! no veis allá arriba pendientes de sendas cadenas, otras tantas enseñas que el viento sacude y hace saltar en derredor del mástil?—Pues son las seis bolsas de terciopelo carmesí que entreabren sus bocas, y chorrean órdenes, y circulares, y proclamas, y censuras, sobre la muchedumbre que las recibe allá abajo con algazara; y los unos las pinchan y garrapatean con una pluma; los otros las destrozan con una espada; aquel las pisa con una prensa; este las envuelve entre los pliegues de su oratoria.—Y las bolsas á vomitar y llover papeles *de oficio*, escritos por mitad; y las prensas y aparatos de guerra de los sitiadores á dispararles otros *por oficio*, escritos por entero y en cerradas columnas; y los maniobrantes de arriba á caer abajo; y los de abajo á subir arriba; y las bolsas siempre atadas á las cadenas; y el pueblo pagando el espectáculo, y rie que te reirás.

Entre tanto la Guia de Forasteros (el programa de la funcion) circula de mano en mano; y unos hallan de menos un nombre, otros creen que hay muchos nombres de mas; cuales animados de un buen deseo quieren saltar á la plaza, y colocarse entre los *precisos operarios;* cuales se contentan con pagar, reir, y comprar el programa.

Con ellos me entierren. Y dejemos aqui la pluma, que parece haberse despertado hoy un sí es no es abierto de picos, y como que pretende lanzarse á materias que por propia conviccion le están vedadas.

Mas no teman mis lectores que se estravie, ni que renuncie á la tranquila senda que ella misma se trazó cuando por ahora hace diez años empezó á borragear estos festivos cuadros de las costumbres contemporáneas. —Nada menos que eso; mi *mision sobre la tierra* es reir; pero reir blanda é inofensivamene de las faltas comunes, de las ridículas sociales. Quédese la apetecida palma de la sátira política unida á la memoria de mí desgraciado amigo *Figaro*. Por dos distintas sendas caminamos siempre, y ni él siguió mis huellas, ni yo pretendí nunca mas que admirar y respetar las suyas. Esto va en temperamentos y en convicciones, pues ni yo soy Fígaro, ni veo las cosas con tan tétricos colores, ni entiendo de políticos áchaques, ni estoy determinado á atentar á mis dias por fastidio y cansancio de la vida. Todo lo contrario. Mi paciencia es grande; y aunque hijo de este siglo, quisiera, si es posible, arribar al próximo, aunque no fuera mas que por satisfacer mi sabida *curiosidad.*

Y siguiendo, pues, una marcha tranquila en este breve camino, cuento morir en mi cama cuando Dios fuere servido (lo mas tarde mejor); y mas que envuelva siempre en mi capa una completa nulidad; y mas que nadie eche de ver mi falta el dia en que aquello suceda; y mas que no se derramen flores sobre mi tumba; y mas que no resuene cerca de ella la delicada lira de Zorrilla; y mas que mi nombre no figure en el Plutarco Español, ni en la *Guia de Forasteros*, quiero pasar la vida sin escitar lástima ni envidia, y que la modesta lápida que cubra mis cenizas pueda parodiar en otros términos el famoso *pas même* de Piron, leyéndose en ella con letras bien gordas:

AQUI YACE
UN HOMBRE QUE NO FUE NADA:
ABSOLUTAMENTE NADA:
NI SIQUIERA GEFE POLÍTICO.

El Curioso Parlante.

(*Enero de* 1842.)

FIN DE LA SEGUNDA SERIE.

ÍNDICE

DE

LOS ARTICULOS Ó ESCENAS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

